

# SAN PABLO DE LA CRUZ

MISTICO Y EVANGELIZADOR

ADOLFO LIPPI



SIGUEME 



## **ADOLFO LIPPI**

Pasionista y profesor de teología de la cruz en el Pontificio Ateneo Antonianum. Ha publicado varios libros y numerosos artículos en revistas culturales y espirituales. Ha dirigido la publicación de algunas obras del beato Domenico Barberi para la Pontificia Universidad Lateranense.

### **OBRAS:**

*Il beato Lorenzo Salvi, apostolo di Gesù bambino, 1989; Per una teologia della guarigione e liberazione interiore, 1989; Teologia della gloria e teologia de la croce, 1992.*

---

**EDICIONES SIGUEME**

---







Otros títulos en la colección  
«El rostro de los santos»:

- J. Barrera, *El rostro humano de Teresa de Avila* (RS, 2).
- J. M. Javierre, *Teresa de Jesús* (RS, 3).
- F. Martín-L. Rubio, *Vida de Manuel Domingo y Sol* (RS, 5).
- M. Trevor, *John H. Newman: Crónica de un amor a la verdad* (RS, 8).
- Juan de la Cruz, *Obras completas* (RS, 9).
- S. Llorente, *40 años en el Círculo Polar* (RS, 10).
- M.ª D. Pérez-Lucas, *Juan de la Cruz cuenta su vida a los chicos de hoy* (RS, 11).
- J. I. Tellechea, *Ignacio de Loyola, solo y a pie* (RS, 12).
- J. Barrera, *Juan de la Cruz, utopía deseable* (RS, 13).
- J. M. Javierre, *Juan de la Cruz, un caso límite* (RS, 14).
- M.ª D. Pérez-Lucas, *Fray Luis de León os habla de mí a ti* (RS, 15).
- A. Pronzato, *Y ¿cómo lo habéis conseguido?* (RS, 16).
- J. M. Javierre, *Don Marcelo de Sevilla* (RS, 17).



ADOLFO LIPPI

# SAN PABLO DE LA CRUZ

Místico y evangelizador

EDICIONES SIGUEME - SALAMANCA 1994



Cubierta: Luis de Horna sobre el San Pablo de la Cruz, del cuadro de Gian Domenico della Porta, Santi Giovanni e Paolo, Roma.

Fotos interiores tomadas de la obra: *Maestro e Mistico. San Paolo della Croce*, de Antonio Calabrese, Postulazione Generale dei PP. Passionisti, Roma.

SAN PABLO DE LA CRUZ

Místico y evangelizador

Título original: *Mistico ed evangelizzatore. San Paolo della Croce*, Edizioni Paoline, 1993

Tradujo: Pablo García, C.P.

© Ediciones Sígueme, S.A. 1994

Apartado 332 - E-37080 Salamanca/España

ISBN: 84-301-1237-5

Depósito legal: S. 663-1994

Printed in Spain

Imprime: Josmar, S.A.

Polígono El Montalvo - Salamanca 1994



# CONTENIDO

<i>Presentación</i> .....	9
<i>Prólogo</i> .....	13
<i>Abreviaturas</i> .....	17

## I

### LA VIDA

1. En el seno protector de la familia Danei (1694-1701) ..	21
2. Orientado hacia la piedad y el comercio (1701-1712) ..	29
3. El toque del Espíritu (1713-1716) .....	35
4. Pablo, seglar santo (1713-1720) .....	39
5. La preparación próxima (1718-1719) .....	45
6. La consagración (1719-1720) .....	51
7. Pablo, joven fundador (1720-1721) .....	57
8. En el monte Argentario y en Gaeta (1722-1724) .....	71
9. Monseñor Emilio Cavalieri (1724-1725) .....	79
10. La ordenación sacerdotal (1725-1727) .....	83
11. En el monte Argentario nace una verdadera comunidad (1727-1730) .....	93
12. Construcción del primer retiro (1730-1733) .....	103
13. En el torbellino de la guerra (1733-1735) .....	111
14. La lucha por el primer «retiro» (1735-1737) .....	115
15. El reconocimiento pontificio (1737-1741) .....	121
16. Expansión de la congregación (1741-1744) .....	133
17. Fecundidad y comunión en el Espíritu .....	141
18. Pionerismo y organización (1744-1748) .....	165



19.	La prueba refuerza la unidad (1748-1750) .....	175
20.	Estabilización (1750-1755) .....	181
21.	Crisis de crecimiento (1755-1758) .....	187
22.	El adiós del compañero fiel (1758-1765) .....	193
23.	«Dejo bien fundada la congregación» (1765-1768) .....	205
24.	El año 1769 y el último viaje de Pablo al monte Argentario (1769-1770) .....	211
25.	Fundación de las monjas pasionistas (1770-1772) .....	219
26.	En la casa romana de los santos Juan y Pablo (1772-1775).	227
27.	Testamento espiritual y muerte de san Pablo de la Cruz (junio-octubre 1775) .....	241

## II

### LA ESPIRITUALIDAD

1.	Un hombre todo de Dios .....	251
2.	Carisma fundacional y paternidad espiritual .....	267
3.	Personalidad sobrenatural: dones y carismas .....	275
4.	La mística de la pasión .....	283
5.	Pablo, místico de la pasión .....	301
6.	Me consume el celo de tu casa .....	311
	<i>Conclusión</i> .....	327
	<i>Indice</i> .....	331

## PRESENTACION

75  
81  
'87  
'93  
'05  
  
211  
219  
227  
  
241

De niño comencé yo a querer a san Pablo de la Cruz. En varias parroquias de mi tierra «astigiana», venían con frecuencia a predicar misiones populares los buenísimos padres pasionistas del convento de Molare, no lejos de Ovada, ciudad natal del santo. La figura de aquellos religiosos está todavía grabada en mi memoria y en mi corazón. Ellos hicieron que yo comenzara a querer al gran san Pablo de la Cruz, uno de los muchos santos que han enriquecido la iglesia italiana del siglo XVIII.

251  
267  
275

El momento histórico en que la divina Providencia hizo surgir a nuestro santo creaba problemas nuevos incluso para la vida de la Iglesia. Sin embargo, a diferencia de otros, él optó por no limitarse a lamentar los males de su tiempo, sino poner manos a la obra con todas sus energías para remediarlos. Podemos ver cómo pasó a la acción.

31  
327  
331

Los males son muchos. ¿Por dónde comenzar a remediarlos? Pablo de la Cruz no duda. Hay que comenzar por una renovación de la vida de fe y de oración. Y esto para todos los cristianos, particularmente para los sacerdotes, religiosos y otros responsables de la vida de la Iglesia. Su entrega preferente al ministerio de las misiones populares y ejercicios espirituales al clero y a los monasterios, iniciada cuando era todavía seglar, se dirige ciertamente a este fin. Más todavía su dedicación a la dirección espiritual de almas, llevada a cabo, entre otros modos, mediante decenas de miles de cartas, con las cuales, con una exquisita pedagogía espiritual, trata de ayudar a todas aquellas personas en las que descubre la llamada y los dones de Dios.

Maestro de oración y promotor de escuelas de oración, no se limita a fomentar las prácticas devocionales, muy difundidas en la



Iglesia de su tiempo, sino que invita a la escucha atenta de la palabra de Dios y a la meditación de los misterios de la fe. Su programa era: «Enseñar al pueblo a orar». Esto era la base para la formación de una conciencia auténticamente cristiana y para el incremento de una práctica religiosa, que no fuera rutinaria y superficial. La importancia de la dimensión contemplativa en las reglas de la congregación pasionista, la soledad en la que quería que fuesen fundados los conventos, a los que por eso llamaba «retiros», evidencian su convicción respecto a la primacía de Dios y de la oración.

La misma dinámica de la oración es la que le llevó a centrar su espiritualidad y apostolado en la persona de Jesús y en su pasión. La pasión de Jesús —y por tanto también la del discípulo— no es presentada por Pablo solamente como expiación, sino mucho más como manifestación del amor de Dios. Famosa es su frase a este respecto: «La pasión es la obra más grande y maravillosa del amor de Dios». Es pasión del Hijo, que brota del manantial del amor del Padre, como manifiesta claramente el subtítulo de esta biografía, «La pasión de Jesús, manifestación del amor del Padre». Como los otros misioneros del 1700, Pablo de la Cruz predicaba los novísimos para disponer las conciencias a la escucha de Dios, pero decía que solamente el recuerdo de la pasión es el que convierte verdaderamente los corazones endurecidos. Además, la misma pasión que le servía maravillosamente para atraer a los alejados a la conversión, era también para él la senda para llevar a los más generosos a las altas cimas de la mística. Muerte mística y divina natiuidad son la polaridad de esta ascensión interior, polaridad que se adelanta a los avances actuales de la espiritualidad bautismal y pascual.

Luego viene la pobreza, con la que Pablo renueva el entusiasmo y el rigor del franciscanismo primitivo. En una época en la que los bienes de tantos institutos eclesiásticos eran más bien un obstáculo que una ayuda para la evangelización, Pablo es intransigente en exigir y en defender para sus religiosos tanto la pobreza personal como la comunitaria. Al inicio de su vocación, él había llamado a los primeros miembros de su congregación «Los pobres de Jesús». Luego, la exclusión de toda fuente de ingresos estables fue una de las mayores dificultades que encontró y, a veces, esto retrasó la aprobación de la nueva congregación por parte de la autoridad

eclesiástica, que, finalmente y ante la certeza interior de Pablo, reconoció que cuanto exigía era inspiración del Espíritu santo.

Y finalmente, la pasión por la Iglesia, a la que Pablo dedica incansablemente todas sus energías. Esta pasión no es en él algo distinto o añadido al amor al Padre y a Jesús. El trabajo apostólico no se opone a la contemplación, sino que surge de ella. Pablo sabe que la Iglesia es fruto de la sangre de Cristo y que brota de la herida de su costado. En una época en la que iba a producirse en la humanidad una ruptura sin precedentes, Pablo pone las bases para una auténtica reconciliación. Devotísimo de la Santa Sede y amigo personal de varios papas de su tiempo, comparte con ellos el temor por la suerte de la cristiandad y el sentimiento de la urgencia de una transformación en la vida de los cristianos y especialmente del clero.

Para promover tal transformación, Pablo no divide la Iglesia en categorías; sino que acude a todas las personas de buena voluntad, dondequiera que estén y de cualquier estamento social a que pertenezcan, y colabora con ellas. Así, encontramos entre sus más íntimos confidentes y colaboradores, religiosas que vivieron siempre en clausura, como la venerable María Crucificada Constantini, de Tarquinia, y Colomba Leonardi, de Vetralla; seculares como Inés Grazi, Tomás Fossi, Lucía Burlini y Antonio Fratini; también cardenales celosos como Pier Marcelino Corradini y Marcelo Crescenzi; y dignísimos pontífices como Benedicto XIV, Clemente XIII y Clemente XIV. En una época en la que el clero era muy numeroso, para su congregación él apostó decididamente por la calidad, más que por el número. Por esto Pablo llega a ser el maestro de un ejército de almas santas, de algunas de las cuales la Iglesia ha reconocido ya oficialmente su santidad. Además, dos de sus discípulos directos, elegidos obispos, lucharon valientemente por la fe y por el evangelio. Fueron Tomás Struzzi y san Vicente María Strambi.

Por estos y otros motivos que sería largo exponer, acoto con gozo esta nueva biografía de san Pablo de la Cruz, que, con un estilo narrativo y de grata lectura, se basa en los estudios más recientes sobre el fundador de los pasionistas y sintetiza su doctrina espiritual. Bien ambientada en la época histórica en que él vivió, hace referencias continuas a nuestro tiempo a la luz de las enseñanzas del concilio Vaticano II.



El 3 de enero de 1994 se celebra el III Centenario del nacimiento de san Pablo de la Cruz. Deseo que en este año jubilar y siempre, su biografía tenga una gran difusión entre el pueblo cristiano, particularmente entre todos aquellos que, de un modo o de otro, se sienten vinculados a la espiritualidad y a la congregación de la pasión.

Del Vaticano, 25 de marzo de 1993

Cardenal Angelo Sodano

Secretario de Estado de la Santa Sede

## PROLOGO

Cuando san Pablo de la Cruz era niño, Italia contaba con una población de unos trece millones y medio de habitantes<sup>1</sup>. El mundo entero tenía sólo quinientos millones<sup>2</sup>. Casi todos han pasado ya al olvido, siendo muy pocas las personas que se recuerdan todavía: reyes y señores, literatos, guerreros, científicos, revolucionarios. Entre los que han pasado a la posteridad hay también otro grupo aún más pequeño: son los santos.

No es difícil darse cuenta de los motivos por los que algunas personas surgen de entre esa masa olvidada. Pertenecen a familias entonces poderosas, o son personas con dotes excepcionales, geniales podríamos decir. Más difícil es comprender lo que sucede con los santos. A no ser que queramos reducir la santidad a una cierta forma de genialidad.

San Pablo de la Cruz ha dado origen a un movimiento espiritual de los más importantes de la Iglesia. Hoy está extendido en numerosos países de los cinco continentes. Muchas son las almas que perciben todavía en nuestros días, más o menos profundamente, la fuerza de tales movimientos; unos más exteriormente, otros en la interioridad.

Al estudiar la biografía de san Pablo de la Cruz, uno puede preguntarse: ¿Por qué se ha encarnado en él esta fuerza espiritual? ¿qué es lo que le ha hecho santo? ¿ha sido obra de Dios, o esfuerzo titánico de un hombre? ¿don de la gracia, producto de la voluntad o, más bien, fruto combinado de las dos? ¿qué es un santo? ¿qué significa en el conjunto de este cuerpo viviente, palpitante y or-

1. D. Carpanetto-G. Recuperati, *L'Italia del Settecento*, Bari 1986, 5.

2. G. Livet-R. Mousnier, *Storia d'Europa, Dallo Stato assoluto all'Illuminismo IV*, Bari 1982, 183.



gánico que es la Iglesia? ¿qué es a la luz del concilio Vaticano II? ¿qué es lo que actúa en el fenómeno histórico del nacimiento de los movimientos espirituales?

Los documentos más objetivos para responder a estas cuestiones son, sin duda, los escritos personales del santo. Entre todos ellos ocupa un lugar primordial su correspondencia epistolar, esto es, las cartas a particulares, ya que no han sido concebidas ni escritas pensando en su publicación. Pero todos los documentos de su época son también importantes. Está además el testimonio de los procesos canónicos, muy posterior a los sucesos que se refieren. Aunque con las mejores intenciones, los testimonios pueden ser, en determinados casos, interesados e imprecisos, lo que no quita que, debidamente confrontados con los documentos directos, puedan ofrecer también referencias valiosas. Hoy se los valora particularmente según la inmediatez con que han sido recogidos de personas de toda clase social, con frecuencia sencillas e incluso analfabetas<sup>3</sup>.

En una historia de la Iglesia que fuese verdaderamente una historia sagrada, esto es, una historia de lo que el Espíritu obra en la Iglesia y no simplemente la crónica de sucesos respecto a personas de la Iglesia, la hagiografía debería ocupar un puesto mucho más importante que el que se le reconoce actualmente. Nos complace, sin embargo, ver que hoy se están haciendo notables intentos históricos, literarios, cinematográficos, para hacernos revivir la vida de los santos. Pero una total valoración de este género literario, se tendrá sólo con el pleno desarrollo de la eclesiología y con la fundamentación de la historia de la Iglesia sobre bases verdaderamente autónomas respecto a cualquier otro género histórico. El Espíritu anima a la Iglesia por medio de los santos. ¿Por qué, pues, se continúa dando mayor importancia a las relaciones de la Iglesia con la gran política del mundo, con la cultura o con la economía?<sup>4</sup>.

En este año 1994 se celebra el III centenario del nacimiento de san Pablo de la Cruz. Esta biografía es uno más de los muchos estudios que la Congregación pasionista ha programado con este motivo. Destinada al gran público, no remite directamente al lector

3. V. E. Giuntella, *Roma nel Settecento*, Bologna 1971, 322-323.

4. Para un estudio más amplio de este tema, cf. mi artículo, *La teología dei santi fra religiosità popolare e profezia del concilio: La sapienza della croce* (1991) 241-259.

a la documentación de archivo, sino más bien a otros estudios críticos accesibles a todos, por estar ya publicados. Normalmente trato de no adentrarme en la investigación histórica y teológica, prefiriendo la simple narración de los hechos y la exposición de la espiritualidad de san Pablo de la Cruz.

La grandeza espiritual del santo no aparecerá tanto en la valoración del biógrafo ni en los elogios y panegíricos de los demás, cuanto en su historia y en sus escritos. Hechos y escritos se presentan por sí mismos como objeto de reflexión teológica sobre dinámicas interiores que animan y hacen crecer el cuerpo vivo de Cristo, que es la Iglesia, y también como objeto de meditación. Por este motivo, he sacado una cantidad notable de citas de los escritos del santo, aun a riesgo de que a veces resulte un poco pesada su lectura. Desearía que fuese el mismo Pablo de la Cruz el que hablase, persuadido de que sus escritos están llenos de luz y de sabiduría, también para nosotros «hoy».

En nuestros días se escriben muchas biografías de tipo periodístico, con un estilo ágil y atrayente (o al menos eso pretenden), con el fin de hacer al santo simpático al lector contemporáneo de una cultura media. No es esto lo que yo he pretendido en este libro. Aquí el santo viene presentado tal como es. Toca luego al lector el preguntarse si el mensaje de su vida le interesa o no, y comportarse en consecuencia.

Doy las gracias a Tiziana Fogliati y a los padres Max Anselmi y Ottaviano D'Egidio, así como también a Lidia Macor, por su colaboración y sugerencias.

Adolfo Lippi, c.p.



## ABREVIATURAS

- AGCP Archivo General de la Congregación Pasionista, Santi Giovanni e Paolo, Roma.
- Annali Giovanni Maria di sant'Ignazio martire, *Annali della congregazione della SS.ma Croce e Passione di N.S.G.C.*, con anotaciones del padre Gaetano dell'Addolorata, Passionisti, Roma 1967.
- Bollettino Bollettino della congregazione della SS. Croce e Passione di N.S.G.C., Passionisti, Roma, de 1920 en adelante.
- Bialas M. Bialas, *La Pasión de Cristo en san Pablo de la Cruz*, Sígueme, Salamanca 1982 (traducción del alemán).
- Breton S. Breton, *La Mística de la Pasión*. Doctrina espiritual de san Pablo de la Cruz, Herder, Barcelona 1969 (traducción del francés).
- Brovetto C. Brovetto, *Introduzione alla spiritualità di S. Paolo della Croce. Morte mistica e divina natività*, Eco, San Gabriele (Teramo) 1955.
- Decreti Decreti e raccomandazioni dei capitoli generali della congregazione della SS. Croce e Passione di N.S.G.C., a cura di F. Giorgini, Passionisti, Roma 1960.
- Diario *Diario espiritual de san Pablo de la Cruz*, edición crítica preparada por M. Bialas con presentación del card. Ratzinger, ed. Verbo Divino, Estella 1979 (traducción del alemán).
- L *Lettere di S. Paolo della Croce*, a cura di Padre Amedeo della Madre del Buon Pastore, 4 vol., Roma 1924. Volume V, a cura di C. Chiari, Passionisti, Roma 1977.
- Nota Por estar agotada la edición de 1924 y estarse preparando otra edición crítica, en las citas indicaremos la fecha de la carta, para facilitar encontrarla.
- Pastor L.v. Pastor, *Storia dei papi dalla fine del Medioevo*, 16 vol., Desclée, Roma.
- PBC *I processi di beatificazione e canonizzazione di s. Paolo della Croce*, a cura di padre Gaetano dell'Addolorata, 4 vol., Passionisti, Roma 1969-1979.
- Regulae *Regulae et constitutiones congr. SS.mae Crucis et Passionis D.N.J.C.*, editio critica, curante F. Giorgini, Romae 1958.

- StCr E. Zoffoli, *San Paolo della Croce. Storia critica*, Passionisti, 3 vol., Roma 1963-1968.
- Historia F. Giorgini, *Historia de la Congregación de la Pasión de Jesucristo I: La época del Fundador*, Pasionistas, Bilbao-Zaragoza-Madrid 1984 (traducción del italiano).
- Strambi *Vita del ven. Servo di Dio P. Paolo della Croce*, sacada fielmente de los procesos ordinarios por el P. Vicente María de san Pablo. Roma 1786.



I  
La vida

## En el seno protector de la familia Danei (1694-1701)

1<sup>er</sup> paradigma

### *El universo materno de Pablo Danei*

Antes de entrar en relación con su tierra y con su gente, antes de conocer la cultura y la historia, Pablo Danei, como cualquiera de nosotros, tuvo relación con una persona: su madre, Ana María Massari. Al comienzo de la vida, la madre no es para el niño una persona entre tantas otras, incluso la más querida, sino que es para él un universo, todo el universo. El niño se estrecha a su cuerpo y en él encuentra seguridad, protección y alimento. En contraste con el tú de la madre, surge el propio yo, esto es, la personalidad.

Pablo Danei tuvo muy buena relación con su madre. No sólo a nivel físico y humano, sino también a nivel espiritual. Entre los dos, se reproduce aquella relación especial del hombre Jesús respecto a su madre<sup>1</sup>.

Ana María Massari dio a luz a su hijo Pablo Francisco al amanecer del 3 de enero de 1694 en Ovada, que entonces pertenecía a la República de Génova. La joven madre tenía entonces 22 años y se había casado dos años antes con Lucas Danei. Este era viudo y sin descendencia. Su primera mujer, María Catalina De Grandis, había muerto apenas cumplidos los 30 años y después de cinco de matrimonio. Lucas era, pues, bastante mayor que Ana María. Sin embargo, hubo entre los dos una armonía perfecta a lo largo de toda la vida.

1. H. U. von Balthasar, *Le persone del dramma: l'uomo in Cristo. Volume tre di Teodrammatica*, Milano 1983, 165.



Ana María había nacido en Rivarolo Ligure, a donde se había trasladado su padre desde Novara y en donde se había asentado su familia. Por ser ésta de condición social acomodada<sup>2</sup>, permitió a Ana María recibir una cierta instrucción, cosa rara en aquel tiempo, especialmente en las mujeres. De hecho, las que sabían leer y escribir apenas llegaban al quince por ciento, mientras que los hombres alcanzaban aproximadamente el treinta por ciento<sup>3</sup>. Ana María se servía de esta posibilidad para leer vidas de santos, especialmente de anacoretas y de padres del desierto. Todos sus pensamientos estaban centrados en Dios, en la fe y en la oración. De hecho hacía referencia continua al mundo de la fe, de la Biblia y de los santos. Por tanto, éste fue el primer universo en el que vivió el pequeño Pablo. Todos describen a Ana María como «una santita, humilde, devota, sin lujo»<sup>4</sup>.

A diferencia del primer embarazo, en el que la niña murió a los tres días de nacer, la gestación de Pablo fue particularmente serena. Todas las anécdotas que se recuerdan de su nacimiento son sobrenaturales. Se dice que en aquella noche se vieron en la habitación luces extraordinarias y que, apenas nacido, la comadrona dijo a la madre: oirás grandes cosas de este niño<sup>5</sup>.

Sin embargo, la religiosidad de Ana María no era exaltada. Además de los testimonios de quienes la conocieron, lo prueba la vida que llevó, centrada en estos dos polos: la casa y la iglesia. Su vida estuvo salpicada de nacimientos y de muertes. Entre los años 1693 y 1720 tuvo dieciséis hijos, de los cuales sólo seis lograron rebasar esta fecha<sup>6</sup>. Cuando nació la última hija, Catalina, Ana María tenía 48 años.

Pero el testimonio más válido de la autenticidad de su fe, es el que dará el mismo Pablo muchos años más tarde: «Ojalá tuviese yo la bondad de mi madre. Si he hecho algo bueno, se lo debo a

2. P. Federico, *Contributi minimi alla biografia di S. Paolo della Croce*: Fonti vive (1960) 256-257.

3. G. Livet-R. Mournier, *Storia d'Europa, Dallo Stato assoluto all'Illuminismo* IV, 159 (para Francia); G. De Sanctis, *Anna Maria Massari Danei. Madre di Santi*, Roma 1972, 14.

4. PBC II, 70 (A. F. Lamborizi).

5. PBC IV, 184 (Fr. Bartolomeo Calderoni).

6. G. De Sanctis, *Anna Maria Massari Danei. Madre di Santi*, 37-38: corrige la frase no clara de StCr I, 114, que afirma que los que sobrevivieron fueron solamente cinco.

sus enseñanzas»<sup>7</sup>. «Si yo me salvo, como lo espero, se deberá, en gran parte, a las enseñanzas recibidas de mi madre»<sup>8</sup>.

San Pablo de la Cruz recordaba siempre con agradecimiento a sus progenitores, pero alababa especialmente a la madre. A la noticia de su muerte en 1746, escribió a la familia una carta en la que expresaba su certeza moral de que había volado inmediatamente al cielo, y que, por tanto, no tenía necesidad de sufragios<sup>9</sup>.

Estos testimonios demuestran ampliamente la armonía que hubo entre Pablo y su madre, armonía perfecta tanto en las relaciones psicológicas, como en lo referente a la fe y la oración. Esta fue la primera grande gracia que Dios le concedió y como el fundamento de todas las otras que le concedería en adelante. Pablo era bien consciente de esto.

Entre las distintas devociones que caracterizaban la vida religiosa de aquella época, Ana María tenía una muy particular: era su devoción al santo nombre de Jesús. Por esta devoción, la fe se hacía en ella vital, carismática y personalizada. Con dicho nombre invocaba cuasi sacramentalmente a Dios en su casa y en su familia, y a él consagraba completamente su vida y sus sacrificios.

*Juan Bautista, compañero para la vida*

Pablo fue bautizado a los tres días de nacer, en la fiesta de la Epifanía de 1694. Además del nombre de Pablo, se le dio también el de Francisco. Era, pues, Pablo Francisco. El primer nombre, por el abuelo paterno; el segundo, probablemente por devoción a san Francisco de Asís. Fue bautizado en la iglesia parroquial de Ovada, por el arcipreste D. Giovanni Bernardo Benzi. En el bautismo hizo de padrino Giovanni Andrea Danei, sacerdote pariente suyo y rector del oratorio de la Anunciación. Madrina fue su abuela María Catalina Massari<sup>10</sup>.

Cuando al pequeño Pablo se le abrieron los ojos no sólo del cuerpo sino también de la mente, se encontró junto a sí y a sus

7. PBC III, 174 (Fr. Francesco Franceschi).

8. Testimonio de G. Cioni, en StCr I, 88.

9. L II, 549.

10. El acta de bautismo puede verse en StCr. I, 101.



Crea vive

progenitores un hermanito más pequeño, nacido un año y algunos meses después de él. Según las costumbres de entonces, se le había dado el nombre del abuelo materno, Juan Bautista. Con este hermano, Pablo compartirá, tanto los juegos de la infancia, como todo su camino de vida y de santidad. Aquí tenemos otro ejemplo de la concordia que reinaba en la familia Danei. No siempre ha sucedido así, ni siquiera en las familias de los santos. Pero en este caso, un hermano seguirá a Pablo muy de cerca, otro tratará de seguirlo también. Todos sus hermanos tendrán una intensa religiosidad y una grande admiración por su hermano mayor, esto es, por Pablo Francisco.

11

Los recuerdos que se han conservado de la infancia de Pablo y de Juan Bautista son todos de orden religioso y provienen de las deposiciones hechas en los procesos canónicos. Cuando la madre les peinaba o les arreglaba, bastaba que les hablase de la pasión del Señor o de la vida de los padres del desierto, para que los niños se estuviesen quietos. La concordancia de tales testimonios y, más todavía, el hecho de que Pablo declarase haber sentido desde la infancia un gran deseo de servir a Dios y de imitar a los santos, no dejan duda de la profunda religiosidad de los dos pequeños, Pablo y Juan Bautista<sup>11</sup>.

cont. de p.

La casa en que nació Pablo era un palacete alquilado a los señores Buffa, familia respetable del país. La fachada daba a la plaza de Santo Domingo. La casa tenía dos pisos, más la planta baja, en la que estaba el comercio del padre. Era una casa mayor y más bonita que la mayor parte de las casas de entonces. Hoy es monumento nacional y en ella hay un pequeño museo, abierto a los visitantes y devotos. Para los dos hermanitos, el corazón de la casa era una pequeña capilla doméstica que ellos se habían preparado en el amplio desván de la casa. Allá arriba se retiraban a orar, a imitar las ceremonias solemnes que admiraban en la iglesia y las penitencias de los santos, de los que la mamá les leía las biografías<sup>12</sup>.

En torno a la casa, estaba el pueblo y el campo, que ellos comenzaron a explorar lentamente. Ovada está ubicada en la con-

11. Cf., sobre todo, las deposiciones de su hermana Teresa en el PBC II, 25, y la del hermano Buenaventura Ladi en PBC I, 311.

12. PBC II, 25 (Teresa Danei).



fluencia de dos afluentes del Po, los ríos Orba y Stura, y circundada de verdes colinas dedicadas especialmente al viñedo. Inmediatamente detrás, el Apenino Ligure. Con sus 12.000 habitantes, Ovada tiene hoy un aire decididamente próspero. El centro histórico, muy bien conservado como estaba en tiempos de Pablo, es testimonio de un pasado igualmente activo y laborioso.

### *El pequeño comercio de la familia Danei*

El universo materno de Pablo se iba abriendo espontáneamente al mundo de su padre, Lucas, y al de su actividad comercial. La familia Danei había tenido en el pasado una importancia notable en la historia de Castellazzo Bormida, de donde procedía. Aunque pertenecía a la pequeña nobleza campesina, en los últimos decenios había sufrido una decadencia económica, debida, tal vez, a las numerosas guerras que habían azotado la zona en el seiscientos<sup>13</sup>. Esto no quiere decir, sin embargo, que fueran una de las familias pobres del pueblo, como la mayoría.

Tanto la familia Danei como la familia Massari eran familias de pequeños comerciantes<sup>14</sup>. Pero las características del pequeño comercio eran entonces muy diversas de las de los minoristas de nuestro tiempo. Si tampoco hoy resulta fácil abrirse camino entre la maraña de las leyes fiscales y comerciales, entonces debía ser prácticamente imposible. La revolución francesa y Napoleón han tenido el mérito innegable de racionalizar notablemente la vida social. Antes era una realidad totalmente distinta, difícil de comprender hoy, realidad hecha de autonomías y privilegios, de intervenciones diversificadas según las varias fuentes de autoridad legítima o no, intervenciones que gravaban sobre todo al pueblo indefenso.

Así, Lucas Danei, por algún problema que tuvo con el fisco, se vio obligado a emigrar de Castellazzo, su pueblo de origen y entonces perteneciente al Ducado de Milán, a Ovada, perteneciente a la República de Génova<sup>15</sup>. Más tarde, en 1709, Lucas será arres-

13. StCr I, 70-71.

14. P. Federico, *Contributi minimi alla biografia di S. Paolo della Croce*, 256-257.

15. Para todo esto, cf. StCr I, 72-76.



parte distinta  
del paradigma

tado y encarcelado por haber usufructuado tradicionales privilegios de Cremolino respecto al comercio de tabaco<sup>16</sup>. Del mismo Pablo se dice, como si fuera una hazaña, que había llevado un pequeño saco de tabaco, probablemente de contrabando, de un país a otro en pleno invierno<sup>17</sup>. En otra ocasión cayó en manos de los bandidos, que le robaron la mercancía y el dinero, y que sólo por compasión le perdonaron la vida<sup>18</sup>.

Razones de comercio o para defenderse de las leyes vejatorias, llevaron a Lucas a cambiar varias veces de residencia. En Ovada estuvo de 1685 a 1701. De allí pasó a Cremolino, en el Ducado de Mantua, donde residió hasta 1709. Entre 1709 y 1710 fue a Campo Ligure, otra vez en la República de Génova, y, según parece, poco después a la misma ciudad de Génova o algún otro lugar vecino, donde permaneció cinco años<sup>19</sup>. Hacia 1716, Lucas Danei volvió a Castellazzo, su ciudad de origen y que, en ese tiempo, había pasado al Ducado de Saboya<sup>20</sup>.

También el abuelo materno de Pablo, Juan Bautista Massari, tuvo problemas con la justicia por su actividad comercial. En 1698 fue citado a juicio por haber vendido pólvora para morteros a un cierto Siri, que se había asegurado el monopolio de ella en Ovada. No se sabe cómo terminó el asunto, pero resulta que, cuando esta venta indiscriminada, Juan Bautista se encontraba en el negocio juntamente con un niño de cuatro años, que era probablemente su nieto Pablo<sup>21</sup>.

No sabríamos decir si estas condiciones de vida de la infancia de Pablo tuvieron o no un influjo particular en su camino espiritual. Lo cierto es que influyeron en no pocos aspectos de su vida. Si se piensa que muchísimas personas de aquel tiempo no salían casi nunca del lugar en que habían nacido o se llegaban solamente a los pueblos más cercanos<sup>22</sup>, se comprenderá lo diversas que fueron

16. G. Gaino, *Cremolino nella storia*, Asti 1941, 91-93.

17. Testimonio de G. Cioni ofrecido en StCr I, 120.

18. PBC I, 122 (G. Cioni).

19. *Istruzione per il sig. Paolo Francesco Daneo per ottenere le dimissorie ad ordines*, en Bollettino (1928), 118.

20. Según Cioni, después de enrolarse en la guerra contra los turcos, Pablo fue a Castellazzo, a casa de sus padres: *Annali*, 31.

21. G. De Sanctis, *Anna Maria Massari Danei. Madre di Santi*, 15-16.

22. G. Livet-R. Mousnier, *Storia d'Europa, Dallo Stato assoluto all'Illuminismo* IV, 150.

capa del de respald  
momento y momentos,  
de la realidad.

de las de sus coetaneos la infancia y la juventud de Pablo y de Juan Bautista. La posición particular de la zona en la que habían nacido, puede haber favorecido el nomadismo de su familia. Situada en los confines de cuatro pequeños estados —el Ducado de Milán, el de Mantua, el de Saboya y la República de Génova—, resultaba fácil pasar de un estado a otro y hasta sucedía con frecuencia que los mismos pueblos pasaban de un dominio a otro.

Así, se puede decir que, desde que abrió los ojos acá en la tierra, Pablo se encontró envuelto en aquella vida agitada y aventurera de los pequeños comerciantes de confines, entre continuos intentos de compraventa, tráfico y aduanas, pequeños contrabandos, denuncias y miedos.

Como se deduce de todo esto, su infancia y juventud están caracterizadas por la actividad comercial y los frecuentes viajes y cambios de domicilio. Estas características favorecieron, en su vida consagrada, la movilidad, la disponibilidad a cambiar de un lugar a otro, el desapego de las cosas y de los lugares, el valor para emprender viajes, la rapidez de las decisiones en busca de una ganancia de otra naturaleza, esto es, espiritual.

De la piedad de Lucas Danei no se han hecho los mismos elogios que de la de Ana María, lo que no significa que no fuese un hombre profundamente piadoso y honesto. Se recuerda que no quería que sus hijos manejaran armas ni siquiera para la caza, ni que jugasen a las cartas<sup>23</sup>. Murió en 1727, de una caída producida involuntariamente por otro. Lucas Danei pidió insistentemente a su hijo José que perdonase al causante de la caída. También murió deseando el martirio.

La carta que Pablo escribió en aquella ocasión a su madre es una confirmación de la fe de Lucas. En ella se dice, entre otras cosas: «Querida señora y madre, esté alegre con la esperanza cierta de que se encuentra en el paraíso y haga que todos los demás de casa se alegren también»<sup>24</sup>.

23. PBC II, 24 (Teresa Danei).

24. L I, 90.



## Orientado hacia la piedad y el comercio (1701-1712)

### *Un mundo en guerra*

El único recuerdo que se conserva de la infancia de Pablo y Juan Bautista y que no se refiere directamente a lo sobrenatural, es el de sus estudios. Los carmelitas de Cremolino les dieron las nociones elementales. Lucas Danei contaría, durante mucho tiempo, el elogio, probablemente un poco exagerado, que de Pablo hizo su maestro: «No sé qué enseñarle; el niño sabe ya tanto como yo»<sup>1</sup>. Pablo y Juan Bautista, por lo tanto, pertenecían a esa minoría de niños orientados entonces desde su infancia hacia los estudios.

En la escuela, Pablo y Juan Bautista se abrieron a la realidad social y política del mundo en que vivían. Se dieron cuenta de que estaban entre una República, la de Génova, en una imparable decadencia<sup>2</sup>, y el Ducado de Saboya, que aumentaba cada año en importancia. Los tiempos de su infancia estuvieron caracterizados por la guerra de la Liga de Augusta, que sacudió particularmente las tierras del Piamonte. El duque Vittorio Amadeo II, el gran artífice de la potencia de Saboya en el setecientos, se había adherido también a la Liga para liberarse de las pretensiones de su más poderoso vecino, Luis XIV, denominado el Rey Sol, y adquirir así prestigio en Italia. La guerra duró de 1688 a 1697. La industria de la guerra fue llamada, con razón, la industria más importante

1. PBC II, 29 (Teresa Danei).

2. G. Livet-R. Mousnier, *Storia d'Europa, Dallo Stato assoluto all'Illuminismo* IV, 58.

del seiscientos<sup>3</sup>. Se ha destacado también cómo los tres grandes flagelos de aquel tiempo estaban bien determinados en la plegaria litúrgica de la Iglesia: «De la peste, del hambre y de la guerra, líbranos, Señor».

La guerra no preocupaba tanto a la gente sencilla por los trastornos políticos de los que se interesa particularmente la historia, cuanto, sobre todo, por las devastaciones que provocaba el paso de los ejércitos. Con frecuencia mal pagados por los príncipes, los soldados se compensaban por sí mismos, saqueando las tierras por las que atravesaban. Después de sólo cuatro años de paz, en 1701 comenzó la guerra de sucesión española, llamada por algún historiador la «primera guerra mundial» de la era moderna, porque se combatió en España, en Italia, Países Bajos, Alemania e incluso en las colonias de más allá de los océanos<sup>4</sup>. El duque de Saboya, que la inició, tomó parte en ella como aliado de Francia; luego, como aliado de los imperiales.

La guerra se recrudeció continuamente en el norte de Italia. Como ya hemos visto, Lucas se había trasladado a Cremolino en 1701. Había abierto allí un negocio y había conseguido del ayuntamiento el encargo de las aduanas y de los impuestos del tabaco, y el ser concesionario del mismo. Cremolino formaba todavía parte del Ducado de Mantua, pero pronto pasaría al de Saboya. En 1704 los ejércitos se encontraron también en el Monferrato, al que pertenecía Cremolino. En 1706 pasó a Bosco Marengo y a Castellazzo el legendario comandante de los ejércitos imperiales, Eugenio de Saboya, para unirse a su primo Vittorio Amadeo en Turín, asediada por los franceses. Fue entonces cuando sucedió el célebre episodio de Pedro Micca, que se sacrificó para salvar la ciudad. La victoria de Turín, en cuyo recuerdo se erigió la basílica de Superga, decidió la suerte de la guerra a favor de los imperiales. En 1707 el Monferrato pasó a Saboya y los Danei pasaron también a ser, para todos los efectos, ciudadanos piemonteses.

En Italia cesó la supremacía española para dar lugar a la austriaca, que duraría hasta nuestro siglo. Pablo no se apasionó, ni entonces ni después, por ninguna de las partes en conflicto. Se daba cuenta de que no merecía la pena tomar parte a favor de uno

3. *Ibid.*, 199.

4. Varios, *Cronologia universale*, Milano 1987, 325.



información  
de la experiencia

u otro de los que luchaban por el dominio de los pueblos, para sus propios intereses. En cambio, es probable que surgiera en él ya entonces la compasión por su «pobre Italia», como varias veces calificaría a su patria, y por el «pobre mundo», desgarrado por tantas divisiones, ambiciones y contrastes<sup>5</sup>.

### *La gran familia de los fieles*

Ya desde entonces, la mayor pasión de Pablo fue ciertamente la suerte de la Iglesia. Mucho se ha hablado y se habla todavía de los males de la Iglesia de aquel tiempo. En realidad no faltaban tampoco entonces hombres santos y sinceramente apasionados por el crecimiento del cuerpo místico de Cristo, como veremos también en esta historia. El concilio de Trento había apuntado justamente y sobre todo a la reforma del clero. Pablo encontraba en su pueblo natal, Ovada, más de 25 sacerdotes. Entre ellos, algunos eran sinceramente piadosos, otros mundanos o incluso escandalosos. El más famoso era el abate Hortensio de Cremolino, de la familia de los marqueses Faà di Bruno, que en el siglo siguiente daría a la Iglesia el beato Francisco. Autor de varios delitos, condenado en contumacia por el Santo Oficio, precisamente en 1707, pasado el Monferrato a Saboya, el abate Hortensio había encontrado refugio en Ovada<sup>6</sup>.

La religiosidad popular era muy fuerte y se expresaba en fiestas, peregrinaciones, veneración de santos y de reliquias, y estaban muy difundidas las cofradías. Toda la familia Danei formaba parte

clero diverso  
malo

5. «Povera Italia», L I, 428; «Povero mondo», L II, 367; IV, 267.

6. M. Vaussard, *La vita quotidiana in Italia nel Settecento*, Milano 1990: «El clero, absolutamente excesivo, que en todo el Estado italiano es el principal propietario del terreno, que goza de extraordinarios privilegios sobre todo en materia judicial, que reina imperiosamente sobre las conciencias de todas las categorías de las más altas a las más humildes, presenta tan amplia variedad de prototipos, que desanimaría a cualquiera que intentase clasificarlo o hacer cualquier juicio general del conjunto. Abarca a prelados sibaritas y auténticos santos, grandes literatos y diáconos ignorantes, monjes disolutos o perezosos y admirables educadores, confesores indulgentes, incluso ante las peores flaquezas morales, y predicadores rigurosísimos, embebidos en máximas jansenistas» (86-87). Para cuanto se refiere al abate de Carentino, cf. G. Giorgielli, *Storia della contesa fra i marchesi di Bergamasco e i marchesi Faà di Bruno nell'Acquese*: Rivista di storia, archeologia ed arte della Provincia di Alessandria VII (1899) 25ss; P. Palazzini, *Francesco Faà di Bruno, scienziato e prete I*, Roma 1980, 48.



de la Cofradía de la Santísima Anunciación, de Ovada. El oratorio de la Santísima Anunciación se encuentra precisamente a pocos metros de la casa natal de Pablo, y era rector del mismo don Andrea Danna, probablemente familiar de Lucas<sup>7</sup>. Los Danei continuaron frecuentando este oratorio incluso después de haber establecido su residencia en Cremolino. En sus archivos se encuentra la primera firma autógrafa del santo, muy semejante a las posteriores. Es de 1707, cuando Pablo tenía 13 años<sup>8</sup>.

El pueblo fomentaba una religiosidad muy vinculada a la necesidad de gracias para la salud, para el buen tiempo, para la protección en las distintas necesidades. La jerarquía se esforzaba en enriquecer sus contenidos, siguiendo las enseñanzas del concilio de Trento, pero eran, sobre todo, los santos los que llegaban a transformar verdaderamente el pueblo cristiano con misiones populares, escuelas e instituciones de caridad<sup>9</sup>.

De los padres de san Pablo de la Cruz se recuerda el gran interés por enviar sus hijos a la doctrina, como se ha venido llamando hasta nuestro tiempo la escuela del catecismo<sup>10</sup>. El mismo contaba, ya anciano, que, de joven, «su mayor placer y consuelo era ir por las iglesias, asistir en ellas al coro con los sacerdotes, cantar las alabanzas divinas y aprender las funciones eclesiásticas»<sup>11</sup>.

Pablo llegó ciertamente a comprender, ya desde entonces, lo lejos que se encontraban de Dios muchos eclesiásticos, lo que le haría exclamar más tarde: «Oh Dios, qué ganas me vienen de llorar»<sup>12</sup>.

Hay que reconocer, sin embargo, que su relación con la Iglesia fue para él, fundamentalmente, positiva, como lo fue también su relación con la familia. Ansioso de oración, veía en la Iglesia, sobre todo, aquella comunidad espiritual que le permitía beneficiarse de los sacramentos, de la liturgia y de la presencia eucarística.

Vistas las condiciones en que Lucas Danei vivía y ejercía el comercio en Cremolino, se comprende fácilmente que, en 1709,

7. StCr I, 71.

8. Puede verse reproducida en StCr I, tabla XVIII, 69.

9. C. Russo, *La religiosità popolare nell'età moderna, problemi e prospettive*, en *Problemi di storia della Chiesa nei secoli XVII-XVIII*, Napoli 1982, 137-190.

10. PBC II, 24 (Teresa Danei).

11. PBC I, 32 (G. Cioni).

12. L II, 687 (a mons. G. Oldo, 25-3-1749).





*Ven. Juan Bautista Danei.*

*Retrato original en el monasterio de monjas pasionistas de Tarquinia*

cayese bajo el punto de mira del fisco. Fue arrestado y metido en la cárcel de Acqui. Los habitantes de Cremolino, sin embargo, estuvieron todos de su parte. El ayuntamiento trató de la posibilidad de presentar un recurso a su nuevo amo, Vittorio Amadeo II, vencedor en la batalla de Turín. Se creyó que sería mejor enviar dos delegados a Casale Monferrato para tratar con los ministros del Duque, tanto que se les confirmasen los privilegios de que habían gozado anteriormente, como la liberación de Lucas Danei, que tenía una función oficial en el pueblo<sup>13</sup>.

No sabemos cómo terminó el asunto, pero sí que, al año siguiente, los Danei habían pasado de nuevo a la República de Génova, en Campo Ligure, donde, al menos, Pablo iría a vivir en la misma capital de la República. Allí tuvo su primera experiencia de vida en una gran ciudad. Parece que estuvo hospedado en casa del marqués Paolo Girolamo Pallavicini<sup>14</sup>. Aunque no tan floreciente como en el siglo anterior, en que había llegado hasta 70.000 habitantes, Génova mantenía todavía una notable vitalidad<sup>15</sup>. Tampoco la economía italiana, en general, estaba entre las más avanzadas de Europa. Sin embargo, se estaba delineando ya, al inicio del setecientos, aquella diferencia entre el norte y el sur, que habría de mantener al norte de Italia a niveles europeos.

El Monferrato, de donde Pablo era originario, estaba situado precisamente en el cruce entre las tres grandes ciudades que constituirían el triángulo industrial de Italia: Turín, Génova y Milán. Pero la clase burguesa y comercial era ya entonces la que comenzaba a destacar. Pablo tenía en esto una buena experiencia familiar y, además, la ventaja de sus estudios. Al inicio del setecientos, la humanidad, que, por las enfermedades y las carestías, había logrado mantener con dificultad el nivel demográfico al que había llegado al final de la edad media, comenzó aquella marcha ascendente, que no cesaría hasta nuestros días. Al joven Pablo, estudiante y comerciante, se le presentaba un porvenir prometedor. Pero, como veremos, Dios tenía sobre él otros designios.

*ejercicio de  
santidad*

13. G. Gaino, *Cremolino nella storia*, 91.

14. En 1770, ya muy anciano, Pablo se encontrará con el cardenal Pallavicini, hijo de Girolamo, entonces Secretario de Estado, y le recordará que, de joven, había tenido relación con su padre en Génova. El encuentro es consignado en *Annali*, 265.

15. D. Carpanetto-G. Ricuperati, *L'Italia del Settecento*, 16-18.



## El toque del Espíritu (1713-1716)

Primer encuentro con Cristo  
vivo

### *La conversión*

El verano de 1713, a la edad de diecinueve años y medio, la vida de Pablo Danei experimentó un cambio fundamental. El padre Juan María Cioni, primer cronista de la futura Congregación pasionista, lo narra con estas palabras: «Aunque siempre había vivido ejemplarmente y había sido muy edificante, a la edad de diecinueve años y medio, aproximadamente, al oír un discurso familiar del párroco, se sintió tan conmovido y arrepentido, que resolvió entregarse a una vida de santidad y perfección. Echándose a los pies de dicho párroco, quiso hacer allí mismo confesión general, en la que el Señor le concedió tal dolor e íntima compunción, que poco faltó para que se destrozase el pecho golpeándose con una piedra»<sup>1</sup>.

No sabemos dónde sucedió este episodio, ni quién fuera el párroco de aquel discurso. La experiencia tenida por Pablo podría manifestarse como un trauma sentimental, emotivo. Lo que nos asegura que se trata de un toque del Espíritu Santo es la transformación duradera que produjo en él. Si queremos comparar esta experiencia con otras similares en la historia de la Iglesia, podemos recordar la iluminación de san Antonio abad, que se sintió sacudido por una frase del Evangelio repetida en una predicación: «Vete, vende lo que tienes, da lo que saques a los pobres y luego ven y sígueme». O recordar, igualmente, la noche de fuego de Blaise Pascal, en la que el filósofo intuye al Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob como diverso del Dios de los filósofos y de los sabios, y se siente totalmente transformado.

1. PBC I, 32 (G. Cioni).

## → Ayuda para el comienzo del proceso

De tales experiencias no se vuelve atrás nunca. Es como Espiritu marcarse el alma con una señal indeleble, con un consagrándola definitivamente para su obra. «Desde el principio de su conversión me confió varias veces —dice también el p. Juan María Cioni— que el Señor le concedió una gracia grandiosa de oración, y que se sentía tan totalmente y de tal manera atraído y elevado en Dios, que nunca se hubiera separado de él»<sup>2</sup>.

La palabra «conversión» fue usada por el mismo Pablo en una carta a mons. Gattinara, obispo de Alejandría, escrita poco tiempo después, en 1720. Como esta palabra se usaba normalmente para indicar el paso de la incredulidad a la fe, o del abandono de las prácticas religiosas a su vuelta a ellas, algunos biógrafos creen que se trata de una segunda conversión, o de un modo de hablar usado por el santo por humildad. De hecho —indican—, ya antes Pablo era un cristiano observante y devoto. En estas precisiones se puede observar una acepción más bien exterior y moralista de la palabra conversión. Lo que a nosotros nos interesa más es ver cómo Dios obró en Pablo, para dar inicio, por medio de él, a un movimiento vital de espiritualidad, a una realidad nueva y fecunda en la Iglesia. Desde este punto de vista, el hecho de su «conversión» adquiere una importancia que difícilmente puede sobrevalorarse.

Antes de esta conversión, Pablo era ya un cristiano devoto. Después, es un hombre que ha consagrado toda su vida a Dios y que sólo le busca a él. La conversión es para él un verdadero bautismo en el Espíritu, en la muerte y en la resurrección de Jesús. Muere a todos los intereses que no se refieren a su Dios. Nace a un amor ardiente por Dios y por su Reino. Antes de la conversión vivía todavía en la ley. Después vivirá en el amor y en el ensimismamiento. En adelante, para él hay un solo principio de acción: Dios y su voluntad. Y una sola tensión: estar unido a Dios. Todas las demás cosas, las ve y las ama en este principio, del cual ellas promanan ordenadamente.

La gracia pasa siempre a través de mediaciones. Si buscamos una mediación para la conversión de Pablo de Tarso, podemos pensar en la fuerza del perdón de Esteban, a cuyo martirio asistió. En el joven Saulo, el perdón así ofrecido encuentra un corazón honesto y puro, incluso en su misma ceguera. Para Pablo Danei,

2. *Ibid.* III, 154 (G. Cioni).



la mediación fue, probablemente, la fe y el espíritu de sacrificio de su madre, Ana María. El comportamiento sucesivo de sus progenitores deja entrever la participación vivida, en cuanto a ellos les tocaba, en esta irrupción del Espíritu en la vida de su primogénito.

*El ideal de la cruzada - Alto en el camino, búsqueda del camino*

La fuerza del Espíritu había penetrado en el joven Pablo de un modo arrollador. El mismo no sabía cómo ni a dónde dirigirla. En mayo de 1715, el papa Clemente XI promulgaba un jubileo extraordinario para pedir oraciones y ayudas para la guerra que la República de Venecia estaba haciendo contra los turcos. Tal vez movido por sus progenitores —recordemos que el padre deseaba morir mártir—, Pablo se enroló como voluntario, renunciando a toda retribución económica<sup>3</sup>.

Pasó algunos meses en Crema, adonde habían sido convocados los voluntarios para su adiestramiento para la guerra. Esta ciudad lombarda pertenecía entonces a la República de Venecia. Sin embargo, un día —el jueves de carnaval de 1716— mientras pasaba su tiempo libre en una iglesia donde se tenía expuesto el Santísimo para la adoración de las cuarenta horas, Pablo comprendió que no era aquél el camino por el que Dios le llamaba. Ya había notado antes la enorme diferencia entre su vida y la de los demás soldados, el oportunismo de las preferencias de éstos y lo mundano de sus pensamientos y proyectos.

La guerra continuó con diversas alternativas. El príncipe Eugenio de Saboya encontró modo de cubrirse de gloria militar con las victorias de Petervaradino y de Belgrado. En 1718 se estipuló el tratado de paz en Passarowitz. Pero Pablo hacía tiempo que había vuelto ya al ambiente familiar, en el que le era mucho más fácil desarrollar los carismas de oración que tan abundantemente le había concedido el Espíritu santo.

La respuesta a la llamada del papa para la lucha contra los turcos, muestra que Pablo tenía ya sensibilidad por ideales de tiempos diversos de aquellos en los que él vivió. Esta sensibilidad

3. *Ibid.* II, 25 (Teresa Danei).

se manifestará también luego de varios modos. Su desarraigo físico contrasta con su arraigo espiritual. Pablo parece un hombre de morada fija. Impresiona el número de lugares en que ha vivido. Consta con certeza que, además de Crema, estuvo en las diócesis de Parma y de Ferrara<sup>4</sup>, en las de Alba y de Tortona, y parece verosímil, incluso, un viaje suyo a Oriente Medio, a Aleppo, ciudad de Siria<sup>5</sup>. No conocemos casi nada acerca de estas estancias. Sabemos un poco más de la diócesis de Alba. Estuvo en Novalesime en el Cuneese, en casa de un matrimonio sin hijos, que le había cogido cariño y pensaban hacerle su heredero. Sin embargo, cuando llegó a conocer sus verdaderas intenciones, Pablo regresó a su familia, según parece a Castellazzo Bormida, residencia por entonces definitiva de los Danei y que había sido también su lugar de origen.

4. Se trata de un documento para la ordenación sacerdotal publicado en *Archivum* (1928) 117-118.

5. P. Ferrario, *Nota della Chiesa e suoi ad Aleppo?* *Rivista di Storia* (Como in Italia) (1961) 236-237.



## Pablo, seglar santo (1713-1720)

El padre Juan María Cioni declaró en los procesos de canonización: «Un día en que Pablo se encontraba en el mayor de sus abandonos espirituales, me dijo con semblante triste y melancólico: 'Me parece haber equivocado el camino! Si me hubiera quedado en el mundo, tal vez me hubiera salvado, y así...'»<sup>1</sup>. Estamos tan habituados a pensar en Pablo como sacerdote y superior de una congregación clerical, que se nos hace difícil imaginarlo laico y santo. Sin embargo, Pablo tuvo ya de seglar todas las gracias de conversión y de oración, y todas las inspiraciones relacionadas con la fundación de la Congregación pasionista. Siendo todavía seglar, Pablo fue además predicador y director espiritual, y más de una vez ejerció este apostolado con sacerdotes o aspirantes al sacerdocio. Hay que tener en cuenta estos elementos, particularmente en nuestro tiempo, en el que se insiste, justamente, sobre la vocación universal a la santidad. Resumamos en algunos puntos las características de la vida de Pablo todavía en el mundo.

### *La oración*

La oración era la pasión más fuerte de Pablo, como ya se ha indicado anteriormente. No se trataba únicamente de la oración vocal y litúrgica, sino todavía más de aquella que un tiempo se llamaba oración y que constituía el deseo y la búsqueda de todos los enamorados de Dios. Dice también el padre Juan María: «Desde el principio de su conversión, varias veces me confió que el Señor

1. PBC I, 32 (G. Cioni).

Primeras gracias más visibles

2º  
momento  
gracias  
menor  
sensibles

le concedió una gracia grandísima de oración y que se sentía elevado en Dios, que nunca se hubiera separado de él. Con frecuencia se sentía arrebatado *extra sensus* (más allá de los sentidos en altísimo éxtasis)<sup>2</sup>. Y prosigue el mismo autor: «Sin embargo pronto le despojó el Señor de estas gracias más sensibles y comenzó a visitarlo con otras más espirituales y remotas de los sentidos. De aquí que las visiones que le daba eran intelectuales y las iluminaciones que le infundía ordinariamente, a modo de impresión como se imprime la forma de un sello en la cera blanda»<sup>3</sup>. También: «Una vez, especialmente, tuvo tal luz e inteligencia de la divinidad, que desapareció de él todo lo creado, pareciendo que la fe se había cambiado en evidencia»<sup>4</sup>.

Junto a estos dones de oración se encuentran también pruebas terribles, consistentes en dudas de fe. Pablo contaba que a veces posaba la cabeza sobre la balaustrada y permanecía así largo tiempo, para ayudarse a soportar tales dudas<sup>5</sup>.

¿Cómo pueden darse las dudas a la vez?

Consejeros y directores espirituales

La abundancia de dones espirituales no enorgullecía al joven Pablo, sino que le estimulaba más bien a buscar ayuda y confirmación de lo que le sucedía, para no desviarse del camino hacia Dios. Por eso acudió a una religiosa de Alejandría, con fama de santidad<sup>6</sup>. En Génova oyó hablar de María Antonia Solimani, joven un poco mayor que él, pues había nacido en 1688. En la biografía de esta Venerable, fundadora de las Eremitas Batistinas, se dice que Pablo «acudía frecuentemente a visitarla para tratar problemas espirituales y recibir consejo»<sup>7</sup>. La joven de Génova era muy sensible a una dimensión de la espiritualidad que caracterizó también luego al amigo de Castellazzo: la soledad. Pablo mantuvo mucho tiempo con ella una gran amistad. En los años cuarenta, los de

→ guía en el camino

- 2. *Ibid.*, 154 (G. Cioni).
- 3. *Ibid.*
- 4. PBC I, 117 (G. Cioni).
- 5. *Ibid.*
- 6. Strambi, 18.
- 7. G. Musso, *Una mística del secolo XVIII. Vita della Madre Giovanna Antonia Solimani*, Genova 1960, 59.



se intercambiaron los ejemplares de las Reglas de sus institutos, aprobados por el mismo papa Benedicto XIV<sup>8</sup>.

Pablo se confesaba con el párroco, que no era propiamente un director espiritual, sino más bien quien le ayudaba a caminar por la vía de la humildad y de la mortificación. Este hombre, definido benévolamente por el padre Juan María «como austero por naturaleza y propenso a la hipocondría»<sup>9</sup>, le hacía ponerse de rodillas en medio de la iglesia llena de gente, le negaba la comunión, le reprendía públicamente, y le hacía esperar horas enteras para confesarse. En una ocasión mandó al joven Pablo bailar públicamente en una pequeña fiesta, pero sucedió que las cuerdas de los instrumentos musicales saltaron de pronto. Los participantes en dicha fiesta la emprendieron con él y le echaron de allí gritando: «¡Fuera, fuera, brujo, aguafiestas!»<sup>10</sup>. Pablo aceptaba las humillaciones con el entusiasmo del neófito y resistía a las invitaciones que se le hacían de cambiar de confesor. El, en cambio, solía decir: «Este confesor me va, porque me hace bajar la cabeza»<sup>11</sup>. Finalmente fue el mismo párroco el que se dio cuenta de no entender a su penitente y le aconsejó que se buscara otro.

En aquella circunstancia le ayudaron dos religiosos capuchinos: los padres Jerónimo de Tortona y Columbano de Génova. Este último dirigía también a la joven Solimani. Era muy buen conocedor de la doctrina espiritual y experto en la dirección de almas<sup>12</sup>. Otro director espiritual fue don Pablo Policarpo Cerruti, penitenciario de la catedral de Alejandría. Este tuvo mucho cariño al fundador de los pasionistas, fue bienhechor de la Congregación y, lo que más importa, orientó hacia la misma a varios jóvenes<sup>13</sup>. También era muy docto y experto en los caminos de Dios.

El último y más autorizado director del joven Danei fue el mismo obispo de Alejandría, mons. Francisco María Arborio, de los marqueses de Gattinara. Era de una familia muy antigua e

8. StCr I, 661, nota 65.

9. PBC I, 33 (G. Cioni).

10. Los muchos testimonios que recuerdan este hecho, narrado repetidas veces por Pablo, son presentados en StCr I, 169, nota 12.

11. PBC I, 34 (G. Cioni).

12. StCr I, 170, nota 19.

13. L II, 235 (al conde M. Garagni, 16-7-1743) y 271ss (al canónigo Cerruti, 2-8-1741).



ilustre del Piamonte. Gran orador, querido de su pueblo, fue luego arzobispo de Turín y tuvo gran parte en convencer al rey Carlos Emanuel III para que no cediera a las intromisiones del papa después de su abdicación<sup>14</sup>. Se tiene la impresión de que las biografías del santo, a excepción de la de Strambi, no valoran suficientemente la aportación de mons. Gattinara a la formación de Pablo. Strambi pone de relieve su gran santidad; murió pidiendo a Dios que le castigase a él, pero que salvase a su rebaño de los desastres de la guerra<sup>15</sup>. Es ya digno de admiración que un obispo noble del setecientos se dedicase a dirigir espiritualmente a un joven de su diócesis, mandándole que le consignara por escrito cuanto sucedía en su espíritu. El padre Juan María recuerda que el obispo, al oír hablar a Pablo, «derramaba copiosas lágrimas»<sup>16</sup>. Hombre de Dios, el obispo Gattinara entendía que la Iglesia no crece fundamentalmente con las diplomacias y las organizaciones, sino con la acogida del Espíritu. Después de la confesión general de Pablo, mons. de Gattinara no actuó solo, sino que pidió también el consejo de otros, particularmente del padre Columbano de Génova. En él, Pablo tuvo otra viva experiencia de la paternidad de Dios, tanto más importante, cuanto que se trataba de una paternidad espiritual y de una comunicación de la maternidad de la Iglesia.

coayuda en el camino

### *Despego del mundo y penitencia*

La expresión «despego del mundo», tan querida de Pablo de la Cruz, no significa falta de amor a las personas o cosas del mundo, sino rotura con la lógica del mundo, con los mecanismos de un mundo de pecado y de violencia. Como se ve por su mismo testimonio, Pablo vive inmerso en la oración. Acepta las humillaciones del párroco y se las procura por sí mismo. Va por la calle sin arreglarse la barba ni el pelo, y con una manera de vestir descuidada<sup>17</sup>. Pasa noches sin acostarse en la cama, durmiendo sobre tablas desnudas. Se castiga con un instrumento llamado dis-

14. Cf. la palabra Gattinara, en *Enciclopedia Italiana* (Treccani) XVI, 450-451.

15. Strambi, 22-25.

16. PBC I, 41 (G. Cioni).

17. PBC II, 66 (Sardi); I, 33 (G. Cioni); I, 151 (G. Cioni).



ley + amor  
búsqueda de Dios  
despego del mundo

ciplina. Ayuna, camina con los pies descalzos. En todas estas penitencias tiene siempre por compañero fiel a su hermano Juan Bautista. También su hermana Teresa, que tenía entonces doce años (1715), intenta ir descalza, pero no puede resistir<sup>18</sup>.

Que el despego del mundo no fuese misantropía o desequilibrio mental lo demuestra el amor que Pablo sentía hacia sus padres y hacia los pobres. Para ayudar a su padre que se encontraba en dificultades económicas, empeña su propia ropa de vestir, volviendo a casa con sólo una levita<sup>19</sup>. Socorría de mil maneras a los pobres, hasta el punto de que su madre tuvo que llamarle la atención, temiendo que algún día volviese totalmente desnudo<sup>20</sup>. Visitaba regularmente a los enfermos.

otra parte de  
su carisma

### *Irradiación apostólica*

Además de con su ejemplo, Pablo exhortaba a la conversión a Dios también con su palabra. Daba catecismo a los adultos en la iglesia, particularmente a los hermanos de la cofradía de san Antonio, a la que pertenecía. Bien pronto le eligieron hermano mayor de dicha cofradía, lo que le ofreció la oportunidad de tener conferencias espirituales y de enseñar a hacer oración<sup>21</sup>. En torno a Pablo Danei se reunía un nutrido grupo de coetáneos —unos treinta—, que le seguían en el camino espiritual. Fue su primera comunidad, señal de su natural aptitud para atraer y acoger compañeros compartiendo con otros los propios dones, nota que lo caracterizará toda su vida. Unos veinte de esos jóvenes se hicieron luego sacerdotes o religiosos<sup>22</sup>. El les comunicaba sus experiencias espirituales y la cultura que iba adquiriendo con la lectura de obras místicas. Uno de esos jóvenes, luego hermano capuchino, recor-

18. PBC II, 33 (Teresa Danei); G. De Sanctis, *Anna Maria Massari Danei. Madre di Santi*, 60. Castellazzo es muy frío en invierno, con mucha niebla y humedad.

19. PBC II, 77 (F. Damele).

20. PBC II, 26 (Teresa Danei).

21. PBC II, 30 (Teresa Danei); cf. G. De Sanctis, *L'avventura carismatica di S. Paolo della Croce*, Roma 1975, 21-23.

22. PBC II, 50 (F. A. Capriata, capuchino, que nombra a los que se hicieron religiosos o sacerdotes diocesanos).



daba haber recibido de él una perfecta formación sobre la oración mental, sobre la vía purgativa, iluminativa y unitiva. Recordaba también que se inspiraba mucho en la doctrina de san Francisco de Sales, «que dominaba maravillosamente»<sup>23</sup>. El gran obispo san Francisco de Sales había vivido en el mismo estado de Saboya en que vivía Pablo, sólo que al otro lado de los Alpes. Había muerto hacía menos de un siglo, en 1622.

Entre los jóvenes y más fervorosos compañeros de Pablo se contaban Pablo Sardi, Antonio Schiaffino y Miguel Angel Michellini. El padre Columbano de Génova era el director espiritual de todos ellos. En una carta al obispo Gattinara, el piadoso capuchino describía con entusiasmo la vida interior de Antonio Schiaffino y de Miguel Angel Michellini, presentándoles como «compañeros de Pablo Francisco (Danei), al que creo en este momento honrado, por la suma piedad de Vuestra Señoría Ilustrísima, con el santo hábito»<sup>24</sup>.

### *Relación con sus padres*

La buena relación con sus progenitores, que permitirá a Pablo desarrollar una gran devoción a Dios Padre<sup>25</sup>, se demuestra, sobre todo en este período de su vida, en las opciones que hace y en las que se dispone a hacer. Para apreciar todo su valor, bastaría comparar esta concordia con la relación conflictiva que se dio entre san Francisco de Asís y su padre, Pedro Bernardone. Los padres de Pablo ven a sus dos hijos mayores tomar el camino de la vida religiosa y no sólo no se oponen, sino que se sienten muy felices. Pablo aprecia mucho sus obligaciones con la familia. No sabemos cómo logró conciliarlas con las exigencias de la oración, pero más de una vez dijo que permanecía con su familia por la necesidad de sus padres. Estos se benefician de su ayuda, pero no la exigen, estando siempre dispuestos a quedarse privados de ella, como sucederá después.

↳ santifican lo que le rodea

23. *Ibid.*

24. Este interesante documento está fotocopiado en StCr II, 1007-1010.

25. A. Lippi, *Teologia del Padre e teologia della Croce: La sapienza della Croce* (1986) 15-33, especialmente, para cuanto se refiere a san Pablo de la Cruz, 31-33.

↳ Lucey puede dar consejos sobre los padres de los niños.



## La preparacion próxima (1718-1719)

### *Las opciones*

Pablo era ya un joven alto y robusto. Con uno ochenta de estatura, superaba con mucho la media de los jóvenes de aquella época. Tenía el rostro alargado, los ojos profundos. Los ayunos y la penitencia le mantenían delgado. La oración y la intensa vida interior daban a su mirada aquella profundidad al mismo tiempo fuerte y dulce, que se observa en todas las personas de auténtica oración. I

En Castellazzo estaba para morir un tío suyo, don Giovanni Cristóforo. Hermano mayor de Lucas, tenía el privilegio de ser la línea hereditaria de los Danei. Invitó, por tanto, a Pablo, también primogénito, a vivir con él, con intención de hacerle heredero universal de cuanto poseía. Pablo se fue a la casa del tío en 1717, al poco tiempo de haber regresado la familia a Castellazzo<sup>1</sup>, que, en adelante, será la residencia permanente de los Danei.

Castellazzo, llamado en un tiempo Gamondio, tiene hoy unos cinco mil quinientos habitantes. Conserva un gran castillo, y algunas iglesias y palacios ricos en recuerdos históricos y artísticos. Se tiene la impresión de que las iglesias, casas parroquiales y conventos son hasta demasiado amplios para las exigencias de una población próspera, pero no numerosa. En la actualidad, algunos pasionistas atienden la parroquia de la ciudad y acogen a los religiosos y laicos que quieren revivir la experiencia de Pablo, llamada precisamente «experiencia de Castellazzo». A diferencia de

1. Cf. la deposición extraprocesal del canónigo Pablo Sardi, ofrecida en SrCt II, 1042-1061, especialmente 1045-1046.

Ovada, Castellazo es una típica ciudad pequeña de la llanura Po, cerca del río Bormida, pero bastante lejos de las colinas y montañas. El proyecto del tío sacerdote, según la mentalidad de entonces, era global y orgánico. No podía descuidar, por tanto, la perspectiva de un buen matrimonio. Examinados los varios partidos posibles, el tío optó por una joven de buena familia, de muy buenas cualidades y además deseosa de ser esposa de Pablo. Sin embargo, cuando don Giovanni Cristóforo expuso su proyecto al sobrino éste le dijo que tenía hecho voto de castidad<sup>2</sup>. El tío lo sintió, pero no se dio por vencido. Sin comprender qué tipo de determinación podía haber bajo este voto, escribió a Roma para pedir dispensa de él, a norma de los sagrados cánones.

El joven Pablo estaba muy decidido a seguir su camino, pero era al mismo tiempo muy respetuoso con las personas mayores y más autorizadas que él. Por tanto, se dirigió al Señor, pidiendo que le librase de esa situación. Un día, el tío organizó un banquete y preparó un encuentro entre los dos futuros esposos, haciéndoles sentar el uno al lado del otro. Pablo se mantuvo sumamente reservado, sin levantar los ojos<sup>3</sup>. Afortunadamente surgieron luego dificultades entre las dos familias sobre la dote de la novia. Durante ese tiempo, el tío falleció el 16 de noviembre de 1718.

Al abrirse el testamento, se vio que, efectivamente, don Giovanni Cristóforo había hecho a Pablo heredero de todos sus bienes. En él se encargaba a los albaceas, entre otras cosas, hacer un traje nuevo a Pablo, traje que éste empeñaría luego para ayudar a su padre. En cuanto al resto de la herencia, tomó únicamente un breviario para la oración, y dejó todo lo demás a sus hermanos, pidiéndoles, por limosna, lo que necesitaba para vivir. «Pero si tú eres el amo», le decía su hermana Teresa. A lo que Pablo replicaba: «Yo no tengo nada»<sup>4</sup>. La opción por la pobreza no fue en Pablo un acto de resignación a la fatalidad o hacer de la necesidad virtud, sino un acto verdaderamente consciente y libre. Lo mismo sucedió con la castidad y el celibato.

La muerte de don Giovanni Cristóforo no había apagado, sino más bien aumentado, el amor de la joven por Pablo, por lo que

2. PBC III, 248s (fr. Francesco Franceschi; II, 286-287 (Giuseppe Ruspantini).
3. PBC III, 249 (fr. Francesco Franceschi); SrCt I, 141-146 (Il gran rifiuto).
4. PBC II, 26.48 (Teresa y José Danei).



continuó pidiendo su mano. Lo seguía constantemente, incluso en la iglesia, haciéndose acompañar de una doméstica suya. Pablo permanecía inmóvil como una roca, oyendo los comentarios de los que se maravillaban de esto. «¿Cómo puede estar tanto tiempo de rodillas? ¿cómo aguantar el frío con los pies descalzos? ¿cómo podrá seguir una vida tan austera?»<sup>5</sup>. Con dicha joven, Pablo fue extremadamente paciente y respetuoso, esperando que Dios mismo le hiciera comprender que no tenía ninguna intención de vincularse a nadie, porque quería conservar el corazón libre y sólo para Dios. Ya adulto y sacerdote, recordará con ternura estos episodios de su juventud. El mismo se admirará de lo que Dios obraba entonces en él, joven totalmente libre de condicionamientos y del todo abandonado al Padre y a la Iglesia. Admirará, por decirlo así, el yo de entonces y dirá: «De joven, yo era un buen muchacho. Ojalá fuese ahora como entonces. Lo digo para mi confusión»<sup>6</sup>.

### *Las iluminaciones*

Con el estilo sobrio que le distingue tan claramente de sus panegiristas, Pablo recuerda cómo Dios le puso en el corazón la idea de dar inicio a una nueva congregación religiosa. Escribiendo a su obispo en 1721, le expresa, sobre todo, su deseo de retirarse a un lugar solitario:

«Yo, Pablo Francisco, pobrísimo y gran pecador, mínimo siervo de los pobres de Jesús, unos dos años después que mi amantísimo Dios me convirtió a la penitencia, pasando por la ribera de Génova, hacia poniente, vi una pequeña iglesia en un monte sobre Sestri, llamada de Nuestra Señora del Gazzo. Al verla, sentí en mi corazón deseos de aquella soledad; pero como estaba empeñado en el deber de caridad de ayudar a mis padres, no pude entonces ponerlo en práctica... En este tiempo me vino luz de vestir una pobre túnica de 'arbagio', que es de la lana más ordinaria de estos lugares, y andar descalzo, vivir con altísima pobreza, en suma, con la gracia del Señor, hacer vida penitente. No se me iba esto del corazón, y cada vez sentía mayor impulso a retirarme no sólo

5. G. De Sanctis, *L'avventura carismatica*, 14.

6. Ofrecido en SrCt I, 154.



aquella iglesita, sino en cualquier soledad, para seguir las invitaciones amorosas de mi Dios, que, por su infinita bondad, me llamaba a abandonar el mundo»<sup>7</sup>.

La primera y más típica inspiración fue la de la soledad, como desapego del mundo y atención a Dios. El lugar solitario atrae a Pablo ya desde joven. En esta atracción estaba el deseo de liberarse de tantas trabas del comercio, pero todavía más el de dedicarse totalmente a Dios.

Pablo prosigue diciendo que deseaba liberarse de los asuntos de casa para retirarse a la soledad. El mismo escribe:

«Pero el Sumo Bien, que por su infinita bondad quería otra cosa de este pobre gusano, no permitió que me liberase en aquel tiempo. Cuando estaba casi para soltarme del todo, surgían nuevas dificultades. Pero los deseos se hacían cada vez mayores. Entonces me vino otra inspiración: la de reunir compañeros para estar unidos y promover en las almas el santo temor de Dios, siendo éste el principal deseo. Pero a este deseo de reunir compañeros, yo no le hacía caso. Sin embargo, lo tenía siempre en el corazón»<sup>8</sup>.

Esta inspiración de reunir compañeros será también fundamental en la vida de Pablo. Nunca se sintió inspirado a ingresar en uno de los muchos institutos religiosos ya existentes. Se sintió inspirado a iniciar una forma nueva de entrega a Dios juntamente con otros que tuvieran los mismos ideales. Pasaron así algunos años de espera. Un día de verano de 1720, al volver a casa después de comulgar en la iglesia de los capuchinos, Pablo se sintió «elevado en Dios con grandísimo recogimiento», y se vio «vestido de negro hasta el suelo, con una cruz blanca sobre el pecho y, debajo de la cruz, el nombre de Jesús en letras blancas»<sup>9</sup>. «En ese instante — prosigue — sentí que me decían estas palabras: 'Esto es señal de lo puro y blanco que debe ser el corazón que ha de llevar grabado el nombre santísimo de Jesús. Al ver y sentir todo esto, no pude menos de llorar'»<sup>10</sup>. Más adelante, Pablo expresará algunas ideas que tuvo y que quedarán inmutables en las distintas ediciones de la Regla:

↳ 2º elemento carismático?

7. L IV, 217s (a mons. Gattinara, 1721).

8. *Ibid.*, 218.

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*, 218-219.



«Téngase en cuenta que la intención que Dios me da de esta Congregación no es otra, en primer lugar, que observar la ley de nuestro querido Dios con el cumplimiento perfecto de sus santos consejos evangélicos y, particularmente, el total despego de todo lo creado, ejercitándose perfectamente en la santa pobreza, tan necesaria para observar los otros consejos y mantener el fervor en la santa oración; tener celo de su santo honor, promover en las almas el santo temor de Dios, procurando la destrucción del pecado y, en suma, ser incansables en las fatigas santas de caridad. Todo para que nuestro querido Dios sea de todos amado, temido, servido y adorado por los siglos de los siglos. Amén»<sup>11</sup>.

De estas palabras se deduce claramente que el deseo más grande de Pablo era el expresado en la Biblia como el gran mandamiento del amor: «Ama al Señor tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo». Este mandamiento dado a todos constituye también el deseo más grande de quien camina hacia la perfección de la vida cristiana. Los que sigan a Pablo tendrán que estar animados por esta misma pasión: la pasión por Dios, el celo por su reino, su gloria. Las notas fundamentales de la futura Congregación aparecen ya en estas iluminaciones: amor de Dios, celo por su gloria, despego del mundo, soledad, pobreza, oración, apostolado orientado a erradicar el pecado y a reconciliar con Dios. Falta todavía aquello que será la nota unificante: la pasión de Jesús. De hecho, en el emblema Pablo ve solamente el nombre de Jesús, herencia de la devoción de su madre Ana María, y no todavía el misterio en el que ese nombre había manifestado toda su potencia: la pasión y muerte por obediencia al Padre y por amor a los hombres.

### *El último ataque: la experiencia del demonio*

En Castellazzo, Pablo se puso enfermo de una pierna, hasta tal punto que tuvo que meterse en cama y hubo que llamar al médico. Los que recuerdan esta enfermedad, en particular su hermana Teresa, la atribuyen a las grandes penitencias que hacía. Muchos recuerdan que estaba muy delgado, reducido casi a la piel

11. *Ibid.*, 220.

y a los huesos. El médico dijo que la enfermedad no era peligrosa, pero encontró al paciente muy intranquilo en el espíritu. De hecho, durante la noche Pablo cayó en angustioso delirio y comenzó a gritar fuerte, profiriendo, entre otras cosas, horribles blasfemias contra Dios, la Virgen y el lugar en que había nacido<sup>12</sup>.

La mañana siguiente se llamó a dos padres capuchinos, que probablemente le echaron los exorcismos. Los biógrafos se han preguntado mucho sobre la naturaleza de ese delirio. ¿Fue una verdadera obsesión diabólica? ¿O fue, incluso, una experiencia del infierno, como piensan algunos testigos de los procesos canónicos? Su amigo Pablo Sardi, ya sacerdote y canónigo de la catedral de Alejandría, recordaba que Pablo, al darse cuenta de las blasfemias que había proferido en el delirio, decía: «Es justo que ahora que estoy sano, exalte y alabe aquel nombre que he vituperado y blasfemado tanto en tiempo de mi enfermedad»<sup>13</sup>.

Ruro, 67

12. PBC II, 27 (Teresa Danci).

13. Deposition extraprocesal de Sardi ofrecida en StCr II, 1046.



## La consagración (1719-1720)

1  
25 años

### *El tormento de la duda*

En 1719 los dos hermanos Danei, Pablo y Juan Bautista, recibieron el sacramento de la confirmación de manos de su obispo, Mons. Gattinata. En aquella época, eran muchos los que recibían este sacramento en edad ya adulta. Lo mismo le sucedió a san Alfonso de Liguori, a pesar de vivir en Nápoles y estar metido en ambientes eclesiásticos, ya que era sobrino del obispo Cavalieri. Tanto san Alfonso como Pablo, lo recibieron a los veintiséis años<sup>1</sup>.

¿Fue en aquella ocasión cuando el obispo conoció a Pablo y éste comenzó a confesarse con él? Es muy probable. De hecho, el obispo permaneció varios días en Castellazzo para hacer la visita pastoral<sup>2</sup>, y es difícil pensar que, en aquella ocasión, no haya tenido conocimiento de la vida fervorosa de los hermanos Danei y del nutrido grupo de jóvenes en torno suyo. El obispo se entusiasmó con Pablo hasta derramar lágrimas de consuelo. Siguieron, sin embargo, dudas, motivadas, tal vez, por el escepticismo de algunos eclesiásticos. Mons. Gattinara quiso entonces consultar con algunos maestros de la vida espiritual, y tuvo varios encuentros con Pablo. Un testigo de los procesos recuerda que éste le decía que había sido examinado meticulosamente varias veces: «He pasado por la criba; exámenes sobre exámenes»<sup>3</sup>. Pablo hizo, ante todo, con él su confesión general, como lo había hecho ya inmediata-

es real  
el car  
i?

1. T. Rey-Mermet, *Il Santo del secolo dei Lumi. Alfonso de Liguori*, Roma 1983, 143.

2. G. De Sanctis, *L'avventura carismatica...*, 24.

3. PBC IV, 314 (fr. Bartolomeo Calderoni; cf. *Historia*, 85, nota 45).

mente después de su conversión, y le habló de sus «luces», esto es, de las experiencias interiores y de las inspiraciones que recibía de Dios. Pedía a su obispo permiso para vestir el hábito de penitencia, dedicándose oficialmente, por decirlo así, a la realización de cuanto Dios le había hecho entender interiormente como su voluntad. Además, le pedía poder acoger a los compañeros que el Señor le mandase, dando inicio así a una nueva Congregación denominada: «Los pobres de Jesús»<sup>4</sup>. Estaba seguro de tener que realizar una obra que era clara y precisa voluntad de Dios.

Un testigo recuerda que Pablo se lamentaba con el obispo porque éste contemporizaba y no daba su asentimiento, a pesar de las claras inspiraciones de Dios. Pero el obispo le respondió: «¿Es posible que todas las luces las tengas tú? También yo quisiera tener alguna»<sup>5</sup>. Este, sin embargo, fue un período en el que Pablo tuvo grandes dudas sobre su propia salvación. El obispo le ayudó mucho, recordándole simplemente estas palabras del símbolo de san Atanasio: «Los que obran el bien irán a la vida eterna; los que obran el mal, al fuego eterno»<sup>6</sup>.

Al pedir ser vestido con el hábito negro, Pablo intuye por primera vez una motivación que se afianzará luego en su espíritu, hasta llegar a ser la primera: «La razón principal para ir vestidos de negro (según la inspiración particular que Dios me ha dado) es guardar luto en memoria de la pasión y muerte de Jesús, para que así no nos olvidemos nunca de tener con nosotros un continuo recuerdo doloroso. Por tanto, cada uno de los pobres de Jesús procure insinuar, según sus posibilidades, la piadosa meditación de los tormentos de nuestro dulcísimo Jesús»<sup>7</sup>. Después de larga reflexión, el obispo concedió a Pablo vestir un hábito negro y poner en práctica lo que el Señor le había inspirado. Pablo se lo comunicó a sus familiares, que no se alegraron por su marcha de casa pero tampoco se opusieron a este último paso, que les privaba para siempre de su ayuda. Comenzando por el padre Juan María Cioni, que hizo en los procesos una deposición tan detallada que constituye una verdadera biografía<sup>8</sup>, todos los biógrafos ofrecen,

4. L IV, 220 (a mons. Gattinara, 1721).

5. G. De Sanctis, *L'avventura carismatica...*, 29.

6. PBC II, 264-265 (Giuseppe Ruspantini).

7. L IV, 220-221 (a mons. Gattinara, 1721).

8. PBC I, 29-193.



al llegar aquí, el trozo de una carta que Pablo escribiría mucho más tarde al noble Francisco Javier Appiani, futuro pasionista:

«Feliz usted, carísimo, si es fiel en combatir y vencer, y no se deja llevar por la compasión de sus padres, sino que mira de frente al Crucificado, que le invita a seguirle de un modo tan especial. El será su padre, su madre y su todo. ¡Oh, si supiera los sufrimientos por los que tuve que pasar yo antes de abrazar esta vida que llevo! Los horrores grandes que me causaba el demonio, la compasión hacia mis padres, las desolaciones interiores, las melancolías, los temores; parecíame que no los podría soportar largo tiempo. El diablo me hacía ver que estaba engañado, que podía servir a Dios de otra manera, que ésta no era vida para mí, etc., y tantas cosas grandes que no digo. Y, sobre todo, me había sido quitada la devoción: me encontraba árido, tentado de todas las maneras, me daba horror hasta el sonido de la campana. Todos me parecían felices, menos yo; nunca podré explicar estos grandes combates, que se hicieron todavía más fuertes a medida que se acercaba el momento de la vestición del hábito...»<sup>9</sup>. *parte del camr*

Este trozo de la carta ofrece un resquicio para ver la realidad espiritual del joven Danei, mucho más atormentada y profunda de lo que nos hacen pensar tantas deposiciones en los procesos, tendentes a hacer panegírico de todo. Aquí Pablo aparece muy humano, angustiado por las dudas, con la impresión de que todos son felices menos él, impresión perfectamente comprensible cuando se deben tomar tales decisiones. La duda es una de las torturas más terribles de las almas espirituales, particularmente cuando hay argumentos ética y religiosamente válidos a favor de las diversas opciones posibles. Pablo sufre la tentación y la supera, a ejemplo de Jesús que tampoco estuvo exento de ella; sufre también por otros fenómenos inexplicables, como una pronta sensación de frío, que le asalta cuando decide vestir el hábito negro e ir descalzo<sup>10</sup>. Deja la casa, deja a sus padres, deja a su hermano Juan Bautista, a su hermana Teresa de 17 años, a su hermano José de 15, a otro hermano, Antonio, de 10, y a su hermanita Catalina, nacida en abril de ese mismo año 1720.

9. PBC I, 41 (G. Cioni); L I, 410-412 (a F. A. Appiani, 28-3-1737).

10. PBC I, 41 (G. Cioni).

## La vestición

El obispo quiso hacer personalmente la vestición del fervoroso joven y le citó en el obispado para el día 22 de noviembre de 1720. Su hermana Teresa le hizo el hábito de una clase de paño llamado «arbagio», usado por las personas más pobres del Genovesado. El hábito llevaba una cuerda a la cintura, sustituida más tarde por una faja de tela. El «escudo», esto es, el emblema típico de los pasionistas, podrá llevarlo sólo unos veinte años más tarde. Ahora, Pablo llevará al pecho el crucifijo<sup>11</sup>. Andará con los pies descalzos y sin sombrero, cosa rarísima para un hombre de su tiempo; caminará normalmente a pie, bajo el sol y a la intemperie. Su ropa interior, la más común y elemental.

Pablo hubiera deseado hacer la vestición el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María en el templo. Esta fiesta le era muy querida, porque, para él, expresaba la total dedicación a Dios de la Virgen Inmaculada. Si prefirió el día siguiente, esto es, el 22, fue porque, aquel año, caía en viernes y le recordaba la pasión del Señor<sup>12</sup>. La víspera de la vestición, después de las oraciones de costumbre, Pablo se despidió de sus amigos. Por la tarde, rezado el rosario en familia, pidió perdón a todos y la bendición a sus padres, práctica que inculcará a sus hermanos y que indica la grande estima en que tenía la autoridad de los padres. Luego se recitó el Te Deum en acción de gracias a Dios por la vocación, y el Miserere, salmo de penitencia, para indicar la característica principal de la vida que Pablo comenzaba<sup>13</sup>.

Llegó a Alejandría el día siguiente. Allí esperó a la tarde para ser vestido con el hábito de ermitaño. La ceremonia tuvo lugar en la capilla privada del obispo, mons. Gattinara. De acuerdo con él, Pablo comenzó luego su vida de ermitaño con un retiro de cuarenta días en una pequeña estancia adyacente a la iglesia parroquial de San Carlos, en Castellazzo. El obispo le pidió que escribiera un diario espiritual de aquellos días y que luego se lo entregase. Del 2 al 7 de diciembre, escribió también la primera redacción de las Reglas de la congregación que debía fundar. Decía que sentía la

*Fundamental*

11. PBC II, 37 (C. N. Canefri).

12. *Annali*, 34; deposición extraprocesal de Sardi, en StCr II, 1047.

13. PBC II, 29 (Teresa Danei).



«forma» de las reglas impresas en el intelecto, y que, por tanto, escribía como si se las dictasen<sup>14</sup>.

Por las noches, interrumpía el sueño durante tres horas, que dedicaba al rezo de los maitines y a la oración mental. Recibía la comunión todos los días, cosa que, en aquel tiempo, se concedía a pocos, y pasaba el día rezando y atendiendo a la iglesia. El ayuno era casi total, limitándose a alimentarse lo estrictamente necesario<sup>15</sup>.

reconocimiento y presencia  
total de Dios, para comentar  
de llenar el proceso de vida.

Pero con muchas dificultades

14. L IV, 220s (a mons. Gattinara, 1721).

15. PBC I, 42-43 (G. Cioni).

## Pablo, joven fundador (1720-1721)

*El «Diario», texto de alta mística*

La Congregación pasionista considera al 22 de noviembre de 1720 como el primer día de su existencia en la Iglesia. Los años siguientes fueron, más que nada, un tiempo de gestación. El germen había brotado y comenzado a desarrollarse en Alejandría y Castellazzo. Se tenían ya todas las notas fundamentales del carisma, y éstas eran bien claras<sup>1</sup>.

Estamos tan habituados a pensar en Pablo como sacerdote que vive con sus hermanos una vida regular, que se nos hace difícil considerarlo como un santo seglar, y todavía más difícil, como un fundador laico. De hecho, entre las notas características de la Congregación que él tenía la inspiración de fundar, no aparece nunca el ministerio sacerdotal. En aquel tiempo, había en Italia muchos sacerdotes: veinte, treinta para cada pueblo. Lo que interesaba a Pablo era la evangelización y el camino de la santidad, no la ministerialidad. Por eso no proponía un servicio clerical, sino una obra de transformación del cuerpo de Cristo viviente y sufriente, una obra de curación de sus llagas, tanto a nivel del clero como del laicado. Muy bien podía repetir la frase del apóstol, que luego sería una antífona en la liturgia de la fiesta de san Pablo de la Cruz: «El Señor no me ha enviado a bautizar, sino a evangelizar» (1 Cor 1, 17)

el emen  
carism

En el retiro de San Carlos que le asignó el obispo, Pablo tuvo una profunda experiencia de la acción del Espíritu y escribió un diario espiritual, considerado hoy como obra maestra de la mística del setecientos. Lo han estudiado detenidamente muchos especia-

1. StCr III, 1446-1452.



listas en espiritualidad, haciendo resaltar su valor<sup>2</sup>. La primera cosa que llama la atención al leerlo, es la notable formación espiritual que manifiesta el joven Pablo. Narra sus experiencias interiores con una terminología evidentemente no suya, sino tomada de las obras de los grandes maestros de espiritualidad: san Francisco de Sales, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz. También inserta sus experiencias místicas en «categorías mentales» bien conocidas. En un mundo erizado de riesgos psicológicos y también teológicos, él se mueve con soltura y equilibrio<sup>3</sup>.

La pasión por la espiritualidad es una característica del tiempo de Pablo, menos conocida, pero no menos difundida, que la pasión por la racionalidad y el progreso, que hace de él «el siglo de las luces». Son muchos los que se dedican a la meditación o, como se prefería decir entonces, a la oración. Por todas partes florecían movimientos de espiritualidad. No olvidemos que ésta es la época en la que, entre los hebreos, florece el chasidismo (los conservadores, los fieles a la ley) y, entre los protestantes, el quietismo y el beghinismo (los devotos, los piadosos). En el campo católico, se combaten fogosas batallas en torno a la vida espiritual. Es la época del jansenismo y del quietismo, y un gran número de personas se apasionan en estas batallas espirituales. Hasta los papas y reyes intervienen en defensa de una u otra doctrina. De 1713 es la bula *Unigenitus* que condena el jansenismo, sin lograr impedir, sin embargo, que éste continúe teniendo una gran influencia en la Iglesia. En aquel tiempo eran argumentos de grande actualidad, en la Iglesia y en la cultura, la fatiga o el reposo en la oración, la gracia y la libertad, la predestinación, la comunión frecuente y la veneración de la eucaristía, el rigorismo y el probabilismo.

Uno puede quedar maravillado al ver que, en una época en la que se difundía el liberalismo ya estigmatizado por Pascal y el racionalismo iluminista que tendrá su más alto representante en Voltaire, hay tanta pasión por la vida espiritual. Pero así es. En la Francia del escéptico Voltaire, vivían también los secuaces de Pascal y de Fenelón. Algo parecido sucedía también en Italia. Las dos corrientes contradictorias persistían y se extendían, cada una

2. Cf. *Diario*; S. Breton, *La mística de la Pasión. Doctrina Espiritual de san Pablo de la Cruz*, Barcelona 1969.

3. Cf. los varios capítulos de la obra, *Problemi di storia della Chiesa nei secoli*.



por su propia cuenta, rara vez interfiriéndose o combatiéndose frontalmente<sup>4</sup>.

Si Pablo Danei tiene en común con muchos contemporáneos suyos la pasión por la oración y la mística, se distingue de un gran número de ellos por su equilibrio en el camino espiritual. ¿A qué se debe este equilibrio? ¿a un don de Dios, o a la sabia dirección de aquellos a los que se confía? Ciertamente las personas que encontró a su paso fueron una gracia especial para él. Pero además tenía la base de una buena experiencia en familia, experiencia que le ayudaba también en el discernimiento de las personas a las que podía confiarse. *San Francisco de Sales*

} equilibrio

Los primeros días del retiro de Pablo están caracterizados por asaltos de tristeza y de melancolía. Esto le lleva espontáneamente a reflexionar sobre la pasión de Jesús. Desea «sentir actualmente sus espasmos y estar en la cruz con él»<sup>5</sup>. Los sufrimientos de Jesús se le presentan entonces como «tormentos infusos en el alma». Al mismo tiempo, la pasión le da gozo. Este es un tema sobre el que volverá frecuentemente, como veremos, en toda su doctrina mística. Sufre al pensar que muchos no se van a beneficiar de la pasión de Jesús y se condenarán. «¡Ay de mí! Me parecía languidecer, viendo la pérdida de tantas almas que no sienten el fruto de la pasión de mi Jesús»<sup>6</sup>. Con gran fervor pide a Dios que funde pronto la nueva Congregación, y mande a ella personas fervorosas. Le parece ver, en espíritu, a la santísima Virgen con todos los santos, particularmente los fundadores, «postrados ante la santísima Majestad de Dios», pidiéndole que se fundase pronto esta Congregación en la Iglesia»<sup>7</sup>.

Las páginas tomadas de los días que van del 10 al 13 de diciembre pueden ser un ejemplo del estilo que caracteriza al *Diario*:

«He estado árido, distraído, tentado. Me hallaba como por fuerza en la oración. Estaba tentado de gula y me venía hambre. Sentía el frío más de lo acostumbrado y la carne me pedía alivio. Por eso quería escapar de la oración. Pero el espíritu, con la gracia de Dios, resistía; también en las violencias y asaltos que me sobre-

} ①

} gracia

4. *Historia I*, 12-62, sobre la puntual ambientación histórica de los orígenes de la Congregación pasionista.

5. *Diario*, 63.

6. *Ibid.*, 62.

7. *Ibid.*, 55-56.

① santificar



venían ya de la carne ya del demonio (para mí que entraba también el demonio, porque sé que tiene mucha envidia de quien hace oración).

rw { «Como digo, por la resistencia que yo hacía, me daba saltos el corazón, me estremecía de pies a cabeza y me dolían hasta los últimos huesos de la espalda, así como el estómago. Pero, por la misericordia de Dios, protestaba querer estar así, permaneciendo en la oración aunque me hicieran mil pedazos.

Esto me acontecía porque la carne quería tomar alimento antes del tiempo que me había prefijado para consagrarlo a la oración. Llegada la hora de salir de ella, quedaba en paz y tranquilo, deseoso de padecer cada vez más; incluso pedía a mi Dios que no me quitara nunca los padecimientos. Cosa igual me ha sucedido ya otras veces, y con frecuencia. Sea por todo bendito mi amado Dios.

Tengo entendido que esta suerte de oración de sufrimiento es un gran regalo que Dios hace al alma para convertirla en un armiño de pureza, en una roca contra el dolor, con tal que de ello no haga más cuenta; y cuando haya llegado, con el favor de Dios, a este estado, el Sumo Bien la abrasará de amor.

I { Hay que estar alerta para no retirarse de la oración en este tiempo tan doloroso, porque no se disminuiría el padecimiento sino que el alma se afligiría más sin provecho, porque se vería caer en la tibieza. Sé que Dios me hace entender esto: que el alma a la que Dios quiere llevar a una alta unión con él por medio de la santa oración, tiene que pasar por este camino del padecer en la misma oración; y digo padecer sin algún consuelo sensible, por decirlo así; pero tiene la ciencia infusa que Dios le da de que está siempre en los brazos del Amado, amamantada de su infinita caridad. También entendí, aunque en secreto, cuando me hallaba en un padecimiento particular, que al que venciere se le dará un maná escondido, que es aquel de que nos habla la Escritura. Este maná escondido entendí que será el alimento dulcísimo del santo amor, esto es, el encontrarse el alma en un subidísimo reposo con su dulcísimo Esposo en la santa oración. Deo gratias<sup>8</sup>».

Y el día 21 de diciembre escribe:

«Quisiera hacer saber a todo el mundo la gracia grande que Dios concede, por su bondad, cuando nos manda sufrimientos y

8. *Ibid.*, 69s.



el sufrimiento es, sobre todo, sin consuelo; entonces queda el alma purificada como el oro en el fuego, y hermo­seada y aligerada para volar al Sumo Bien, o sea, a su feliz transformación, sin darse cuenta. Lleva la cruz con Jesús y no lo sabe. Procede ello de la muchedumbre y variedad de los padeceres, que le causan un olvido general de forma que ni se recuerda que padece.

Entiendo que esto es un gran padecer con fruto y de gran gusto para Dios, pues el alma viene a quedar en plena indiferencia, de manera que ni se preocupa de padecer ni de gozar; está fija en la voluntad santísima de su amado esposo Jesús, prefiriendo permanecer crucificada con él, porque esto es más conforme con su amado Dios, que en toda su vida no hizo otra cosa que padecer. Sea en todo alabado el Sumo Bien, que, por su infinita bondad, se digna dar e infundir este conocimiento a un tan gran pecador»<sup>9</sup>.

La vida de la Congregación de la pasión comenzó en la oración, en el gran despego de la lógica del mundo y de sus halagos, en la penitencia y, sobre todo, en la experiencia mística de la acción purificadora y santificadora del Espíritu.

p. de comento

#### *Conciencia de ser un instrumento en las manos de Dios*

Algún crítico de nuestro tiempo podrá considerar la convicción que Pablo tenía de estar realizando un designio preciso de Dios, como fruto de ingenuidad y entusiasmo místico juvenil. De todos modos, dos cosas son ciertas: que Pablo tenía esta conciencia clara, y que la vivía con gran equilibrio interior, a diferencia de cuanto sucede en personas ilusas. El 11 de marzo de 1722 escribía a su obispo: «Tengo tanta confianza en mi Señor crucificado, que estoy seguro de que todo se va a realizar. Dios me ha dado la inspiración y la señal certísima de que él lo quiere. ¿De qué puedo tener miedo? Me parecería pecado de infidelidad, si dudase de esto»<sup>10</sup>. Todo su actuar se funda en esta conciencia, como sucedió con Jesús, con María y con todos los profetas.

Animado de esta certeza, cuando terminó el retiro de los cuarenta días, Pablo se presentó a su obispo pidiéndole permiso para ir a Roma y solicitar del papa la aprobación de las reglas de la

9. *Ibid.*, 77.

10. L I, 22 (a mons. Gattinara, 11-3-1721).



nueva congregación. De hecho, había ya algunos jóvenes que deseaban unirse a él. El padre Columbano de Génova, confesor de todos ellos, había escrito ya a mons. Gattinara el 25 de noviembre de 1720, tres días después de que Pablo comenzara su retiro, recomendando al obispo que permitiera a Antonio Schiaffino y a Miguel Angel Michelini «vestir el santo hábito y retirarse con Pablo, que tanto los desea»<sup>11</sup>.

El 27 de enero de 1721, el mismo Pablo presentará una petición análoga para su amigo Pablo Sardi: «Sepa, monseñor, que tengo de esto tal inspiración de que esté en mi compañía con esta santa túnica, que, con corazón amplio y postrado a los pies del Altísimo, no puedo menos de suplicarle que me lo conceda por compañero»<sup>12</sup>.

Vendría aquí al caso decir: naturalmente, el obispo echó agua al fuego del entusiasmo de Pablo, del padre Columbano y de los jóvenes aspirantes. El prelado era experto en la vida de la Iglesia; sabía que había decretos que prohibían la fundación de nuevas congregaciones; preveía, probablemente, que Pablo no iba a tener buena acogida en Roma, como de hecho así sucedió<sup>13</sup>. Perplejo, quiere aconsejarse de nuevo con el padre Columbano, y le mandó al joven con las reglas apenas terminadas de escribir. Pablo había visitado al obispo el 2 de enero de 1721, y el 6 estaba ya de viaje atravesando los Apeninos, para ir a hablar con el padre Columbano de Génova. En el paso de la Bocchetta, agotado de frío y de fatiga por la nieve que había caído abundante aquellos días, fue socorrido por unos guardias. Algunos se burlaron de él, pero esto, en vez de entristecerle, le alegra, deseoso como estaba de ser despreciado<sup>14</sup>. El padre Columbano, ya convencido de la autenticidad de la inspiración de Pablo, apreció la regla y declaró «ser ésta una regla verdaderamente santa y digna de ser propuesta a la santa sede para su aprobación»<sup>15</sup>. Sin embargo, el obispo mantiene sus reservas. De acuerdo con Pablo, estableció que se retirase a la soledad, a una iglesita que hay en el campo, llamada «Trinità da lungi», a tres kilómetros de Castellazzo. Pablo se dirigió a ella el

11. Carta reproducida en fotocopia en StCr II, 1009.

12. L I, 19 (a mons. Gattinara, 27-1-1721).

13. Los historiadores E. Zoffoli (StCr I, 198, 228) y F. Giorgini (*Historia*, 91), hablando de la incompreensión de parte del obispo.

14. PBC I, 43 (G. Cioni).

15. Deposition extraprocesal de Sardi, traída en StCr II, 1048.



sigue el camino  
de establecer la  
soledad ]

10 de enero y permaneció allí dos semanas en absoluta soledad, sin ver a nadie. El 25 de enero y siempre con el beneplácito del obispo, se trasladó a la casita de la iglesia de S. Esteban, a pocos pasos de la población de Castellazzo. Pablo se lo agradecía así al obispo: «No puedo decir otra cosa a vuestra señoría ilustrísima, sino que su caridad me ha proporcionado un paraíso de santa soledad, y estoy seguro de que la infinita liberalidad de nuestro suavísimo Esposo se lo concederá en abundancia por tanta caridad como ha tenido y tiene continuamente con este abismo de iniquidad. Yo no acertaría a encontrar un lugar más apropiado, más devoto, más retirado del mundo, a no ser que fuera a un desierto»<sup>16</sup>.

En San Esteban, Pablo, todavía seglar, comenzó su actividad apostólica, dando desahogo al celo que le abrasaba por dentro. Recorría las calles con la cruz en alto, invitando a los padres a que mandasen sus hijos al catecismo<sup>17</sup>. Pero no catequizaba solamente a los niños; los mismos sacerdotes le invitaban a dar catequesis a los adultos. El obispo le autorizó para hablar desde el púlpito<sup>18</sup>. Durante sus predicaciones, el pueblo parecía desierto. No hubo francachelas durante el carnaval y ninguno se quejó de ello. Durante la cuaresma, predicaba todos los días a los adultos. Bendecía a los enfermos, y éstos curaban. Reconciliaba a enemigos públicos<sup>19</sup>.

Al aumentar el entusiasmo, Pablo se decidió a organizar una gran misión en la iglesia parroquial de San Carlos. Cada vez que hablaba, comentaba uno o dos pasajes bíblicos, que él escogía con método simple y, podría decirse, moderno. Los sacerdotes no daban abasto para oír las confesiones. El mismo Pablo escuchaba a

16. L I, 19 (a mons. Gattinara, 27-1-1721).

17. L I, 19-29: «El domingo, esto es, ayer, comencé a ir por las calles con la cruz y la campanilla para invitar a las criaturas a alabar a Dios y a la doctrina cristiana y, por la misericordia del Sumo Bien, todo sucedió en buen orden; para ser la primera vez, ha venido mucha gente; yo todavía tengo gran fervor al dirigirles la santa palabra de Dios. Mientras iba por las calles, al echar la vista atrás y ver esa legión de niños que me seguía, se regocijaba tanto mi corazón, que apenas podía contener las lágrimas» (a mons. Gattinara, 27-I-1721).

18. Observa justamente el primer biógrafo, san Vicente M. Strambi: «Ciertamente parecía que un prelado tan sabio se alejase entonces de las reglas comunes de la Iglesia, empleando en tales ejercicios a un joven que no tenía ni siquiera la primera tonsura, sino sólo el hábito de penitente. Sin embargo, piadosísimo y doctísimo como era, creyó razonable poder usar de dispensa con uno al que Dios había concedido con tanta abundancia dones extraordinarios» (Strambi, 32).

19. StCr I, 214-223.



los que se dirigían a él y los enviaba a confesarse a la ciudad, a Alejandría. Predicaba tres veces por semana a las monjas agustinas del convento que había en el pueblo.

Desde entonces, algunos nobles le tuvieron en grande estima. De Alejandría venían los condes Canefri, una de las familias más antiguas del Monferrato. De Retorto, venía la marquesa Mariana Della Scala Del Pozzo. Esta quería que Pablo predicase una misión en sus territorios de Retorto y Portanuova. Pablo le escribió esta carta, que es una muestra de la eficacia de su apostolado:

«Estando atareado aquí con la doctrina pública con gran número de fieles del lugar y forasteros, que, ansiosos de oír la palabra divina, vienen de sus casas para escuchar la llamada de Dios; sabiendo de cierto y estando informado de que en estas dos fiestas de pascua debe venir gran número de forasteros para recibir alimento para su propia alma, le ruego a vuestra señoría ilustrísima que me dispense de ir ahí para otro tiempo»<sup>20</sup>.

Con la marquesa Del Pozzo como con la religiosa agustina Teresa Pontas, Pablo comenzó desde entonces una estrecha amistad que duró largo tiempo, ejercitando una verdadera y propia dirección espiritual, que se extendía a toda su familia<sup>21</sup>. Naturalmente, no faltó tampoco quien se escandalizó de esto. Fueron principalmente los religiosos, en los que el éxito de Pablo en una actividad que, institucionalmente, era suya, podía fácilmente suscitar celotipias. La frase de una carta del padre Columbano al obispo y lo que sucedió después, puede hacer pensar que el mismo Antonio Schiaffino se pusiese en competencia con Pablo, exigiendo para él la función de iniciador<sup>22</sup>. Probablemente, estas circunstancias fueron las que obligaron a moderar incluso los entusiasmos del obispo, y a hacerle más prudente.

De todos modos, el movimiento espiritual que estaba naciendo, el pasionista, ponía ya en práctica sus dos dimensiones fundamentales: la contemplativa y la apostólica. Las ponía en práctica en el único representante que entonces tenía: el joven seglar Pablo Francisco Danei.

20. L I, 24-27 (a la marquesa M. Del Pozzo, 12-4-1721).

21. Probablemente bajo la influencia de Pablo, una hija suya, Leonor, se hizo luego monja en Alejandría. Pablo le escribió algunas cartas. A la marquesa siguió escribiéndole hasta 1738.

22. «Desde el principio de su conversión, tuvo la sensación de que debía ser el fundador de un nuevo instituto religioso» (StCr II, 1007).





*Basílica de los Santos Juan y Pablo.  
Altar y urna con las reliquias del Santo en la capilla a él dedicada*



*¿porqué?*

En el planteamiento, prevalentemente ético, que hoy se da a la vida cristiana, es difícil comprender cómo Pablo pudiera sentirse «un pecador peor que los demonios»<sup>23</sup> y, al mismo tiempo, estar persuadido de tener inspiraciones divinas que cumplir. Escribía a su obispo que se sentía inspirado a «enseñar la doctrina general al pueblo, invitándolo a la penitencia; cuando no, a amenazarles con una atrozísima peste, porque así me siento inspirado»<sup>24</sup>.

De manera semejante, se sentía inspirado a ir en peregrinación a Jerusalén o, al menos, al sagrado monte de Varallo. Pero, sobre todo, se sentía impulsado interiormente a ir a Roma y pedir al papa la aprobación de las reglas y de la nueva congregación. Esta inspiración se inscribe en el deseo de hacer todo en sintonía con Dios Padre y con sus representantes acá en la tierra. Fundamentalmente, no es algo que Pablo considere necesario para llevar a cabo su proyecto de fundación. Para esto hubiera sido mejor esperar, contentándose inicialmente con la aprobación de cualquier obispo. Pero era una llamada interior semejante a la que sentía su amiga espiritual Juana Bautista Solimani, que tanto sufrió para cumplirla. Era un impulso como el que condujera al sumo pontífice a almas grandes como santa Catalina de Sena o santa Brígida de Suecia, en épocas en las que el ejercicio del ministerio papal dejaba verdaderamente mucho que desear.

En abril, el obispo Gattinara concedió a Pablo una carta de recomendación, en la que se afirmaba que él lo había vestido del hábito de penitencia y que era un «joven de singular virtud», digno de ser acogido dondequiera que se presentase<sup>25</sup>. Esta carta tenía la validez de dos meses. Probablemente debía servir a Pablo para la peregrinación al monte de Varallo y para un intento que hizo de retirarse a una ermita en los confines con Francia, donde, sin embargo, no resistió largo tiempo a causa del frío demasiado intenso<sup>26</sup>. Vuelto a Castellazzo, Pablo insiste ante el obispo para obtener permiso de ir a Roma, y éste, como dice el preciso cronista

23. *Diario*, 65 y otros.

24. L I, 22 (a mons. Gattinara, 11-3-1721).

25. Ofrecido en StCr I, 227, del AGCP

26. *Annali*, 42.

Juan María Cioni, «se lo concedió después de muchas pruebas y negativas»<sup>27</sup>.

De Castellazzo, Pablo partió con su hermano Juan Bautista, pero, en Génova, se separó de él, pidiéndole que se volviera a casa. Este lo sintió mucho y, en un ímpetu de amargura, le dijo: «Irás, luego volverás y no podrás estar sin mí»<sup>28</sup>. En Génova lo hospedó, proveyéndole además de lo necesario para el viaje, el marqués Pallavicini, otro amigo noble de Pablo. En la época del *ancien régime*, estas relaciones entre clases diversas (entonces se decía entre *órdenes* diversos) estaban más difundidas de lo que se cree hoy día. Las revoluciones enfriaron estas relaciones, haciendo a cada clase sospechosa de las otras.

Hacia finales de agosto de 1721, Pablo se embarcó en una nave que hacía vela para Civitavecchia. El viaje por mar, en aquel tiempo, era el más rápido y cómodo, ya que las carreteras eran, normalmente, polvorientas y fangosas, descuidadas por los gobiernos y deterioradas por el frecuente paso de los ejércitos. Después de haber seguido la costa ligure y toscana, el velero genovés estaba para llegar a Civitavecchia, cuando, por haber cesado el viento, quedó parado junto al monte Argentario, lugar vecino a los confines de la Toscana y el Estado pontificio. Mientras los marineros descendían para coger higos silvestres, Pablo, siempre en busca de soledad apta para la contemplación, admiraba la gran montaña, bordeada casi enteramente por el agua. Dos franjas de tierra, que parecían trazadas con regla, la unían a la costa. La vegetación, densa y baja, de tipo mediterráneo, la variedad de colinas descendentes hacia el mar, las numerosas ensenadas, hacían de éste un lugar encantador.

Volvió a soplar el viento, siguió su ruta la nave, y rápidamente llegó a Civitavecchia. Pero Pablo quedó con la mirada fija en aquel monte, soñando o presintiendo grandes cosas para el futuro. El santo obispo Vicente María Strambi, primer biógrafo de Pablo, observa, a este respecto, que aquel monte había estado habitado desde tiempos antiguos por fervorosos monjes, como lo atestiguan san Gregorio Magno<sup>29</sup>. ¿Sintió el joven Pablo algo del espíritu que

27. *Ibid.*, 39.

28. Strambi, 37.

29. Este precedente histórico es recordado por Strambi, que cita *Dialog.*, lib. 3, c. 17.



aleteaba sobre aquellos bosques? ¿fue, tal vez, sensibilidad por la herencia espiritual de aquel lugar?

En Civitavecchia, adonde llegó el 9 de <sup>septiembre</sup> noviembre, Pablo tuvo que someterse a la cuarentena, que, sin embargo, para él duró sólo unos diez días. La ley de la cuarentena, emanada por primera vez en Venecia en el siglo quince, tenía por finalidad el impedir la propagación de contagios, especialmente de peste. Llamada así por la duración máxima de cuarenta días, normalmente la cuarentena se reducía en tiempos en los que el peligro era menor. Después de aquellas célebres pestes del seiscientos, en Italia no se habían dado ya grandes pestilencias. La última, del año 1656, podía ser recordada por Lucas Danei, el padre de Pablo. En aquellos mismos años, sin embargo (1720-1721), había surgido una epidemia de peste en Marsella, con más de cien mil víctimas en el sur de Francia<sup>30</sup>.

Desde Civitavecchia, Pablo escribió una carta a su hermano Juan Bautista, que había vuelto desconsolado a Castellazzo, asegurándole haber hecho el viaje con mucho fervor de espíritu y sin ningún temor<sup>31</sup>. Aprovechó el tiempo libre para hacer una copia mejor de la reglas escritas en el retiro de San Carlos, y para catequizar a los compañeros de esta parada forzosa. En la ciudad le proveyeron de dos raciones de pan al día. Civitavecchia era entonces poco más que un pueblo, contando apenas con cuatro mil habitantes, como Castellazzo<sup>32</sup>. Sin embargo, hacía de puerto de Roma, y los papas habían construido allí grandes edificios hechos por insignes arquitectos, como Bramante, Miguel Angel y Bernini.

El 20 de septiembre, Pablo partió para Roma. En dos días recorrió 72 kilómetros por la vía Aurelia. Pernoctó en una hospedería y tomó de nuevo el camino por la carretera polvorienta y con los pies descalzos. La Roma del setecientos no era ya una ciudad en gran desarrollo, como lo había sido en siglos anteriores. Mientras Nápoles doblaba la población en un siglo, pasando de 200.000 a 400.000 habitantes, Roma crecerá sólo de 150.000 a 160.000. Por lo demás, todo el Estado pontificio entraba en este siglo en una imparable recesión. En contraste con tal tendencia, las reminiscencias clásicas y renacentistas hacían entonces de Roma

30. G. Livet-R. Mousnier, *Storia d'Europa, Dallo Stato assoluto all'Illuminismo* IV, 208. 1721

31. L I, 52 (9-9-1731).

32. *Civitavecchia*, en *Enciclopedia Italiana* X (Treccani), 517.



la meta ideal de los doctos europeos que podían permitirse un viaje a Italia. Precisamente en aquellos años en que Pablo llegaba a Roma, Montesquieu podía escribir que en Roma todos tienen la impresión de encontrarse en su propia patria<sup>33</sup>.

Sin embargo, Pablo Danei no manifiesta ningún interés por los vestigios del pasado, que atraen a los doctos y estetas. En cambio, piensa en los mártires y en los otros santos que han vivido en Roma. Besa el suelo y se dirige inmediatamente a San Pedro. Llegado aquí, cae en un estado de aridez y desolación del que el mismo se maravilla. Encuentra alojamiento en el Hospicio de la Trinidad de los peregrinos, junto al puente Sixto, y queda edificado de que el cardenal Tolomeo le lave humildemente los pies y le dé un testone, moneda de aquel tiempo, que él dará luego a otro pobre todavía más necesitado.

Al día siguiente se encamina a la morada del papa, el actual palacio del Quirinal, llamado entonces monte Cavallo. Se dirige a un funcionario del palacio y le pide, con una ingenuidad que sorprende, que se le conceda hablar con el sumo pontífice. Viéndole tan mal presentado, el funcionario le liquida con pocas palabras, sin apenas escucharle: «¿Sabe usted cuántos granujas vienen aquí cada día? Váyase, váyase...». Los que presencian esta escena se echan a reír, por la ingenuidad del joven. Con la cabeza gacha y amargado, Pablo baja de allí y se sienta junto a una fuente, para comer el pan que se le había dado en la tarde anterior<sup>34</sup>.

Hacia pocos meses que había sido elegido papa Inocencio XIII de la noble familia romana de los Conti. Ocuparía la cátedra de san Pedro sólo tres años, muriendo en 1724. Para Pablo, él era solamente el papa, una realidad sin nombre, puesta más allá de una barrera infranqueable.

Esta experiencia le sirvió ciertamente a Pablo, que no se detuvo en culpar a nadie ni en hacer razonamientos. Aprendió sobre todo, que el encuentro con el papa no era todavía voluntad de Dios. Dirigiéndose entonces a la basílica de Santa María Mayor, ante la venerada imagen de nuestra Señora denominada Salus populi romani, mientras vivía la experiencia de una total

33. *Oeuvres complètes* I, 676; citado por V. E. Giuntella, *Roma nel Settecento* Bologna 1979, XIV.

34. PBC I, 45s (G. Cioni).



Completado el  
cerisima

pobreza y fracaso, recibió la gracia que más caracterizará su vida y la de su congregación. Sintió que debía hacer un voto especial: el de dedicarse a «promover en el corazón de los fieles la devoción a la pasión de Jesús y empeñarse en reunir compañeros para hacer esto mismo»<sup>35</sup>. Hasta aquel momento, el punto focal de su espiritualidad había sido una realidad negativa: la pobreza y el despego. Llamaba a los miembros de su congregación, los «pobres de Jesús». Profundizando en esta espiritualidad del despego y de la pobreza, en aquel momento de gran humillación, Pablo descubrió un elemento positivo, que en adelante centraría cada vez más su atención: la pasión de Jesús.

Con esta gracia recibe una fuerza mayor que la de antes. En vez de desanimarse o replegarse sobre sí mismo, el 26 ó 27 de septiembre se embarca de nuevo en el pequeño puerto de la ciudad llamado Ripa Grande y, por el Tíber, desciende hasta Fiumicino. Aquí, la barca se encalla en la arena, y él prosigue con otro barco hasta Santa Severa, lugar vecino a Civitavecchia. Sintiéndose atraído por el monte que había admirado en su viaje de ida, prosigue a pie por Tarquinia, en donde es hospedado en el convento de los agustinos y, de allí, a Montalto di Castro, donde se hospeda en casa de un sacerdote de Córcega. Adentrándose en la marisma, insalubre y semidesierta, le sobreviene una gran tristeza. La tercera noche la pasa, de camino, en una choza de trabajadores, de los que venían a la marisma en determinadas estaciones del año, cobijándose en chozas. Allí le acribillan parásitos molestos que, no teniendo otra túnica para cambiarse, llevará consigo hasta su casa en Castellazzo. Llegado a Porto Ercole, a los pies del monte Argentario, pregunta al párroco, don Antonio Serra, si hay posibilidad de retirarse en ese monte. Este le habla de una ermita abandonada, llamada ermita de la Anunciación. Pablo la visita. Le agrada y decide ir inmediatamente al obispo, que, para evitar el peligro de la malaria, solía pasar los seis meses más calurosos en Pienza. El obispo no tiene dificultad en concederle permiso para hacerse cargo de la ermita. Experto en viajes comerciales, Pablo atraviesa rápidamente la Toscana para llegar a Livorno, donde se embarca hacia Génova. Aquí debe someterse de nuevo a la cuarentena, que pasa en una barca cargada de pieles malolientes. A principios de

35. *Historia*, 114 y las fuentes allí indicadas.



noviembre está de nuevo en Castellazzo, con el golpe del fracaso pero también con el gozo de la esperanza.

Naturalmente, el viaje a Roma había deparado a Pablo muchas aventuras desagradables, que recordará durante largo tiempo. En el primer viaje que hacía para obedecer la voz de Dios, y se comprende que quedase bien impreso en su mente. Recordaba, por ejemplo, que, viajando en una embarcación por el canal de Pisa, había llamado la atención a dos sacerdotes españoles, que estaban hablando de cosas indecentes. Estos le respondieron de malos modos. Sin embargo, un señor medió en la conversación y defendió al joven ermitaño. En Livorno encontró alojamiento, pero no cena. Se la proporcionó un mercader hebreo, que le ofreció espontáneamente lo necesario para matar el hambre. Vuelto a Castellazzo, Pablo va en seguida a visitar al obispo, para informarle de lo sucedido y, sobre todo, para pedirle que le dé por compañero a su hermano Juan Bautista. Mientras los otros aspirantes, en el momento de la decisión, se iban desilusionando por un motivo o por otro, el humilde Juan Bautista, que había sabido someterse y esperar, permaneció siempre fiel a Pablo. El obispo aprobó su vocación y le vistió el hábito de los «pobres de Jesús» el 28 de noviembre de 1721, octava de la fiesta de la Presentación de María. Es difícil valorar suficientemente la aportación de Juan Bautista a la obra de Pablo. Aquí tenemos un luminoso ejemplo de un hermano de sangre, que se hace también hermano en la fe y en el carisma. Juan Bautista era muy distinto de Pablo. Sin embargo, estuvo muy unido e integrado con él, como se verá a lo largo de esta biografía. Su aportación consistirá, sobre todo, en la confirmación autorizada que dará a Pablo; no una confirmación racional sino una confirmación en el Espíritu. Pablo no andará solo su camino espiritual; tendrá siempre un compañero fiel.

Así terminaba el primer año de vida consagrada de Pablo, año muy intenso de gracias y de apostolado, año en el que la forma de vida de los futuros pasionistas se estructura claramente en su mística verdad. Juntos en la casita de la ermita de san Esteban los dos hermanos Danei se aplicaron a poner en práctica, los primeros, las reglas que Pablo había recibido del Señor el año anterior.



## En el monte Argentario y en Gaeta (1722-1724)

### *Llenos de esperanza*

Unido para siempre a su hermano en el camino hacia Dios, también Juan Bautista hizo un acto formal de renuncia a la herencia en favor de sus hermanos más pequeños. Desde entonces, los dos vivieron en la ermita de San Esteban. Los testigos recuerdan que se les veía siempre juntos<sup>1</sup>. En aquel tiempo, no se dedicaron a ninguna actividad particular de apostolado. Pablo pensaba ir cuanto antes al monte Argentario, y esperaba sólo el permiso del obispo del lugar, mons. Salvi.

Dicho permiso le llegó precisamente el 31 de diciembre de 1721. Preocupado, como los demás obispos, de no autorizar ninguna congregación religiosa nueva porque lo prohibían las leyes eclesiásticas, el obispo les daba sólo permiso para retirarse al monte Argentario y vivir allí como ermitaños. Todos estaban convencidos de que, para fundar un nuevo instituto, se necesitaba el «oráculo del cabeza visible de la Iglesia, que es el sumo pontífice»<sup>2</sup>. Al día siguiente, año nuevo de 1722, Pablo se apresuró a escribir a su amiga la marquesa Del Pozzo, para que disuadiese a un cierto Domingo, que quería seguirle al monte Argentario. Entusiasmado ante la perspectiva de formar parte de la nueva congregación, éste se había despedido ya de su familia y había comenzado una vida de penitente sin ni siquiera informar de ello a Pablo<sup>3</sup>.

1. PBC I, 48 (G. Cioni); II, 48 (G. Danei); II, 55 (F. A. Capriata).

2. L I, 30 (a la marquesa M. Del Pozzo, 1-1-1722).

3. *Ibid.*; cuanto dice Pablo en su carta hace pensar que el obispo Gattinara, a consecuencia de las probables quejas o consejos, estaba de acuerdo con el obispo Salvi en conceder a los hermanos Danei únicamente permiso para ir al monte Argentario en calidad de ermitaños. Cf. también *Historia*, 115s.

El obispo Gattinara debía estar ya de acuerdo con mons. Salvi en no conceder a los dos hermanos sino permiso de vida eremítica y les dio una carta de recomendación<sup>4</sup>. La víspera de su partida, Pablo reunió a sus hermanos, Teresa, José, Antonio y la pequeña Catalina, y les entregó una larga carta llena de exhortaciones y consejos, pero muy comprensiva. Insistía, particularmente, en la obediencia, por la fe, a sus padres, según su convicción personal bien enraizada<sup>5</sup>.

Partieron el 22 de febrero de 1722. Como debían someterse a las mismas condiciones de viaje que Pablo había experimentado el año anterior, entre las cuales estaba la cuarentena en Civitavecchia, no llegaron a Porto Ercole hasta el dos de abril, jueves santo, a tiempo para asistir a la misa *in coena Domini* y recibir la comunión. El párroco, don Antonio, los retuvo en la parroquia hasta el lunes de pascua, en que partieron para Pitigliano a presentarse al obispo y pedirle su bendición. También se presentaron al gobernador de este pequeño Estado, que abarcaba, además del monte Argentario, Orbetello, Talamone y Porto Longone. Era todo esto un territorio que España se había reservado para sí en el siglo dieciséis, para tener un apoyo seguro en la Italia central. Tenía, por tanto, una importancia estratégica particular. Algunos años antes de que llegase Pablo —en la guerra de sucesión española—, España lo había perdido y estos territorios habían pasado a Austria. El gobernador, sin embargo, era todavía el general español Bartolomé Espejo y Vera, que había permanecido fiel al emperador Carlos VI que, del trono de Madrid, había pasado al de Viena. Pablo y Juan Bautista recordaron siempre que se habían encontrado con el gobernador a la salida de la catedral de Orbetello. «Somos dos pobres ermitaños —le explicaron— y nos sentimos inspirados por Dios bendito para hacer penitencia en el monte Argentario»<sup>6</sup>. El general sintió un gran gozo al poder acogerlos en su Estado.

Como se había previsto, Pablo y Juan Bautista tomaron la custodia de la ermita de la Anunciación, bastante abandonada y que anteriormente había sido convento de los agustinos ermitaños. Estaba situada a media altura sobre el pueblo de Porto Ercole. Era

4. La dirigida a Pablo es ofrecida en StCr I, 256.

5. L I, 53-57 (21-2-1722).

6. PBC I, 49 (G. Cioni).



una iglesita, que recordaba la Anunciación del ángel a María. Hacía ocho años había sido abandonada por el último ermitaño y, desde entonces, nadie había cuidado de ella. En el setecientos, había muchos de estos ermitaños; solamente en Toscana más de ciento sesenta y ocho. Hoy han desaparecido casi totalmente, aunque los más ancianos recuerdan todavía la figura de algún ermitaño guardando un pequeño santuario en el campo. Los dos hermanos Danei se consideraban los primeros miembros de la nueva congregación de los «pobres de Jesús». Sin embargo, para los obispos y para la iglesia oficial eran solamente dos ermitaños, que tenían la misión de custodiar un santuario abandonado. Vivían de las escasas limosnas que espontáneamente les daban los fieles. Si no recibían nada, se alimentaban con hierbas y hojas comestibles del bosque<sup>7</sup>. Los días de fiesta, bajaban de la montaña para dar catecismo en los pueblos vecinos, enseñar a meditar en la pasión del Señor, participar en la eucaristía y recibir la comunión. Pablo se quedaba en Porto Ercole, que entonces tenía unos 350 habitantes. Juan Bautista iba a Porto Santo Stefano, que era todavía más pequeño y que ni siquiera tenía sacerdote<sup>8</sup>. En el monte Argentario, los dos hermanos vivieron dedicados a la oración, en una espera gozosa, semejante a la que había preparado a María niña para el evento decisivo de la Anunciación. Era la espera de la llegada de Dios; la larga espera del cumplimiento de las promesas, que había caracterizado a la antigua alianza, pero que será siempre necesaria hasta que se cumpla el plan completo de Dios sobre la creación.

### *Traslado a Gaeta*

Los dos hermanos permanecieron en la ermita de la Anunciación del 2 de abril de 1722 al 17 de mayo del año siguiente. Parece que, en este tiempo, hicieron también una visita a Castellazzo para ayudar a la conversión de un familiar suyo<sup>9</sup>. Pablo había sentido

7. Strambi, 47s.

8. C. Giorgini, *La maremma toscana nel Settecento. Aspetti sociali e religiosi*, Eco, san Gabriele (TE) 1968, 28. Porto Santo Stefano se hace parroquia en 1732 (*ibid.*, 55).

9. PBC I, 50 (G. Cioni). Se refiere a un documento latino de Sardi, conservado en AGCP y ofrecido en StCr I, 265, nota 1.

una atracción particular hacia el monte Argentario, intuyendo que aquella debía ser la cuna de la congregación que él llevaba tan metida en su corazón. En aquel momento, sin embargo, no veía cómo poner allí en práctica esta inspiración. Entonces, pensó seriamente en una carta del obispo de Gaeta, mons. Carlos Pignatelli, que lo invitaba a su diócesis con la promesa de ayudarle a poner en práctica su inspiración. La invitación le llegó, probablemente, hacia finales de 1722. Mons. Pignatelli era sobrino del papa Inocencio XII. No sabemos cómo llegó al conocimiento de estos dos fervorosos ermitaños del monte Argentario: tal vez por los frecuentes cambios de tropas entre Gaeta y Orbetello, territorios sometidos al emperador de Austria, o acaso por la mediación de dos jóvenes compañeros de Pablo en Castellazo, que residían ya en la ermita de nuestra Señora de la Cadena. Eran los jóvenes Miguel Angel Michelini y Antonio Schiaffino. Después de haber visitado ya probablemente este santuario, el 27 de junio de 1723 Pablo y Juan Bautista pidieron al obispo de Pitigliano, mons. Salvi, permiso para transferirse a la diócesis de Gaeta. El obispo les dio una carta de recomendación, muy importante por las noticias y los elogios que contiene. Dice que los dos hermanos llevaban una vida de rigurosa penitencia, de oración y de apostolado, y que eran conocidos con el título de los «pobres de Jesús». Reconoce que ha sido la voluntad de Dios la que les ha llevado a su diócesis y la que ahora les llama a la de Gaeta. Esta carta puede ser considerada como un implícito reconocimiento, por parte de un pastor de la Iglesia, de la inspiración divina que guiaba a estos dos ermitaños.

### *La comunidad de nuestra Señora de la Cadena*

Carlos Pignatelli era un obispo lleno de celo y que, en la línea del concilio de Trento, dedicaba su atención particular a la creación de un seminario diocesano. Viendo la grande carencia espiritual del clero y de los fieles, se esforzaba en atraer a su diócesis personas verdaderamente convencidas de deber buscar sobre todo el reino de Dios. En la ermita de nuestra Señora de la Cadena había juntado un grupo de hombres muy heterogéneo, persuadido, como sucede con frecuencia a los pastores preocupados del bien de su rebaño, de que todo contribuiría al bien de este último. Estaban Miguel



Angel Michelini y Antonio Schiaffino, dos compañeros de los fervores juveniles de Pablo. Además, un cierto Francisco Grillo y un tal hermano Blas. Más tarde, el obispo mandó también allí al joven Nicolás Tomás Ricinelli y a otro sacerdote, que no se nombra<sup>10</sup>. De cuando en cuando, pasaba también algún día don Tomás Perrone, secretario del obispo. Tanto Perrone como Ricinelli deseaban unirse a los dos hermanos Danei, pero no lo hicieron por motivos de salud.

El secretario recuerda que los dos hermanos iban descalzos y descubierta la cabeza, vestidos únicamente con una túnica<sup>11</sup>. Daban el catecismo a los niños en la catedral y asistían a los moribundos. En septiembre de 1723, Pablo, todavía seglar, fue invitado a predicar los ejercicios espirituales a los seminaristas, que se preparaban para las órdenes sagradas. Es éste un ejemplo más de los muchos hombres santos del pasado, que se liberaron de los esquemas mentales todavía presentes hoy en la Iglesia. Tampoco faltaron críticas de los devotos fanáticos<sup>12</sup>, pero esto pone todavía más de relieve el coraje de estos hombres de Iglesia, que sabían reducir tales críticas a su verdadera dimensión, sin darles más importancia que la que se merecían. Los dos hermanos Danei obedecían ciegamente a los superiores eclesiásticos, pero en cuanto se refería a la vida religiosa cotidiana —dice Perrone— se obedecían mutuamente, el uno al otro<sup>13</sup>. Es éste un testimonio muy importante para su camino espiritual. Ellos entendían la obediencia no como una ley, sino como una gracia. Pasaban varias horas al día en una gruta solitaria sobre el mar, orando, estudiando y haciendo penitencia.

El amigo Perrone quiso llevarlos, en una gira-peregrinación, a su ciudad natal, Nápoles. Hicieron el viaje por mar y se alojaron en la casa de la familia Perrone. Por el número de habitantes, Nápoles era entonces la segunda ciudad de Europa, después de

10. StCr I, 273, con las fuentes allí indicadas.

11. PBC II, 91 (T. Perrone).

12. *Ibid.*, 92. «Por estos ejercicios espirituales que mons. Pignatelli hizo dar, como ya se ha indicado, a dicho Pablo, me recuerdo muy bien que fue criticado (mons. Pignatelli) por algún espíritu de contradicción, porque se servía de tal sujeto, no sacerdote sino simple eremita, para predicar a los eclesiásticos. Pero el celoso prelado lo hizo, porque conocía por experiencia el provecho que de ellos se sacaba, teniendo en cuenta el gran celo y fervor con que predicaba la palabra de Dios».

13. *Ibid.* 94s.



París. Tenía unos doscientos cincuenta mil. Por más que resulte difícil imaginarlo, no existía entonces en la península italiana esa diferencia económica entre el norte y el sur que vemos hoy día. Nápoles vivía además un intenso fervor cultural. Baste recordar que, en aquellos años, enseñaron Juan Bautista Vico, Pedro Giannone, Pablo María Doria y Cayetano Argento<sup>14</sup>. En ese siglo, la población creció más que la de ninguna otra ciudad italiana.

Pablo y Juan Bautista fueron, sobre todo, a venerar las reliquias de san Genaro y tuvieron el gozo de ver licuarse ante ellos la sangre del santo. También dieron una especie de misión improvisada en los barrios más pobres de la ciudad.

Con ocasión de una breve peregrinación al Santuario de la Santísima Trinidad, junto a una montaña abrupta, Pablo tuvo la visión intelectual de un ángel, que, con una cruz de oro, le invitaba a seguirle. Entonces oyó que le decía: «Tendrás que sufrir mucho. Te haré otro Job»<sup>15</sup>. En otoño de 1723 Pablo y Juan Bautista hicieron otro viaje a Castellazzo. Juan Bautista se puso enfermo, obligando a Pablo a prolongar su estancia en familia durante algunos meses. En la cuaresma de 1724, Pablo, apenas de treinta años y todavía sin ningún orden sagrado, es también invitado por el obispo Pignatelli a predicar en la catedral de san Erasmo. En el mes de mayo, los dos ermitaños recibieron invitación de mons. Cavalieri, obispo de Troia y Foggia, para ir a su diócesis. No se sabe cómo habían trabado una amistad confidencial con el cardenal jesuita español Alvaro Cienfuegos; lo cierto es que se dirigieron a él para pedirle consejo. ¿Convenía o no aceptar la invitación de mons. Cavalieri? La respuesta del cardenal fue positiva y muy favorable<sup>16</sup>.

En nuestra Señora de la Cadena, Pablo había vivido en medio de un grupo de personas llenas de fervor espiritual. Debió entender, sin embargo, que no era allí, ni por medio de aquellos hombres, como su congregación podría llegar al desarrollo que deseaba el Señor. Los compañeros que él había sentido que vendrían, debían reconocer en el Espíritu y acoger en la vida, el don que a él le había concedido el Señor, esto es, el carisma. Hasta entonces, sólo

14. D. Carpanetto-G. Ricuperati, *L'Italia del Settecento*, especialmente 121-149.

15. *Annali*, 51s.

16. Toda la carta está en StCr I, 290.



Juan Bautista había vivido esta experiencia interior. El Señor quería probar todavía más la fe y la confianza de este nuevo Abrahán, haciéndolo esperar muchos años antes de que el carisma se extendiese más allá de su familia.

Los viajes frecuentes que Pablo hizo durante su permanencia en Gaeta, permiten entender que la vida puramente eremítica nunca fue su verdadera vocación. Pasaba muchas jornadas en el desierto o en la comunidad, pero también era atraído por su vocación al apostolado y a los deberes de caridad. Por eso dejaba esta soledad sin escrúpulos y sin lamentos. Además, en Gaeta, como veremos más tarde, se había reunido en torno a él un grupo numeroso de personas que buscaban su dirección espiritual. También a este apostolado se dedicó con empeño.

facetas del  
carisma

## Monseñor Emilio Cavalieri (1724-1725)

### *Cooperación para la fundación*

Precisamente en aquel mismo año 1723, en el que Pablo había hecho esa visita-peregrinación a Nápoles, san Alfonso de Liguorio, el otro gran santo y fundador del siglo XVIII, había vivido el fracaso del proceso en defensa del duque de Gravina, y se había decidido a abandonar para siempre el mundo. Probablemente Pablo no sabía nada de este joven abogado de gran prestigio en el foro de Nápoles, pero es también muy verosímil que su tío mons. Cavalieri le haya hablado luego de él. Al fin y al cabo, Alfonso era el hijo mayor de su hermana.

Emilio Cavalieri era ya obispo cuando su hermana Ana se casó con el almirante José de Liguorio. De joven y siendo ya sacerdote, había sido juez fiscal del tribunal de la Inquisición, fuertemente potenciado por el cardenal Giacomo Cantelmo Stuart, entonces obispo de Nápoles<sup>1</sup>. Ante la rebelión de la ciudad, había tenido que refugiarse en Roma, donde gozó de la protección del papa Inocencio XII, Pignatelli, predecesor de Stuart en Nápoles y su amigo personal. Había sido elegido obispo de Troia y Foggia en 1694, cuando tenía sólo 31 años. Era el obispo más joven de toda la Iglesia. Temiendo el rigor de la Inquisición, el clero de Foggia hizo diligencias ante algunos destacados personajes para que lo indujesen a la calma. Sin embargo, con el tiempo, la ciudadanía y el clero aprendieron a apreciar a este obispo celoso de la gloria de Dios, prefiriéndole a cualquier otro obispo laxista.

Pablo y Juan Bautista recorrieron en pleno mes de agosto los ciento cincuenta kilómetros que separan Gaeta de Troia. El viaje fue

1 T. Rey-Mermet, *Il Santo del secolo dei Lumi. Alfonso de Liguori*, 37.



desastroso, tanto por el calor del verano, como por la fría acogida que encontraron en las hospederías. Los dos cayeron enfermos, Juan Bautista bastante grave<sup>2</sup>. El obispo los acogió y los alojó en su palacio. Gustosamente pasaba el tiempo rezando con ellos y deseoso de unirse también a la nascente congregación. Autorizó a Pablo a predicar en público, como habían hecho ya los obispos de Alejandría y de Gaeta. El mismo Pablo diría muchos años más tarde: «Me admiro cómo prelados tan doctos y tan santos hicieron predicar a uno que ni siquiera había recibido la primera tonsura»<sup>3</sup>.

Monseñor Cavalieri tomó muy a pecho la fundación de la congregación, como ningún otro lo había hecho hasta entonces. Examinó minuciosamente las reglas, les hizo algunas anotaciones y dio a Pablo importantes sugerencias. En particular les metió en la mente a los dos hermanos la idea de hacerse sacerdotes, porque esto —decía— favorecería mucho a que se unieran a ellos compañeros que Pablo tanto deseaba. No consta que Pablo hubiera pensado anteriormente que su vocación desembocaría en el sacerdocio. La influencia de Cavalieri en este sentido es decisiva. No se encuentra en toda la historia de la Iglesia —les decía— que haya sido aprobado un instituto formado por «dos hermanos y meramente laicos o seglares»<sup>4</sup>.

#### *Vida de comunidad en el obispado*

Pablo y Juan Bautista permanecieron seis meses en el palacio episcopal. Con un poco de fantasía, podemos imaginarnos a los dos jóvenes ermitaños, con los pies descalzos y vestidos sólo con una túnica, en el palacio de un obispo noble del setecientos. Es una imagen bien lejana de la que se tiene ordinariamente del estilo de vida y amistades de los obispos de aquel tiempo. Sin embargo, el hecho de que mons. Cavalieri fuese ya el tercer obispo que se comprometía personalmente con los dos jóvenes, indica que, en muchos, había un profundo deseo de auténtica espiritualidad. Se entendía que sólo esto podía revigorar la vida cristiana y salvar a la Iglesia de los peligros inminentes de amenazadores nubarro-

2. PBC I, 51s (G. Cioni).

3. *Annali*, 57; cf. D. Vizzari-G. De Sanctis, *S. Alfonso, S. Paolo della Croce, Mons. Cavalieri*, Napoli 1976, 35.

4. Las observaciones de mons. Cavalieri se encuentran en *Regulae*, 151s.



nes<sup>5</sup>. Con profundo sentido de responsabilidad por el cuerpo de Cristo vivo, que es la Iglesia, el anciano y santo prelado escribía a los dos hermanos: «He visto y leído con sumo consuelo de mi espíritu las eeglas que me habéis confiado; he experimentado consuelo más grande todavía al verlas observar, y me ha venido al corazón el sentimiento de que, tal vez, el Señor, en estos tiempos en los que ha provisto a su Iglesia de un santo Vicario que desea ver devuelto al orden jerárquico el antiguo decoro, quiera, en vuestra digna conducta y la de vuestros compañeros, justificar su causa y el fervoroso celo del que hace sus veces en la tierra»<sup>6</sup>.

Durante los seis meses que vivieron en Troia, Pablo y Juan Bautista hicieron una peregrinación al santuario vecino de San Miguel Arcángel, excavado en una roca sobre el monte Gárgano. La devoción a este arcángel será siempre, como veremos más adelante, una de las devociones más queridas del fundador. En su santuario, Juan Bautista percibió en su espíritu estas palabras: «Os visitaré con vara de hierro y os daré el Espíritu santo». Cuando muchos años más tarde recordaba esta experiencia interior, Juan Bautista la comentaba con una nota de humorismo que revela la modestia, pero también la sutileza de este hombre de Dios: «La vara de hierro la hemos probado; pero el Espíritu santo todavía no se ve»<sup>7</sup>. El 1725 era un año jubilar. El sumo pontífice, por el que mons. Cavalieri sentía tanta admiración, era Benedicto XIII, al que él había conocido muy bien porque, durante 38 años, había sido arzobispo de la ciudad vecina de Benevento y amigo suyo carísimo. Mons. Cavalieri hubiera deseado presentar personalmente al papa a los dos eremitas, pero su salud no le permitía hacer un viaje a Roma. De hecho, falleció al año siguiente, a la edad de 63 años. Mons. Cavalieri les proporcionó varias cartas de recomendación dirigidas a amigos cardenales y a otras grandes personalidades de la Ciudad Eterna<sup>8</sup>. Ahora parecía más verosímil la perspectiva de obtener la aprobación pontificia, en la que Pablo había soñado desde su vestición del hábito, y que, demasiado ingenuamente, se había ilusionado poder obtener sin ninguna pre-

5. V. E. Giuntella, *Roma nel Settecento*, 11s y otras.

6. Carta ofrecida por F. Giorgini en *Regulae*, 151.

7. PBC I, 5 (G. Cioni).

8. G. Rossi, *Della vita di Mons. D. Emilio Giacomo Cavalieri III*, Napoli 1741, 337.



sentación. Con las cartas de mons. Cavalieri y con estas buenas perspectivas, Pablo y Juan Bautista dejaron Troia en marzo de 1725 y se dirigieron a Roma.

De hecho, parece que las cartas de recomendación sirvieron para poco. Dios sale al encuentro a sus siervos por medio de un cierto mons. Marcelo Crescenzi, futuro cardenal, que quedó impresionado por su aspecto al encontrarse casualmente con ellos en la calle de Quattro Fontane y luego en San Pedro. Les presentó a su amigo el cardenal Pedro Marcelino Corradini, entonces prefecto de la congregación del Concilio<sup>9</sup>. También éste quedó favorablemente impresionado a la vista de los dos hermanos Danei y les preparó un encuentro con el papa en la iglesia de Santa María in Domnica, en el Celio. Esta iglesia era denominada por los romanos Iglesia de la Navicela. Benedicto XIII iría allí el lunes, 21 de mayo de 1725, para inspeccionar las restauraciones que, por orden suya, se estaban haciendo en ella.

En el breve tiempo que se le concedió, Pablo habló con el pontífice y le pidió la facultad de poder reunir compañeros, cosa que el papa le concedió gustosamente. Pablo se regocijó en lo más profundo de su corazón. Informado de esta gracia, mons. Cavalieri escribía a Pablo: «Hubiera sido útil que, de la facultad dada de viva voz por el Papa, quedase un atestado hecho por algún cardenal testigo»<sup>10</sup>. Se trata evidentemente de una preocupación jurídica. Para el joven Pablo, inexperto todavía en esas complicaciones, el asentimiento del papa representaba mucho más que toda garantía jurídica. Para él, era la confirmación del padre que siempre había buscado, la del representante de Dios, sin la cual, como anteriormente san Francisco de Asís, no se sentía con ánimo de seguir adelante en su camino. Esta impresión queda confirmada por la importancia que a la concesión de Benedicto XIII dieron siempre los primeros pasionistas. Como escribe san Vicente Strambi, éstos pensaban que, con aquella autorización oral, el papa había puesto, «con su autoridad, el fundamento de esta pobre y humilde congregación»<sup>11</sup>.

9. G. De Sanctis, *Pier Marcellino Corradini Cardinale «zelante»*, Roma 1971.

10. Carta publicada en *Bollettino*, 1929, 233s. El texto original del obispo es éste: «*Aliquid ad hanc conferre potuisset, si del vivae vocis oraculo hubiese podido constar por la certificación de algún cardenal.*»

11. Strambi, 58; *Historia*, 123.



## La ordenación sacerdotal (1725-1727)

Acceptar ayudar  
para volver a  
Gaeta?

### Vuelta a Gaeta

En Roma, los dos hermanos no perdieron el tiempo. Allí aceptaron la invitación del cardenal Corradini para colaborar en la fundación de un nuevo hospital, que él estaba erigiendo en el Trastevere. Era el hospital de San Gallicano. Esto les ofreció la oportunidad de alojarse en casa del sacerdote don Emilio Lami, el verdadero organizador del hospital. También se encontraba en Roma mons. Pignatelli, obispo de Gaeta, y su secretario, mons. Perrone, amigo íntimo de Pablo. De acuerdo con el obispo, a finales de junio de 1725 Pablo y Juan Bautista volvieron otra vez a Gaeta, a la ermita de nuestra Señora de la Cadena. La finalidad de este retorno era evidente. Recibida la confirmación más autorizada que pudiese darse, la del papa, ahora se trataba ya de pasar a «reunir compañeros» y, así, dar vida a la primera comunidad de la congregación que Pablo tenía tan metida en su corazón. Pablo se hacía la ilusión —vana ilusión— de poder formar tal comunidad amalgamando los antiguos inquilinos de esta ermita con los postulantes que vinieran a formar parte de la nueva congregación. Como veremos, este proyecto no resultaría tan fácil.

Informado por Pablo, mons. Cavalieri le escribía entusiasmado: «Qué consuelo tan grande el saber que, con la bendición de nuestro Señor, podéis convivir con otros que quieran imitaros. No envidio, pero *aemulor Dei aemulatione* (emulo con emulación de Dios) a mons. de Gaeta, que os tiene en su diócesis. De todos modos, *in spem contra spem spero et confido* (espero y confío contra toda esperanza). Don Marcantonio va ya descalzo y desea unirse a



vosotros. Como ya convive con esos señores, no dudo que el consabido eclesiástico abrazará vuestro instituto»<sup>1</sup>.

El obispo de Troia piensa enviarle un sacerdote y sabe que otro se ha agregado ya a los dos hermanos. Espera también tener pronto en su diócesis una comunidad de la nueva congregación. Escribe el 29 de julio de 1725: «Me consuelo al leer los buenos sentimientos de ese sacerdote que convive con vosotros; cierto que, para vuestro estilo de vida, se necesita una gran vocación»<sup>2</sup>.

Hasta aquí, todo parece que va muy bien. La siguiente carta de mons. Cavalieri deja ya entrever que las dificultades en la comunidad de la ermita de nuestra Señora de la Cadena estaban aumentando. Se debía principalmente a dos causas. Una, que el santuario tenía ya una orientación particular, de la cual era garante un seglar del patronato, con derechos autónomos respecto al mismo obispo. Pablo llegaba con su carisma y, con la fuerza del Espíritu, mostraba querer renovar todo, para un verdadero servicio al reino de Dios. Son situaciones que se repiten también en nuestro tiempo de un modo fundamentalmente idéntico. La otra causa de las dificultades eran los mismos miembros de esa comunidad, esto es, los que ya estaban allí antes de que llegase Pablo o habían venido independientemente de él. Pablo se hacía la ilusión de poder compaginar el común espíritu de fe y de desapego del mundo, que animaba a los eremitas del santuario de nuestra Señora de la Cadena. En cambio, tuvo la amarga experiencia de que, para formar la congregación como una realidad espiritual unida, tendría que esperar compañeros que reconociesen y se entregasen al carisma que él había recibido de Dios como un don gratuito. No era suficiente la semejanza de espiritualidad; era necesaria una relación personal y personalizada. Hasta ahora, sólo en Juan Bautista se había dado. Tal experiencia es sumamente importante para comprender cómo actúa el Espíritu en el cuerpo vivo de la Iglesia de todos los tiempos.

Las cartas de mons. Cavalieri nos permiten revivir estas experiencias amargas, pero iluminadoras para Pablo y Juan Bautista. Escribía el 30 de septiembre de 1725:

1. Bollettino, 1929, 232s.
2. *Ibid.*, 234.



«Sus angustias son también mías. Las desavenencias de los que administran las iglesias de patronato se toman con fervor y se mantienen con vigor. No puedo menos de estar de acuerdo con su prudente moderación. Ni en cuanto a Dios ni *quoad homines* conviene que vuestra señoría litigue o que, por vuestra señoría, monseñor se vea comprometido. Máxime que, tratándose de iglesia de patronato, poco o nada podemos nosotros, los ordinarios del lugar, si no consiente el que tiene el patronato. Le escribo esto, porque supongo que también la iglesia de monte Argentario es de patronato. No me adelanto a ofrecerle Biccari, Castelluccio, Troia o Foggia. Sé que está persuadido de que, a dondequiera que venga, para mí será de grandísimo consuelo. Y en Foggia tengo a don Marcantonio. Ruegue por mí, *ad ultimam tribulationem deveni* (me encuentro en la mayor tribulación), con su hermano, a quien abrazo.

Afectísimo hermano, Emilio Giacomo, obispo de Troia»<sup>3</sup>.

Y también el 10 de febrero de 1726:

«Aquí se ha dicho que habrá cambio de gobierno. No sé qué decirle. Lo único que puedo es asegurarle, una vez más, que esta diócesis está siempre a su disposición. ¿Se ha incorporado Lago a vuestra compañía? ¿está todavía el sacerdote que se unió a vosotros el año pasado?»<sup>4</sup>.

De los testimonios del sacerdote Nicolás Tomás Ricinelli, a quien el obispo de Gaeta había mandado como ecónomo, resulta que él obedecía en todo a Pablo, tanto en la administración de las limosnas para la comunidad, como en el distribuirlas a los pobres<sup>5</sup>. Es probable que Antonio Schiaffino, ordenado sacerdote a principios de 1726<sup>6</sup>, exigiese para sí la plena dirección de la comunidad, siendo los demás simples clérigos o, incluso, laicos. Como se verá luego, él tenía una profunda rivalidad con su fervoroso paisano.

Pablo entendió que ésa no podía ser la comunidad que Dios esperaba de él. No habiendo ninguna otra perspectiva, se replegó en la idea de volver a Roma, para servir en el nuevo hospital, que el cardenal Corradini estaba abriendo en el Trastevere. En la carta que mons. Cavalieri escribe a los dos hermanos el 30 de abril de

3. *Ibid.*, 235s.

4. *Ibid.*, 239.

5. Para todo esto cf. el fascículo citado por D. Vizzari-G. A. De Sanctis.

6. Cf. la certificación reproducida en StCr I, 312, nota 9.

parece bueno,  
pero no es v. d.



1726, se puede apreciar el alto nivel de discernimiento alcanzado en sus conversaciones entre el obispo y los hermanos Danei. Al mismo tiempo se observa, por una parte, el deseo del obispo de tener en su diócesis la nueva congregación, y por otra, la persuasión de Pablo de que, en los ofrecimientos de mons. Cavalieri, había algo que no estaba del todo conforme con el estilo de la Congregación que él había recibido del Espíritu. Probablemente era la persuasión de mons. Cavalieri de que la congregación debería ser de derecho diocesano y estar totalmente sometida a los obispos<sup>7</sup>.  
Escribe mons. Cavalieri:

«He recibido vuestra última carta. ¡Cuánto os compadezco! El Señor os hace experimentar la misma suerte que deparó a su propio Hijo: *in sortem Domini vocati, gaudete* (gozaos, porque habéis sido llamados a la misma suerte del Señor). Compadezco también a monseñor. Con iglesias de patronato es muy poco lo que puede hacer el ordinario del lugar. Además, cohabitar con otros que no sean de vuestro instituto, no podrá ser motivo de paz: *in domo Dei ambulavimus cum consensu* (caminamos acordes en la casa del Señor).

En llevar a la práctica la intención de retiraros a Roma, al nuevo hospital, yo tendría todas las dificultades posibles e imaginables. Creo que este trabajo es totalmente contrario a vuestra vocación, a lo que el Señor ha manifestado querer de vosotros, cualquiera que sea lo que os sugiera el razonamiento natural. Es necesario *in spem contra spem credere* (creer contra toda esperanza). *Proprior est nostra salus quam cum credidimus* (nuestra salvación está más cerca de lo que pensamos). *Pater fidei nostrae Abraham* (Abrahán, nuestro padre en la fe), aun cuando iba a sacrificar el hijo, creía que sería padre *credentium*. Y es más sublime el ejemplo que, en esto, dio Jesús a su mismo Padre...  
Constancia: *retrosum non abii* (no me eché atrás). Por las dificultades, yo mismo no sé lo que he escrito. Para vosotros está

7. StCr I, 314s. Entre los consejos y anotaciones del obispo Cavalieri, están los siguientes: «Estarán sometidos a la Santa Sede, pero bajo la inmediata jurisdicción del obispo ordinario de la diócesis; (el superior) será elegido por mayoría de votos de los que estén en la casa, con intervención del obispo ordinario o su delegado. De los mismos muebles de casa, ornamentos de iglesia, muebles de la sacristía, casas, los mismos huertos, la congregación tendrá solamente el uso; la propiedad será del ordinario del lugar» (*Regulae*, 153).



Biccari. Las iglesias de aquí dependen totalmente de mí. No hay refugiados. Pescado, no mucho, pero hay. La gente es dócil. Ayer vino a verme el vicario de allí y me habló de vosotros. Conocéis toda la diócesis. Está Castelluccio, San Marcos, San Nicolás. Lo único que puedo deciros es que, para mí, sería de grandísimo consuelo el serviros en este estilo de vida que habéis emprendido y que me parece que el Señor quiere de vosotros»<sup>8</sup>.

### *En el hospital de San Gallicano*

Aunque dado con tanto cariño, esta vez Pablo no acepta el discernimiento de su amigo el obispo. En cambio, le pide información sobre las ermitas que hay cerca de Pulsano. Mons. Cavalieri aprovecha para invitarle a venir a su diócesis, aduciendo también el parecer del jesuita padre Crivelli<sup>9</sup>. Fue la última carta que le escribió y lleva la fecha de 10 de mayo de 1726. Pocos meses después, el 11 de agosto, moría santamente en el Señor.

Podemos observar que, si no hubiera sido por estas cartas de mons. Cavalieri, nos hubiera sido muy oscuro todo el asunto del fracaso del proyecto en Gaeta. Todo porque el fundador, aunque recordaba gustoso acontecimientos, incluso minuciosos, de su juventud, evitó siempre manifestar amargura o rencor contra otras personas. Tampoco contaba hechos que pudieran suscitar resentimientos en otros. De mons. Cavalieri hablaba siempre como de «un gran siervo de Dios»<sup>10</sup>, y recordaba muchas veces una frase suya que le debió consolar mucho en las pruebas: «Esta congregación es obra toda de Dios y Su Majestad la llevará a término con modos altos, recónditos y jamás pensados por mí»<sup>11</sup>.

Entre finales de abril y primeros de mayo, la permanencia de Pablo y Juan Bautista en la ermita de nuestra Señora de la Cadena debió hacerse insostenible. Siempre paternal y afectuoso, el obispo Pignatelli les propuso entonces trasladarse al santuario de nuestra Señora de la Civita. A setecientos metros de altura, sobre la pequeña ciudad de Itri, con vistas al golfo de Gaeta, sobre las islas

8. Bollettino, 1929, 237.

9. *Ibid.*, 238.

10. D. Vizzari-G. A. De Sanctis, *S. Alfonso, S. Paolo della Croce, Mons. Cavalieri*, 54-56.

11. L II, 220 (al conde M. Garagni, 1-6-1741).



Poncianas y hasta el monte Circeo, el santuario estaba adosado a una gran hospedería de peregrinos. Pablo y Juan Bautista se llegaron a él juntamente con Nicolás Tomás Ricinelli. Entre los capellanes tuvo el gozo de conocer a don Erasmo Tuccinardi, que luego fue confesor y gran amigo de Pablo.

A pesar de tantos contrastes, Pablo no perdía el entusiasmo y el gozo de la fe. Una carta a su amiga y confidente la señora Nicolini Martínez, escrita en la pascua de aquel año 1726, puede dar una idea de la libertad interior que mantenía aún en medio de tantas pruebas:

«Señora mía:

Que sea siempre bendito y alabado nuestro gran Dios, que se ha complacido en hacernos llegar al día solemnísimo de su gloriosa resurrección. Cantemos, por tanto, en compañía de los bienaventurados moradores del cielo aleluya, que quiere decir: *laudate Dominum*, alabad al Señor. ¡Oh qué victorioso es este nombre! Es aquel cántico de alabanza que cantan los victoriosos moradores del paraíso: Aleluya. No es una palabra inventada en la tierra; es un himno del paraíso, que, para cantarlo como es debido, se necesita estar despojados del hombre viejo y revestidos del hombre nuevo que es Jesucristo, quiero decir, estar adornados con las virtudes santas, para cuya adquisición nos ha facilitado el camino nuestro grande y victorioso capitán Jesucristo, al cual cantamos siempre aleluya»<sup>12</sup>.

A Civita, Pablo debió ir con intención de estar de paso, en espera de ponerse de acuerdo con el cardenal Corradini y don Emilio Lami sobre su vuelta a Roma. De hecho, ya en la primera mitad de septiembre, se embarcó con su hermano a Gaeta, para llegar poco después a la desembocadura del Tíber.

El hospital de San Gallicano era una de esas obras que nacen por el fuerte impulso carismático de un hombre de Dios y la aportación de la institución estatal. Don Emilio Lami era un hombre totalmente dedicado al servicio de los pobres y los enfermos. El papa Benedicto XIII y el cardenal Corradini tenían un gran deseo de aliviar la miseria de tantos enfermos de la capital del catolicismo. Los historiadores hablan de la gran plaga de los que vivían en la miseria, de los vagabundos, de los enfermos, que azotaba a la

12. L I, 63 (21-4-1726).



Europa del setecientos<sup>13</sup>. Su miseria y su número eran un problema para muchos estados. Se propagaban epidemias, causaban inseguridad, aumentaban las filas de los bandidos y, a veces, provocaban levantamientos populares. La descripción que hace L. Huetter y que cita E. Zoffoli, además del desprecio y de la inculpación a ese tipo de personas, puede darnos una idea de la gravedad de este problema social en la Roma del setecientos<sup>14</sup>.

El hospital de San Gallicano fue inaugurado solemnemente el 8 de octubre de 1726 con una procesión encabezada por Juan Bautista Danei con la cruz, seguido de don Emilio, de Pablo y de los primeros cuarenta y dos enfermos ya acogidos en una casa vieja. Pablo y Juan Bautista fueron así enfermeros del cuerpo y del espíritu, como se recuerda muchas veces<sup>15</sup>. Hicieron una experiencia de total gratuidad para con los pobres y los desfavorecidos. La responsabilidad de la disciplina del hospital, que Pablo tuvo desde su apertura, le expuso muchas veces a la odiosidad y a malevolencias. Dicho hospital sigue funcionando todavía en nuestros días.

Escribiendo a don Tuccinardi, el amigo capellán de la Civita, Pablo le dice:

«Nos detenemos en el santo hospital, que nos parece siempre muy apropiado para estar enteramente sacrificados al Divino Amor. No se ha hecho todavía la entrada. Dentro de ocho o diez días, el papa consagrará la iglesia y luego iremos todos juntos, con santa alegría, a abrazar a nuestro querido Jesús en sus pobrecitos... Habrá mucho que sufrir, que mortificarse mucho, y, sobre todo, que atender sumamente al propio menosprecio»<sup>16</sup>.

### *Sacerdotes de Dios*

En el hospital, Pablo y Juan Bautista fueron ordenados sacerdotes. A pesar de los prudentes consejos de mons. Cavalieri, no fueron ellos los que pidieron ser ordenados, sino que fueron in-

13. Cf., por ejemplo, para Roma, V. E. Giuntella, *Roma nel Settecento*, 58ss, con amplias referencias a las fuentes: «Los contemporáneos lamentan con frecuencia que las calles y las iglesias de Roma están llenas de mendigos y de miserables de toda clase, y éste es uno de los aspectos de la ciudad que más llaman la atención de los visitantes».

14. StCr I, 330s. Cita a L. Huetter, *Il nostro ospedale alle origini*: Bollettino dell'Istituto ospedaliero dermatologico di S. Maria e S. Gallicano (Roma) (1956) 38-40.

15. StCr I, 337-340.

16. L I, 69 (21-9-1726).



ducidos por don Emilio Lami y el cardenal Corradini. «No quería subir las gradas del sacerdocio», dirá un testigo, refiriéndose a aquel período<sup>17</sup>. El cronista Cioni dirá que fueron obligados a hacerlo<sup>18</sup>. «Los superiores quieren que seamos ordenados sacerdotes, con el permiso del sumo pontífice, permaneciendo con el mismo hábito y vida que llevamos», escribía el mismo Pablo a don Tuccinardi el 15 de marzo de 1727<sup>19</sup>. Esta actitud demuestra que el carisma de la congregación no es un carisma fundamentalmente clerical, consistente en el servicio del culto y la administración de sacramentos.

Que el carisma de san Pablo de la Cruz no fuese fundamentalmente ministerial, no significa que él no estimase el sacerdocio. Por el contrario, tenía de él la más alta estima y, ciertamente, el ministerio sacerdotal llegaría a ser parte importante del carisma de la congregación, sobre todo, en lo que se refiere a los sacramentos de la reconciliación y de la eucaristía. De hecho, el empeño ministerial ha oscurecido luego el carisma típico de varios institutos. La exhortación del concilio Vaticano II a redescubrir los carismas específicos, encuentra una confirmación en la vida y el apostolado del fundador de los pasionistas.

Abandonándose totalmente al beneplácito divino, los dos hermanos aceptaron emitir el voto de perseverancia, requerido por los reglamentos del hospital. Aceptaron también hacerse ordenar bajo el título canónico de «servicio al hospital», título que el papa había expresamente instituido en el acto de fundación del mismo. Nunca hasta entonces, Pablo se había encontrado tan lejano de la inspiración que sentía en su interior. Esta experiencia, sin embargo, no le fue inútil ni estaba fuera de los planes de Dios. Precisamente a través de este paso de total confianza en el Señor, había de llegar bien pronto a dar comienzo la primera comunidad de la congregación.

Siendo los más pobres de los pobres, los dos hermanos Danei fueron ordenados los últimos<sup>20</sup>. En medio de tantos que consideraban la ordenación sacerdotal un acomodo para la vida terrena y una posibilidad de hacer carrera en el mundo, Pablo se preocupaba

17. PBC IV, 389 (Giuseppe Del Re).

18. *Annali*, 62.

19. L I, 73.

20. StCr I, 351, nota 20: cita los registros del archivo vaticano.

de lo que el sacerdocio comportaba delante de Dios: «El crearme cargado de tantas imperfecciones, me hace temblar pensando que todo, por mi culpa, puede redundar en mi mayor castigo»<sup>21</sup>. «El ser sacerdote me obliga a grandes cosas, entre las cuales está también el estudio según mis posibilidades»<sup>22</sup>. Tal vez por una intuición sobrenatural, el papa Benedicto XIII, que, a diferencia de sus predecesores gustaba de hacer personalmente las ordenaciones<sup>23</sup>, apretó fuertemente las manos sobre los dos últimos diáconos y exclamó: «Deo gratias»<sup>24</sup>. Al día siguiente, 8 de junio y fiesta de la Santísima Trinidad, Pablo y Juan Bautista celebraron su primera misa en la capilla del hospital de San Galicano. Para esta ocasión calzaron sus pies desnudos con unas sencillas zapatillas, y así hicieron, por respeto, cada vez que celebraban la misa. El cronista P. Cioni recordará que, durante muchos años, Pablo no acertará a celebrar el sacrificio de la misa sin derramar copiosas lágrimas<sup>25</sup>.

21. L I, 74 (a don E. Tuccinardi, 15-3-1727).

22. L I, 75 (al mismo, 11-6-1727).

23. Pastor XV, 500.

24. PBC, 55 (G. Cioni); *Annali*, 64.

25. *Annali*, 64.



## En monte Argentario nace una verdadera comunidad (1727-1730)

### *La muerte de su padre*

Apenas ordenados sacerdotes, Pablo y Juan Bautista tuvieron dos ocasiones de ponerse de nuevo en contacto con su familia. La primera fue la visita de su hermano menor, José, joven de 22 años, que había ido a Roma, tal vez para asistir a la ordenación sacerdotal de sus hermanos. Habiendo caído gravemente enfermo y no pudiendo ya más de dolor, un día pidió a Pablo que le impusiera las manos y rogase por él. Pablo sintió la inspiración de usar inmediatamente el poder del sacramento que acababa de recibir y dijo a su hermano: «Ten fe, el sacerdote tiene autoridad hasta para resucitar muertos». Rogó por él, se durmió el enfermo y, al despertarse, se encontró totalmente curado<sup>1</sup>.

Hacia la mitad de agosto, los dos hermanos recibieron la triste noticia de que su padre, Lucas, había muerto el 17 de julio a consecuencia de una caída. Con los años, el comerciante se había ido dedicando cada vez más a la vida espiritual y hasta deseaba el martirio. En la corta enfermedad que lo llevó a la tumba, pidió a su hijo José que no guardase el menor rencor contra el que había sido la causa involuntaria de su mala caída y de su muerte<sup>2</sup>.

Consignamos aquí íntegra la carta que con esta ocasión escribió Pablo a su madre, Ana María:

«Viva Jesús.

1. PBC II, 45 (Giuseppe Danei).

2. *Ibid.*, 42.



## En monte Argentario nace una verdadera comunidad (1727-1730)

### *La muerte de su padre*

Apenas ordenados sacerdotes, Pablo y Juan Bautista tuvieron dos ocasiones de ponerse de nuevo en contacto con su familia. La primera fue la visita de su hermano menor, José, joven de 22 años, que había ido a Roma, tal vez para asistir a la ordenación sacerdotal de sus hermanos. Habiendo caído gravemente enfermo y no pudiendo ya más de dolor, un día pidió a Pablo que le impusiera las manos y rogase por él. Pablo sintió la inspiración de usar inmediatamente el poder del sacramento que acababa de recibir y dijo a su hermano: «Ten fe, el sacerdote tiene autoridad hasta para resucitar muertos». Rogó por él, se durmió el enfermo y, al despertarse, se encontró totalmente curado<sup>1</sup>.

Hacia la mitad de agosto, los dos hermanos recibieron la triste noticia de que su padre, Lucas, había muerto el 17 de julio a consecuencia de una caída. Con los años, el comerciante se había ido dedicando cada vez más a la vida espiritual y hasta deseaba el martirio. En la corta enfermedad que lo llevó a la tumba, pidió a su hijo José que no guardase el menor rencor contra el que había sido la causa involuntaria de su mala caída y de su muerte<sup>2</sup>.

Consignamos aquí íntegra la carta que con esta ocasión escribió Pablo a su madre, Ana María:

«Viva Jesús.

1. PBC II, 45 (Giuseppe Danci).

2. *Ibid.*, 42.



Nuestra queridísima madre: La noticia de la muerte de padre nos ha causado una profunda aflicción, máxime no sabiendo particulares detalles. Sin embargo, hemos adorado en seguida la santísima voluntad de Dios y le rogamos a usted sepa conformarse. Querida madre, esté contenta, pues nosotros tenemos la seguridad de que padre ya está en el paraíso. Procure que todos se alegren en casa. No les escribo a los demás, porque pronto iremos a atenderles en sus necesidades, para mayor gloria de Dios. Hoy mismo hemos recibido su carta y vamos a pedir permiso. Luego haremos lo que sea más conveniente. Creo que partiremos en seguida, a principios de septiembre. Ruegue por nosotros. Mañana y otros días celebraremos la misa por el alma de nuestro difunto padre.

Suyos afectísimos servidores,  
Pablo y Juan Bautista.

Roma, 18 de agosto de 1727<sup>3</sup>.

La visita a la familia recuerda a Pablo la visita de María a Isabel: encuentro de caridad, visita hecha en el Señor. Pablo encontró a su madre sola con sus hijos. La mayor, Teresa, de 24 años, que será largamente recordada por su virtud<sup>4</sup>. Seguían José de 22, Antonio de 17 y Catalina, todavía una niña de 7 años.

De ahora en adelante los encuentros de Pablo con su familia no serán muchos ni tampoco tan felices. Su hermano Antonio entró en la congregación, pero salió varias veces, quedando luego definitivamente fuera. Su hermano José desarrolló una extraña tendencia a pedir ayudas económicas a distintas personas, valiéndose de la fama de santidad de Pablo. En 1758, éste le reprochó el que se hubiera dirigido con este fin al cardenal Delle Lanze, arzobispo de Turín. Once años más tarde, el mismo Pablo, en una carta muy humana, pide a los superiores de la congregación que acepten la carga de celebrar doscientas cuarenta misas, ofreciendo el estipendio a su hermano<sup>5</sup>. El mismo año de la muerte de Pablo, José pidió ayuda a los superiores del convento de los Santos Juan y

3 L. I, 96n.

4 Es recordada y alabada varias veces en la obra de cuatro volúmenes de G. Bazzani, *Storia di Gemondio, or Castellazzo*, Alessandria 1891.

5 L. IV, 532 (tal vez a Pablo Santi, fiscal de 1769).



Pablo, pero afortunadamente Pablo no llegó a saberlo<sup>6</sup>. Más tarde se dirigió también, con el mismo fin, al obispo pasionista mons. Struzzi<sup>7</sup>.

### *Dificultades en el hospital*

A finales de octubre, los dos hermanos estaban ya de nuevo en Roma, trabajando en el hospital. Sin embargo, sus relaciones con don Lami y los empleados no eran ya tan serenas como anteriormente. El personal no soportaba el rigor que Pablo estaba imprimiendo en la vida del hospital. Don Lami, a quien Pablo describe como un «buen siervo de Dios»<sup>8</sup>, llevaba una vida totalmente activa y no aceptaba que Pablo ejerciera la dirección espiritual. Este, en cambio, iba redescubriendo tales carismas y midiendo las distancias entre su vocación de maestro de oración y la vida totalmente activa de don Lami. Por entonces fueron escritas las constituciones del hospital, que imponían a todos el prestar a los enfermos curas repugnantes. Sobre todo Juan Bautista no lograba superar tal repugnancia. Dándose cuenta de la dificultad a que habían llegado, el cardenal Corradini, como verdadero padre, asumió gustosamente la responsabilidad de aconsejarles que siguieran otro camino. El mismo pidió al papa la dispensa del voto de perseverancia y la facultad de celebrar misa por un año, en espera de que, mientras tanto, se encontrase algún otro título jurídico para el ejercicio de su ministerio.

El mismo Pablo nos ilumina sobre esta nueva experiencia de la paternidad de su cardenal protector: «Nos ha conseguido con toda la caridad un Breve de Su Santidad para que podamos retirarnos a la soledad y perseverar en nuestra vida, etc., como se ha hecho por la gracia de Dios»<sup>9</sup>. Y recuerda también que, durante todo el verano, habían estado algo enfermos. A su vuelta de Castellazzo, habían tenido fiebres altas y, durante diez y ocho días, Pablo no había podido celebrar la santa misa<sup>10</sup>. Según una teoría entonces muy difundida, al ignorarse las verdaderas causas de muchas enfermedades, Pablo y

6. Citado íntegramente en StCr II, 524s.

7. StCr II, 525, nota 30.

8. L I, 77 (a E. Tuccinardi, 20-12-1727).

9. L I, 79 (al mismo, 11-3-1728; toda la carta es hermosa e interesante).

10. L I, 76 (al mismo, 20-12-1727).



Juan Bautista pensaron que el clima de Roma no les iba bien para la salud. No olvidemos que la grave enfermedad de la malaria, como lo indica la misma palabra, se suponía que estaba causada por el mal aire de ciertas zonas.

### *Vuelta al monte Argentario*

Pablo y Juan Bautista desearon volver al monte Argentario, de donde habían partido cinco años antes. Naturalmente, pensaron en la ermita de la Anunciación, donde habían estado ya. A primeros de marzo de 1728 llegaron a Porto Ercole, donde, sin embargo, tuvieron la desagradable sorpresa de saber que la ermita de la Anunciación estaba ya ocupada por el joven sacerdote Antonio Schiaffino, compañero de los primeros entusiasmos de Pablo en Castellazzo y en Gaeta. Se da aquí uno de esos casos que se repiten en la historia de la Iglesia, de personas que se atribuyen carismas que no han recibido. Este fenómeno nace de la fuerte tendencia a la rivalidad y a la confrontación, tendencia que no ha de ser interpretada, al menos inicialmente, en sentido moral, sino sólo como una característica psicológica.

La confrontación entre Schiaffino y Pablo parte ya de Castellazzo. En algunos aspectos Schiaffino podía sentirse más dotado que Pablo, por lo que creció en él la convicción de estar llamado a fundar un instituto religioso. Esta persuasión lleva a Schiaffino precisamente al monte Argentario y a aquella ermita de la que los dos hermanos le habían hablado tantas veces. Aprovechando la circunstancia de que éstos se habían quedado en el hospital de Roma, él se fue a la ermita y se adueñó de ella y de la casa adosada para los ermitaños. Al recibir esta desagradable noticia, Pablo, a pesar de la experiencia negativa de Gaeta, creyó poder convencer todavía a Schiaffino y así subió al monte para hacerle la propuesta de formar todos una comunidad. Al verlos Schiaffino, que instintivamente temía su retorno, tuvo un acceso de ira y los despachó de malos modos<sup>11</sup>. Fue una suerte para los dos hermanos. La convivencia hubiera traído ciertamente graves problemas. Habiendo llegado a su conocimiento que no lejos de allí había otra ermita abandonada dedicada a san Antonio Abad, los dos hermanos se

11. ScCr I, 367-371.





*Orbetello y la laguna vistos desde el retiro de la Presentación*



dirigieron a ella. El obispo Salvi había fallecido el año anterior, y el nuevo obispo, Cristóforo Palmieri, no había tomado todavía posesión de la diócesis. Por eso fue el párroco de Porto Ercole el que les dio la autorización para quedarse en San Antonio.

En nuestros días, tanto la ermita de la Anunciación como la de San Antonio están transformadas en villas señoriales. Sin embargo, la capilla y la estancia de la planta baja de San Antonio han quedado propiedad de la congregación pasionista. Viviendo en una época, en la que tener una casa en un lugar como el Argentario es un privilegio de pocos, se nos hace difícil entender cómo en el setecientos fuese éste uno de los lugares más abandonados y menos apreciados. Pero la cosa era así.

A diferencia de la ermita de la Anunciación, que tenía varias habitaciones, la de San Antonio era pequeña y pobre. El mismo Pablo la llamará «pobre tugurio, tan pequeño y miserable que mueve a compasión»<sup>12</sup>. Era una capilla, una habitación contigua a ella y, en la planta superior, una estancia grande. Esta hacía de dormitorio. Sobre algunas tablas, colocadas en el suelo, se extendieron unos sacos de paja separados por cortinas. La estancia de la planta baja era para todos los servicios comunitarios excepto la cocina, que se hacía en una especie de campana, puesta a la entrada. En esta tan incómoda situación, Pablo y sus primeros compañeros pasaron nada menos que nueve años<sup>13</sup>.

En San Antonio se comenzó a vivir la vida pasionista de una manera programada y sin interferencias. Vida de oración y de penitencia. Se levantaban por la noche para rezar los maitines y dedicarse a la oración mental. Horas canónicas y misa durante el día, estudio y oración personal hechos con frecuencia en cualquier lugar de la montaña. Trabajo manual. Vida de apostolado. La tarde del sábado, Juan Bautista bajaba a Porto Santo Stefano, y Pablo a Porto Ercole o, incluso, a Orbetello. Enseñaban la doctrina al pueblo y, sobre todo, hacían una verdadera escuela de oración. Con frecuencia pasaban la noche en la iglesia delante de Jesús sacramentado. Confesaban y practicaban la dirección espiritual.

En 1730 comenzaron a predicar misiones en los pueblos vecinos. La primera fue en Talamone, perteneciente actualmente a

12. L I, 360 (al card. L. Altieri, Corpus Domini 1737).

13. Para la descripción del edificio, cf. StCr I, 375s, con indicación de las fuentes.



Orbetello. Siguieron Montorgiali, Magliano en Toscana, Montiano, Scansano, Porto Ercole, Orbetello, todos pueblos de la marisma toscana. Porque el monte Argentario no había atraído a Pablo sólo por la perspectiva de una profunda soledad que favoreciera la contemplación, sino también por la pobreza y el abandono en que estaban los pueblos vecinos, pobreza de la que hoy es difícil hacerse una idea, dado el desarrollo turístico de aquella zona. De Livorno a Civitavecchia se extendía la marisma, tierra de malaria, esto es, de miseria, de enfermedades y de muerte. El historiador pasionista Giorgini ha hecho un buen estudio sobre la marisma toscana en el setecientos. De la relación de un contemporáneo, él ofrece la siguiente descripción: «La vida de estas gentes es de lo más atribulada y, al mismo tiempo, peligrosa (excluimos las familias respetables y acomodadas). Se alimentan sólo de pan; su única bebida es el agua y, la mayor parte, de los fosos o de los ríos. Duermen siempre vestidos sobre una tabla, en la que los más cómodos extienden un saco de paja. Para sus deberes religiosos, en las fiestas tienen que recorrer un largo camino, desastroso y entrecortado por ríos. Durante el verano, duermen al sereno»<sup>14</sup>. Hacia mitad de ese siglo, la media de vida de esas gentes era de diecinueve años<sup>15</sup>. Pocos hombres lograban superar los cincuenta. Muchos, también forasteros venidos para un trabajo temporal, morían en su puesto de trabajo y, con frecuencia, sus cadáveres permanecían sin sepultar<sup>16</sup>.

El clero era numeroso, pero sin cultura ni auténtica vocación. Precisamente en 1731, el obispo de Massa Marittima, mons. Ciani, escribía: «Abundan los eclesiásticos, pero no valen casi nada, porque, privados de toda ciencia y educación, no pueden ofrecer ninguna ayuda y apenas son capaces de celebrar la misa. Es imposible confiarles otros ministerios más altos»<sup>17</sup>. Mons. Franci, obispo de Grosseto, escribía también en 1740: «Es imposible encontrar sacerdotes que, con el obispo, puedan militar la buena milicia e instruir al pueblo a ellos confiado con la diligencia y doctrina que conviene»<sup>18</sup>.

14. C. Giorgini, *La maremma toscana...*, 21.

15. *Ibid.*, 25.

16. *Ibid.*, 32.

17. *Ibid.*, 81; StCr I, 393s.

18. *Ibid.*, 81.



En 1724 había en Orbetello veintidós sacerdotes y nueve clérigos para una población de, aproximadamente, mil quinientos habitantes<sup>19</sup>. En Porto Ercole había catorce para poco más de trescientos habitantes. El mismo Giorgini escribe: «La mentalidad social de aquel tiempo veía con frecuencia en el estado eclesiástico una agencia para colocar a todos los no primogénitos»<sup>20</sup>. Y también: «Muchos sacerdotes reducían su actividad sacerdotal a celebrar la misa requerida por el beneficio eclesiástico que tenían, sin preocuparse de ser aprobados para las confesiones o delegados para administrar cualquier sacramento»<sup>21</sup>. Los obispos de las cuatro diócesis de la marisma, esto es, Piombino, Massa Marittima, Grosseto y Sovana, fueron muy celosos y activos. Sin embargo, se ausentaban de sus diócesis durante los calores (casi la mitad del año) por temor a contraer la malaria<sup>22</sup>.

En esta tierra desolada, Pablo de la Cruz hizo personalmente la experiencia de cuanto luego determinaría en las reglas de 1741: «Muéstrese a los ilustrísimos y reverendísimos obispos deseos de ir a las tierras más pobres y necesitadas; incluso el ir a los lugares solitarios, las marismas, islas y otros lugares que parezcan más abandonados de los ministros apostólicos debe considerarse por los miembros de nuestra congregación como particular de su instituto»<sup>23</sup>. Su apostolado oficial comenzó verdaderamente por los últimos, los más pobres de entre los pobres. Por eso fue tan bendecido por Dios.

### *Los primeros compañeros*

En mayo de 1730 se unió también a ellos otro miembro de la familia Danei. Era su hermano Antonio, entonces de 20 años. Había hecho un breve curso de estudios y llegó al monte Argentario vestido de gran caballero. En 1732 Pablo pidió al obispo de Alejandría cartas testimoniales para su ordenación sacerdotal. Luego fue gran predicador de misiones y también superior. Antonio era de un carácter muy alegre, pero inestable y propenso a la crítica.

19. *Ibid.*, 98.

20. *Ibid.*, 95.

21. *Ibid.*, 57.

22. *Ibid.*, 52.

23. *Regulae*, 94.



En 1742 abandonó la congregación. Aunque volvió a entrar el año siguiente, salió otra vez en 1761. Al principio, Antonio llenó de entusiasmo a Pablo por el gran fervor que manifestaba, pero luego fue para él una cruz.

El mismo año 1730, entró también el sacerdote Angel Di Stefano, de los Caballeros de Jerusalén y autor de un libro piadoso<sup>24</sup>. El amigo Tuccinardi mandó algunos aspirantes de Sessa Aurunca. Así se formó una ferviente comunidad de siete miembros, de los cuales cuatro eran sacerdotes, dos clérigos y un hermano coadjutor. Mons. Crescenzi, de Roma, se congratulaba con su amigo Pablo y le escribía: «No puede negarse que el aumento imprevisto de esta su santa congregación sea obra toda de Dios»<sup>25</sup>. Podemos imaginar lo incómodo de tener que dormir tantos en una sola habitación y vivir en casa tan reducida. Sin embargo, el gozo era grande, aunque, por desgracia, no duraría mucho. Hacia finales de ese mismo año, algunos habían vuelto ya a sus casas. Mons. Crescenzi, que se había alegrado de su llegada, no se escandalizó de su salida y animó a Pablo a perseverar: «Poco me maravillo de que los nuevos compañeros estén para partir. Por la relación de monseñor el obispo de Sessa supe que eran cerebros un tanto inquietos y difíciles de permanecer largo tiempo en la carrera comenzada. Cuando Dios quiera darlos, les dará la verdadera perseverancia»<sup>26</sup>.

Mientras tanto, la pequeña congregación había ganado la estima y aprecio del nuevo obispo de Sovana, mons. Cristóforo Palmieri, que concedió a los hermanos Danei licencias para confesar y predicar misiones en toda su diócesis. En este documento alaba su «doctrina, suavidad de comportamiento e integridad de vida»<sup>27</sup>.

### *El antagonista*

Mientras en torno a la pequeña comunidad del Argentario se reunía un grupo cada vez más grande de amigos, no faltaron, ni podían faltar, los opositores y los críticos. El mismo Pablo escribía

24. El libro se titulaba *La guida dell'anima cattolica, che la conduce all'eterna salute*; cf. M. Bartoli, *Catalogo dei religiosi passionisti 1741-1775*, Roma 1878, 271.

25. Carta citada por Juan María Cioni en *Annali*, 77 y conservada en AGCP.

26. Otra carta citada allí y conservada en AGCP.

27. El texto original latino, conservado en AGCP, se reproduce en StCr I, 395s.



por aquellos días: «Las obras de Dios han sido siempre combatidas, para que resplandezca la divina magnificencia»<sup>28</sup>. En 1730 un bienhechor, que se había comprometido a subvencionar la ampliación de la casa de la ermita de San Antonio, cambió de idea a consecuencia de las críticas que le llegaron.

Pero el enemigo número uno de Pablo era su paisano Antonio Schiaffino. Como sucede en casos semejantes, la necesidad de justificar un primer mal comportamiento, le lleva a cometer otros. Schiaffino tenía que justificar el haber quitado la ermita de la Anunciación a los Danei y haberles despachado de malos modos. Pablo nunca se quejó ni habló mal de Schiaffino. Tenía como principio guardar el silencio más riguroso en torno a las ofensas que recibía. Su hermano Antonio, sin embargo, era de un carácter distinto y no tenía pelos en la lengua. Ya anciano, recordará con amargura las humillaciones recibidas por la pequeña comunidad del Argentario y confesará que una vez desaprobó abiertamente a su superior y hermano mayor porque le vio recibir de rodillas las injurias de su adversario. Según él, no era necesario comportarse así «con uno que era nuestro perseguidor», pero Pablo le mandó callar, porque «así convenía portarse por amor de Dios»<sup>29</sup>.

Antonio Schiaffino imitaba un poco a los Danei y se diferenciaba también de ellos, porque no tenía fuerza para imitarles en la austeridad. Formó igualmente una pequeña comunidad. Pero así como el obispo y sus colaboradores no tuvieron nada que reprochar a la comunidad de San Antonio en las visitas canónicas de 1729 y 1733, a la comunidad de la Anunciación le hicieron varias indicaciones. Lamentaron la poca limpieza, la falta de confesonarios en la iglesia, el tener la eucaristía sin la necesaria autorización. Se dieron cuenta de que Schiaffino se gloriaba de practicar una pobreza absoluta, pero luego recurría a rentas fijas y a pedir limosnas<sup>30</sup>. La comunidad de San Antonio sufrió mucho por este antagonismo. Para Pablo fue una verdadera cruz, que él llevó con fe, paciencia y total abandono a la voluntad de Dios.

28. L I, 86 (a E. Tuccinardi, 29-11-1730).

29. PBC II, 19s.

30. StCr I, 369-372, con las fuentes allí indicadas.

## Construcción del primer retiro (1730-1733)

*Este es el lugar escogido por el Señor*

A diferencia de Schiaffino, que se dedicó desde el principio a la ampliación de la casa de la Anunciación, Pablo y Juan Bautista no pensaron en ampliar la pequeña casa de San Antonio. La llegada de compañeros, sin embargo, les hizo sentir la necesidad de ambientes más amplios para cobijar decentemente a tantos hermanos. Hacia 1730, Pablo hizo un intento de fundación en la isla de Elba, interesando a monseñor Ciani, obispo de Massa Marittima, y a los amigos romanos, para que intercedieran ante la princesa Ludovisi Boncompagni de Piombino a fin de conseguir la necesaria autorización. A finales de ese mismo año, sin embargo, el proyecto fracasó.

Según parece, pasando un día por la propiedad de San Antonino donde ahora está el convento de la Presentación, Pablo tuvo una iluminación muy clara: aquél era el lugar que la divina Providencia había escogido para que se fundase allí el primer convento de su congregación. Pablo y Juan Bautista se detuvieron junto a un olivo para adorar de lejos al santísimo sacramento en las iglesias de Orbetello. Fue durante una de estas bucólicas adoraciones y mientras admiraba el panorama de la ciudad, cuando Pablo tuvo la iluminación sobre el «retiro», como llamaría él a sus conventos por estar fundados en soledad y retirados del mundo, para poder dedicarse mejor a la oración y a la vida espiritual a los pies del Crucificado. Todo le quedó tan impreso en la mente, que en la construcción realizada después, quiso que se conservase el olivo, que venía a caer precisamente en medio del coro. Escribe el cronista



Cioni: «Se cantaban ya las divinas alabanzas en el nuevo coro, el olivo estaba todavía allí, cargándose de frutos»<sup>1</sup>. Alguien dice que Pablo le había hablado de una visión de la santísima Virgen sobre dicho olivo. Más tarde, él mismo lo hizo cortar. Luego arrepiñó<sup>2</sup>.

### *Los amigos de Orbetello*

La propiedad de San Antonino tenía dos características que la diferenciaban de la ermita de San Antonio: estaba situada en el territorio de Orbetello y formaba parte de la abadía de Le Tre Fontane. Dirigiéndose a ella, Pablo se salía del territorio de Portofino, Ercole y de la diócesis de Sovana, donde, a pesar de la bondad del obispo para con él, Schiaffino gozaba de un notable prestigio.

La primera misión predicada en Talamone, había producido la conversión de una joven de Orbetello, que tenía también allí un terreno. Era Inés Grazi, hija del capitán de la guarnición de la ciudad. Entre Pablo e Inés nacería una gran amistad que, como observa Zoffoli, se inscribe dignamente «en la historia de las amistades de los santos»<sup>4</sup>. Se conservan todavía más de 165 cartas escritas de Pablo a Inés. Tanta era la confianza que tenía con ella, que a veces le escribía incluso en verso. Si Inés fue para Pablo y sus primeros compañeros una hermana muy querida, su cuñada María Juana Venturi fue una verdadera madre para la nascente congregación. En 1724 María Juana Venturi se había casado con Vicente Grazi, hermano de Inés. Durante toda su vida, su casa sirvió de hospedaje a todos los pasionistas de paso por Orbetello. En vano Pablo trató más tarde de liberar a la familia del peso de esta continua hospitalidad, buscando un piso en Orbetello. Su sentido de pertenencia a la congregación era tan fuerte por ambas partes, que, a la muerte de Inés en 1744 y de María Juana en 1799, no se dudó de darles sepultura en la iglesia de la Presentación, junto a la de los religiosos.

1. *Memoria* de G. Cioni ofrecida en StCr I, 406s, nota 7.

2. Aquel olivo se recuerda todavía en las esculturas del coro, del escultor pasionista Tito Amodei.

3. StCr I, 407.

4. *Ibid.* III, 114.

La reflexión de estas relaciones de fraternidad con laicos es muy importante para entender la naturaleza de la soledad, tan característica en la espiritualidad de Pablo y tan expuesta a no ser debidamente entendida. Pablo quería evitar a toda costa que la vida religiosa fuese absorbida por la lógica del mundo, como él observaba que lo era en tantos otros religiosos que él conocía. Pero cuando la relación con los laicos era verdaderamente en Dios, en el Espíritu, Pablo estaba abierto a ella. La congregación pasionista nace en una estrecha relación espiritual entre religiosos y seculares, en una auténtica fraternidad. Por desgracia, estos ejemplos son aducidos a veces como justificación de relaciones afectivas desordenadas, o que no llevan al crecimiento en el Espíritu.

En una época como la nuestra, en la que no se da ya una sociedad que, en cuanto tal, se reconozca cristiana, se comprende todavía mejor la importancia de tales relaciones. Ante todo se trata de reconocerse en el discernimiento, esto es, reconocer a las personas en las que el Espíritu está obrando una nueva creación. Luego, de encontrarse para confirmarse mutuamente en el camino de Dios. Es todo el misterio del encuentro con el otro en el Espíritu; la visita de Dios, de la que habla tanto la Biblia, personificada en la visita de María a su prima Isabel y en las visitas que los santos se hicieron mutuamente. Las almas espirituales, como cualquier otra, no se forman en el aislamiento sino en la relación, a imagen de la Trinidad. El capítulo diecisiete de este mismo libro nos ofrecerá la posibilidad de conocer mejor algunas de estas relaciones de amistad espiritual.

### *El Estado de los Presidios*

Para seguir más fácilmente el hilo de esta historia, conviene saber que Orbetello, aunque no pasaba de ser un pequeño pueblo de la Marisma, era sin embargo, la capital administrativa del Estado de los Presidios, del que ya hemos hablado. Dicho Estado comprendía a Orbetello, el monte Argentario con sus dos pequeños puertos, Talamone y Porto Longone, en la isla de Elba. Eclesiásticamente Orbetello formaba parte de la abadía de Tre Fontane, de Roma, y estaba administrada por el cardenal Lorenzo Altieri<sup>5</sup>.

5. *Historia*, 21-23.



En aquel pequeño Estado repercutían todas las tensiones de las potencias europeas, que estaban en peligroso crecimiento al comienzo de los años treinta, del setecientos. El período de paz relativa, después de la guerra de sucesión española, estaba para concluirse y dar paso a un largo período de tensiones y de guerras. Estaban para desencadenarse dos guerras de sucesión: la polaca, que duraría de 1733 a 1738, y la austriaca de 1740 a 1748. Estas guerras, causadas por motivaciones aparentemente muy ajenas a la realidad de la península, se combatieron en buena parte en suelo italiano y la primera, incluso, allí donde residía Pablo.

### *Los preparativos de la construcción*

En Orbetello, Pablo era ya conocido y estimado por un buen número de personas de relieve del pequeño Estado de los Presidios. El historiador Zoffoli recuerda al capitán Marcantonio Grazi, al sacerdote don Giacomo Grazi, al general español Espejo y Vera, a los señores Casillas, Sánchez, Roselli, Labar, Petri, Casamajor y Leopoldo Pesci<sup>6</sup>. Don Giacomo Grazi puso su patrimonio a disposición de Pablo para la edificación del retiro. En 1731 un grupo de amigos del fundador propuso el proyecto de construcción al consejo de magistrados de Orbetello. Pablo dirigió a los consejeros una petición, que todavía se conserva<sup>7</sup>. Estos, a su vez, hicieron otra al cardenal Altieri, proponiendo la permuta del terreno de la finca de San Antonio, que pertenecía al beneficio del prior de Orbetello. Aparte escribieron también el general Espejo y Vera y el mismo Pablo, que interesó además a los amigos romanos monseñor Crescenzi y el cardenal Corradini.

El 28 de julio el cardenal Altieri repondió gentilmente, pero sin comprometerse. A principios de 1732 Pablo escribió de nuevo, recibiendo una respuesta poco alentadora. Habitado a una relación serena con las personas influyentes de la Iglesia, Pablo debió sufrir mucho con aquella carta. El 9 de abril le decía entre otras cosas:

«*Benedictus Deus*; veo que esta obra se va alargando, porque todavía no se lleva a efecto la permuta. Adoro los designios de la

6. StCr I, 408s.

7. L I, 355 (1731).



divina Providencia, que así lo dispone. Sin embargo, no se puede prudentemente dudar que la obra sea toda de Dios, porque el fin por el que se hace, según el parecer de siervos de Jesucristo doctos también en la ciencia de los santos, es de la gloria de su divina Majestad y de utilidad para las almas... Acerca de las informaciones para vuestra eminencia, no puedo ofrecerle otras que las que le hemos presentado humildemente. Sin haberlo buscado nosotros, el ayuntamiento de Orbetello ha escrito a vuestra eminencia dos veces. El señor teniente mariscal le ha escrito también. Yo supliqué a vuestra eminencia que, si quería información, podía pedirla a monseñor el arzobispo de Turín, que ha sido nuestro pastor, a monseñor el obispo de Sovana, al eminentísimo señor cardenal Corradini, a monseñor Crescenzi... Dejo este asunto en las manos santísimas de Dios. El conoce la gran necesidad de estas gentes, la que hay de formación en los eclesiásticos y otras grandísimas necesidades»<sup>8</sup>.

Como se ve, Pablo está amargado; pero se somete y repite muchas veces palabras de bendición de la voluntad de Dios. A finales de este año, monseñor Palmieri escribe también al cardenal. Su carta es un precioso testimonio de la santidad de aquella primera comunidad de monte Argentario:

«Desde que tomé posesión del gobierno de esta diócesis, encontré en el monte Argentario y en el territorio de Porto Ercole a dos hermanos sacerdotes, uno llamado Pablo y otro Juan Bautista, de la familia Danei, promovidos a las sagradas órdenes por su santidad Benedicto XIII, de santa memoria. Estos, juntamente con otro hermano suyo clérigo y un buen servidor laico, hacen en una pequeña ermita de este monte, llamada de San Antonio, voluntaria penitencia con una vida muy austera, digna de admirarse y que no se puede imitar sin una gracia especial de Dios. Son sacerdotes, tienen una regla particular, visten un hábito áspero... Van siempre descalzos y con la cabeza descubierta: viven de las limosnas que espontáneamente les dan. En la soledad observan una continua cuaresma y ayuno, y el poco reposo que se conceden es sobre paja... He comprobado que son obedientísimos, humildes, respetuosos con mi persona y creo que también con los demás preladados... Sabiendo que el eminentísimo Corradini les tiene bajo su

8. L I, 358s.



protección, como también otros prelados bien dignos de esa excelsa ciudad (de lo cual podrá tener más preciso conocimiento vuestra eminencia), estimo como una gran fortuna para mí el tenerlos en mi diócesis»<sup>9</sup>.

Pablo pensaba entonces en un retiro-convento de dieciocho habitaciones para sus religiosos, más una casa para los huéspedes que vinieran a hacer ejercicios espirituales. A primeros de 1732 se dieron cuenta de que el lugar en que se iba a construir no pertenecía al priorato de Orbetello, como se había pensado al principio; por tanto, no se necesitaba autorización eclesiástica para las obras. Se comenzaron a transportar los materiales. La construcción se inició en 1733, después de una vibrante alocución de Pablo al final de la misión de Orbetello en febrero de ese mismo año. «En el monte Argentario —les dijo— están ya los materiales como masa inútil pisoteada por vuestros ganados. La madera se pudre amontonada. La pisada de vuestras reses hace pedazos los canales y las tejas, y entre aquellas piedras amontonadas hace su nido la golondrina y su guarida el raposo... Adoramos los juicios de Dios, nos resignamos gustosos a las disposiciones de su divina Providencia y, reconociéndonos indignos de vuestra ayuda, estamos dispuestos a marcharnos de aquí para establecernos en otro lugar y ofrecer a otros pueblos la ocasión de merecer delante de Dios»<sup>10</sup>.

Al oír esto, las autoridades de Orbetello se ofrecieron a comenzar inmediatamente las obras. El 4 de marzo se colocó ya la primera piedra. En ella estaba escrito: «Dios te salve. 1733». Al día siguiente, Pablo salió para Piombino, donde el obispo, monseñor Ciani, le había invitado a predicar la cuaresma. A su vuelta, encontró «los muros ya a la altura de un hombre»<sup>11</sup>.

La distancia de la que tenían que traer el agua, más abajo del convento, retardaba la construcción del mismo. Fue entonces cuando el padre Juan Bautista se sintió inspirado a ir en procesión a un lugar cercano a las obras y, después de haber hecho oración, ordenó excavar en un punto determinado. Pronto se vio brotar agua abundante. Esta fuente continúa llamándose todavía «la fuente del padre Juan Bautista».

9. *Annali*, 84s.

10. *Annali* del P. Joaquín del Espíritu Santo, ofrecido en StCr I, 420.

11. *Annali*, 88.



Durante el verano de aquel año, Pablo fue a Nápoles para agilizar algunas diligencias relativas a la construcción. Luego cayó enfermo por los trabajos de las misiones. A finales de ese mismo año fueron suspendidas las obras, que iban muy bien. Las autoridades del gobierno, sin embargo, ordenaron la suspensión de las mismas, porque las tropas españolas se preparaban para el asedio de las fortalezas del Estado de los Presidios. «La pobre Italia —escribía entonces Pablo a sor Querubina Bresciani— se encuentra en una gran desolación y ruina. Que Dios le sea propicio por su misericordia»<sup>12</sup>.

12. L I, 438 (14-12-1733).



## En el torbellino de la guerra (1733-1735)

### *La guerra de sucesión polaca*

La guerra de sucesión polaca enfrentaba a Francia, España y Saboya contra Austria y Rusia. Después que Carlos, hijo del rey de España Felipe V y de la ambiciosa Isabel Farnese, conquistara el reino de las Dos Sicilias, envió a Toscana al general Montemar para conquistar el Estado de los Presidios. Este general fue el verdadero estratega de la guerra en Italia. Como Austria no envió las ayudas solicitadas, el general Espejo y Vera, comandante de las tropas del pequeño Estado, no pudo hacer otra cosa que replegarse en sus fortalezas y resistir a ultranza. El ejército español estaba a las órdenes del general De Las Minas, con el que Pablo hizo muy pronto una gran amistad. El asedio duró desde primeros de abril hasta el 28 de junio de 1735, en que capitularon los imperiales. Los españoles habían puesto el campamento en la parte del monte Argentario que todavía es llamada hoy «Campo de España». Desde allí, con la artillería, bombardeaban las fortalezas que estaban abajo.

### *Apóstol entre los soldados*

Con la guerra, Pablo tuvo que suspender la construcción del convento, pero no su apostolado misionero. Como ya había sucedido en 1733, en junio de 1735 el obispo monseñor Ciani envió una carta pastoral a todos los párrocos de la isla de Elba para que

acogiesen las misiones del padre Pablo<sup>1</sup>. En aquella campaña misionera, éste conoció a dos hombres insignes que más tarde serían sus religiosos: los jóvenes Francisco Antonio, de los príncipes Appiani, y Tomás Fossi, casado y futuro padre de ocho hijos.

El apostolado que Pablo improvisó con las tropas de los dos ejércitos enemigos, en Orbetello y Porto Ercole, fue un apostolado muy particular. El general de los imperiales, Espejo y Vera, a quien los italianos llamaban el general Speco, fue el primero en pedirle que asistiera a sus tropas asediadas. Más tarde, a su vuelta de una misión en Santa Fiora, en el monte Amiata, Pablo fue detenido por los españoles que mantenían el asedio, y conducido al general De las Minas. Este era un hombre tan piadoso, que por las mañanas no se ponía a trabajar sin haber dedicado antes tres horas a la oración. Él se dio cuenta inmediatamente de que se encontraba ante un santo, lo escogió como confesor y le pidió que asistiese también a sus tropas. Por no conocer la lengua española, al confesarles, Pablo ponía las preguntas y los soldados no tenían más que responder sí o no. Los que tenían reparo en hacerlo en el confesonario, se confesaban paseando abiertamente, anticipándose así en siglos a usos que algunos no aceptan ni siquiera en nuestros días.

Pablo era el único que pasaba tranquilamente de un campo a otro. Aunque bajaba cada día a los campamentos para ejercer allí su ministerio, sin embargo no puede decirse que fuera un capellán militar, porque ejercía su ministerio para con los dos ejércitos. Más tarde recordará humorísticamente: «Yo era el jefe de aquel ejército, ya que, por su bondad, ni el marqués De Las Minas ni aquellos señores oficiales me negaban ningún favor que les hubiera pedido»<sup>2</sup>. Pablo se sirvió de aquella influencia para salvar la vida de muchos, para cambiar la determinación de De las Minas de destruir los viñedos de Orbetello y, lo que era todavía peor, bombardear la pequeña ciudad. Orbetello conservó un reconocimiento imperecedero a Pablo por su valiosa intercesión. Como éste no temía arriesgar su vida para asistir a los soldados, tanto el general De las Minas como los combatientes de uno y otro bando se esforzaban por ponerle al tanto de los peligros y estaban atentos para que no le hirieran por equivocación.

1. Carta ofrecida en StCr III, 1250.

2. PBC I, 343s (S. Cencelli).



El 20 de julio de 1735 el general De las Minas, con los españoles, hizo una entrada solemne en Orbetello. Pero Pablo, que había salvado la ciudad del bombardeo y que hubiera podido gozar de un pequeño triunfo personal, estaba ya misionando en la isla de Elba. A finales del año predicó una misión en la misma población de Orbetello, durante la cual el general español «dio a las tropas y a la ciudadanía espléndidos ejemplos de fe»<sup>3</sup>. En ese mismo tiempo, la pequeña comunidad de monte Argentario tuvo el consuelo de acoger a un hombre llamado verdaderamente por Dios y destinado a perseverar toda su vida en la congregación: era el sacerdote Fulgencio Pastorelli, de Pereta, a quien Pablo dirigía espiritualmente desde hacía años. Fulgencio Pastorelli lo dejó todo sin avisar previamente a nadie. Después de Juan Bautista, fue el primero que asimiló el carisma de Pablo. Lo acogió como don y voluntad de Dios para él, lo hizo suyo y, por tanto, estuvo en condiciones de transmitir su fecundidad.

3. StCr I, 441.



## La lucha por el primer «retiro» (1735-1737)

### *Las primeras oposiciones*

En octubre de 1735 se reanudaron los trabajos de la construcción del convento bajo la dirección del padre Antonio Danei y del hermano Marcos. Siguiendo el consejo del general De las Minas, Pablo y Juan Bautista fueron a Nápoles a pedir ayuda al nuevo señor del Estado de los Presidios, Carlos III, rey de las Dos Sicilias. Este inauguraba entonces la época del dominio borbónico en el sur de Italia, dominio que duraría hasta la unificación de la península y que haría discutir tanto a los historiadores. Carlos III trataba de ser un soberano iluminado, rodeándose de consejeros progresistas, entre los cuales el más famoso fue el toscano Tanucci. Hizo sufrir no poco a las autoridades eclesiásticas, conculcando privilegios obsoletos juntamente con derechos bien motivados.

Con los hermanos Danei fue gentil. Les concedió la autorización pedida y les dio además cierta cantidad de dinero. Todo parecía marchar bien, a pesar de los comprensibles retrasos que se dan en toda construcción, cuando surgió una dificultad imprevista. El cardenal Altieri, abad de Tre Fontane, receloso de la oposición de Schiaffino y de la mayor parte del clero del pequeño Estado de los Presidios, comenzó a suscitar un gran número de dificultades. De familia noble, emparentado con el pontífice Clemente X, el cardenal Altieri había sido destinado desde su infancia a la carrera eclesiástica. De escasa altura intelectual, Pastor lo define como un hombre «de carácter oscuro y difícilmente com-



prensible»<sup>1</sup>. Era el típico prelado mundano del setecientos, que no quiere quitarse la larga peluca de trenzas ni siquiera cuando el papa Clemente XII se lo mandó a todos los cardenales<sup>2</sup>. Contrariamente a cuanto un estudio superficial ha llevado a pensar, en el setecientos había muchos prelados verdaderamente dignos de su ministerio, como podrá apreciarse también en este libro. Ello agrava todavía más la reponsabilidad de los mundanos<sup>3</sup>. Por desgracia, estos últimos estaban bien a la vista, y contra ellos reaccionó duramente la parte más viva de la cultura emergente, implicando en la condena también a los buenos. Preocupados siempre de no perder su poder, hombres como Altieri se guardaban bien de comprometerse en la lucha por la renovación de la Iglesia, en la que estaban empeñados los santos. Preferían mantener los propios equilibrios de poder.

Los detractores de la comunidad de monte Argentario se dieron cuenta de que Pablo había construido sin autorización sobre una zona perteneciente al priorato de Orbetello, y que, por tanto, había incurrido en excomunión. El cardenal quería que se pidiese la absolución de la excomunión al menos «ad cautelam», pero Pablo no quiso saber nada de esto. Haciendo tomar las medidas con más precisión, constató que la construcción estaba toda ella en terreno perteneciente al rey Carlos III. Entonces se corrió la voz de que la comunidad sería expulsada del monte. Aprovechándose de un cierto menosprecio de la gente de Porto Ercole, debido al hecho de que Pablo se había pasado al territorio de Orbetello, Schiaffino les propuso construir otro convento en zona de Porto Ercole. Esto fue el colmo por parte de su antagonista en su locura de imitar a Pablo. Se comenzó la construcción, pero tuvo que pararse bien pronto. Hoy no queda de ella más que unas ruinas denominadas «el conventacho». Dos veces fue Pablo a Livorno para entrevistarse con el duque de Montemar, a fin de defenderse y pedir ayuda. En noviembre visitó también al cardenal Altieri en Roma. Se vio obligado a reducir mucho sus compromisos misioneros para defender la obra que por todas partes encontraba dificultades.

La objeción más fuerte que hacía el cardenal era la referente a la pobreza. El pensaba que, con una regla tan estrecha, nunca

1. *Pastor* XV, 420.
2. *Ibid.*, 533.
3. *Historia*, 59-62.



se estaría en condiciones de mantener decentemente una iglesia. El cardenal no visitaba su diócesis, a pesar de ser tan pequeña. Presumía de poder gobernarla bien desde lejos. En Orbetello tenía un vicario general, el canónigo Moretti, que pronto comprendió que Pablo no se doblegaría jamás a introducir en la regla la posibilidad de rentas fijas para sus conventos. El prefirió apoyar su defensa en una provisión de objetos sagrados hecha por la familia Grazi y en la promesa de don Giacomo Grazi, que se comprometía a proveer durante veinte años de todo lo necesario para la iglesia. Escribiendo al cardenal Altieri, Moretti le decía agudamente: «Estos quieren profesar ser pobres y carecer de seguridad, lo cual, según mi parecer, es lo que caracterizará a esta congregación»<sup>4</sup>.

### *Amargura por la incomprensión de la autoridad*

Lo que el cardenal Altieri tenía de obtuso, legalista y complicado, lo tenía Moretti de inteligente, concreto y sencillo. Pablo se encontraba aquí ante un caso de autoridad desprovista de paternidad. Esto le producía un sufrimiento indecible que le llevaba, a veces, hasta a desearse la muerte. Escribe: «¡Oh, si Dios me inspirase el abandonar este retiro! ¡qué gustoso lo haría! Quién sabe. Espero gustoso la muerte para dar un pequeño tributo a la divina justicia. El día de la Asunción de María santísima a los cielos, quisiera la caridad de las oraciones de muchos para pedir la gracia de hacer la voluntad divina y disponerme a mi próxima muerte... De mí... hable como de un ajusticiado»<sup>5</sup>. «¡Ay, si Dios quisiera darme como de limosna la muerte, que pido para mayor gloria suya! ¡qué noticia tan feliz!»<sup>6</sup>. Gime y se encomienda a las oraciones de los demás en un estilo que será típico de las circunstancias más difíciles de su vida: «Adondequiera que dirijo los ojos no veo más que cruces, tempestades, truenos, etc. Veo muchas veces todo por tierra. No hablo ya de los muros. Dios lo sabe todo. Tengo necesidad de mucha oración»<sup>7</sup>. «Siguen las tormentas, aumentan

4. Carta ofrecida en StCr I, 468.

5. L I, 146 (a A. Grazi, 9-8-1736).

6. L I, 162 (a la misma, 3-10-1736).

7. L I, 156 (a la misma, 3-1-1736).



las tinieblas, no se desvanecen los temores, asaltan los demonios, azotan los hombres con su lengua. Por dentro, batallas; por fuera, temores y tinieblas, estupidez, tedios, desolaciones, etc., etc. ¿Qué haremos en medio de tantos peligros, sin contar aquellos de los que no se habla? Ay, que es más deseable la muerte que la vida»<sup>8</sup>.

Hay que reconocer que, juntamente con la experiencia de la autoridad sin la paternidad, Pablo tuvo también experiencia de encarnación en la realidad de la Iglesia y del mundo. Conoció experimentalmente lo que es una institución cuando pierde el contacto con la propia razón de ser y se constituye a sí misma en fin, o en apoyo de personas ambiciosas. Pablo estaba bien lejos de la ingenuidad que, en 1721, le había llevado a Roma con la ilusión de ser recibido y reconocido por el gran padre de todos los cristianos, el papa. Aquí su representante, uno de la corte pontificia, no sólo no reconocía el Espíritu de Dios en un pobre joven, sino que ni siquiera aceptaba las razones más fuertes de su vicario general ni las referencias de otros insignes eclesiásticos y seculares.

En tales circunstancias, Pablo simultanea la reverencia hacia la autoridad y hacia los demás, con la conciencia de su responsabilidad ante Dios, y no tiene miedo a poner el dedo en las llagas de la Iglesia, acusando a sus acusadores. Refiere al cardenal la opinión de un ilustre personaje de Orbetello, que le decía: «Padre Pablo, ¿sabe quién no quiere esta obra? Los sacerdotes y los frailes, que tienen miedo a que se les quiten los ingresos por limosnas. Todo es un maldito interés. Sepa que los oficiales y el pueblo lo saben bien y saben además que el eminentísimo cardenal Altieri, como Ordinario, puede dar el permiso para bendecir la iglesia, según el sagrado concilio de Trento. Y si lo puede dar, ¿por qué no lo da?»<sup>9</sup>. Pablo no se desdeña de usar una cierta diplomacia para ver cómo puede superar la resistencia del cardenal. Pero manifiesta también con expresiones bien duras su irritación por las calumnias:

«Por amor a María santísima asunta a los cielos, dénos permiso para bendecir esta iglesia al menos como las capillas de las ermitas o como todas las otras iglesias rurales de la cristian-

8. L I, 163 (a la misma, 28-12-1736). A pesar del respeto a la autoridad de la Iglesia, el recuerdo del cardenal Altieri perturbaba a Pablo hasta de anciano, cosa que impresionó al testigo C. Mirano, PBC III, 131.

9. L I, 271s (15-8-1737).



dad, y crea V. E. que los que le han informado que aquí no viene nadie a la misa ni a confesarse (ya que sí vienen incluso de lugares lejanos de la Marisma), le han informado mal; y hablando con caridad, el diablo se ha servido del falso celo de éstos para impedir tanto bien a los pobrecitos que suben al monte a purificar sus almas en la sangre santísima de Jesucristo por medio del sacramento de la penitencia. La verdad es que, en el tremendo tribunal del soberano juez que con su luz ilumina *abscondita tenebrarum*, conocerán estos miserables, pero sin remedio, la ruina causada a las almas»<sup>10</sup>.

Como se ve, Pablo no tiene miedo de amenazar con la condenación eterna de Dios a sus detractores. Tanto él como Moretti apelan a la comprensión del purpurado. Le recuerdan que la comunidad vive «en un pobre tugurio, tan pequeño y miserable que mueve a compasión»<sup>11</sup>. Son ya nueve. Los sacerdotes duermen en la única habitación del piso superior y los cuatro hermanos coadjutores en una choza externa construida posteriormente, siendo «molestados por muchísimas pulgas y otras inmundicias»<sup>12</sup>. Moretti insiste también en el peligro en que se encuentran de perder la salud, por las condiciones poco higiénicas en que viven<sup>13</sup>.

El cardenal quería que la iglesia de la Presentación, «la más decorosa y decente por estos lugares»<sup>14</sup>, fuese sólo oratorio privado, mientras que la capilla de San Antonio y la de la Anunciación, mucho más humildes, eran oratorios abiertos al público. Por eso no quería dar a Moretti autorización para bendecir la iglesia. A mediados de julio de aquel año 1737, Pablo se decidió a mudarse con la comunidad al convento, pero, al no estar bendecida la iglesia, los religiosos tenían que ir cada día a la ermita de San Antonio para celebrar la eucaristía. Moretti informó de esto al cardenal para moverle a compasión, pero éste no se conmovió. Así estaban las cosas cuando intervinieron decididamente los amigos romanos de Pablo. El cardenal Corradini y monseñor Crescenzi fueron directamente al papa Clemente XII, para pedirle que declarase «oratorio público» la iglesia de la Presentación. El papa

10. L I, 372.

11. Carta de Moretti a Altieri, del 21-6-1737, ofrecida en StCr I, 471.

12. *Ibid.*, 472.

13. *Ibid.*, 471.

14. L I, 370 (al cardenal L. Altieri, 15-8-1737).



así lo hizo por medio de un Breve, firmado el 31 de agosto de 1737. Sin embargo, para el permiso de tener en la iglesia la eucaristía se vieron obligados a esperar todavía cuatro años, esto es, hasta 1741. Monseñor Moretti, que tanto había ayudado a Pablo, quiso luego ser sepultado en la iglesia de ese retiro de la Presentación<sup>15</sup>.

15. StCr I, 481, nota 79.

## El reconocimiento pontificio (1737-1741)

### *Bendición de la iglesia de la Presentación*

La solemne bendición de la iglesia de la Presentación se fijó para el 14 de septiembre de 1737, fiesta de la Exaltación de la santa cruz y titular de la naciente congregación. En una carta a sor Querubina Bresciani, Pablo lo describe así:

«Después de no pocos sufrimientos, salió un breve apostólico y el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la santa cruz y fiesta de nuestra mínima y naciente congregación, se hizo la entrada solemne y la santa bendición de la iglesia y del retiro. Yo tuve la suerte de abrir la procesión con la cruz alzada y una soga al cuello. Me siguieron ocho compañeros, esto es, cinco sacerdotes conmigo y cuatro hermanos coadjutores... Ahora surgirán las principales dificultades. Porque pronto iré a Roma a ponerme a los pies del sumo pontífice para la aprobación de la reglas, y lo que me da miedo es que no estoy nada preparado»<sup>1</sup>.

Celebró la eucaristía el vicario general Moretti. Pablo predicó. Estaban presentes todos sus amigos de Orbetello. Conmovidos de manera particular, los Grazzi: don Giacomo, Inés, María Juana. Escribiendo a sus amigos, Pablo describe el convento como «un lugar que inspira devoción, un lugar que Dios ha preparado para sus grandes siervos»<sup>2</sup>. Está también muy entusiasmado con sus religiosos, de los cuales dice: «En total somos nueve religiosos, esto es, cinco sacerdotes y cuatro hermanos coadjutores, todos

1. L I, 455 (20-11-1737).

2. L I, 402 (a F. A. Appiani, 26-6-1736).



muy decididos a servir a Dios»<sup>3</sup>. A pesar de todo, observa Zoffoli, de los nueve religiosos pronto quedarán sólo tres: Pablo, Juan Bautista y Fulgencio<sup>4</sup>.

El mismo día de la solemne inauguración de la iglesia, el general Carlos Blom y el tesorero real Vizzani dieron a la comunidad, en nombre del rey de Nápoles, Carlos III, un moyo de tierra para ser cultivado como huerto y bosque<sup>5</sup>. El cardenal Altieri era evidentemente uno de esos hombres que son duros con los débiles y condescendientes con los fuertes. Por eso, el hecho de que Pablo hubiese pasado por encima de él obteniendo lo que deseaba directamente del papa, no solamente no le irritó, sino que, desde entonces, «comenzó a tener mayor estima y mayor consideración para con los siervos de Dios»<sup>6</sup>.

### *Después de diez años de sacerdocio*

A principios de 1738, Pablo obtuvo también el permiso apostólico para predicar misiones en toda Italia y se le concedieron la dignidad y las facultades propias de los predicadores apostólicos. Haciendo un balance, podemos decir que, en diez años de sacerdocio, Pablo había conquistado un notable renombre y, lo que es todavía más, había realizado una verdadera paternidad espiritual con muchas almas. Tenía a su favor, al menos, ochenta misiones y otras predicaciones, prevalentemente en Toscana, el Alto Lacio y la Umbría. También era conocido y apreciado por varios obispos y dignatarios de la curia romana. Además había predicado ejercicios espirituales en diversos conventos y dirigía espiritualmente numerosas almas. Con algunas de éstas había entablado una relación de cordial amistad, les pedía oraciones y desahogaba con ellas su corazón, frecuentemente angustiado y amargado.

Entre estas almas están, en primer lugar, Inés Grazi y su cuñada Juana Venturi. En el convento de las franciscanas de Piombino está sor Querubina Bresciani, que de una vida frívola había pasado a un intenso compromiso espiritual. En la isla de Elba, el joven

3. L I, 453 (a sor Querubina Bresciani, 15-7-1737).

4. SrCr I, 494.

5. *Annali*, 105s.

6. G. Cioni, *Storia delle fondazioni*, publicada en *Bollettino* (1923) 242.



Francisco Antonio, de la nobilísima familia de los príncipes Appiani, señores de Piombino, y a quien Pablo comenzó a dirigir cuando apenas tenía 18 años. A la edad de 21 y superando la grande oposición de su familia, Francisco Antonio entró en la congregación pasionista. También en la isla de Elba está Tomás Fossi, perteneciente a una de las más importantes familias de la isla.

La idea de la congregación se iba clarificando cada vez más en la mente de Pablo, sobre todo en cuanto respecta a su punto central, esto es, la pasión de Jesús como motivo inspirador de toda la vida y apostolado de sus religiosos. Mientras en las reglas de 1720 no se dice nada de este *voto especial* (Pablo lo había emitido privadamente, como se recordará, en 1721, en Santa María la Mayor, de Roma), en las reglas de 1736 este voto se expresa ya bien claramente. El signo distintivo para llevar sobre el pecho y que Pablo llama normalmente «santísimo», en el que originariamente estaba sólo el nombre de Jesús, se enriquece ahora con el recuerdo explícito de la pasión<sup>7</sup>. En las reglas de 1736 son mitigadas algunas penitencias más duras, como el ir siempre descalzos y con la cabeza descubierta. Algunos amigos romanos, como monseñor Crescenzi y el cardenal Corradini, se mantienen fieles a la amistad que iniciaron con Pablo hacía ya más de diez años. Es cierto que en 1739 monseñor Crescenzi deberá dejar Roma para ir de nuncio apostólico a París; pero antes de partir, recomendará la pequeña congregación a otro hombre de gran espíritu, el cardenal Carlos Rezzonico, que luego sería papa con el nombre de Clemente XIII. Este se apresuraba a tranquilizar a Pablo con estas palabras:

«Entre otras y bien conocidas ventajas que me ha proporcionado la buena amistad con monseñor el ilustrísimo Crescenzi, considero ciertamente como una de las primeras la que ahora me viene de ocupar su lugar en la asistencia que él prestaba a este santo instituto»<sup>8</sup>. A pesar de todas estas circunstancias favorables, Pablo pasa estos años en las mayores angustias y desolaciones. ¿Por qué motivos? La imprevista e inesperada benevolencia del cardenal Altieri había hecho todavía más agresivos a los enemigos de la

<sup>7</sup> A. M. Artola, *La presenza della Passione di Gesù nella struttura e nell'apostolato della congregazione passionista*, Roma 1980, 9.

<sup>8</sup> Carta conservada en AGCP y ofrecida en StCr I, 514.



pequeña congregación. La afectuosa confianza de la familia Grazi había dado lugar a comprensibles comentarios, por lo que Pablo evita el visitar a Inés en su casa de Orbetello<sup>9</sup>. Muchos juzgaban absurda una regla tan austera. Se decía que los religiosos desertarían y, en efecto, algunos abandonaron el camino emprendido. Acaso para invocar la protección de María en medio de tantas dificultades, en mayo de 1739, encontrándose en Perugia, Pablo aprovechó para hacer una peregrinación al santuario de nuestra Señora de Loreto, en las Marcas cercanas.

### *Los «caballeros» florentinos*

En agosto del mismo año 1739 llegó a monte Argentario un joven noble de Florencia, Mario Cerchi, pariente del cardenal Guadagni, vicario de Roma, y del mismo pontífice Clemente XII, que pertenecía a la familia florentina de los Corsini. En algunas cartas enviadas a Mario y a Pablo de la Cruz por los marqueses Vincenzo Medici y Carlo Luca Guadagni, se insistía en que el joven volviese a casa, al menos algunos días, para solucionar asuntos domésticos y consolar a su madre, que se había puesto enferma por la partida de su hijo. Pablo estaba ausente dando ejercicios espirituales a las monjas de Farnese y de Tarquinia, en la provincia de Viterbo. Lo curioso en las cartas sucesivas de estos dos marqueses era la seguridad de que otros nobles se preparaban también a entrar en la joven congregación de Pablo. Se hablaba de más de 25, entre los cuales estaba el conde Bardi, el marqués Buondelmonte, los caballeros Uguccioni y Franchini<sup>10</sup>. Se aseguraba también que el obispo de Arezzo, monseñor Guidi (que en realidad no estaba ya en Arezzo desde 1734), estaba entusiasmado con estos proyectos y quería visitar la comunidad y pedir una fundación para su diócesis. Se hablaba además de notables herencias dejadas a la comunidad pasionista por la madre de Mario, que en ese tiempo había

9. L I, 210.

10. G. A. De Sanctis, *L'avventura carismatica di S. Paolo della Croce*, Roma 1975, 284.



fallecido<sup>11</sup>. Pablo quedó por el momento impresionado por estas afirmaciones de personajes tan importantes y escribía a Inés Grazi:

«Adore en todo las disposiciones divinas que me impiden ir y sepa, se lo digo con mucho secreto, que no he tenido en mi vida un asunto tan grave y apremiante como éste que me tiene absorbido, y así le pido que siga aplicando sus oraciones y la sagrada comunión para que todo suceda para gloria de Dios y salvación de las almas, como lo espero... Me siento tan débil, que me vienen no pocos temores y así tengo necesidad de gran luz, gran virtud y sobre todo mucha unión con Dios. Clame, pues, hija mía, al trono del Altísimo. Comprometa a nuestra Madre Dolorosa y a todos los santos, especialmente a san Miguel, suplicando y clamando que si este asunto no va a ser de pura gloria de Dios, nos ponga impedimentos para que se desvanezca y que mis pésimas imperfecciones no sean ningún óbice»<sup>12</sup>.

Pablo pensó tal vez por un momento en un cambio en la vida de la congregación, semejante al que habían tenido los franciscanos con el ingreso de varios nobles de Asís. Pero su perplejidad duró poco tiempo. Su fino discernimiento de las vocaciones le sugirió una prueba que fue decisiva. Invitó al joven Mario a volver a su casa como le pedían sus familiares. Luego se podría tratar de su vocación y de la de los demás<sup>13</sup>. Entonces vino a descubrir que todo era un engaño.

Su desagrado fue grande. Escribía así a Inés Grazi: «Veo, o por mejor decir preveo, que el retiro quedará pronto desolado y que sobreabundarán de tal manera los golpes, que quedaré oprimido y muerto bajo la gran cantidad de los que están ya en camino. Por caridad, pida a su divina Majestad que se aplaque y me dé luces para conocer mis grandes males, y mucho arrepentimiento para llorarlos y así disponerme a morir bajo el azote de la misericordia de Dios... Dios da a conocer con señales demasiado evidentes que está enojado y que no quiere servirse de esta pérfida criatura. Espero, sin embargo, que me salvará por los méritos infinitos de

11. Toda la correspondencia se conserva en AGCP. Detrás de una carta de Mario se ha escrito: «Carta del señor Mario, engañador y fingido, que trató de engañar a nuestros primeros padres de monte Argentario».

12. L. I. 242s (a A. Grazi, 15-10-1739).

13. Conversación ofrecida en *Annali*, del P. Gioacchino, y reproducida en StCr I. 521.



su santísima pasión... Pida a su divina Majestad por todos los del retiro, para que nuestro Señor les conforte y les dé la gracia de perseverar. Y si luego su divina Majestad quisiera que se fueran, de lo que ahora no hay peligro, sería señal de que también quiere que yo me vaya por esos mundos a cooperar a la salvación de algún alma, lo que espero hacer siempre»<sup>14</sup>.

Aquí se revelan algunas de las pesadillas del santo, así como también la confianza en Dios con la que las supera. De hecho, la noticia de la burla de los florentinos había dado mucho que hablar, se había extendido por todos los lugares en los que era conocida la comunidad de monte Argentario y había llegado, incluso, a Roma. ¿Cómo se explica todo esto? Los historiadores se sienten desconcertados, aventurando, incluso, extrañas hipótesis. La más difundida, que todo eso era una conjura de la masonería que, precisamente en 1738, como casi todos los historiadores están de acuerdo en recordar, había constituido en Florencia la primera logia italiana y, en el mismo año, había sido condenada por primera vez por el papa. Tal vez sobre la base de una carta del cardenal Rezzonico que habla de «fraude y engaño practicado por aquellos mozalbetes, que bajo el manto de piedad religiosa, si hubieran podido, habrían poco menos que despojado a este retiro». Los primeros pasionistas consideraron todo este asunto una burla amarga, avergonzándose un poco de su ingenuidad.

Partiendo del criterio de privilegiar las explicaciones más simples y obvias, podemos destacar que, en sus cartas, los parientes de Mario insistían mucho en que volviese a casa, al menos por algún tiempo. Con ese fin le escribían. Mario podía ser un joven un tanto exaltado, al que sus nobles familiares hacían todo lo posible por recuperar. De otro modo no se explicaría el hecho de que perseverara varios meses en la vida austera de la comunidad. ¿Qué clase de burla sería ésta? Es más fácil pensar que los parientes de Mario considerasen a Pablo y sus compañeros como unos pobres ilusos y que, por tanto, fueran ellos los que recurrieran a engaños para hacer volver al joven a casa y luego dejar morir todo. De hecho, una vez que Mario regresó a su familia, todo terminó.

14. L I, 246 (16-11-1739).

15. Carta conservada en AGCP.



Queda la gravedad de las mentiras a las que recurrieron estas familias nobles para obtener su objetivo, mentiras que tanto mortificaron a Pablo y a sus compañeros.

### *La aprobación de las reglas*

El reconocimiento pontificio de la congregación era un sueño largamente acariciado por Pablo. Lo que él buscaba no era una satisfacción humana. Era la conciencia de ser depositario de un don del que él no era destinatario: lo era la Iglesia, y a ella debía consignar Pablo ese don.

Después de haber mitigado algunos puntos de la regla, en 1730 Pablo trató con monseñor Crescenzi sobre el proyecto de presentarla a la Santa Sede por medio del cardenal Corradini. No sabemos por qué este intento no tuvo ningún efecto<sup>16</sup>. En 1736 el cardenal Altieri, al autorizar a monseñor Moretti el bendecir la iglesia de la Presentación, exigía que se le presentase también el texto de las reglas del nuevo instituto. El cardenal las encontró demasiado austeras y sugería que se mitigasen, especialmente en lo que toca a la pobreza. Aconsejaba imitar el ejemplo de san Ignacio, que había mitigado el rigor de la primitiva regla de los jesuitas por «un particular respeto al cuerpo, que, siendo tratado con toda caridad, con la misma que al alma y unido a ella, fácilmente y de modo particular cooperará en todo a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas»<sup>17</sup>. El argumento era totalmente razonable, pero Pablo podía tener dudas bien fundadas sobre el sentido que eclesiásticos como Altieri daban —y dan todavía hoy— a la caridad para con el cuerpo y a la eficacia para la gloria de Dios que tal caridad, según el cardenal, hubiera sin más tenido.

A las renuencias de Altieri, porque según él los pasionistas pretendían continuos milagros de la Providencia, Moretti respondía que hasta entonces no había faltado nunca lo necesario a la comunidad. Por lo demás, el mismo Moretti aconsejaba a Pablo que se contentase con una aprobación diocesana, que podría otorgarle Altieri. Pablo, en cambio, continuaba deseando la aprobación pon-

16. *Regulae*, XV-XVIII.

17. Párrafo de una carta de Altieri a Moretti, reproducido en StCr I, 532.



tificia. Por eso, en enero de 1738, se fue a Roma con el padre Fulgencio. El viaje resultó desastroso. Llegaron al palacio del cardenal Rezzonico empapados de agua por la lluvia, tiritando de frío y con los pies llagados y sangrando. El texto de las reglas fue examinado por una comisión de cardenales, que, en febrero del mismo año, emitía un veredicto desfavorable<sup>18</sup>.

Pablo no se dio por vencido. Sirviéndose de su amistad con el cardenal Rezzonico, ya en enero de 1740 le pidió que solicitara un rescripto pontificio de aprobación de las reglas. Precisamente en aquel tiempo, el 6 de febrero, moría el papa Clemente XII. El cónclave para la elección de sucesor fue larguísimo. Duró cerca de seis meses. En él fue elegido el que los historiadores unánimemente consideran como el pontífice más grande de su siglo: el cardenal Lambertini, obispo de Bolonia, que tomó el nombre de Benedicto XIV. Nacido en Bolonia veintiún años antes que Pablo, Lambertini había sido nombrado obispo de Bolonia en 1731, después de haberlo sido de Ancona. Fue un pastor muy celoso, trabajador, culto y extremadamente sutil. Todavía se recuerdan sus chispas de humor. Sincero y sencillo, aun siendo papa paseaba por las calles de Roma como un sacerdote cualquiera, gustando de conversar con la gente<sup>19</sup>. Se mantuvo totalmente ajeno al nepotismo, caso raro en su tiempo.

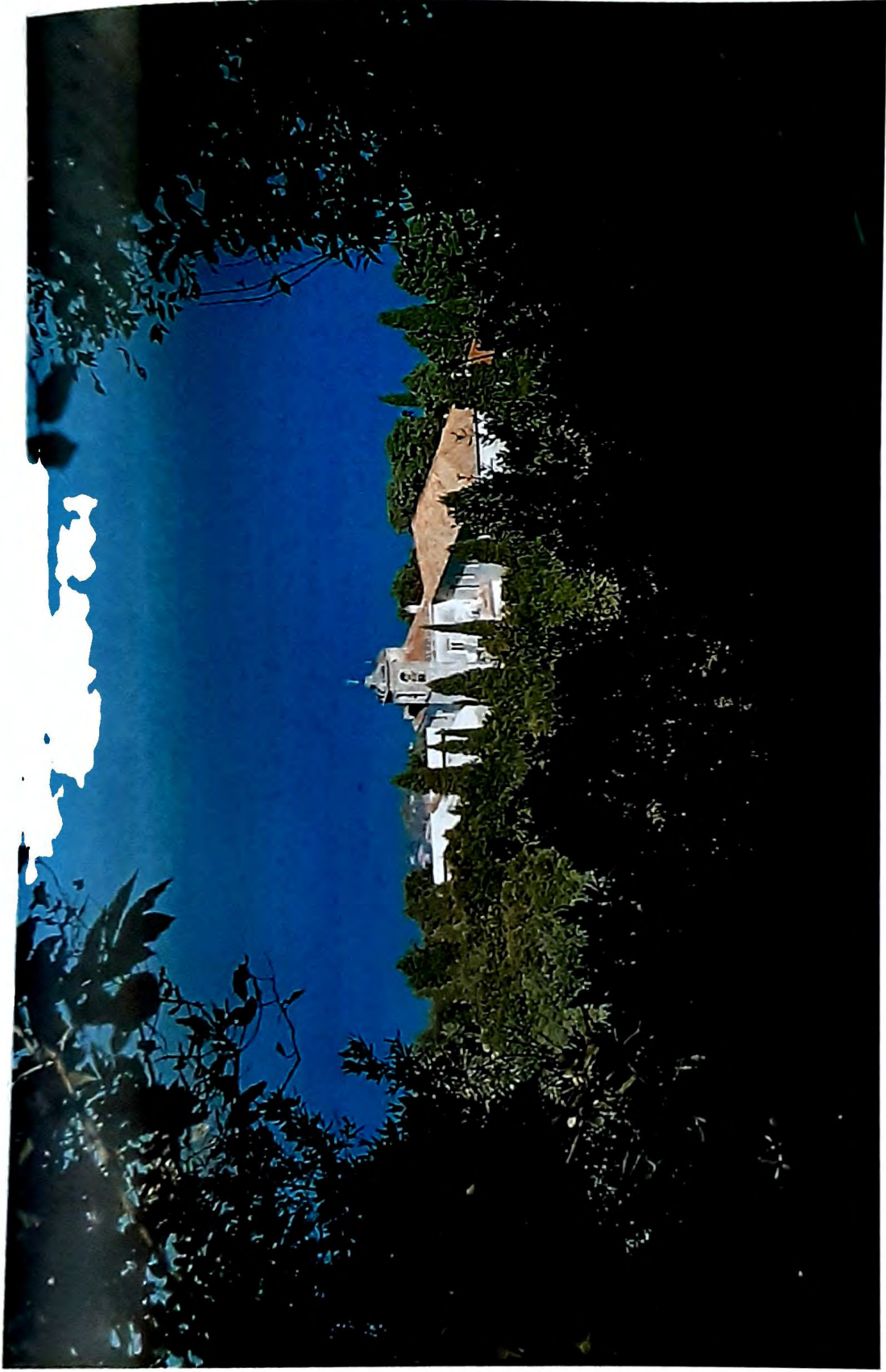
Benedicto XIV estaba convencido de que la decadencia de la Iglesia era sobre todo espiritual. Para él, la Iglesia tenía más necesidad de santos, que de diplomáticos que le asegurasen el apoyo de los poderosos de la tierra<sup>20</sup>. El envidiaba «la suerte de los primeros papas, que no se ocupaban más que de la religión». Hoy, lamentaba, «los intereses del mundo están de tal manera mezclados con los espirituales, que los papas, queriendo tratar los segundos que son los que les pertenecen, se sienten también implicados en los primeros, que sólo indirectamente les atañen»<sup>21</sup>. Este hombre, tan culto como honesto para con Dios y abierto al Espíritu, supo discernir desde el principio la autenticidad de Pablo y fue el primero en dar a su carisma la confirmación oficial de la autoridad de la Iglesia.

18. StCr I, 536, en base a lo dicho en *Annali*, del P. Gioacchino.

19. *Pastor*, XVI-I, 29s.

20. V. E. Giuntella, *Roma nell' settecento*, Bologna 1971, XVIII.

21. *Ibid.*, 8s.



*Monte Argentario. Noviciado de San José*



Al poco tiempo de su elección el 17 de agosto de 1740, Pablo escribió a los cardenales Rezzonico y Corradini. El cardenal Rezzonico habló ya al papa del nuevo instituto en la audiencia del 13 de septiembre. El papa pidió que le fueran presentadas las constituciones. A mediados de noviembre, Pablo se dirigió a Roma juntamente con su hermano Juan Bautista. También esta vez se hospedaron en el palacio Altemps, del cardenal Rezzonico. El papa nombró una comisión para examinar las constituciones. La formaban los cardenales Rezzonico y Corradini, juntamente con el abad conde Pedro María Garagni. Según parece, fue entonces cuando Benedicto XIV dijo aquella frase que se ha hecho célebre en la historia de la congregación: «Este Instituto de la pasión de Jesucristo debería haber sido el primero y ha venido el último»<sup>22</sup>.

La visita que los dos hermanos Danei hicieron al conde Garagni no dejó en éste muy buena impresión. Por eso les trató con frialdad. Esa noche no pudo conciliar el sueño y despertó a sus familiares para que hicieran oración con él. La mañana siguiente mandó llamar a los dos hermanos, reconociendo su santidad. A partir de entonces, fue uno de los amigos más sinceros de la nueva congregación<sup>23</sup>. A finales de ese mismo año, Pablo le recomendaba que no se hicieran cambios en las constituciones, a no ser aquellos que pidiera expresamente el papa. Quería sobre todo que los religiosos no fueran obligados a participar en las celebraciones de los pueblos vecinos, para no perder así los beneficios de la vida comunitaria, de la contemplación y de la soledad. La participación en las numerosas fiestas, que permitía una evasión de la vida penitente y constituía las delicias de los religiosos poco fervorosos, era considerada justamente por Pablo como un peligro<sup>24</sup>.

El 13 de mayo de 1741 llegó la aprobación pontificia por medio de un rescripto<sup>25</sup>. El gozo de Pablo y de la comunidad de monte Argentario fue grande. Era el primer reconocimiento oficial del papa ante toda la Iglesia. Le desagradaba un poco el no haber sido explícitamente aceptada su petición de no participar en las fiestas de los pueblos vecinos, pidiéndose, más bien, que los religiosos tomaran parte en las procesiones que en ellos se celebraban; tam-

22. PBC I, 67 (G. Cioni); II, 308 (padre G. G. Ruberi).

23. PBC II, 308 (padre G. G. Ruberi).

24. L II, 211 (al conde P. M. Garagni; 28-12-1740).

25. *Regulae*, XIX.

25 LI, 250 (F. A. Appiani, 2-6-1741)



bién, que no se le concedieran los votos solemnes, sino solamente los votos simples<sup>26</sup>. Sin embargo, el gozo por la meta alcanzada fue muy superior a tales inconvenientes.

### *La profesión de los votos*

Pablo había obtenido permiso para tener reservada la eucaristía en la iglesia del convento. Por eso el 1 de junio siguiente, fiesta del Corpus Christi, reservó solemnemente la eucaristía en el sagrario y cantó un *Te Deum* en acción de gracias.

Después de unos ejercicios espirituales, el 11 de junio de 1741 los primeros pasionistas hicieron su profesión religiosa, oficialmente reconocida por la Iglesia. Ese mismo día otros dos comenzaron su año de noviciado. Uno era el hermano Giuseppino de Santa María, siciliano de Augusta (Siracusa), que moriría con fama de santo en 1768. Los pasionistas comenzaron a llevar también el escudo o signo característico de la congregación, formado por un corazón con una cruz en la parte superior. Dentro del corazón había esta inscripción: *Jesu Xpi Passio* (pasión de Jesucristo) y debajo de la misma, tres clavos. Este emblema, reproducido innumerables veces en las iglesias y en los conventos de la congregación, tiene algo de misteriosamente atrayente. El corazón es símbolo del amor, que constituye la esencia misma de Dios y de la vida que él da a la criatura, haciéndola capaz de amar. La cruz recuerda la revelación de aquel amor en la pasión de Jesús. Los clavos significan el vínculo indisoluble de la obediencia del Hijo de Dios al Padre, obediencia en la que participa su cuerpo que es la Iglesia. La inscripción, formada por dos palabras latinas y una griega, recuerda el misterio central de la vida de la Iglesia, al cual ella conduce, salvando de la muerte todo pueblo y cultura. En Jesús y en su cruz se reconcilian el pasado y el futuro, las raíces y el tronco, con las ramas, las flores, las hojas y los frutos del árbol de la vida.

Al llegar a este punto, escribiendo al cardenal Garagni el 1 de junio de 1741, Pablo le recordó una profecía del santo obispo Cavallieri, profecía que él había guardado siempre en lo más profundo de su corazón: «Ahora toco con la mano lo que me dijo un

26. *Ibid.*, XX.



obispo, gran siervo de Dios, hace algunos años, esto es, que ésta era una obra toda de Dios y que su Majestad la llevaría a buen término por caminos altos, recónditos, secretos y jamás soñados por mí. Así lo ha entendido el que esto escribe. Así me han hablado también otras almas en alto grado de perfección. ¡Ah, ilustrísimo señor! Por caridad, tenga compasión y pida a la misericordia de Dios que abraza todo lo imperfecto que hay en mí, haciéndome un *virum alium* (otro hombre) y que mande varones santos que se pongan *pro muro domus Israel* (como muro de la casa de Israel), a fin de cooperar a la destrucción de tantos males como hay en el mundo»<sup>27</sup>.

27. L II, 220 (al conde P. M. Garagni, 1-6-1741).

## Expansión de la congregación (1741-1744)

### *Efecto benéfico de la aprobación pontificia*

Pablo está entusiasmado con el reconocimiento pontificio, pero en modo alguno quiere apropiarse algo que no considera suyo, sino solamente de Dios. «Dios, el sumo Bien —escribe a su madre— ha abierto el seno de sus dulcísimas misericordias, haciendo que sean aprobadas por el sumo pontífice las reglas y constituciones de nuestra congregación. Por todo ello hay que dar gracias al Señor y hablar de esto con grande humildad, porque nosotros no tenemos mérito alguno, siendo esta obra toda de Dios»<sup>1</sup>. Escribiendo a su antiguo confesor, don Policarpo Cerruti, de Alejandría, le describe así su estado de ánimo:

«Quedo sorprendido con gran estupor, al verme implicado en oficios tan sublimes, algo que jamás había pasado por mi mente. Ah, confieso que todo esto me hace permanecer sepultado en mi horrible nada, *in timore et tremore* por la estrecha cuenta que tendré que dar por haber sido dispensador de los tesoros del Altísimo, que, por medio de la obediencia, me ha querido confiar no sólo las misiones en muchas diócesis, sino también monasterios de sagradas vírgenes donde he dado ejercicios espirituales y ejercido de confesor extraordinario, con largas bendiciones de Dios, por el copioso fruto que su Majestad ha querido que se sacara de todo esto. Además, me ha confiado la santa dirección de algunas almas, enriquecidas de extraordinarios dones de Dios y de altísima ora-

1. L I, 92 (6-7-1741).



ción... ¡Oh gran Dios! ¿Quién hubiera creído jamás que este grandísimo pecador habría de caminar por estos caminos?... Carísimo señor canónigo, yo no sé más que decirle, porque son tantos los trabajos, tentaciones, enfermedades, tribulaciones, persecuciones, calumnias, etc., por las que he pasado y que todavía no han terminado (de las cuales me ha librado siempre Dios), que no acierto a expresarlo. Sin embargo, a pesar tantas misericordias, cada vez soy peor y más imperfecto»<sup>2</sup>.

En otoño de 1741 y a petición del príncipe de Sangro, capitán general del Estado de los Presidios, Pablo predicó a las tropas de guarnición en Porto Longone (hoy Porto Azzurro), Orbetello, Porto Ercole y Piombino. Pero cayó tan gravemente enfermo, que no sólo no pudo terminar sus predicaciones, sino que llegó a estar en peligro de muerte. Los años siguientes predicó, sobre todo, en los pueblos del Alto Lazio, que formaban parte del Estado pontificio: Vetralla, Oriolo Romano, Monterosi, Barbarano, Blera, Sutri, Civitavecchia, Tuscania y Montalto. Después de pascua de 1743, comenzó una misión en Chiavari, República de Génova, pero hubo que interrumpirla por orden del senado bajo presión de los sacerdotes de la misión, que vieron en la de Pablo una competencia a su propia actividad apostólica<sup>3</sup>.

Después de la aprobación pontificia, la pequeña congregación experimentó un notable incremento. Ya en junio de 1742, Pablo escribía a Inés Grazi que las vocaciones iban aumentando y que pronto las celdas del retiro serían insuficientes para acoger a tantos candidatos. La insistencia de Pablo en pedir la aprobación pontificia estaba bien motivada, incluso por consideraciones de tipo psicológico. La aprobación le daba seguridad. Ella representaba el sello de la paternidad espiritual, que le hacía sentirse protegido. En las numerosas misiones que predicaba y en otros contactos a cualquier nivel, ahora podía presentar la congregación con una seguridad bien distinta.

A finales de 1742 ingresó como hermano coadjutor el suizo Santiago Gianiel, hoy declarado venerable<sup>4</sup>. Al año siguiente, el padre Marcaurelio Pastorelli, de Niza, perteneciente ya a la orden

2. L II, 276s (2-8-1741).

3. *Annali*, 119, con la nota 3.

4. B. N. Bordo, *Giatgen Gianiel*, Roma 1988.



te los doctrinarios y profesor. Pablo lo había conocido durante una misión en Civitavecchia. Un año mayor que Pablo, Marcaurelio Pastorelli fue una de las columnas de la naciente congregación. Murió en Roma en 1774. También la fracasada misión de Chiavari produjo dos vocaciones. Otras le vinieron del Alto Lazio y de Alejandría. En julio de 1743 todas las habitaciones del retiro de la Presentación estaban ocupadas. Fue necesario instalar a cuatro hermanos coadjutores en una sola habitación.

Pablo había seguido siempre con atención las perspectivas de otras fundaciones fuera del monte Argentario. En particular se había ocupado de una fundación en la isla de Elba, adonde iba frecuentemente a predicar. En 1733 la princesa Leonor Boncompagni se le había manifestado favorable a una fundación. Al obispo de Massa Marittima, monseñor Ciani, le entusiasmaba esta idea. Pero en 1735 el proyecto se esfumó sin saber por qué. En 1740 es el joven Francisco Javier Appiani el que se ocupa de una fundación en su isla. Pero se opusieron los agustinos y surgieron tantas dificultades, que Pablo pudo escribir que, contra aquel retiro, se había levantado todo el infierno<sup>5</sup>. Finalmente, todo quedó en vagas perspectivas.

### *La fundación de Vetralla*

El canónigo de Vetralla, don Biagio, de la ilustre familia Pieri, había conocido a Pablo en Orbetello con ocasión de su predicación cuaresmal. Don Biagio era confesor y protector del monasterio de las carmelitas de Vetralla, en el que vivían algunas monjas verdaderamente santas, entre otras, sor Colomba Leonardi. Nacida en Lucca, esta monja pertenecía a la misma familia que en el mil quinientos había dado a la Iglesia a san Juan Leonardi, fundador de una congregación religiosa y gran reformador. Ella intervino insistentemente ante don Biagio y se las arregló ante el obispo de Viterbo, para que Pablo fuese enviado a predicar en Vetralla<sup>6</sup>. De hecho, la misión, seguida de una tanda de ejercicios espirituales a las carmelitas, se tuvo en abril de 1742. El pueblo, entusiasmado,

5. L II, 276 (a Pol. Cerruti, 2-8-1741).

6. L II, 225 (al conde P. M. Garagni, 21-3-1742).



se ofreció a construir un convento junto a la ermita de San Miguel Arcángel, sobre el monte Fogliano; la idea agradó mucho a Pablo. Ya en mayo del siguiente año, el ayuntamiento aprobó por unanimidad la fundación, y el obispo, monseñor Alejandro Abbati, dio también su consentimiento. Se pensaba proceder a la apertura del convento el mismo año 1742, pero también aquí la oposición de una orden mendicante, la de los capuchinos, provocó la respuesta negativa de la congregación del buen gobierno, cuyo consentimiento era necesario para la fundación.

Pablo escribió una carta al prefecto de dicha congregación, el cardenal Domingo Rivera. Su amigo el cardenal Rezzonico exhortaba a Pablo a no desanimarse, a seguir adelante en su intento, aunque los religiosos de monte Argentario eran todavía pocos. Como al año siguiente, 1743, aumentó tanto el número de los religiosos que no cabían ya en el convento de la Presentación, Pablo volvió a pensar en Vetralla. En aquel año murió su gran amigo el cardenal Corradini, y el cardenal Rezzonico fue nombrado obispo de Padua. Le quedaba el amigo Garagni, que le puso en contacto con el cardenal Alejandro Albani. En una visita que hizo a Roma hacia finales de 1743, Pablo pudo visitar a los cardenales Albani, Valenti (secretario de Estado), y Rivera. Volvió a su primer gran amigo, Crescenzi, que había sido elevado hacía poco al cardenalato, y visitó también al cardenal Colonna Sciarra, sucesor del cardenal Altieri como abad de Tre Fontane. También tuvo una audiencia con el papa Benedicto XIV, con cuya intervención se superó el obstáculo de la negativa de la congregación del buen gobierno.

El cardenal Albani deseaba mucho que Pablo predicara en su feudo de Soriano en el Cimino y aceptase fundar una comunidad también en San Eutiquio, en las cercanías de aquel pueblo. Al mismo tiempo Pablo trataba de hacer una fundación en Toscanella, hoy Tuscania, también en el Alto Lazio. El 2 de marzo de 1744, nueve religiosos partieron juntamente con Pablo del monte Argentario: cinco se dirigían al Santo Angel (san Miguel Arcángel) y cuatro a San Eutiquio. Llegados a Vetralla en la tarde del 5 de marzo, fueron recibidos en la imponente colegiata de San Andrés, construida hacía algunos decenios, y luego llevados a la casa del bienhechor Pedro Brugiotti, el cual, cuenta el mismo Pablo, «nos trató con finísima caridad y suma liberalidad. Era de grande edi-



ficación ver a los señores canónigos y a los principales servir a la mesa a los religiosos, habiendo querido antes lavarles los pies a todos, cosa que hacía saltar lágrimas de los corazones más duros. Luego, en la mañana del viernes, salimos procesionalmente de Vetralla para tomar posesión del nuevo retiro»<sup>7</sup>.

Se cantó la misa, celebrada por Pablo, y, después de una pequeña procesión en la plazoleta de la casa, se impartió la bendición eucarística. El conjunto del Santo Angel estaba constituido por una iglesia, correspondiente al presbiterio de la actual, y algunas pequeñas habitaciones. Al principio los religiosos dormían dos o tres en cada habitación, y también debajo de una escalera. Pero comenzaron pronto los trabajos para ampliar la casa y transformarla en convento. Duraron tres años. En 1747, el convento podía acoger a los primeros estudiantes, a los que formaba el padre Marcaurelio Pastorelli. El superior fue el padre Juan Bautista, hermano de Pablo y que pasó aquí todo el resto de su vida, hasta su muerte en 1765. También el fundador tuvo aquí su residencia de 1746 a 1769. Pablo quería este lugar como su segunda patria, expresando su deseo de ser sepultado aquí.

### *San Eutiquio*

La fundación del Santo Angel ayudó también indirectamente a la de San Eutiquio. El cardenal Alejandro Albani, que había usado mano fuerte para desbloquear la oposición de la congregación del buen gobierno, tenía también un hermano cardenal, Aníbal Albani, camarlengo de la santa Iglesia romana. Los dos eran feudatarios de Soriano en el Cimino, teniendo ambos especial predilección por un pequeño santuario dedicado al mártir san Eutiquio, a cinco kilómetros del pueblo. El cardenal Aníbal había hecho construir al lado de la iglesia un pequeño convento, pero la comunidad a la que se lo confiara se había disuelto luego. La nueva congregación de los pasionistas llegaba en el momento oportuno, para llenar un vacío y liberar a los dos hermanos cardenales de sus preocupaciones.

<sup>7</sup> L. II, 349 (a monseñor A. Abbati, 7-3-1744).



Bastó que Pablo diera su asentimiento, para que ellos mismos pensasen en conseguir los debidos permisos del obispo de Orte y Civita Castellana, en cuya diócesis se encuentra Soriano, del gobernador de Soriano y del mismo sumo pontífice. Se percibe en seguida la gran diferencia entre la actuación a favor de un proyecto por parte del pueblo, o por parte de «los poderosos». Los pobres habitantes de Vetralla habían tenido que esperar dos años para llevar a cabo la fundación, y en la isla de Elba se había tenido que renunciar del todo a ella. En Soriano, en cambio, todo fue fácil y rápido. En febrero de 1744, Pablo predicó allí con mucho fruto una misión. Apenas un mes después, el 8 de marzo, hacía la entrada solemne en el convento de San Eutiquio, con una ceremonia semejante a la que se había tenido en el Santo Angel. Dejó allí al padre Marcaurelio Pastorelli, a su hermano Antonio Danei y a tres estudiantes.

Así, los pasionistas, como comenzaban ya a llamarse por el pueblo, por la inscripción que llevaban sobre el pecho y por su principal dedicación, no eran ya una sola comunidad que parecía reducida al monte Argentario, sino una verdadera congregación en tres lugares distintos y con tres comunidades llenas de fervor y de entusiasmo.

### *Los lugares de las fundaciones*

El Santo Angel y San Eutiquio están situados junto a un sistema montañoso denominado montes Cimini, del nombre de la montaña más alta, de 1053 metros de altura. Son montañas de gran belleza, cubiertas totalmente de bosque, y al norte de Roma, en las cercanías de la ciudad de Viterbo. En la parte central está el lago de Vico, extremadamente pintoresco. El Santo Angel está situado sobre el monte Fogliano, a 600 metros de altitud, totalmente apartado de la población y orientado hacia la Marisma y el mar Tirreno. El mismo Pablo observa que, con unos buenos prismáticos, desde allí puede verse el monte Argentario<sup>8</sup>. Todavía hoy conserva todas las características de los retiros pasionistas, tal como los quería su

8. L. I. 430 (a F. A. Appiani, 11-7-1742).



fundador. Al pie del monte pasa la antigua vía Cassia, por la que es posible llegar fácilmente a la Ciudad eterna.

El pequeño santuario del Santo Angel (San Miguel) es de origen longobardo. En la edad media fue monasterio benedictino y convento de los terciarios regulares franciscanos. En 1470 el ayuntamiento de Vetralla lo encomendó a un ermitaño. El último de ellos, fray Juan Bautista de Bertis, de Belforte (Parma), entró en la congregación pasionista como oblato, muriendo en ella en 1777. El Santo Angel se hace bien pronto un centro propulsor de la congregación en expansión e, incluso después que Pablo de la Cruz se fue a vivir a Roma en 1769, continuó siendo casa provincial y una de las más importantes del instituto. Allí vivieron, además de Pablo y Juan Bautista, un gran número de hombres santos, entre los cuales nos complacemos en recordar a san Vicente María Strambi, el beato Domingo Barberi, el beato Domingo Salvi que tiene aquí su sepulcro, el beato Bernardo Silvestrelli, el venerable Santiago Gianiel y el hermano Ubaldo Michetti. Fue visitado por la venerable Lucía Burlini y el venerable Galileo Nicolini<sup>9</sup>. Hoy es un centro de espiritualidad al que acuden las almas en busca de Dios, para hacer un camino de oración. Mientras los conventos del Santo Angel y de la Presentación contemplan desde lo alto los pueblos a los que pertenecen, San Eutiquio tiene una relación inversa. Soriano está en alto, a unos 600 metros sobre el nivel del mar, y el convento de San Eutiquio, en la llanura fértil de abajo, a sólo 300 metros de altitud. No lejos está también la población de Orte, junto a la cual corre el río Tíber. San Eutiquio de Ferento fue un sacerdote, mártir de la persecución de Diocleciano. Debajo de la pequeña iglesia están todavía las catacumbas con interesantes restos arqueológicos. Pablo de la Cruz tenía una gran devoción a este santo. En las crónicas de la fundación se recuerda que la urna del santo mártir trasudó entonces «un copioso y milagroso maná»<sup>10</sup>, fenómeno que, según la tradición, se verifica en circunstancias excepcionales. Este convento sería muy querido del beato Bernardo Silvestrelli, gran superior general de la congregación pasionista muerto en 1911, que, hospedándose aquí, encontró su verdadera vocación.

9. Cf. las biografías: Pablo García, *La humilde tejedora de Piansano, Lucía Burlini*, Zaragoza 1993; B. N. Bordo, *La venerabile Lucia Burlini*, Roma 1988; A. Spina, *Galileo Nicolini*, Roma 1982.

10. G. Cioni, *Storia delle fondazioni*, ofrecido en StCr I, 426.



## Fecundidad y comunión en el Espíritu

Como ya hemos visto, Pablo tuvo de joven intensa relación con directores espirituales y otras personas con las cuales compartió la búsqueda de Dios y el camino espiritual; una verdadera cadena de fe y de oración. Se trata de verdaderas amistades humanas, pero no sólo de amistades. Estas relaciones, que han caracterizado la vida de todos los santos y santas de la Iglesia, son presentadas a veces como sublimaciones de la natural exigencia de amistad; pero son algo mucho más trascendente. Las personas que entran en una relación espiritual entre sí, se perciben la una a la otra como un sacramento viviente, un sacramento de Dios amor. El Espíritu de Dios hace realidad en los santos la oración que Jesús dirigió al Padre en la última cena y por la que él ofreció su vida: que todos sean una sola cosa (cf. Jn 17, 20-21). No se llega a ser una sola cosa buscando construir equilibrios con esfuerzos diplomáticos a la manera del mundo, sino por medio de la vida del Espíritu, que unos a otros se transmiten. Este es el punto de llegada de toda la tensión vital y escatológica de la creación<sup>1</sup>.

*Inés Grazi*

Pablo había tenido ya muchas relaciones espirituales en Castellazzo, Gaeta, Troia y Roma. Pero es en el Argentario donde tales relaciones alcanzan altos grados de unión en el Espíritu y en

1. Un ejemplo reciente de comunión en el camino espiritual lo tenemos en la relación del teólogo H. U. von Balthasar y la mística Adrienne von Speyr: cf. Varios, *Han: Urs von Balthasar. Figura e opera*, Casale Monferrato 1991, especialmente 345ss.



el nombre de Jesús. La primera persona con la que vive la experiencia de ese don es Inés Grazi. La comunión espiritual con ella es intensa y asidua, hasta llegar, incluso, a una experiencia semejante a la telepatía, con mandos mentales percibidos y actuados a distancia<sup>2</sup>. Como de otras almas místicas, de Inés recibe Pablo una ayuda muy grande en sus tribulaciones: se desahoga con ella todavía más que con sus mismos religiosos, no siempre preparados para comprender sus pruebas. Cabe pensar que la Providencia divina se la envió para fortalecerle, sobre todo en el período, tan duro, de la fundación del primer retiro. Inés rezaba mucho por este fin. Se cuenta que tuvo una visión en la que se le apareció san Miguel Arcángel, defendiendo la construcción del convento y alejando a las personas que habían ido allá de noche para destruirlo<sup>3</sup>.

Pablo dirigía a Inés Grazi, con dedicación asidua, en el camino espiritual, con largos coloquios y numerosas cartas. Ya en 1734 le escribía: «¡Oh hija mía! ¡dichosa el alma que se libera de su propio gozar, del propio sentir, del propio entender! Altísima lección es ésta: Dios se la dará a entender si usted pone todo su contento en la cruz de Jesucristo, en morir a todo lo que no es Dios, sobre la cruz del Salvador. Las contrariedades, las burlas, los escarnios, los insultos, se deben recibir con sumo agradecimiento a Dios. Ello sirve de leña para hacer la pira amorosa en la cual consumirse abrasada, víctima de amor»<sup>4</sup>. Y también: «¡Ay, si supiese cuánto me hace Dios pensar en su alma para cooperar a su mayor perfección! Créame, yo mismo me quedo sorprendido»<sup>5</sup>.

Entre 1734 y 1737, Inés vivió en Viterbo con las monjas del monasterio de Santo Domingo. En aquel tiempo, Pablo le escribió esta carta, en la que, además de aparecer como enteramente ajeno a toda posesividad y celos, muestra saber poner al discípulo en la justa relación de libertad y responsabilidad: «Escuche, hija mía, yo soy siempre lo que he sido hasta ahora. He sido padre suyo, porque Dios ha querido servirse de mí para darle la leche de la santa devoción. Si ya no quiere escribirme, como dice, la dejo en

2. PBC III, 224 (hermano Francesco Franceschi).

3. PBC III, 49 (padre Giovanni Ranieri Jacomini).

4. L I, 107 (17-3-1734).

5. L I, 114 (10-8-1734).



libertad como la he dejado siempre. Bien sabe que en este punto estoy despegado y si así fuese en todo, sería santo. Y ya le dije antes de partir, que en Viterbo hay hombres preclaros; si consiguiera un buen director... Yo estoy siempre dispuesto a servirla donde, como y cuando le guste mandarme. Si no le soy padre, le seré siervo perpetuo en Cristo Jesús y al menos tendré la suerte de haber cooperado en parte a su perfección»<sup>6</sup>.

Pablo no teme reprocharla con esta misma confianza: «Usted es todavía una niña en la devoción, pero Dios la destetará y entonces hará como los niños que, por algún tiempo, gritan y se ponen enfermos, hasta que se acostumbran a comer alimentos fuertes. También usted se acostumbrará a este alimento fuerte, del que se nutren las almas sobre la cruz de Jesucristo»<sup>7</sup>.

Al mismo tiempo, sin embargo, la consuela con palabras muy tiernas: «De ahora en adelante viva toda abandonada en el seno amoroso de Dios, mame la leche de su santísimo amor, duérmase, incluso, en este pecho sagrado de la infinita caridad y no se despierte hasta que el Esposo la despierte. De tanto en tanto, cuando le parezca que cesa aquel sueño de vida eterna, es necesario excitarlo con alguna palabra amorosa, pero dulce y delicada, sin hacer ruido, con lo más elevado del espíritu: si es muy humilde, Dios le hará entender lo que digo»<sup>8</sup>.

La amistad espiritual era tan fuerte, que alguien quiso aprovecharse de ella para acusar a Pablo de excesiva confianza. Por eso, durante algún tiempo, éste renunció a verse con Inés, dirigiéndola sólo por carta. Sin embargo, la exhortaba a no dar importancia a las maledicencias: «Sobre todo no se justifique, no se defienda, sino sufra todo en silencio. Y así como no debe defenderse a sí misma, tampoco debe defenderme a mí. Por eso, no hable de mí, como si no me conociera. De ello hable sólo con Dios. Hágalo así y será feliz. Dejemos que sea Dios el que nos defienda. Si no quiere escribirme, no me escriba. Ya tiene sus reglas bien claras. Si puedo, iré un día al confesonario antes de partir para las misiones»<sup>9</sup>.

6. L I, 117 (4-10-1734).

7. L I, 119 (28-10-1734).

8. L I, 121 (23-12-1734).

9. L I, 228 (7-3-1739).



El confesonario era una cautela contra las malas lenguas. Por lo demás, Pablo estaba bien seguro de su corazón. Ya en 1736 había escrito a Inés: «Respecto a aquello que me dice, que está desprendida de mí, créame que jamás me ha venido al pensamiento que ni usted ni ninguna otra alma estén apegadas a esta carroña repelente. Gracias a Dios, procedo con tanta circunspección en esto, que no podría ser mayor. Y si me diera cuenta de tener el más mínimo apego a las almas que dirijo, nunca más la escucharía, para no ser ladrón del amor que se debe solamente a Dios»<sup>10</sup>.

Al mismo tiempo, sin embargo, aprecia la percepción de la unión espiritual que la hija siente con él: «Aquella paridad que usted lleva en torno a la unión que tiene su espíritu conmigo, su padre espiritual, aunque es un poco complicada, la he entendido bien, porque Dios, por su gracia, me da de ello experiencia. El alma está unida en vínculo de santa caridad, pero tan espiritual, que no hay nada más, porque todo está fundado en Dios. Yo quiero a todas las almas y de modo especial a las que Dios me ha confiado para la santa dirección espiritual. Mi alma siente un vínculo enteramente espiritual, que une con unas más con otras menos, según el amor al que Dios ha atraído al alma. Me explico: si un alma está en mayor grado de amor y de unión con Dios que otra, según la inteligencia que Dios me da, así como aquella es más querida del sumo Bien, del mismo modo el vínculo de santa caridad une todavía más mi alma con ella. Esto no quiere decir que no esté unida en caridad también con las otras; pero con unas más, con otras menos, como quiere el sumo Bien»<sup>11</sup>.

Como se ve, se trata de una experiencia y de una doctrina que no es sólo de Pablo, sino de todos los místicos, una experiencia que anticipa verdaderamente el futuro de la Iglesia, la parusía, una realidad más allá de cuanto pueda comprender la pobre filosofía humana, que ve sólo el pasado de la vida. Por estas relaciones en el Espíritu se edifica el cuerpo vivo de Cristo y se realiza la nueva creación de Dios.

### *Sor Querubina Bresciani*

En el convento franciscano de Santa Clara, de Piombino, Pablo predicó sus primeros ejercicios espirituales a las monjas en 1733.

10. L I, 149 (30-8-1736).

11. L I, 149s.



El fruto fue muy abundante. En particular, una monja joven, sor Querubina Bresciani, descrita como «tibia y llena de defectos», cambió totalmente de vida, entregándose con todo empeño a su vocación religiosa. Se conservan 46 cartas que Pablo le escribiera entre 1733 y 1761. Por mediación de ella, Pablo extendía su dirección también a las otras monjas que, después de su predicación, se habían entregado a una vida espiritual fervorosa. Querubina sobrevivió a Pablo y dejó un testimonio agradecido y conmovedor de su dirección espiritual.

Puede notarse una cierta diversidad de estilo entre las cartas escritas a Inés Grazi y las de aquel tiempo escritas a Querubina Bresciani. Las destinatarias son distintas y, probablemente, incide el hecho de que ésta última sea religiosa. La invitación a la perfección cristiana, sin embargo, es la misma. Escribía en 1740: «Ahora es cuando debe comenzar a destetarse y aprender a adorar con mayor perfección al Dios excelso y sublime, en espíritu y en verdad. Para hacerlo, tiene que humillarse, aniquilarse y abismarse en su misma nada, despojándose totalmente de toda imaginación racional y, luego, en pura fe, abismarse toda en Dios para allí reposar en el seno divino sin ninguna imaginación, porque Dios no cae bajo imágenes, pues es un espíritu purísimo y simplicísimo, abismo sin fondo de infinitas perfecciones... Usted me dice que puede hacer muy poca oración y yo quiero que haga 24 horas al día. ¿Cómo se entiende esto? Pues procurando estar encerrada dentro de sí, toda abismada en Dios, pero dejando libertad al alma para que vuele espiritualmente, siguiendo el soplo amoroso del Espíritu santo; complaciéndose de que Dios sea el bien infinito que es, o bien admirando, esto es, quedando suspensa con altísima maravilla de amor, al contemplar sus infinitas perfecciones. Y si de ello nace en el espíritu algún impulso de cantar cánticos de amor, deje que cante su alma, diciendo, por ejemplo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*; o bien: *Aleluya*; o también: *Tu solus Sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altissimus, Iesu Christe, cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris. Amen...* Una vez que se haya aniquilado bien, despreciado y abismado en su nada, pida licencia a Jesús para entrar en su corazón divino y la obtendrá en seguida. Luego, vuele en espíritu hacia ese corazón y póngase allí como una víctima sobre el altar divino donde arde siempre el fuego del santo amor, y déjese quemar hasta la médula de los huesos por esas santas

llamas; más aún, reducir a cenizas. Y si el aura suave del Espíritu santo levanta esas cenizas a la contemplación de los divinos misterios, dé libertad a su alma para engolfarse plenamente en la divina contemplación. ¡Oh, cuánto agrada a Dios esta práctica!»<sup>12</sup>.

En otra carta de 1742, se abandona, como tal vez nunca en otras ocasiones, al genio de la poesía y confía a sor Querubina Bresciani sus sufrimientos más íntimos para pedirle la ayuda de su oración: «La lengua del amor es el corazón que arde, que se derrite, que se consume, que se hace cenizas en holocausto al sumo Bien, para que, luego, el aura amorosa del Espíritu santo levante esa nuestra vil ceniza, a fin de que se pierda totalmente en el abismo de la divinidad. ¡Oh pérdida feliz! ¡oh afortunada, el alma que así se pierde en el infinito amor! ¡oh, qué bien se encuentra! Todo esto se hace en pura fe y lo enseña Dios al alma humilde. Le canto esta canción:

En la noche de la fe  
goza el alma de aquel Dios  
en que cree;  
siempre todo en todo lugar,  
se consume en aquel gran fuego.

Allí arde dulcemente,  
elevándose su mente;  
con corazón humillado  
se reposa en el Amado.

Despierta poco a poco,  
saluda al dulce Esposo  
y gozosa va cantando,  
*Aleluya, Santo, Santo.*

Si quieres saber cantar  
estáte en tu celda a orar.  
Y si quieres sacar buena voz,  
está contenta  
en la cruz del Redentor.

12. L I, 472s (9-8-1740).



Ese *Aleluya, Santo, Santo*, es el cántico del paraíso. Pensaba cantarle sólo una estrofa para su instrucción, pero se me han escapado de la pluma otras tres. Tenga compasión de mi locura. Quisiera que Dios le enseñase esta gran ciencia de los santos, que yo nunca pude aprender, porque nunca he logrado corregirme de mis vicios... Ruegue mucho por mí, que estoy en el colmo de las miserias y de las tempestades. Hablándole en confianza, le diré que esta obra (la congregación) la veo casi toda por tierra; pero me queda una centella de esperanza en que Dios la hará resurgir... Creo que nunca me he encontrado con tantas tribulaciones de espíritu, tantas tempestades. Me parece que el cielo se ha hecho para mí de bronce y la tierra de hierro. Ruegue mucho por este pobrecito...»<sup>13</sup>.

Que la dirección espiritual de Pablo no dejase de afrontar ninguno de los problemas concretos, lo demuestra, entre otras cosas, esta carta en la que da consejos prácticos para la vida de comunidad a Querubina Bresciani, elegida superiora del convento:

«Sepa que ha hecho muy bien en negar esas bandejas de plata, destinadas al servicio de Dios, a ese señor N., que quería servirse de ellas para pompas de su mesa. Deje que digan lo que quieran. Sea animosa y defienda la causa de Dios sin respetos humanos y tenga la seguridad de que Dios protegerá su corazón y santificará su alma, enriqueciéndola de grandes dones. Sería muy bueno que se suprimiera el abuso de enviar a todos y a cada uno de los sacerdotes regalos como de boda el día de la toma de hábito de las monjas, y, en cambio, haría una cosa grata a los ojos de Dios dando alguna limosna especial a algún necesitado, particularmente a alguna familia pobre y vergonzante. Esta sería la mejor disposición para que la que toma el hábito, reciba de Dios algún señalado favor que la impulse a volar por el camino de la perfección. Y si no, dígame: ¿Está bien que las religiosas se comporten como los mundanos el día de sus desposorios? ¿qué diría el Esposo divino?...»<sup>14</sup>.

Estas cartas, como todas las demás de Pablo, están escritas sin pensar en que verían la luz pública y, por tanto, llenas de espontaneidad y de sinceridad. El calor y la sabiduría que en ellas se

13. L I, 485s (26-6-1742).

14. L I, 500s (14-12-1746).



encuentra hacen su lectura más fructuosa que la de un tratado de espiritualidad. Ellas transmiten el Espíritu de Dios, mucho más allá de las personas destinatarias de dichas cartas.

### *Tomás Fossi*

La relación entre Pablo de la Cruz y Tomás Fossi es un testimonio incontestable del equilibrio cristiano y psicológico de Pablo y un maravilloso ejemplo de pedagogía religiosa. Tomás Fossi era un joven que acababa de casarse cuando Pablo predicó una misión en su pueblo de Poggio, en la isla de Elba. De su matrimonio tendrá ocho hijos, uno de los cuales será pasionista, pero no perseverará. Al fallecer su esposa en 1767, también Tomás Fossi se hace pasionista y, durante algunos años, padre e hijo fueron hermanos en la misma congregación. En los últimos dos años de su vida, el fundador quiso a Tomás cerca de sí en la casa de los Santos Juan y Pablo, de Roma. Pablo fue para él un verdadero padre, tierno y fuerte, y como tal lo experimentó él. Tomás le quiso y lo veneró tanto, que le escribía y leía sus cartas siempre de rodillas. Se han conservado 172 cartas que Pablo le dirigiera en un período de tiempo muy amplio, que va desde 1735 a 1773.

Tomás Fossi era, por temperamento, inclinado a la radicalidad y Pablo tuvo que emplear toda su energía para frenarle. Tendía a confundir la santidad con prácticas específicas del estado religioso, por lo que Pablo no se cansa de repetirle que debe hacerse santo «según su estado». En 1738 le escribe: «Es necesario que haga una vida de buen cristiano, casado y que atiende a las obligaciones de su estado y a su casa... Esta es la voluntad de Dios y usted puede hacerse santo en medio de sus asuntos, cuando están dirigidos únicamente a la gloria de Dios... Coma lo necesario, manténgase fuerte para poder trabajar; su cuerpo débil no tiene necesidad de otras penitencias. Tome gustoso las que Dios le envía»<sup>15</sup>.

«Atienda a las obligaciones de su estado», le dice también en otra carta<sup>16</sup>. «Las penitencias no son para usted ni para su esposa, por no convenir ni con su estado de santo matrimonio ni con su complexión delicada y débil»<sup>17</sup>. «No filosofe tanto sobre sí mis-

15. L I, 545s (9-8-1738).

16. L I, 557 (12-7-1747).

17. L I, 564 (16-3-1748).



mo»<sup>18</sup>, le repite muchas veces. «No haga predicciones, aunque se sienta inspirado; en esas predicciones yo no descubro nada del Espíritu de Jesús»<sup>19</sup>. Pablo se goza de que sus hijos se comporten bien, pero no cree en la vocación religiosa de una de las hijas: «Esta hijita no tiene vocación de monja, ni en Piombino ni en ninguna parte»<sup>20</sup>.

Uno de los problemas que se repiten es el de la continencia conyugal, que Tomás quería practicar e imponer, al menos moralmente, a su esposa. Pablo le escribe: «Ya sabe usted que acerca de la continencia conyugal yo he sido siempre muy fuerte, en especial por las pruebas que usted me ha expuesto de viva voz y por escrito. Uno y otro deben conservar una santa libertad conyugal, esto es, libertad *tam petendi quam reddendi* (tanto para pedir como para dar). Así se conserva mejor la santa caridad y se cierra el paso al demonio para muchas tentaciones, máxime teniendo en cuenta la celosía a que usted hace referencia. ¿No ve y toca con la mano lo errónea que sería una tal resolución? ¿que tal vez nace ésta, *ex parte uxoris* (de parte de la mujer), más de modestia que de fuerza de voluntad? Le recomiendo mucho este punto, pero mucho. Tengo en mente haberle dicho que, de común acuerdo, pueden tomar esa resolución por algún tiempo o en alguna gran solemnidad *ad tempus*, para dedicarse a la oración; también san Pablo lo aconseja»<sup>21</sup>.

Y en otra carta le escribe: «El débito del santo matrimonio, pedido y otorgado debidamente y con santa intención, no impide que sean santos dentro de su estado. Repare en tantos santos y santas que han vivido su misma vida»<sup>22</sup>.

Más tarde, en 1752, se ve obligado a disuadirle del propósito de abandonar, él y la mujer, el mundo para entrar en algún convento: «Y en orden a abandonar el mundo usted y su esposa, todavía no ha llegado el tiempo; retírense en lo más íntimo de su espíritu y, en este sagrado desierto, entreténganse con el sumo Bien de solo a solo, adorándole en espíritu y en verdad»<sup>23</sup>.

18. L I, 615 (30-5-1752).

19. L I, 605 (4-8-1751).

20. L I, 606.

21. L I, 554s (11-8-1746).

22. L I, 564 (16-3-1748).

23. L I, 612 (15-3-1752).

En otra carta le dice: «Que el marido pueda retirarse a la vida religiosa dejando a la mujer el cuidado de los hijos y de la casa, es algo que no se puede permitir. Créame, amadísimo señor Tomás, que le digo la verdad *in Domino*. Si bien sus deseos son santos, no son para llevarse a la práctica por ahora... No permita que tales sentimientos, aunque buenos en sí, embarguen su corazón y su espíritu, pues le impiden otros mejores, según su estado actual»<sup>24</sup>.

En Tomás, hombre bueno pero ingenuo, era muy fuerte la atracción hacia una espiritualidad idealizada, desencarnada, intimista. Pablo le aconseja a este respecto durante toda su vida: «Siento, con gran pena, que usted pretende dirigir espiritualmente algunas mujeres. Querido señor Tomás, ¿puede darse tentación más diabólica que ésta para usted? La dirección, que es tan difícil aun para los hombres más santos y sacerdotes de Dios, ¿le parecerá tan fácil a un seglar como usted? Cuidado, cuidado, que dará con la cabeza en el escollo»<sup>25</sup>.

Ya religioso y sacerdote, Tomás sentirá todavía la tentación de dirigir almas con discutible discernimiento. En una carta de 1773, Pablo se le muestra más intransigente aún: «Acercas de la dirección de esa monja que me indica, se lo prohíbo totalmente, porque puede originar celos... Así que deje la dirección de esa monja y, si le escribe, contéstele que no vuelva a hacerlo; dígame que no le responderá, pues tiene prohibido el carreo»<sup>26</sup>.

Tomás, de familia bastante acomodada, envía regalos al convento, da hospedaje a los hermanos postulantes y quiere que sus hijos sigan haciendo lo mismo después de profesar él como pasionista. Pablo le da muchas veces las gracias, pero le exhorta a que piense, sobre todo, en su casa. Le da también consejos concretos sobre la educación de sus hijos y modera su radicalidad.

«Usted debe procurar dar una santa educación a sus hijos e hijas, esforzándose por inculcarles una devoción sólida, estable y perseverante, con pureza de intención, atento a guiarles por el camino que quiere el Señor, lo que conocerá por su modo de comportarse y las inclinaciones que muestran. Me explico: un padre, por ejemplo, es un hombre espiritual, dado a la oración, al

24. L I, 641 (22-6-1754).

25. Pablo de la Cruz, *Scritti spirituali* I, Roma 1974, 267 (3-12-1746).

26. L I, 808 (26-1-1773).



ejercicio de las virtudes, etc.; este padre querría que sus hijos fueran todos, de repente, santos, religiosos si son chicos y monjas si son chicas, y se apena si ve que ellos no sienten tal inclinación o devoción. Este padre no hace bien, es indiscreto, contrista e irrita a los hijos y las hijas que no sienten esa vocación, y les hace perder el gusto por la devoción»<sup>27</sup>.

Esta catequesis dura largo tiempo. Sin embargo, no hay que pensar que la relación con Fossi fuese solamente para consejos y amonestaciones. Pablo conoce la profunda bondad de su corazón y se siente feliz cuando, sin su autorizado consejo, se decide a poner por obra el ideal tan largamente acariciado de ser pasionista. En 1768, recién ordenado sacerdote, le escribe: «Carísimo y amadísimo padre Tomás... Como ese padre rector me habla, con satisfacción mía, de su vuelta a Grosseto, ya ordenado sacerdote y espero además que haya celebrado también su primera misa en la gran fiesta de navidad, por eso tengo doblado motivo para alabar la grandeza de las divinas misericordias, que continúan y van en aumento... Hace ya muchos años, hablando con un pobre enfermo napolitano, me decía: —‘Oiga, padre: yo tengo en la cabeza una sola cosa’. —‘¿Qué es?’, le pregunté; y él: —‘Pienso en la muerte’. —‘Haces bien’, repliqué; y le di otros saludables consejos. Querido padre Tomás, piense en la muerte mística. El que está muerto místicamente no piensa más que en vivir una vida deiforme, no quiere más que a Dios, máximo y óptimo, trunca todos los otros pensamientos, aunque sean de cosas buenas, para tener uno solo que es Dios óptimo, y espera sin ansiedad lo que Dios disponga de él, cortando todo lo que está fuera de él, para que no impida la obra divina que se realiza dentro, en el gabinete interior. A él no puede acceder criatura alguna, ni angélica ni humana; solo Dios habita en lo íntimo, esto es, en la esencia, mente y santuario del alma, donde las mismas potencias están atentas a la obra divina y a aquella divina natividad que se celebra, en cada momento, en el que tiene la suerte de estar muerto místicamente. Tengo prisa. Esta carta es demasiado mística y no para mojigatos, sino para gente varonil, y de ello se debe hablar *cum grano salis*, porque puede uno equivocarse mucho»<sup>28</sup>.

27. L I, 650 (11-1-1755).

28. L I, 787s (29-12-1768).



Pablo de la Cruz sabía que Tomás estaba profundamente apasionado por la vida del espíritu, y dispuesto a todo para facilitarla. Si había mantenido durante tantos años el entusiasmo del neófito que trata de realizar perfectamente su ideal, tuvo también una humildad profundísima. De posición acomodada, padre de familia, estimado en toda la isla de Elba, se sometió a todas las pruebas, con tal de caminar hacia aquel Dios, de quien estaba tan enamorado. En la congregación vivió como pasionista ejemplar hasta 1785, muriendo con fama de santo.

### *Sor Colomba Leonardi*

Sor Colomba Leonardi era una religiosa del convento carmelita de Vetralla, erigido el siglo anterior sobre una rocosidad que dominaba el pueblo. Nacida en Lucca en 1684, había entrado en el convento muy joven, primero como educanda y luego como religiosa, a la edad de 16 años. Después de algunas enfermedades, de las que curó milagrosamente, sufrió una parálisis total, que sólo le dejaba libres las manos. Estuvo clavada en el lecho del dolor durante 34 años. Murió en 1751<sup>29</sup>.

Parece que Colomba conoció de manera providencial a Pablo ya en 1739. Ciertamente los dos habían empezado a relacionarse a través del confesor del convento, don Biagio Pieri, el mismo que la había orientado a la vida religiosa. Colomba fue quien movió al obispo de Viterbo, monseñor Abbati, a invitar a Pablo y Juan Bautista a predicar la misión de Vetralla. Inmediatamente después de la misión, Pablo dio ejercicios espirituales en su convento. Es difícil valorar la ayuda espiritual que Pablo recibió de esta santa mujer. El mismo escribía en estos términos: «¡Oh cuánto anima al pobre Pablo esta gran alma! ¡qué fe tan grande y tan viva tiene en la extensión de esta santa obra (la congregación)! Yo no soy más que un cobarde de poca fe, que, en medio de las tormentas, me abato demasiado. Basta: espero tener la suerte de hablarle con ocasión de los santos ejercicios en ese venerable monasterio»<sup>30</sup>.

«Las almas más unidas a Dios — escribe a monseñor Garagni — me animan mucho y Dios les comunica luces sobre esto. Sobre

29. S. Possanzini, *Il monastero Monte Carmelo di Vetralla*, Vetralla 1982, 113-128.

30. L II, 225s (al conde P. M. Garagni, 21-3-1742).



todo a aquella gran alma, sor Colomba, con quien he hablado algunas veces en santa conferencia espiritual con ocasión de los ejercicios que he dado en aquel venerable monasterio, después de la misión de Vetralla. Estando enferma, inmóvil en el lecho desde hace 27 años, ha querido que yo fuera a su habitación para reconciliarse y para otras santas conversaciones. Ella me ha animado mucho y no duda absolutamente de que Dios quiere favorecer esta santa obra»<sup>31</sup>.

Pablo le pide también que interceda en favor de la congregación ante los dignatarios eclesiásticos que conoce. El sabe que es muy apreciada hasta del mismo sumo pontífice. Así, escribe a don Biagio Pieri: «Y la amante de la cruz, sor Colomba, ¿qué hace? No es tiempo de largos sueños, sino de actuar en Dios, despierta. Escriba a Roma. Tienen al señor cardenal protector de Vetralla, de quien no recuerdo el nombre, y otros. Dios se servirá de tales medios, si de veras le interesa que se dilate entre los fieles la devoción y el amor a la santa cruz»<sup>32</sup>.

De sor Colomba Pablo conserva siempre la estima que había manifestado a don Biagio Pieri en carta escrita aun antes de conocerla personalmente: «Yo veo a esta Colomba (Paloma) bendita sobre el olivo fructífero de la cruz. Ella no lleva el ramo en la boca como la paloma que salió del arca, sino que, sobre este gran árbol de vida, succiona el óleo divino que, encendido en las llamas de la divina caridad, la abrasa por entero, como víctima de holocausto al sumo Bien. ¡Oh afortunada Colomba! *Invenisti gratiam coram oculis Domini* (encontraste gracia a los ojos del Señor). ¡Oh, cuántas cosas quisiera decirte mi corazón! Pero tú sabes que Pablo es el mayor pecador y creo que lo entiendes en Dios. *Ora pro me* y consúmeme toda sobre el altar, abrasada, hecha cenizas, en aquel aceite hirviendo que tú, por tu gran suerte, succionas del árbol fructífero de la cruz querida, de la que yo, por mi culpa, no sé gustar. Se acercan los maitines y tengo que escribir todavía otras cartas. Ruegue por el pobre Pablo, que es siempre infiel. Y dígale a sor María Colomba que ruegue mucho por mí»<sup>33</sup>.

En 1751 Pablo fue invitado a predicar una de las siete tandas de ejercicios espirituales que llegará a dar en el monasterio de las

31. L II, 227 (al mismo, 17-5-1742).

32. L II, 432s (a don B. Pieri, 19-6-1743).

33. L V, 38s (8-6-1741).



carmelitas. Al principio dudó en aceptar, pero luego dijo: «Sí, iré a predicar los ejercicios, pero esto servirá para desear un buen viaje al paraíso a sor Colomba». La enferma había confirmado esta profecía, diciendo a las religiosas: «Vendrá, vendrá, vendrá, y esta vez será suficiente para mí». Las monjas no encontraban a sor Colomba más grave que de ordinario, pero los dos santos estaban seguros de lo que decían. Al entrar en la habitación de la enferma, Pablo exclamó: «Colomba, Colomba, ha terminado el invierno de tu padecer y comenzará la primavera del gozo. Te quiero dar la comunión, darte al Esposo, ¿lo deseas?» Sor Colomba murió el 15 de junio de 1751. Pablo le administró el viático y la unción de los enfermos y asistió a su funeral. Escribiendo sobre ello al padre Mugnani, dominico, le decía:

«Por la misericordia de Dios, he asistido a sor Colomba, le he administrado los santos sacramentos y le he anunciado la divina palabra hasta el último respiro. Pero de un modo que no sé ni puedo expresar. Mi pobre espíritu se unía más al suyo, precisamente cuando, en espíritu, le hablaba, estando yo de rodillas, orando a su cabecera. Creo piadosamente que ha muerto en acto de oración, sumergida en su nada, pero inmersa toda en Dios... Desde que la conozco, la he llamado milagro de aquella paciencia que *opus perfectum habet* (ha realizado una obra perfecta)»<sup>34</sup>.

Sor Colomba Leonardi no era la única religiosa de Vetralla que caminaba decididamente por las vías del Señor. Son recordadas algunas más, que dieron testimonio acerca del santo en el proceso que allí se tuvo en 1778. Como ya hemos indicado, Pablo les dirigió siete veces los ejercicios espirituales. Además, vivió en el convento del Santo Angel de Vetralla casi 25 años y pudo cultivar con esmero particular aquella comunidad<sup>35</sup>. Entre las religiosas de aquel tiempo, recordamos a las dos hermanas Cencelli: Angela María Magdalena de los Siete Dolores y Luisa de la Pasión. Eran sobrinas de Giuseppe Cencelli, de Fabrica (Viterbo), que, en los últimos años de su vida, había llevado con gran fervor el hábito pasionista que el fundador le vistiera en San Eutiquio. Pablo había celebrado la profesión religiosa de la primera de las hermanas, y

34. L III, 86 (a P. Mugnani, 24-6-1751).

35. S. Possanzini, *Il monastero Monte Carmelo di Vetralla*, especialmente 129-145.



a ella le había enviado también el manuscrito de la *Muerte mística*. Verdadero ángel en carne humana, Angela María Magdalena murió después de cuatro años de dolorosa enfermedad, contraída cuando era todavía novicia.

### *La venerable María Crucificada Costantini*

María Crucificada era religiosa del convento benedictino de Santa Lucía, en Tarquinia, cuando, en 1739, Pablo fue invitado a dar unos ejercicios espirituales que transformaron aquella comunidad. Por aquel entonces escribía a Inés Grazi que el trabajo en el monasterio le tenía ocupado catorce horas al día. En aquella ocasión es cuando conoció también a Antonio Costantini, padre de María Crucificada, a su hermano Domingo y a su cuñada Lucía Casciola. Luego, en 1749, predicando una misión en Tarquinia, conoció también al hermano sacerdote, don Nicolás Costantini.

María Crucificada había nacido en 1713 y, a la edad de 28 años, en 1741 y siendo ya religiosa, tuvo claras iluminaciones por las cuales comprendió que algún día tendría que dejar su convento para cooperar a la fundación de un «monasterio de la pasión»<sup>36</sup>. Al año siguiente, el padre Juan Bautista Danei fue a dar ejercicios espirituales a las monjas. María Crucificada le habló de sus presentimientos y él le dio una confirmación autorizada: se trataba de una verdadera inspiración de Dios que algún día llegaría a realizarse<sup>37</sup>. Pasaron muchos años antes de que se cumpliera dicha profecía. María Crucificada Costantini no pensaba mucho en ello. Al contrario, entre 1751 y 1754 dio su consentimiento para ser trasladada a Roma a un convento dedicado a los Dolores de María santísima y construido por el rico canónigo José Carboni. Pablo le predijo muchas veces que no se abriría aquel convento, como así sucedió<sup>38</sup>. Él pensaba siempre en una fundación para mujeres, inspirada en su mismo carisma de la pasión, y tenía la sensación de que María Crucificada debía ser la piedra angular de aquella obra.

36. StCr I, 1299, que se funda en la *Vita di M. M. Crocifissa*, escrita por J. M. Cioni y conservada en AGCP.

37. *Ibid.*, 1300.

38. PBC II, 618 (Domenico Costantini).

En 1754 Arcángel Costantini, otro hermano de María Crucificada, fue asesinado por un desconocido. Entonces Domingo, de acuerdo con su esposa Lucía, al no tener hijos, decidió destinar los bienes de familia a la construcción del monasterio de las pasionistas. En realidad eran ya bienhechores de la joven congregación, y hospedaban siempre en su casa a los religiosos pasionistas de paso por Tarquinia. Con los Grazi-Venturi de Orbetello, eran ya una de las familias más vinculadas a la nueva congregación. Cuando se iniciaron las obras del monasterio, María Crucificada comenzó a interesarse intensamente por él e insistía para que Pablo pidiese a su hermano que siguiera patrocinando la construcción. Pablo, en cambio, prefería no intervenir, en consideración a los efectos de la gran carestía de los años sesenta, y quería que también María Crucificada se abandonase totalmente a la voluntad de Dios: «Usted está resignada en cosas sublimes, pero en esto de la fundación del monasterio, no tanto, y aquí está el punto clave y necesario; porque si quiere agradar a Dios, tiene que resignarse también en esto y esperar en silencio que Dios prepare los caminos, y permanecer con el mismo ánimo e igualmente contenta con el beneplácito de Dios tanto si se sigue la fundación como si no se hace, con tal de que en todo sea glorificado el Señor. Así estará en paz»<sup>39</sup>.

Pablo tenía tanta confianza con los Costantini, que no tenía reparo en hablarles con toda franqueza, reprochándoles, incluso, si lo consideraba necesario. Sin embargo, estaba convencido de la santidad de María Crucificada, a la que escribía cartas llenas de conceptos de alta mística. Así, la exhortaba a prepararse para el ingreso en el nuevo monasterio: «Tal preparación debe consistir, principalmente, en la humildad y desprecio de sí misma, con el verdadero conocimiento de su nada. Esto lleva consigo el ejercicio de todas las virtudes, la reina de las cuales es la santa caridad y unión con Dios, con verdadera abstracción y despego de toda cosa creada y un total abandono en el divino beneplácito. More verdaderamente en el interior de su espíritu y esté bien cerrada en este sagrado desierto, siendo como es esta sacra soledad rica en todo bien. En esta divina soledad, con las puertas bien cerradas a toda criatura, toda revestida de Jesucristo, déjese perder y abismar

39. L. II, 318 (14-1-1769).



«la divinidad inmensa y allí, en sagrado silencio de fe y de santo amor, contemple el sumo Bien y se deje hacer cenizas en el fuego de la divina caridad. Dondequiera que esté y cualquiera cosa que haga, no pierda nunca esta santa soledad»<sup>40</sup>.

Como veremos, María Crucificada fue la verdadera piedra angular del nuevo convento de las monjas pasionistas. Sobrevivió a Pablo doce años, muriendo de un tumor el 16 de noviembre de 1787. El 17 de noviembre de 1982 la Iglesia reconoció oficialmente sus virtudes heroicas. Es la venerable María Crucificada Costantini.

#### *Dos reformadoras de monasterios:*

#### *Lilia del Santísimo Crucifijo y María Gertrudis Salandri*

*Santos sumergidos* es el título de una reciente biografía de sor Lilia, que podría valer igualmente para estas dos venerables religiosas, amigas de Pablo<sup>41</sup>. Sor Lilia del Santísimo Crucifijo es un personaje ilustre entre tantos otros —bastantes más de los que se piensa—, que no se dieron a fundar nuevos institutos, sino más bien a reformar los ya existentes. Reformó las terciarias franciscanas, fundando cinco nuevos monasterios. Era devotísima del Niño Jesús, experta en hacer pequeñas estatuas de cera del divino Niño. Vivió casi siempre en la ciudad de Viterbo.

Pablo la conoció al inicio de los años treinta. La visitó con frecuencia. Escribiendo a Inés Grazi cuando se encontraba en Viterbo, muchas veces le pedía que entregase cartas y pidiese oraciones a sor Lilia. Esta animaba insistentemente a Pablo a seguir adelante en la fundación y a pedir el reconocimiento pontificio, aconsejándole también que mitigara algo la austeridad, permitiendo el uso de sandalias y del sombrero. Algunos años mayor que él, Pablo la consideraba un poco como una madre.

«Escribí hace dos o tres correos a sor Lilia; con la mayor delicadeza, humildad y sinceridad, le hacía ver mi pobre alma a los pies de la cruz, pidiendo limosna, y se la mostraba horrenda,

40. L II, 321s (sin fecha).

41. M. A. Tomassini, *I santi sommersi. Venerabile serva di Dio Lilia del SS. Crocifisso*, Viterbo 1989.



repugnante, queriendo ponerle de manifiesto mis imperfecciones, para que me encomendase a Dios, pero no he recibido respuesta: *Deo gratias*. Aprenderé a mis expensas a estarme en mis miserias, en silencio»<sup>42</sup>.

Es evidente que tenía mucha confianza con ella. Escribía bromeando a Inés Grazi: «Nuestra querida madre, sor Lilia, no me quiere ya mucho, pues no se ha dignado consolarme con unas letras. Basta; dígale que la voy a acusar al dulcísimo Niño y a la amabilísima Madre, y también al querido san José. Y voy a decirles que la mortifiquen, derramando en su corazón un torrente de fuego de amor, que la abraze enteramente. Esta será mi venganza. Me la salude mucho»<sup>43</sup>.

Y en otra carta: «Créame que no hay ninguna otra como ella, a mi entender»<sup>44</sup>. Esta estima y veneración, sin embargo, no le impidieron aconsejar a Inés Grazi que no se dejase dirigir espiritualmente por sor Lilia. La santidad no implica necesariamente un carisma de dirección espiritual, que Pablo, sin embargo, reconocía en sor Lilia para los monasterios por ella fundados<sup>45</sup>. Murió dos años antes que él. Era muy estimada por los papas Benedicto XIV y Clemente XIV, así como también por el obispo de Viterbo, monseñor Abbati. A los tres años de su muerte se inició el proceso de su beatificación, todavía en curso.

María Gertrudis Salandri, natural de Roma y religiosa de Viterbo, fundó en 1731 el convento de las dominicas de Valentano. Devotísima de la pasión y sobre todo de la Scala santa, que de niña subía frecuentemente de rodillas, hizo una reproducción de la misma tanto en el monasterio de Viterbo como en el de Valentano. En sus biografías se encuentra una fiel descripción de la ligereza y superficialidad con que, en el setecientos, se vivía en muchos monasterios. Ella comenzó su reforma para acabar con dichas deficiencias. Murió en 1748 a la edad de 58 años. Fue declarada venerable por el papa León XIII.

Cuando en 1743 María Gertrudis Salandri invitó a Pablo a dar ejercicios espirituales en su convento de Valentano, ella le conocía

42. L I, 147 (a A. Grazi, 22-8-1736).

43. L I, 165 (a la misma, 3-1-1737).

44. L I, 170s (24-1-1737).

45. L I, 129s (a A. Grazi, 18-2-1736) y en otras partes; cf. StCr III, 194, nota



ya de hacía mucho tiempo. Como con sor Colomba y sor Lilia, Pablo se dirigía también a ella pidiendo oraciones y consejos espirituales. Se conserva una carta que escribió a Pablo en 1743<sup>46</sup>. Luego, ya no quiso que Pablo fuera invitado a su convento, porque una religiosa, sor Angélica Durani, se había infatuado con su dirección espiritual<sup>47</sup>. Después de la muerte de su fundadora, se introdujo en el monasterio el *quietismo* por obra del arcipreste don José Azzaloni y del ex-pasionista Clemente Maioli. Este último había sido muy estimado por el fundador, que lo nombró rector de monte Argentario y de san Eutiquio, pero luego dejó la congregación. Lo que llevó hasta el extremo el malestar de la comunidad religiosa fueron las predicciones de algunas monjas y de Bernardina Renzi contra el papa Clemente XIV, por la supresión de la compañía de Jesús. En 1774 fue enviado a Valentano un inquisidor y se comenzó un proceso muy penoso contra los dos confesores del monasterio, algunas religiosas y la seglar Bernardina. El proceso tuvo tanta resonancia, que el mismo Pastor habla de él en su gran *Historia de los Papas*<sup>48</sup>. Nadie, sin embargo, dudó de la prudencia y de la ortodoxia de Pablo.

### *La venerable Lucía Burlini*

A diferencia de las dos anteriores y de tantas otras discípulas de Pablo, Lucía Burlini era seglar y vivió siempre en el mundo. Aunque conoció a Pablo en 1734, no comenzó a tener una relación asidua con él hasta los años que nos ocupan. Lucía Burlini había nacido en 1710 en Piansano (Viterbo), donde vivió siempre, trabajando como tejedora. Era analfabeta o casi analfabeta. Se conservan cuatro cartas que le dirigiera Pablo y otras diecinueve escritas a don Antonio Lucattini, al que Pablo había confiado el cuidado de esta joven, incluso antes de ser él sacerdote, todavía diácono. Esta mediación en la dirección espiritual es un hecho muy característico e indica la ductilidad mental del santo y su criterio

46. AGCP, ofrecido en StCr III, 214s.

47. C. Broveto, *Introduzione alla spiritualità di S. Paolo della Croce. Morte mistica e divina natività*, San Gabriele (TE) 1955, 32-35; y más extensamente en StCr III, 368-395 (*Il processo di Valentano*).

48. Pastor XVI, 2. 242s.



abierto en cuanto a las formas de colaboración en los caminos de Dios. Las referencias a la dirección espiritual de Lucía Burlini son de las más elevadas que podemos encontrar en las cartas del santo<sup>49</sup>.

Uno de los problemas más escabrosos que Lucía Burlini tuvo que afrontar fue la intromisión de un cierto Domingo Parri en su dirección espiritual. Este sacerdote no estaba de acuerdo en que Pablo permitiera a Lucía recibir cada día la sagrada comunión. Esto de la comunión frecuente o diaria, que Pablo quería en las almas que buscaban verdaderamente a Dios, es uno de los puntos en los que manifiesta mayor firmeza, en aquella época de la gran confusión creada por el jansenismo. Domingo Parri no valoraba el modo con que Pablo dirigía a Lucía en los caminos de la oración mental y probablemente encontraba cuando menos extraña la mediación de Lucattini. En una carta que muestra gran prudencia y discernimiento, Pablo invita a Lucattini a que presente a Lucía a un nuevo confesor, el párroco Magni: «Infórmele también brevemente, de mi parte, de la santa conducta de Lucía, a la que yo conozco desde hace casi 16 años en los que, sin interrupción, dirijo su alma. Y de que la he hallado siempre fiel en su pureza de conciencia y en la lealtad para con el Esposo divino. Esto a condición de que el señor párroco no dé a entender ni remotamente a Lucía que ha recibido información mía. Por su parte, haga como que no lo da importancia, para que viva en humildad, porque mientras estamos en esta cárcel del cuerpo tenemos siempre que temer y temblar. Déle a entender, con caridad, que la sagrada comunión se le concede porque es débil e imperfecta, y sin Jesús se precipitaría en un abismo de males (lo que es la pura verdad). Obre con santa prudencia, para que no disguste al antiguo confesor»<sup>50</sup>.

Y en otra carta: «Si Lucía fuese interrogada por el confesor actual acerca del modo de su oración, luces, *et reliqua* (y todo lo demás), responda que se pone delante de Dios como una pobrecita indigna de todo bien, y que procura unirse con Dios por medio de la pasión santísima de Jesucristo y que, en orden a las luces del cielo, ella es ignorante y no sabe explicarse, y que es una gran

49. P. García, *La humilde tejedora de Piansano. Lucía Burlini*, Zaragoza 1993, 56; cf. también B. Bordo, *La venerabile Lucia Burlini*, Roma 1988.

50. L II, 814 (a don G. A. Lucattini, 17-8-1751).



misericordia que le hace Dios el que el pobre Pablo la entienda por la larga experiencia que tiene con ella, pero que, de por sí, ella no sabe decir más que despropósitos. De esta forma satisface al confesor y no estorbará al Espíritu. *Aliter* (de otro modo), si se pone a explicarlo sin licencia *de lo alto*, qué inquieta y desasosegada quedará por algún tiempo»<sup>51</sup>.

Pablo se veía frecuentemente con Lucía en el convento de nuestra Señora del Cerro, junto a Tuscania. Algunas veces la tejedora subió también al convento del Santo Angel para hablar con él. En 1752 fue curada milagrosamente al contacto del escudo o emblema de la pasión, que Pablo le había mandado por medio de dos religiosos. Luego, sin embargo, la sierva de Dios se vio aquejada de muchas enfermedades, que la tuvieron largo tiempo en cama. Pablo tenía la sensación de que Lucía era no sólo una hija suya espiritual, sino también una hermana y amiga. Le escribe en 1751: «En las próximas fiestas del Espíritu santo, espero que no se olvide de mí y de nuestra congregación. Digo nuestra, porque sabe que hacemos vida común en Dios»<sup>52</sup>. Pablo se encomienda frecuentemente a sus oraciones, invitándola a «clamar» al Señor por él y por la congregación<sup>53</sup>.

Una carta de diciembre de 1764 apunta a gracias místicas extraordinarias, como el matrimonio místico o el desposorio espiritual. Pablo no usa estos términos, pero habla de una durísima batalla interior, seguida de una admirable santificación de la voluntad. De ello escribe así a don Antonio Lucattini: «Quisiera tener el espíritu de san Jerónimo y de otros santos Padres, para responder adecuadamente a la erudita y piadosísima carta de vuestra señoría muy reverenda, que he recibido hace pocos minutos y que me ha sido sumamente querida y grata. ¿Pero qué puedo decir yo, que estoy sepultado en las tinieblas de la ignorancia y en el cenagal de mis vicios? No puedo hacer otra cosa que bendecir, alabar y glorificar a la adorable majestad divina que *est mirabilis in servis suis*. La batalla sufrida por la indicada gran sierva de Dios, como vuestra señoría muy reverenda se digna informarme, es una de las pruebas más grandes y fuertes que su divina Majestad acostumbra

51. L II, 815.

52. L II, 723 (a L. Burlini, 25-5-1751).

53. L II, 822 (a don G. A. Lucattini, 29-7-1752).



a hacer a las almas más queridas y más favorecidas tuyas. Y yo no tengo la menor duda de que, después de tan dura batalla de la que Dios la ha hecho salir triunfante, no tengo la menor duda. digo, de que, en la sagrada visita e iluminación recibida en la sacratísima y recién celebrada solemnidad, su divina Majestad le habrá santificado la voluntad de un modo extraordinario y admirable por la victoria conseguida *per Jesum Christum qui dedit victoriam* (por Jesucristo que dio la victoria). Soy del parecer, carísimo señor párroco, que se debe tomar cuenta detallada (sin que lo sepa la sierva de Dios) de todo lo que le va sucediendo de más esencial y destacable, para que Dios sea glorificado y el prójimo edificado»<sup>54</sup>.

Se puede decir que, en lo que está de su parte, Pablo había canonizado ya en vida a la tejedora de Piansano y la había declarado una gran mística. Es característica la expresión que usa en una carta a Antonio Lucattini: «En este momento no puedo mandar a nadie. Si luego puedo, lo mandaré, pero en este momento no tengo a nadie que esté enfermo con la enfermedad de Lucía, y sólo aquellos que padecen tal enfermedad entienden el sagrado lenguaje. Si he dicho un despropósito, paciencia; también santa Teresa se sirve, me parece, de tal expresión»<sup>55</sup>.

Es de advertir que en el convento de Tuscania, donde fue escrita esta carta, había en aquel tiempo religiosos de profunda espiritualidad<sup>56</sup>. Lucía Burlini sobrevivió a Pablo catorce años, muriendo en 1789. Algunos años antes de su muerte, daría un conmovedor y agradecido testimonio en el proceso para la beatificación de su padre espiritual, en Tarquinia.

### *Sor Colomba Gertrudis Gandolfi*

La correspondencia de Pablo con Colomba Gertrudis Gandolfi comienza en 1743, año en que predicó una misión en Tuscania (Viterbo) y probablemente los ejercicios espirituales a las clarisas de aquella localidad. Se conservan 53 cartas que le dirigiera Pablo,

54. L II, 832s (31-12-1764).

55. L II, 830 (11-1-1760).

56. P. García, *La humilde tejedora de Piansano. Lucía Burlini*, 45; cf. también B. Bordo, *La venerabile Lucia Burlini*, 24s.



cartas que son de las más altamente místicas y humanamente confidenciales. Las citaremos muchas veces al tratar de la doctrina mística del santo. Las alturas místicas se refieren tanto a la conformación con Cristo por el despojo de sí misma, a la que Pablo la invita, como a la conformidad con la voluntad del Padre. Es a sor Colomba Gertrudis Gandolfi a quien Pablo insinúa más veces la doctrina del «nada tener, nada saber, nada poder», como también la de la soledad interior, de la muerte mística y de la divina nati-vidad. Desde su primera carta, le escribe ya del «nec pati nec mori» (ni padecer ni morir), como culmen del abandono a la vo-luntad de Dios, y del «amor doloroso y dolor amoroso».

A ella le escribe también algunas de las cartas más confiden-ciales, en las que deja al descubierto su tragedia interior, diciendo que no tenía luces para dirigirla y que, por tanto, acuda a otros, porque él tiene que pensar solamente en prepararse para la muerte<sup>57</sup>. Al inicio de su correspondencia, le pide insistentemente que no se muera, para no dejarle abandonado en las dificultades en que se encuentra:

«Por sor Angela Rosa he llegado a conocer que está enferma, con fiebre. Quiero creer que desea ser obediente hasta la muerte e incluso después de la muerte. Pues ya sabe que no tiene todavía licencia para salir de la cárcel e ir a la patria, porque el pobre padre que Dios le ha dado para dirigir su alma, quisiera (si así le agrada al gran Dios) encontrarse ahí para desearle un buen viaje al paraíso. Y además, ¿quiere dejarme tan pronto ahora que la necesidad es mayor?»<sup>58</sup>.

Más tarde, le hace ver que no es posible servir verdaderamente a Cristo y tener buena salud: «Siento que su salud va cada vez peor, pero créame que yo no he encontrado nunca un alma que atienda verdaderamente a su perfección y a la oración, en perfecta salud. Sin embargo, procure conservar la poca que tiene, tomando el alimento y el sueño necesarios, según lo permita el Señor»<sup>59</sup>.

Como Colomba Gertrudis le habla a veces de iluminaciones que se refieren a la misma persona de Pablo, sobre cuánto le quiere el Señor, él le escribe: «Yo no respondo sobre la inteligencia tenida

57. Cf., entre otras, las cartas del 4-6-1754, 23-7-1754 y 30-7-1754, en las que le confía un gran sufrimiento y el temor por la suerte de la congregación.

58. L II, 439s (10-7-1743).

59. L II, 459 (16-7-1754).

acerca de aquella persona que me insinúa, porque no sé quién es, pero si fuese la de la otra carta suya, ésa no lo puede creer porque conoce bien claro que está en una ciénaga de vicios y vive en un estado que puede decir ser *in inferno inferiori*, pero que confía en la divina misericordia, esperando poder cantar un día: *eruiisti animam meam ex inferno inferiori* (sacaste mi alma del infierno más bajo). Usted deje las cosas como están y no haga caso de eso. Dios es omnipotente y, en un momento, puede hacer de un pecador un santo. Pero le repito que la persona que insinúa no puede creer tales cosas, porque conoce su estado miserable y está en él anquilada, deseando ardientemente ponerse bajo los pies de todos; su puesto lo tiene bajo todos los demonios y todo el infierno. Si luego Dios la quiere sacar de ahí y elevarla, hágase su beneplácito divino. Amén. Mientras tanto, usted clame de corazón al Señor por tan pobrísima alma que se encuentra en extrema necesidad, y no haga ningún caso a esa inteligencia de que me habla»<sup>60</sup>.

A pesar de su frágil salud, Colomba Gertrudis Gandolfi sobrevivió a Pablo y, el año de su muerte, hizo un informe respecto a su dirección espiritual. En él se dice, entre otras cosas: «En las conferencias que tenía con este gran santo, siempre me sentía inflamada en el divino amor y tan grata a mi Dios, que por él hubiera sufrido muy gustosamente el martirio. Me inculcaba que tenía que atribuir todo al Señor y nada a mí misma, ya que sin él hubiera sido la peor del mundo... Se conocía muy bien que tenía el discernimiento de espíritus, pues penetraba de tal manera en mi corazón y en los movimientos del mismo, que parecía que lo hubiera contemplado sin velos»<sup>61</sup>.

60. L II, 476 (30-3-1755).

61. Deposition extraprocesal conservada en AGCP y consignada en StCr III, 202s.



## Pionerismo y organización (1744-1748)

### *La muerte de Inés Grazi*

Hemos creído necesario intercalar en el relato histórico el capítulo anterior para tomar conciencia de un aspecto esencial de la vida de Pablo: el compartir la propia interioridad más allá de los límites de la congregación por él fundada. Tomemos de nuevo el hilo de la narración, recordando que su congregación tenía ya tres comunidades, en monte Argentario y en la provincia de Viterbo.

El año 1744, tan importante para la expansión de la congregación, pasó a la eternidad Inés Grazi, confidente de Pablo. Se encontraba ya gravemente enferma en 1737, cuando estaba en el convento de Santo Domingo, de Viterbo, pero entonces Pablo le había mandado por obediencia que no muriese estando él lejos. «Una hija obediente —le decía— no debe morir sin permiso de su padre espiritual. Yo no le he dado licencia y, para dársela, quiero estar presente y desearle un buen viaje al paraíso»<sup>1</sup>.

Cuando murió en los primeros días de junio de 1744, Inés tenía sólo 41 años. Pablo se encontraba casualmente en su casa. Había caído enfermo después de la fundación de los dos retiros y la predicación de una misión en Civita Castellana. Así, pudo asistirle y desearle un buen viaje «al paraíso», como había dicho querer hacer unos años antes. El cadáver sería sepultado en la iglesia del convento de la Presentación, por el que Inés había orado y sufrido tanto. En una barca fue llavado al otro lado de la laguna y luego

1. L I, 182s (4-4-1737).

a la iglesia de la Presentación. Fue la primera persona sepultada en aquella iglesia<sup>2</sup>. Ya hemos visto que no había nada terrenal en la relación de Pablo e Inés. Todo era visto a la luz de la fe y de la contemplación de los designios de Dios. En el corazón de Pablo no quedó, pues, lugar para la nostalgia sentimental.

Dos años antes, Pablo había tratado ya de liberar a los Grazi de la carga que suponía la hospitalidad a sus religiosos de paso por Orbetello, alquilando un pequeño apartamento. Inés se había opuesto. En 1755, Pablo insistiría nuevamente, pero entonces fueron Vicente Grazi y su esposa, María Juana Venturi, los que se opusieron. «Mientras yo viva —escribía María Juana—, quiero tenerlos en mi casa y no habrá ninguna excusa.... Por lo que le suplico que no me niegue esta gracia ni me prive de tanto consuelo, no porque yo la merezca, sino únicamente por amor a la pasión santísima de Jesucristo y a su santísima Madre»<sup>3</sup>.

María Juana Venturi Grazi murió en 1799, a los 94 años. Mantuvo siempre la promesa de ser una verdadera madre para todos los religiosos del Argentario. Avanzando en edad, se dedicó totalmente a la oración y a la ayuda de los pobres, por los cuales, además de dar de lo suyo, no se desdeñaba de ir a pedir limosna en la propia ciudad. A su muerte, fue llorada por todos. También fue sepultada en la iglesia de la Presentación<sup>4</sup>.

### *La confirmación definitiva*

Mientras tanto, la guerra de sucesión austriaca comenzaba a devastar también Italia. Dos años antes, Carlos Manuel III de Saboya se había aliado con Austria y combatía en el norte. En 1744 los ejércitos llegaron al Estado pontificio. Mientras los austriacos, al mando del general Lobkowitz, acampaban en Frascati, los españoles y napolitanos, bajo el mando de Carlos III, rey de Nápoles, sentaban sus reales en Velletri. Los dos ejércitos lucharon largo tiempo hasta que Lobkowitz se retiró. Entonces los españoles se quedaron entre Viterbo y Civitavecchia. El paso de los ejércitos

2. F. Pierini, *Una perla nascosta. Agnese Grazi*, Viterbo 1949, 140.

3. Carta autógrafa conservada en AGCP y ofrecida en StCr III, 126.

4. F. Pierini, *Una perla nascosta. Agnese Grazi*, apéndice, XXIV.



era una de las grandes calamidades del siglo dieciocho. «Los dos ejércitos —lamentaba el papa Benedicto XIV— llevan al Estado pontificio a la ruina. Los españoles son la causa de nuestra desgracia, pero los austriacos quieren vivir exclusivamente a nuestras expensas. Si Dios no tiene misericordia de nosotros, nuestro pontificado se hará célebre por el daño que nos toca padecer»<sup>5</sup>.

A pesar de todos estos acontecimientos, en diciembre de 1744 Pablo fue a Roma para pedir al papa la solemne aprobación de su congregación. De hecho, la aprobación de 1741 había sido dada en forma de simple rescripto, y su validez terminaría con la muerte del pontífice que lo había dado. El 19 de diciembre, el papa nombró una nueva comisión cardenalicia. De ella formaban parte los cardenales Gentili, Girolami y Besozzi. Parecía que todo iba a concluir rápidamente, pero las cosas se complicaron. No se concedieron los votos solemnes por pensar que, con una regla tan austera, muchos no perseverarían. Parecía excesiva la pobreza y así se pedía que, al menos las casas de estudio, pudieran tener algunas rentas fijas. Pero sobre este punto, Pablo era irreductible.

A principios de 1745, Pablo volvió a monte Argentario acompañado de un sacerdote de Las Marcas, don Tomás Struzzi, diez años más joven que él. Laureado en ambos derechos, orador célebre, muy estimado por san Leonardo de Puerto Mauricio, Tomás Struzzi fue una adquisición preciosa para la joven congregación. Fue pronto provincial, procurador general y el primer obispo pasionista. Fue obispo de Amelia y de Todi, donde murió en 1780<sup>6</sup>.

Por desgracia, al llegar al monte Argentario, Pablo cayó enfermo de una ciática dolorosísima. Bajó entonces a donde la familia Grazi, de Orbetello, permaneciendo allí cinco meses sin poder celebrar la santa misa y casi sin dormir a causa de los dolores, moviéndose a veces por la casa con la ayuda de muletas<sup>7</sup>.

La enfermedad debía verse agravada por su preocupación por la suerte de las reglas. Algunas palabras que el cardenal Aníbal Albani escribía al santo, permiten entrever la ansiedad que lo afligía: «Pero, por favor, vuestra reverencia esté tranquilo y con buen ánimo, porque si yo me uno también a los otros señores cardenales,

5. Citado en Pastor XVI, I, 85.

6. Cf. la biografía escrita por L. Ravasi, *Il servo di Dio mons. Tommaso Struzzi*, Milano 1965.

7. L I, 498 (a sor Querubina Bresciani, 8-7-1745).



como creo va a suceder, pondré mucho empeño en que las cosas vayan bien... Lo que más importa de momento es que usted esté bien de salud»<sup>8</sup>.

El cardenal Albani sustituyó luego en la comisión cardenalicia al cardenal Girolami, que cayó enfermo. También el cardenal Rezzonico, de Padua, trató de calmar su inquietud, explicándole que tales exámenes son, de ordinario, muy largos, y que los cardenales tienen muchas ocupaciones<sup>9</sup>.

Desde los primeros días de febrero al 2 de abril de 1746, Pablo permaneció en Roma, hospedado, por recomendación de Aníbal Albani, en el convento de los mínimos de Sant'Andrea delle Fratte. Entonces tuvo la posibilidad de controlar personalmente las numerosas modificaciones presentadas por los cardenales al texto de las reglas. «Todo ha pasado por mi mano —podía escribir— y nada esencial se ha tocado»<sup>10</sup>. Finalmente, el lunes de la semana de pasión, 28 de marzo de 1746, el papa firmó un breve de aprobación de la congregación, que se haría público el 18 de abril. Pablo dio gracias por ello personalmente al papa, en audiencia que le fue concedida el 30 de marzo.

El texto de las reglas de 1746 estaba en latín. En él se concedía a la congregación la exención de la autoridad de los obispos análoga a la que tienen las órdenes religiosas propiamente dichas, y se quitaba a los religiosos la obligación de participar en las procesiones que se tenían en los pueblos vecinos a los conventos. No se concedían los votos solemnes, ni la facultad de ordenar a los clérigos a título de «pobreza». Pablo pidió poder ordenar a 58 religiosos a título de «mesa común», pero se le concedió permiso sólo para diez<sup>11</sup>. Obtuvo, sin embargo, que, con un segundo breve, se concediera a los pasionistas el título de «misioneros apostólicos» y que, con un rescripto, fuese aprobado el rito de la vestición del hábito y de la profesión religiosa.

8. Carta del cardenal Albani (24-2-1745), publicada en *Acta Congregationis Passionis* (1933) 166.

9. Carta del cardenal Rezzonico (1-1-1746) publicada en *Acta Congregationis Passionis* (1993) 163s.

10. L II, 71 (al padre Fulgenzio Pastorelli, 31-3-1746).

11. *Regulae*, XXII.



## *La organización de la comunidad*

A lo largo del año 1746 Pablo sufrió aún varias enfermedades, con fiebres, vómitos y diarreas, debiendo someterse durante un mes a la cura de las aguas de San Casiano de los Baños, en la provincia de Siena. Aquel año no predicó misiones. Al siguiente lo hizo en Orte, Gallese, Vignanello y, en 1748, en Ceccano (Frosinone), Viterbo, Cerveteri, Ceri y el Carmelo de Vetralla<sup>12</sup>. A mediados de 1746, sus tres conventos estaban ya repletos. No había lugar para más religiosos. En 1747 eran 38 pasionistas. Pablo se vio, pues, obligado a pensar en otras fundaciones.

La primera fue en Toscanella, hoy Tuscania. Esta pequeña población, rica en maravillosas iglesias románicas y otros monumentos arquitectónicos, está situada en medio de la Marisma del Lazio, no lejos de Tarquinia. Pablo había predicado allí en 1743 una misión, después de la cual, como había sucedido en Vetralla, el pueblo pensó ofrecerle un santuario abandonado, el de nuestra Señora del Cerro, para que se estableciera allí una comunidad. Con el consentimiento de las autoridades y las referencias favorables del obispo de Viterbo, monseñor Abbati, en diciembre del mismo año 1743 la Santa Sede dio la autorización necesaria para la fundación<sup>13</sup>.

Su ocupación en las nuevas fundaciones de Vetralla y Soriano, además de la acostumbrada oposición de las órdenes mendicantes, retardaron la realización del proyecto; pero en junio de 1746 Pablo pudo tomar ya posesión del pequeño santuario juntamente con su hermano, el padre Juan Bautista. Por desgracia, las autoridades de la ciudad no cumplieron sus promesas respecto a la ampliación de la construcción y a las necesarias provisiones. La carta que, en agosto de 1747, escribe al vicario general, deja entrever lo que Pablo pedía para la fundación y, al mismo tiempo, la seguridad que había adquirido en su trato con hombres de Iglesia y de gobierno:

«Estos señores creen que han hecho ya todo con haber conseguido el *motu proprio*, pero esto no es lo esencial, porque con

12. StCr III, 1319-1322.

13. Carta de monseñor Abbati a la Congregación del buen gobierno, publicada en *Acta Congregationis Passionis* (1932) 410, y ofrecida en StCr I, 722-724.

todo el *motu proprio*, si no se mantiene lo que de viva voz me han prometido tantas veces, no se hará la fundación. En el documento que se hizo al tomar posesión, hice consignar que, si hubiera alguna cosa contraria a nuestras reglas, entendía como no hecho el contrato. ¿Y qué cosa puede haber más contraria a nuestras reglas que el no haber allí lugar apto para cumplirlas? Me explico. Habrá que dormir todos en una habitación y las reglas dicen que cada uno tenga su propia celda, para atender a sus ejercicios, al silencio y al recogimiento. Estos son puntos esenciales. Las reglas quieren que haya servicios bien dispuestos, como cocina, despensa, refectorio y demás. Aquí no los hay. No hay ni siquiera lugares para requisitos mínimos, etc. En Ceccano, todo el pueblo se ha obligado a hacer inmediatamente el edificio y eso que ni siquiera me han visto. Y aquí, ¿creen que es suficiente con palabras y buenos deseos?»<sup>14</sup>.

Pablo no quería que sus religiosos fuesen pidiendo de puerta en puerta, no sólo por no hacer la tan temida competencia a las órdenes mendicantes, sino, sobre todo, porque no se distrajeran de la vida de soledad y de oración que él tanto apreciaba. Para Pablo los retiros tenían que ser pobres y tener experiencia de pioneros. Sin embargo, no podía permitir que se distrajeran del empeño fundamental de la oración. En esto no admitía justificaciones o excusas. Lo veía como una traición.

Por desgracia, su carta no surtió el menor efecto. A pesar de todo, habiendo aumentado el número de los religiosos, el 19 de marzo de 1748 se decidió a abrir una nueva comunidad también en Tuscania. Los religiosos que fueron a ella lo encontraron todo tan inadecuado, que, a pesar de estar agotados por el viaje, decidieron regresar a Vetralla. Y lo hubieran hecho, si un joven estudiante no hubiera caído enfermo, obligándoles a quedarse, y si no hubiera ido al día siguiente el obispo, monseñor Abbati, que intercedió para que no se fueran. El retiro se abrió el 27 de marzo de 1748. Podemos imaginarnos en qué condiciones, por lo que el mismo Pablo escribía al padre Fulgencio: «No se ha fundado ningún retiro en tanta pobreza, ni en ninguno he encontrado tantas complicaciones... Espero que todo sea para bien»<sup>15</sup>.

14. L II, 561 (al canónigo A. Pagliaricci, 1-8-1747).

15. L II, 136 (a P. Fulgenzio Pastorelli, 28-3-1748).



La primera noche no tuvieron nada para cenar. Pero cuando los religiosos estaban haciendo oración, un desconocido se presentó a la puerta con cinco libras de pasta napolitana. Dejando el retiro camino del Santo Angel, Pablo dijo al vicesuperior: «Si yo pudiera informar a una cierta Lucía, de Piansano, no faltaría ya nada al convento». Se trataba de Lucía Burlini, a la que ya conocemos. De hecho, se presentó al día siguiente en compañía de una amiga, «movidada por un espíritu superior». Apenas se dio cuenta de las condiciones en las que se encontraban los religiosos, regresó a Piansano y se dedicó a pedir para el retiro. Al día siguiente volvió con dos borricos cargados de lo más necesario para la vida. Durante mucho tiempo siguió haciendo esto dos veces por semana<sup>16</sup>.

### *La fundación de Ceccano*

Ceccano es hoy una pequeña ciudad de unos 18.000 habitantes, cerca de Ciociaria y a once kilómetros de Frosinone. En tiempos de san Pablo de la Cruz tenía unos 3.000 habitantes, con una sola parroquia. Se sentía mucho la necesidad de ayuda espiritual y, por eso, en 1736 los capuchinos intentaron fundar allí un convento; pero el proyecto fracasó por oponerse los agustinos y los menores reformados.

A dos kilómetros del pueblo estaba la abadía de Santa María de Corniano, llamada 'abadía' porque en la edad media había sido un monasterio benedictino, dependiente de monte Casino. El Consejo de los treinta —así eran llamados los administradores del pueblo— conoció la existencia de los pasionistas por un amigo de don Tomás Struzzieri, y por unanimidad pidió al obispo de Ferentino, monseñor Frabrizio Borgia, permiso para ceder la abadía a la nueva congregación. Esta petición se hizo en junio de 1747. El obispo la acogió favorablemente sin vacilar y quiso tener algunos misioneros pasionistas, para predicar en las parroquias de su diócesis. Fueron los padres Tomás Struzzieri y Antonio Danei. Ellos se ocuparon luego de los preparativos para la fundación, estando también presentes en la solemne toma de posesión de la iglesia.

16. P. García, *La humilde tejedora de Piansano, Lucía Burlini*, Zaragoza 1993, 41-46; cf. también B. N. Bordo, *La venerabile Lucia Burlini*, Roma 1988, 97-102.

Para solemnizar este acontecimiento, el pueblo quiso que se disparasen unos pequeños morteros, que, por desgracia, provocaron un grave incidente, del que murió un joven y algunas personas sufrieron heridas.

Tomás Struzziери realizó con urgencia algunos trabajos de restauración. Pablo, que había pasado la segunda mitad de 1747 enfermo con «fiebres cuartanas» que le impedían asistir a la oración común, en diciembre se sintió recuperado, decidiendo ponerse en camino hacia Ceccano. A principios de enero de 1748, salió de San Eutiquio con otro sacerdote, cuatro estudiantes y dos hermanos. Más que un viaje, fue una peregrinación. Se detenían para rezar las horas litúrgicas en los lugares en que se encontraban, despertando la curiosidad y la admiración de la gente<sup>17</sup>.

La llegada a Ceccano produjo en Pablo distintos sentimientos. El primero, de gozo, por la buena acogida que les dispensaban. El obispo y el pueblo esperaban su llegada como una bendición. «Finalmente —escribía monseñor Borgia— esta tarde he tenido la suerte de besar la mano al reverendísimo padre Pablo, que, una hora antes del anochecer, llegaba aquí con otros religiosos, ocho en total»<sup>18</sup>. Siguió la acostumbrada ceremonia en la iglesia. La procesión de apertura se tuvo el 14 de enero, con nieve abundante. Luego, cuando Pablo llegó a visitar la abadía, le sorprendió una gran tristeza. De hecho, el edificio era pequeño y en malas condiciones. Para darse cuenta de cómo estaba, basta leer la descripción que dejó el cronista Juan María Cioni, que vivió allí personalmente: «Contiguas a la iglesia había tres o cuatro habitaciones, pero en tan mal estado, que, describiéndolo en una sola palabra, diré que servían de cobijo para las cabras... Los religiosos nos veíamos obligados a dormir seis o siete por habitación, y estábamos tan apretados, que entre cama y cama apenas se podía pasar. El pavimento, de tierra; las ventanas, sin cristales. Recuerdo que, en la fiesta de navidad, estando en el refectorio a mediodía, por la mucha nieve que entraba hubo que cerrar las contraventanas, quedando a oscuras y debiendo encender una luz»<sup>19</sup>.

Llegado a la abadía, poco faltó para que Pablo hiciera interrumpir la ceremonia y regresar a sus religiosos. El obispo se puso

17. Cf. la descripción del viaje y las fuentes en StCr I, 703.

18. Carta inédita del Fondo Borgia, Ferentino, texto ofrecido en StCr I, 703.

19. G. Cioni, *Storia delle fondazioni*, ofrecido en StCr I, 711.



a explicarle que se había hecho todo con prisa para obviar la oposición de frailes mendicantes, pero que se procedería lo antes posible a la construcción de una morada decente. Pablo superó su desconsuelo y, durante la misa, lloró de alegría, maravillando a todos.

### *Pionerismo y organización*

Como al principio de otras empresas espirituales, tampoco en la congregación había entonces una organización rígida, de la cual, por lo demás, no se sentía necesidad. Con el corazón orientado hacia la experiencia de Dios, Pablo no se preocupaba entonces mucho de la organización. El es el superior natural de todos sus religiosos, que se reconocen tales precisamente por estar identificados con su carisma y reunidos en torno a él. A Pablo se dirigen, por lo demás, como a superior los obispos y la misma Santa Sede. El es quien, con el consentimiento de la comunidad local de la Presentación, en 1744 elige al padre Juan Bautista superior del Santo Angel, y al padre Marcaurelio superior de San Eutiquio<sup>20</sup>.

Hasta 1746 Pablo fue, al mismo tiempo, superior general y rector del convento de la Presentación. Dado aquel año el breve de aprobación, todas las comunidades lo reconocieron, a través del capítulo local, como su superior general. Entonces Pablo nombró rector al padre Fulgencio, el cual hubo de renunciar, por enfermedad, al oficio de maestro de novicios, dejando este cargo al padre Marcaurelio, quien, sin embargo, conservaba el de rector de San Eutiquio, a pesar de la distancia<sup>21</sup>. Los primeros novicios obtuvieron una dispensa especial para adelantar la profesión y pasar así a otras comunidades. Los cambios de comunidad eran frecuentes y rápidos. Todos vivían en disponibilidad permanente.

Este estilo pionero era evidentemente provisional. Pablo quería dar a la congregación una organización más estable también jurídicamente, por lo que, en marzo de 1747, convocó el primer capítulo general, que se celebraría el 10 de abril en monte Argentario. Este título de 'capítulo general' no debe llevarnos a engaño.

20. *Historia*, 143-145.

21. *Ibid.*, 146.

Los capitulares eran solamente tres, y el capítulo no duró más que un día. Pablo tenía dos consultores, como prescribían las reglas. Fueron elegidos los superiores locales y el maestro de novicios, pero todos fueron cambiados en un mismo año y Pablo hubo de ejercer también de superior de San Eutiquio<sup>22</sup>. Como se ve, aquellos primeros religiosos estaban bien lejos de la mentalidad esquemática y rígida que caracteriza, y a veces paraliza, la vida religiosa en nuestro tiempo.

El capítulo general dio también algunos decretos: los frutos que sobraban del huerto no podían ser vendidos, sino que debían darse a los pobres; los que no tenían el hábito de tomar rapé, no podían contraer esa costumbre; en los conventos de profunda soledad no debería haber confesonarios para mujeres; los estudios filosófico-teológicos durarían seis años<sup>23</sup>. Pablo se interesaba mucho por los estudios de los jóvenes y todavía más por su progreso espiritual. Les animaba a ser fervorosos. Aunque las reglas permitían el uso de sandalias, en los conventos los estudiantes iban totalmente descalzos, incluso en el Santo Angel, donde hacía mucho frío. Para favorecer la organización de la congregación, en 1750 Pablo hizo celebrar el primer capítulo provincial. En él se nombraron superiores para las comunidades de Tuscania y de Ceccano, que aún no tenían. Así, todas las comunidades contaban ya con su superior. A pesar de todo, y no sabemos por qué, tres de los elegidos no llegaron a tomar posesión de su cargo<sup>24</sup>.

22. *Ibid.*, 147.

23. *Decreti*, 1-3.

24. *StCr I*, 879.



## La prueba refuerza la unidad (1748-1750)

### *Presagios de batalla*

A pesar de las comprensibles dificultades de la fundación, en 1748 todo parecía ir mejor para Pablo de la Cruz y sus fervorosos religiosos. En junio, él mismo informaba a un amigo que «nuestros retiros son cinco, y dos más están en proceso de fundación; los religiosos son casi setenta»<sup>1</sup>. Después de Ceccano, también Terracina, Paliano, Falvaterra y Vico, todos del Lazio Meridional, quisieron tener una comunidad de «pasionarios», como se les llamaba en la zona.

Tal vez fue el entusiasmo por tantas fundaciones lo que despertó la alarma en algunas comunidades religiosas ya existentes, induciéndolas a declarar la guerra a la nueva congregación, desatando al unísono una campaña denigratoria contra la misma. La controversia jurídica ante los organismos de la Santa Sede duró más de dos años. En la *Storia critica*, del padre Zoffoli, el relato de estos acontecimientos ocupa más de 130 páginas<sup>2</sup>. Aquí no nos es posible ofrecer ni siquiera una síntesis, pero trataremos de compendiar los aspectos más relevantes.

Los primeros en oponerse a los «pasionarios» fueron los franciscanos reformados de san Francisco de Ripa, que tenían cerca de Ceccano los conventos de Pofi y Vallecorsa. Como se sabe, la historia de las antiguas órdenes religiosas, particularmente la del franciscanismo, es una historia de reformas, esto es, de periódicos

1. L II, 715 (a G. Zazzera, 12-6-1748).

2. StCr I, 747-877.



retornos al rigor primitivo de las reglas. Si se sentía necesidad de reforma, quiere decir que existía una relajación. Sería importante estudiar sistemáticamente hoy los mecanismos de relajación y la dinámica del retorno, que se verificaron entonces en los institutos religiosos. La reforma de los franciscanos de san Francisco de Ripa se remontaba a dos siglos antes, pero en el precedente, dentro de la misma reforma, se había dado otra minireforma llamada «reformita», iniciada en Roma por un laico, el beato Buenaventura de Barcelona. Esta «reformita» se hizo muy famosa, precisamente en tiempos de Pablo de la Cruz, con la personalidad de san Leonardo de Puerto Mauricio, gran misionero, parecido en muchos aspectos al mismo Pablo, con el que se encontró algunas veces<sup>3</sup>. Nacido en 1676, Leonardo había predicado más de 300 misiones. Usaba un método simple y eficaz. Daba mucha importancia a la preparación espiritual de los predicadores en lugares solitarios que también él llamaba *retiros*, esto es, en lugares de despego del mundo y de contemplación<sup>4</sup>.

A principios de 1748, los reformados de Roma presentaron a Benedicto XIV un memorial contra la fundación de Ceccano. El obispo, monseñor Borgia, respondió con un contramemorial. Los frailes obligaron al anciano Leonardo de Puerto Mauricio a apoyar su recurso al papa, quien se entrevistaba con el santo cada semana, siempre que su labor misional se lo permitía. El papa le dijo a Leonardo: «¿Queréis que destruyamos lo que Nos mismo hemos edificado?» A lo que el santo le respondió: «Vuestra santidad haga lo que el Señor le inspire. Yo he venido para obedecer a mis superiores»<sup>5</sup>. Antes de su muerte, acaecida en 1751, Leonardo tuvo ocasión de manifestar su estima hacia los pasionistas. Dijo en cierta ocasión: «Veo y entiendo que Dios la quiere (esta congregación). He lamentado siempre el paso que di una vez, pero lo hice por obediencia»<sup>6</sup>. Al memorial de los reformados siguió otro de los capuchinos de Alacri, que se sentían amenazados con las proyectadas fundaciones de Vico y de Pagliano. Dicho memorial acusa a los «misioneros de la pasión de Jesucristo», que usan una

3. PBC I, 185 (G. Cioni).

4. Cf. las voces *Bonaventura da Barcellona* y *Leonardo da Porto Maurizio*, en *Biblioteca Sanctorum* III, 283-285; VII, 1208-1221.

5. *Annali*, 152; StCr I, 764-766, con las fuentes citadas.

6. *Ibid.*



nueva divisa a modo de corazón herido y con instrumentos de penitencia, de tener «la singularísima prerrogativa de meter zizaña, provocar tumultos, inquietar y perturbar a los pueblos y a las regiones». Se creen que son los únicos perfectos entre los religiosos y, en Vetralla, han pretendido del ayuntamiento que les conceda todo un bosque, con gran sentimiento por parte de aquel pueblo<sup>7</sup>. Habiendo obtenido del obispo una copia de ese memorial, el padre Tomás Struzziari aconsejó al fundador conseguir cuanto antes del ayuntamiento de Vetralla una declaración que demostrara la falsedad de la calumnia respecto al bosque, cosa que Pablo obtuvo fácilmente.

Espantados ante la perspectiva de cinco fundaciones pasionistas, los capuchinos promovieron una campaña de todos los frailes de la denominada provincia de Marítima y Campagna: menores observantes, reformados y agustinos descalzos. «Todos en armas contra el pobre y pequeño rebaño de estos nuestros corderitos en Cristo», escribía Pablo al padre Fulgencio<sup>8</sup>. A este punto, en julio de 1748 la Cámara apostólica decretó la suspensión de todos los trabajos de construcción de los conventos pasionistas y la demolición de lo ya edificado. El *monitorio* con este mandato fue presentado al alcalde de Paliano en pública plaza y luego colocado en las puertas de las iglesias. El *monitorio* incluía también las consabidas sanciones: si no se llevaba a efecto en seis días, había que pagar mil ducados de oro a la Santa Sede. Con la mayor amargura, Pablo ordenó a sus religiosos de Ceccano que volviesen al Santo Angel, pero el pueblo no les dejó marchar.

Las órdenes mendicantes se apoyaban en decretos que los papas del siglo anterior habían dado para evitar el excesivo número de conventos en los pueblos. Aunque parezca muy curioso, los papas del seiscientos se movían ya en la misma dirección que luego sería seguida, frecuentemente de un modo exagerado, por los principales iluminados del setecientos. De hecho, el número de religiosos había crecido en exceso, debido a las motivaciones por las que nacían, o se hacían nacer, ciertas opciones por el estado religioso. Por eso muchas vocaciones eran discutibles y la espiritualidad de algunas

7. El memorial está sacado de copia auténtica conservada en AGCP, en StCr I, 768-760; cf. *Historia*, 154s.

8. L II, 148 (26-6-1748).



comunidades, decadente; demasiados religiosos aparecían como parásitos de la sociedad. Pero ¿qué tenía que ver esto con Pablo de la Cruz? Que precisamente algunos religiosos parásitos, con la fuerza del poder adquirido, perseguían a otros religiosos que, por la frescura del carisma y el rigor de la disciplina, eran una fuerza viva para la Iglesia y para la sociedad. Comunidades establecidas y escleróticas perseguían a otras comunidades nacientes y vivas. Esta situación existencial de la fe y del discernimiento no era diversa de la de los tiempos de Jesús y de los nuestros. Se puede optar por Dios y por la justicia que viene de él, o por los privilegios adquiridos y la pseudojusticia con la que éstos se defienden.

Los religiosos se sirven, más que nadie, del nombre de Dios y de sus santos. Si no son fieles, el nombre de Dios queda profanado. Cuando Pablo de la Cruz habla de una necesaria reforma de la Iglesia, piensa, ante todo, en el clero y en los religiosos<sup>9</sup>. Tal vez no se valoran suficientemente las consecuencias que su fracasada reforma ha tenido sobre el hecho de que el ateísmo y el anticlericalismo han sido desde entonces como una marea creciente. Casi no hay historiador que no recuerde que en 1738 nació en Florencia la primera logia masónica de Italia y en 1751 se comenzó en París la publicación de la *Enciclopedia* de Diderot. Mientras los religiosos entretenían a las autoridades de la Iglesia discutiendo en interminables procesos sobre los privilegios adquiridos, la parte más viva del mundo se alejaba de la Iglesia y podía gloriarse de trabajar por el bien del pueblo mejor que tantos religiosos que, por vocación, tendrían que haber servido a los hermanos más débiles.

Puede parecer extraño, pero lo cierto es que en esta lucha destacan varios obispos. Ellos saben discernir y apreciar la novedad que viene del Espíritu, mientras que algunos frailes están herméticamente cerrados. Los obispos no rehúsan asumir la propia responsabilidad por el reino de Dios, por más que les cueste. Baste recordar a los obispos monseñor Borgia, de Ferentino, monseñor Oldo, de Terracina, y monseñor Lanucci, de Orte. Los obispos defendieron a los pasionistas más todavía que el mismo pueblo.

Con cierta amargura, Pablo escribía al padre Fulgencio: «Todas las comunidades (los ayuntamientos) se han reunido para litigar con los frailes. ¡Cuánto me desagrada esto! He escrito una y mil

9. *Annali*, 263.



veces para impedir tales lides. *Servum Domini non oportet litigare* (al siervo de Dios no le conviene litigar): me parece que el demonio quiere sacar una gran ganancia por este medio, a perjuicio nuestro. He protestado que no quiero retiros con líos, sino en paz. Es necesario continuar orando»<sup>10</sup>.

En efecto, los ayuntamientos se ponen de acuerdo para hacer llegar a Roma una serie de súplicas y de documentos a favor de los pasionistas. Aquellos frailes mendicantes no se daban cuenta de que, por defender inútiles privilegios, se ponían en contra del pueblo al cual, por vocación, habían estado siempre cercanos. Un seglar, que durante cinco años había estado trabajando en un convento de capuchinos, consiguió enviar a Roma un atestado en el que denunciaba la abundancia y riqueza en la comida de los frailes. Estos, decía, se tratan «con alimentos abundantes y delicados», con bebidas variadas y costosas, buen vino y abundante<sup>11</sup>. Más tarde, el guardián de los franciscanos de Pofi admitirá cándidamente que, desde que están los pasionistas en Ceccano, las entradas de las limosnas no sólo no habían disminuido, sino que incluso habían aumentado.

### *La reacción de Pablo*

Los sufrimientos de Pablo con estas luchas fueron, naturalmente, grandes. Podemos decir, sin embargo, que los de la apertura del retiro de la Presentación habían sido todavía mayores. En estos años no se encuentran las expresiones de total desazón que profería entonces, sino más bien palabras de confianza y optimismo. La razón es comprensible: a pesar de las persecuciones, Pablo sabe que la obra que Dios le ha encomendado realizar, está ya establecida, sobre todo por el número y el fervor de sus religiosos. Los ve unidos, compactos frente a la persecución. Experimenta que el sufrimiento engendra unión, tiene además de su parte a los obispos y al pueblo, y sabe que no son todos los religiosos o las órdenes como tales los que actúan contra su congregación, sino sólo algunas comunidades. Entre los franciscanos y los capuchinos, había tenido

10. L II, 148 (22-8-1748).

11. Ofrecido en StCr I, 807.

y continuará teniendo grandes amigos y padrinos, como el ya recordado padre Columbano de Génova. «A veces sucede —decía a sus religiosos— que, desprendiéndose de las nubes un gran rayo, hiere un monte desnudo y descubre una mina de oro. Veréis que este rayo descubrirá para nosotros esta mina. El Señor sacará mucho bien de estos sufrimientos»<sup>12</sup>. Pablo promueve, sobre todo, una cruzada de oraciones. Se encomienda a los religiosos de la congregación y a todas las almas espirituales que conoce<sup>13</sup>. Luego se prepara, en compañía de un gran número de amigos, para defender las fundaciones. En esto le ayuda valientemente el padre Tomás Struzzieri, experto en derecho canónico y en vida eclesiástica. Esto le conforta también mucho. En esta batalla no está solo, como en la primera. Le acompañan los cardenales Rezzonico y Crescenzi; los abogados Paleschi y Petrarca defienden la causa con gran empeño y competencia profesional.

El 2 de enero de 1749, el papa formó una comisión especial, compuesta por los cardenales Aníbal Albani, Besozzi, Calvalchini y de monseñor Ferroni, para decidir si los pasionistas podían fundar sus retiros con el solo consentimiento de los obispos y a pesar de una eventual oposición de los mendicantes. El cardenal Aníbal Albani, ya anciano y con habituales achaques, no era muy favorable a la causa de Pablo. Además, desde el verano de 1748 también los frailes de Soriano se habían vuelto contra el retiro de San Eutiquio, consiguiendo, al año siguiente, que se le prohibiera a esa comunidad el pedir cereales.

La comisión se orientó en la línea del examen de cada una de las fundaciones en particular, para lo que pidió a los ayuntamientos interesados la pertinente documentación. El 7 de abril de 1750 se dictó la sentencia que establecía la pacífica posesión del retiro de Ceccano y que se continuaran las obras de Terracina y de Paliano. No era la solución general y de principios que habían pedido sus defensores, pero Pablo quedó muy satisfecho. Estaba contento de que se resolvieran los problemas inmediatos, y los futuros se dejaran en manos de la Providencia. El cardenal Crescenzi se apresuró a congratularse con él, augurándose el poder tener pronto también una fundación en su diócesis de Ferrara.

12. PBC I, 168s (G. Cioni).

13. *Historia*, 157.



## Estabilización (1750-1755)

### *El año santo de 1750*

El papa Lambertini hizo todo lo posible para que el año santo de 1750 fuese una ocasión de crecimiento en la fe para toda la cristiandad. Así, promovió particularmente las misiones populares y el sacramento de la reconciliación. Ya al final de 1749 y a pesar de la furiosa tempestad de los mendicantes, el cardenal Guadagni, vicario del papa para la diócesis de Roma, quiso que los pasionistas predicasen en la hermosa iglesia de san Juan de los Florentinos, situada en el centro mismo de la ciudad y no lejos del Vaticano. Pablo había destinado para este ministerio al padre Tomás Struzieri, pero, habiendo enfermado, él mismo le sustituyó y tuvo el honor de ser escuchado por varios cardenales y por el mismo sumo pontífice.

En 1750 Pablo predicó una misión en Camerino, en Las Marcas, y destinó luego algunos religiosos para predicar en Belforte del Chienti, Sarnano y San Ginesio, pueblos de aquella diócesis. En Camerino se convirtió el famoso contrabandista Horacio Rebecchini, que luego participó con sus doce *bravos* en toda la misión. Pablo se interesó con éxito porque Rebecchini pudiera gozar de un indulto pontificio. El contrabandista se mostró luego muy agradecido y no defraudó a Pablo con su conducta. Habiéndose retirado a hacer vida penitente, murió en 1765. En esta ocasión, Pablo escribió a su esposa una carta de condolencia. «Dios bendito —le recordaba— me ha hecho cooperar tanto a la salud de su alma, como para obtenerle la libertad de volver a su casa»<sup>1</sup>.

Durante el verano, Pablo predicó en algunos pueblos de la zona de los montes Cimini, no lejos del retiro del Santo Angel: en San

1. L III, 736 (a E. Rebecchini, 8-7-1765).

Martino al Cimino, Canepina, Vallerano. En diciembre predicó ejercicios públicos en Orbetello. A petición de muchos obispos, en 1751 fueron extendidas a todo el mundo las indulgencias del año santo. Pablo predicó en Ferentino, Supino, Patrica, Vetralla, Giuliano de Roma, Prassedi, Valmontone y Tarquinia.

### *Las fundaciones de Falvaterra y Terracina*

Resuelta la cuestión con las órdenes mendicantes, fue posible continuar el proyecto de las fundaciones ya pedidas en 1748, pero que habían quedado paralizadas. Recibida la respuesta favorable, en Ceccano se cantó un *Te Deum* en acción de gracias y luego todos, comenzando por los niños y niñas de siete años, se prestaron a colaborar en la construcción. Los mayores colaboradores fueron el obispo, monseñor Borgia, y la familia Angeletti, en cuya casa Pablo conoció por primera vez al cardenal Ganganelli, futuro papa Clemente XIV.

El obispo de Terracina, monseñor Oldo, anhelaba llevar a término el retiro proyectado en su propia diócesis. Ya en enero de 1749, había mandado reiniciar los trabajos de la construcción, prometiendo destinarla a otra finalidad, si no fuera posible a los pasionistas el aceptarla. Es interesante la respuesta que este obispo dio a un eclesiástico que le hacía observar que también los pasionistas, como los demás institutos, se relajarían un día en su disciplina religiosa. «Al menos por sesenta o setenta años —le dice— podemos estar seguros, y este bien es seguro»<sup>2</sup>. Hizo depositar seicientos litros de aceite y setecientos escudos para cubrir los gastos de la construcción. Hubiera deseado mucho verla terminada, pero tenía el presentimiento de que no le cabría ese gozo. De hecho, murió el 3 de noviembre de 1749. Para compensarse por los gastos de sus funerales, los canónigos de la catedral hicieron secuestrar los materiales adquiridos para la construcción del convento. El padre Tomás Struzzieri predicó una misión en la ciudad y, después que se pagaron unos cuarenta escudos gastados en los funerales, fue posible proseguir los trabajos.

Mientras tanto, el último proyecto de fundación de 1748 —el de Falvaterra— se había adelantado a los otros. Después de una

2. Ofrecido en StCr I, 884, del P. Filippo, *Storia dei PP. Pasionisti della Provincia dell'Addolorata* I, 88.



misión predicada por los padres Tomás Struzzieri y Antonio Danei, el pueblo ofreció a los pasionistas el santuario de San Sosio, mártir. También aquí se encontró un obispo muy favorable, monseñor Lorenzo Tartagni, de Veroli. Pablo estaba muy preocupado por la cercanía de una casa de campo perteneciente a los señores Benedetti. A tal extremo cuidaba él que sus conventos estuvieran en soledad, incluso geográfica, para que los religiosos pensasen sólo en Dios. A continuación, precisamente en San Sosio, se tuvo una penosa lid con el bienhechor Amati, que quería construir una villa con vistas al convento. Pablo estaba decidido a abandonarlo. Pero Amati cambió de parecer y se reconcilió con los pasionistas.

El 28 de marzo de 1751, Pablo pudo tomar posesión del retiro de San Sosio y dejar allí a doce religiosos bajo la guía del infatigable Tomás Struzzieri. Al año siguiente, también el convento de Terracina pudo acoger a una comunidad de once pasionistas. El superior sería el padre Antonio, hermano menor de Pablo. A Juan María Cioni, futuro cronista de la congregación, aunque todavía diácono, le encomendó la responsabilidad de padre espiritual de la comunidad.

Hay que decir que estos conventos no eran más acogedores que lo hubiera sido ya entonces el de Ceccano. En San Sosio las celdas de los religiosos se habían hecho en una gran sala dividiéndola en compartimientos, separados por tela recubierta de yeso. Había sólo una ventana común y en cada sección apenas había lugar para un gergón de paja donde dormir. En una pequeña estancia de bóveda, que un cronista llama caverna, se pasaban las largas horas dedicadas a la oración y al rezo de las horas canónicas. La iglesia era pequeña y húmeda, tanto que en 1772 hubo que demolerla, sustituyéndola por la actual.

En Terracina, cuando llegó la comunidad, «la construcción estaba todavía sin terminar, la iglesia sin pavimento y sin altar; el coro rezumaba agua de los muros y para la oración en común había que usar otra habitación menos húmeda; en los corredores el viento silbaba por todas partes. No tenían mantas suficientes para todos y el local con la chimenea para hacer fuego y calentarse los religiosos no estaba aún terminado»<sup>3</sup>. Para colmo de todo esto, el rector, padre Antonio Danei, debió cometer alguna gran impru-

3. *Historia*, 164.

dencia, ya que, en el verano de ese mismo año, Pablo lo destituyó, poniendo en su lugar al padre Bernardino Rotilio. Los religiosos sintieron mucho todo esto, y algunos lloraban como niños. Como es de suponer, Pablo sufrió también mucho. «La congregación —escribía a Lucattini— está suspendida de un hilo finísimo. Está esperando mayores preocupaciones y complicaciones horribles, porque así son las cosas. He perdido el apetito y el sueño, temblando durante la noche como el que a la mañana siguiente va a ser conducido a la horca. Me uno todo lo que puedo a la voluntad de Dios, pero encuentro sufrimientos por todas partes, etc., y todo lo que no puedo ni sé explicar»<sup>4</sup>.

### *Segundo capítulo general*

Al terminar los seis años previstos por la regla, Pablo convocó el capítulo en el Santo Angel para el 12 de marzo de 1753. La carta convocatoria comienza con estas palabras de gozo: «Gaudemus in Domino... Gaudemus omnes (Alegrémonos en el Señor... Alegrémonos todos)»<sup>5</sup>. Pablo tenía buenas razones para regocijarse: la congregación, que en el pasado sesenio había estado en peligro de extinción, estaba ahora bastante segura con seis retiros, noventa y un religiosos profesos, novicios y postulantes. Podía regocijarse todavía más al ver el entusiasmo y la concordia que reinaba entre todos.

En el capítulo participaban el mismo Pablo como superior general, sus dos consultores Juan Bautista y Marcaurelio, y los rectores de los siete retiros, entre los cuales se distinguieron por su preciosa colaboración los padres Tomás Struzzieri y Fulgencio Pastorelli. Pablo abrió el capítulo con un acto penitencial dramático en extremo: «Con palabras que harían ablandarse a las piedras», confesó, delante de todos, los pecados que creía haber cometido en el ejercicio de su autoridad. A pesar de todo, fueron confirmados en sus cargos tanto Pablo como sus dos consultores generales. La novedad de ese capítulo fue el nombramiento de un provincial para el Lazio Inferior, elección que recayó en la persona del padre Tomás Struzzieri. Para el fundador era muy difícil ocuparse per-

4. L II, 821 (a G. A. Lucattini, 1-7-1752).

5. L IV, 242 (10-12-1752).



sonalmente de esos retiros lejanos. Fueron promulgados decretos orientados a mejorar las reglas en algunos puntos concretos. Algunos de estos decretos se referían a los estudios filosófico-teológicos de los jóvenes, que debían inspirarse en la doctrina de Santo Tomás. Para dar más tiempo al estudio, se les dispensaba también de algunos actos de comunidad<sup>6</sup>.

En enero de 1754 Pablo cumplió 60 años de edad. Es impresionante la actividad que seguía desarrollando: predicaciones, dirección espiritual, gobierno de la congregación, trabajo en las fundaciones y para obtener de la Santa Sede el privilegio de los votos solemnes. En aquellos años fue particularmente intenso su apostolado de la predicación. De 1754 a 1758 se tiene constancia de cincuenta y ocho misiones o ejercicios espirituales, a una media de casi uno por mes.

### *La fundación de Paliano*

El 16 de abril de 1755 moría el padre Fulgencio Pastorelli. Tenía sólo 55 años y había sido compañero de Pablo desde la época de la ermita de San Antonio; también su amigo y confidente espiritual y colaborador en tareas muy diversas, particularmente en la formación de los jóvenes. Pablo sintió mucho su muerte. Se añadieron además varias enfermedades, que le hicieron temer seriamente por su vida<sup>7</sup>. En noviembre del mismo año, Pablo delegaba al padre Tomás Struzzieri para que le representara en la solemne apertura del retiro de Santa María de Pugliano, junto a Paliano.

La fundación de este retiro se debía, sobre todo, al celo de don Isidoro Calzelli, sacerdote de Paliano, amigo de Tomás Struzzieri desde antes de que éste se hiciera pasionista. Ya en 1750 se había estipulado el traspaso de la propiedad de la iglesia y de las habitaciones anejas, a pesar de hallarse en muy malas condiciones. Durante cinco años, don Isidoro procuró el dinero necesario para sufragar las obras que él mismo dirigía, preparando, como él decía, «a los rectores *pro tempore* una gran cruz, al tener que darles luego su forma propia»<sup>8</sup>. Cuando todo parecía ir bien, murió el obispo

6. *Decreti*, 3-7; StCr I, 962-967.

7. Cf. L I, 515s (a sor Querubina Bresciani, 21-5-1755).

8. *Bollettino* (1725) 80.



de Palestrina, el cardenal Gentili, al que sucedió el cardenal Spinelli, a quien, naturalmente, le era ajeno el tema de la fundación. Los malévolos de siempre se precipitaron sobre el nuevo obispo, presentando a los pasionistas como otros «tantos vagabundos, ignorantes y sin estudios, por lo que no se podía esperar de ellos nada bueno»<sup>9</sup>. Siguieron otras maledicencias que impresionaron al cardenal. Se convocó a don Isidoro, quien, aun siendo hombre de muchas iniciativas, era, al propio tiempo, muy tímido. Por fortuna, el cardenal llegó a conocer luego a los padres Tomás Struzziери y Marcaurelio Pastorelli, comprendiendo la malignidad de los destructores.

Mas para el pobre don Isidoro los problemas no habían terminado. Pablo de la Cruz no quería confesonarios de mujeres en las casas de formación. En este punto era tan tajante, que rechazó de hecho una fundación en Camerino por no tener en cuenta esta norma<sup>10</sup>. Como en Paliano se insistía en que la iglesia debía tener confesonarios para mujeres, interpretando la voluntad del fundador, el padre Tomás Struzziери se marchó diciendo que, en esas condiciones, no le interesaba el retiro. Don Isidoro lo sintió enormemente, viendo desvanecerse el fruto de tantos trabajos y humillaciones. Persuadido de que lo que había hecho Struzziери era por indicación de Pablo, le escribió inmediatamente. Aunque estaba dando una misión en Capránica, Pablo se apresuró a contestarle con palabras tranquilizadoras. Le aseguró que «nunca había escrito al padre Tomás para que abandonase el retiro de Paliano»<sup>11</sup>. El activísimo padre Tomás Struzziери es descrito por el cronista Cioni como un hombre de carácter «sensible y colérico», y esta vez la pagó el pobre don Isidoro<sup>12</sup>.

En noviembre de 1755, doce religiosos tomaron posesión del pequeño convento de Santa María de Pugliano. Por desgracia, tampoco aquí había suficientes celdas para todos, y algunas de las que había no tenían ventana. Prosiguieron los trabajos y, en los años siguientes, se mejoraron la iglesia y el convento.

9. Bollettino (1925) 73.

10. Cf. L. Ravasi, *Il servo di Dio Mons. Tommaso Struzziери*, Milano 1965, 90, con las fuentes citadas.

11. L III, 60s (a I. Calzelli, 27-9-1755).

12. Biografía manuscrita de G. Cioni; texto ofrecido en StCr I, 991, nota 97.



## Crisis de crecimiento (1755-1758)

### *Tercer capítulo general*

«Hace años que no sufría tanto», escribía Pablo en 1757<sup>1</sup>. En 1757 y 1758 predicó en Ischia di Castro, Tarquinia, Valentano, Tuscania, Montalto di Castro, Blera, Civitella Cesi, Bagnoregio, Orbetello, Monte Romano, Vetralla, Sutri, Ischia, Barbarano y Ronciglione. También en estos años se hacen más frecuentes las quejas por su situación personal y la de la congregación. En San Sosio habían surgido algunas acusaciones contra sus religiosos. Una mujer acusó al superior, padre Pedro, de haber seducido a una joven. Conociendo la virtud de este sacerdote, ninguno la creyó, pero tuvo que dejar su cargo. Sólo muchos años más tarde, una de las cómplices de la calumnia se retractó. El padre Pedro lo supo ya en el lecho de muerte<sup>2</sup>. Según parece, otros dos sacerdotes de San Sosio, también acusados, habían cometido algunas imprudencias. De hecho, años más tarde abandonaron la congregación. Como había sucedido anteriormente, se acusó también a los pasionistas de no tener una adecuada preparación cultural. Sin embargo, en el examen hecho por el obispo, se comprobó que estaban preparadísimos. A finales de 1757, Pablo creyó conveniente anticipar en un año el capítulo general. Las razones aducidas eran, sobre todo, de índole personal:

«Todos sabéis bien que he querido anticipar más de un año el capítulo, por el gran deseo que tengo de irme a uno de nuestros

1. L I, 678 (a T. Fossi, 4-3-1757).

2. StCr I, 910-912, con las fuentes citadas.



retiros de más profunda soledad, para no pensar más que en estar a los pies de Jesús sacramentado y llorar día y noche mis culpas, preparándome *in oratione et ieiunio, in silentio et in spe* (con la oración y el ayuno, en silencio y con esperanza) a una santa muerte»<sup>3</sup>.

Sin embargo, tampoco faltaban razones objetivas, que también se indican en la carta convocatoria, escrita por primera vez en latín. Se reúne el capítulo, dice, «para tratar algunos asuntos y graves problemas, de los que depende muchísimo la utilidad y el progreso tanto espiritual como temporal de esta naciente congregación»<sup>4</sup>. También en las actas del capítulo se habla de relevantísimas circunstancias, que podían ser superadas solamente con la convocatoria de un capítulo general<sup>5</sup>. Por eso, el 12 de febrero Pablo envía a todos los religiosos una carta circular con sabias disposiciones para la preparación al discernimiento capitular:

«Y así como la preparación mejor para recibir del Señor tales luces y gracias está principalmente en la pureza de espíritu, en la profunda humildad de corazón y en la más perfecta y fervorosa caridad, que de muchos corazones hace uno solo por unión de santo amor en Dios, y hace dóciles, unánimes, concordés, pacíficos para estar bien dispuestos a conocer la divina voluntad en la elección de los indicados superiores, del mismo modo, para que se produzca el efecto que ardientemente deseamos en Cristo Jesús para su mayor gloria, hemos creído obligación concreta de nuestra conciencia ordenar la observancia más exacta de los puntos siguientes: ordenamos y mandamos en el nombre del Señor, que a ningún capitular, *nemine excepto*, le sea lícito lamentarse y desahogarse con otros acerca de sus trabajos y otros sucesos durante su gobierno, ni revelar nada de lo sucedido en los retiros, a excepción de lo que puede ser de grande edificación para crecer en el fervor y en la caridad fraterna... Ordenamos igualmente que a ninguno le sea lícito, ni a los capitulares ni a ningún otro religioso, tener conversaciones inútiles sobre la elección de los superiores, sino que, con verdadera paz, humildad y caridad, atiendan a clamar al Señor, para que su divina Majestad provea de santos sujetos»<sup>6</sup>.

3. L IV, 259 (23-2-1758).

4. L IV, 255 (18-11-1757).

5. *Decreti*, (3)-(4).

6. L IV, 257s (12-2-1758).



En un período que se puede definir como todavía experimental para la congregación, debían existir dificultades particulares en el ejercicio del gobierno, con probables intemperancias de parte de algunos superiores y faltas de paciencia por parte de los súbditos. Durante el quinquenio, un número demasiado alto de religiosos habían abandonado la congregación: dieciséis profesos, de los cuales sólo tres eran todavía estudiantes<sup>7</sup>.

El 22 de febrero se tuvo en el Santo Angel la apertura del capítulo, en el que participaron doce religiosos: Pablo como superior general, sus dos consultores, el provincial Struzzieri y los rectores de las casas. Struzzieri fue elegido consultor y procurador general. Dejó, por tanto, el provincialato como probablemente deseaba Pablo, porque las comunidades del Lazio Inferior eran precisamente las que creaban mayores problemas, tal vez por el excesivo activismo del provincial<sup>8</sup>. Fue sustituido por el padre Marcaurelio Pastorelli. Ya el primer día por la mañana, Pablo fue confirmado superior general y, al día siguiente, escribió una hermosa carta circular a sus religiosos. En ella les recomendaba calurosamente la caridad fraterna y la obediencia:

«Estad sedientos de que se quebrante vuestra voluntad, como el ciervo de la fuente. Deberéis tener como perdido el día en que no quebrantéis vuestra voluntad y no la sometáis a nadie. Ofreced con frecuencia vuestra voluntad en sacrificio a Dios y en ello experimentaréis grandísimo contento. Cuanto más obedientes seáis, tanto más tranquilos e indiferentes estaréis frente a un oficio u otro, porque os tendréis como verdaderamente desposados con la santa obediencia y la amaréis en Jesucristo, que es el soberano rey de los obedientes, con suma ternura y respeto. De esta forma, os haréis más aptos para ayudar a la santa Iglesia y a nuestra pobre congregación con la oración, porque Jesús escucha las oraciones de los obedientes»<sup>9</sup>.

7. *Decreti*, (4)-(5).

8. Pablo escribía confidencialmente a sor C. G. Gandolfi: «El provincial actual es bueno, pero puede acudir poco a la observancia porque está casi siempre fuera en misiones, y veo que los conventos decaen un poco» (L II, 479; 12-8-1755). La interpretación de estas palabras ha dado lugar a una discusión entre el biógrafo de Struzzieri, L. Ravasi, (*Il servo di Dio Mons. Tommaso Struzzieri*, Milano 1965, 100-109) y el del fundador, E. Zoffoli (StCr II, 453-468).

9. L IV, 260s (23-2-1758).

En el capítulo se estableció que los superiores fueran elegidos por un año, pasado el cual podían ser confirmados o removidos. Esto indica que había problemas a causa de la inexperiencia de muchos. El capítulo se interesó también por los terciarios, que eran verdadera y propiamente seculares que participaban en la vida común de los religiosos. Pablo escribió para ellos un reglamento que fue aprobado en el siguiente capítulo general. Por desgracia, esta categoría fue abolida en 1775. Los decretos emanados de los capítulos fueron ordenados en un único texto llamado Reglamentos, muy espiritual y al mismo tiempo práctico, que se incluía al lado del texto de las reglas<sup>10</sup>.

### *La fundación de monte Cavo y el último de los Stuart*

Ya en el año anterior al capítulo se estaba concretando un proyecto que databa de 1742: el de ocupar un convento abandonado por los trinitarios en Monte Cavo. Se trataba de un antiguo edificio, a 949 metros de altura sobre el nivel del mar, en el punto más elevado de los Castelli romani. Desde allá arriba, se goza de una amplia panorámica sobre la ciudad de Roma, sobre el Agro Pontino y sobre el mar Tirreno. En tiempos remotos existió en aquellas alturas un célebre templo dedicado a Júpiter Iaculus.

El padre Tomás Struzzieri pasó allí el invierno de 1757-1758 juntamente con algunos hermanos coadjutores, afrontando el riesgo de morir de hambre y de frío. El 19 de febrero de 1758, él mismo abrió la procesión que, saliendo de Rocca di Papa, llegó hasta el convento para la solemne toma de posesión. Siguió quince días de tormentas de nieve, en las que la comunidad quedó completamente incomunicada. Informado de ello, Pablo escribió una carta de aliento a los religiosos. El tenía un cariño particular hacia ese convento por su cercanía a la capital de la cristiandad.

El cardenal duque de York y obispo de Frascati fue particularmente sensible para con esta nueva comunidad. Era hijo de Jaime III Stuart, el que, como pretendiente al trono de Inglaterra, en 1706 había intentado invadir Escocia con ayuda de los franceses. Era hermano de Carlos Eduardo, que entre 1745 y 1746 pretendió

10. *Decreti*, (8)-(10).



aún entrar en el Reino Unido, pero que también fue derrotado. Muerto su hermano en 1788, el obispo se considera legítimo rey de Inglaterra, toma el nombre de Enrique IX y se hace dar de sus familiares el título de «majestad»<sup>11</sup>. Fue el último de los Stuart. El papa Lambertini le apreciaba mucho, por su integridad y por su cultura. Con los pasionistas tuvo una relación difícil. Como, después de la muerte de su fundador, ellos se negaban, en virtud de la regla, a bajar los domingos a Rocca di Papa para las confesiones, él les suspendió de este ministerio y les prohibió pedir limosna en su diócesis. Enrique no cedía fácilmente de su propia dignidad. Se reconcilió con los pasionistas seis años después y sólo cuando éstos hicieron un acto de reparación. Lamentablemente, el retiro de Monte Cavo, a pesar del interés del célebre astrónomo jesuita padre Secchi que había instalado allí un observatorio astronómico, fue abandonado por los pasionistas en 1889.

*Un sueño fracasado de Pablo:  
las misiones entre los no cristianos*

El mismo año del capítulo general, 1758, pareció que se podía realizar ya un viejo sueño de Pablo: ofrecer sus religiosos a la Iglesia para el apostolado misionero entre pueblos todavía no evangelizados. El había auspiciado explícitamente este apostolado desde la primera redacción de las reglas<sup>12</sup>. Había algunos religiosos que se sentían interiormente movidos hacia él. En 1758 la Congregación de propaganda fide pidió dos pasionistas para una misión en Rusia, en la zona del Cáucaso. Pablo designó a los padres Juan María Cioni, Carlos Marchiandi y Tomás Renzi. También pidió oraciones a personas particulares y a comunidades: «Tal misión sería de grande gloria de Dios, pero no está todavía decidida. De nuestra parte la he aceptado ya y he destinado religiosos, que están dispuestos y se regocijan en Dios de poder ir pronto, pero quién sabe lo que dispondrá el Señor»<sup>13</sup>. El proyecto se esfumó. La Congregación de propaganda fide propuso todavía una segunda

11. *Enciclopedia Cattolica* XI, Città del Vaticano, 1934.

12. *Historia*, 508-510, con las referencias a las fuentes.

13. L IV, 323 (a M. M. Anna di S. Giuseppe, sin fecha).

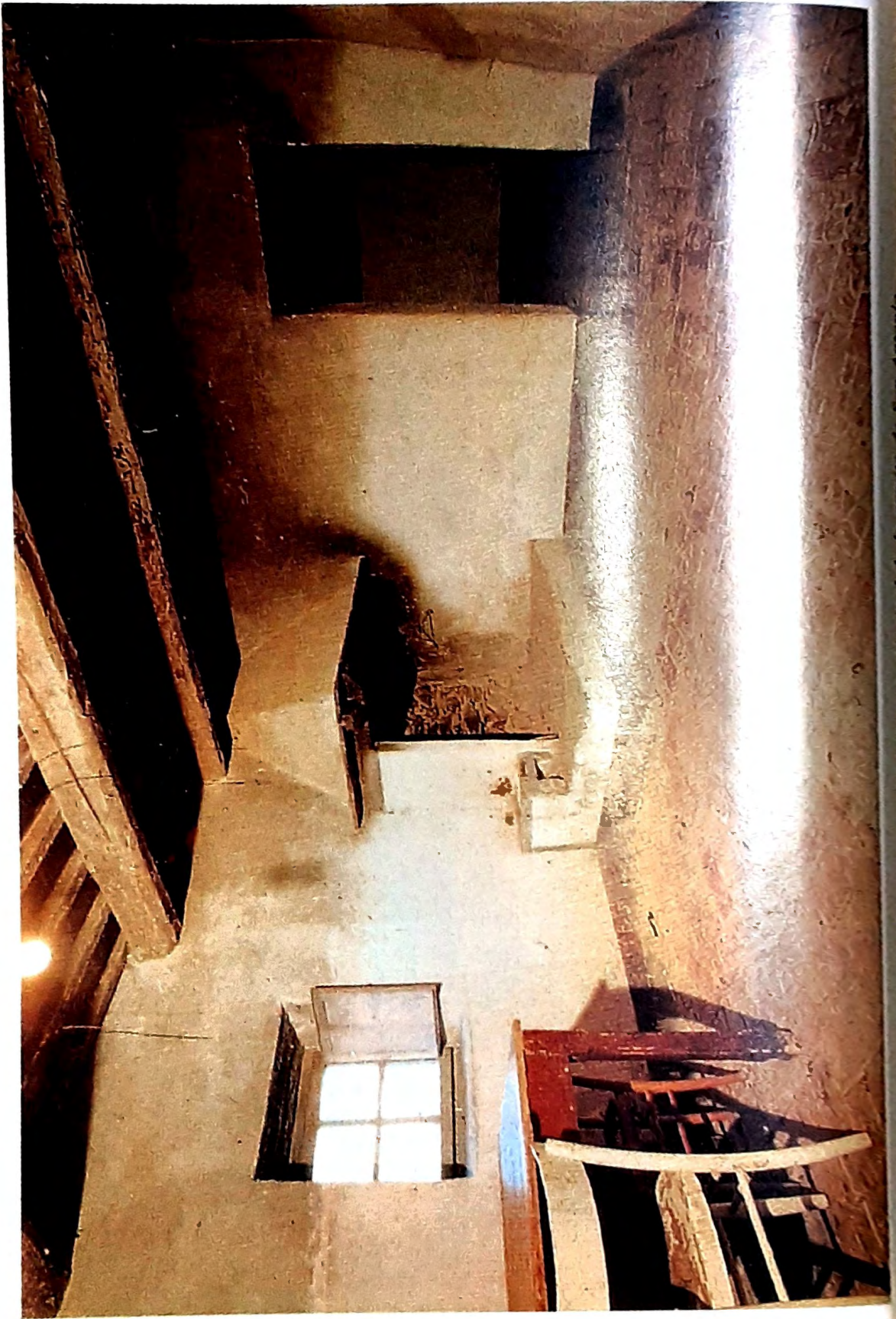
misión en la Valacchia y Moldavia. Pero también este proyecto fracasó. Una tercera propuesta fue la de Mesopotamia, que siguió la misma suerte que las anteriores. El primer grupo de pasionistas misioneros partió para Bulgaria en 1782, por lo tanto, después de la muerte del fundador. Fue el inicio de un intenso apostolado misionero extendido hoy por todos los continentes.





*Monte Argentario*





Museo Arqueológico - Estancia cultural de los cerros de San Andrés



## El adiós del compañero fiel (1758-1765)

### *La muerte de Benedicto XIV*

En 1758 murió el papa que primero aprobó la congregación pasionista. Considerado la personalidad más destacada entre los pontífices de su siglo, con su muerte, el papa Lambertini dejó un gran vacío en la Iglesia. Pablo observó que su gran amigo había muerto precisamente el 3 de mayo, fiesta entonces de la Santa Cruz. Ajeno al tan difundido nepotismo, trabajador y estudioso desde joven, gran jurista, había sido un pontífice iluminado y espiritual. Lo que le sostuvo en su lúcida conciencia de las dificultades a que estaría sometida la Iglesia y lo que le enriqueció con aquel humorismo que le acompañó hasta su lecho de muerte, fue su fe en la providencia de Dios, que sabe sacar bien hasta de los mismos males.

En los informes de los procesos se recuerda que Pablo predijo, o al menos intuyó, quién iba a ser el sucesor de Benedicto XIV. El pueblo de Roma pedía como papa a su gran amigo el cardenal Crescenzi, pero a tales rumores, él respondía con esta pregunta: —«¿Y si fuera el cardenal Rezzonico?». Como se recordará, el cardenal Rezzonico había sido el protector de la pequeña congregación en el monte Argentario, cuando el cardenal Crescenzi fue nombrado nuncio en París. Elegido papa, tomó el nombre de Clemente XIII.

## *Intentos por conseguir los votos solemnes*

No es fácil comprender hoy los motivos por los que Pablo y sus primeros compañeros ponen tanto empeño en conseguir los votos solemnes para su congregación. En nuestros días, todos los religiosos son considerados como tales independientemente de si profesan votos simples o solemnes. En aquel tiempo, sin embargo, no era así. Como escribía el padre Marcaurelio Pastorelli al padre Juan María Cioni en 1758, los pasionistas se consideraban religiosos en lo esencial, pero no en la perfección, porque no profesaban una de las reglas antiguas y no tenían votos solemnes<sup>1</sup>. Había también algunas diferencias jurídicas, como la exención respecto al ordinario del lugar y la posibilidad de hacer ordenar religiosos a título de «mesa común», solamente con las cartas testimoniales del superior mayor. Elegido papa Clemente XIII, Pablo fue a visitarle y luego le presentó, por medio del cardenal Crescenzi, la petición de los votos solemnes y la posibilidad de abrir una casa en Roma. Esperaba hacerse cargo de la iglesia de Santa Bibiana. El padre Tomás Struzzieri, procurador general, preparó un detallado estudio sobre los institutos religiosos que anteriormente habían obtenido el privilegio de los votos solemnes, y recogió los atestados de catorce obispos favorables a esta concesión para los pasionistas<sup>2</sup>. Pablo hizo preparar también el oficio de una fiesta de la pasión para celebrarse en la congregación, cosa que no se aprobaría hasta 1776, esto es, después de su muerte. El papa le prometió nombrar una comisión de cardenales, para examinar las peticiones de Pablo. Tal comisión no se formó hasta 1760, esto es, dos años después de la petición del fundador. Estaba constituida por los cardenales Spinelli, Portocarrero, Paolucci, Conti y Erba-Odescalchi.

Por desgracia, fue por entonces cuando Pablo perdió la valiosa ayuda del infatigable padre Tomás Struzzieri, procurador de la congregación. Dicho padre había partido para Córcega acompañando como teólogo al visitador apostólico monseñor De Angelis, enviado por la Santa Sede para suplir las numerosas sedes vacantes en la isla. Ya desde 1729 se combatían en Córcega duras batallas

1. *Historia*, 175s. La carta se encuentra en AGCP.

2. *Ibid.*, 181s.



contra la República de Génova, dueña de la isla, y en los últimos años había tomado el mando de los insurrectos el célebre Pascual De Paoli. La visita apostólica de De Angelis no era grata a la República de Génova, que hizo todo lo posible para impedir su desembarco en Córcega, cosa que no consiguió. Por tanto, así el visitador como su teólogo tuvieron que afrontar una fuerte oposición y hasta peligros para su misma integridad física<sup>3</sup>.

Mientras tanto, la Santa Sede quiso que se interrogase a cada uno de los pasionistas sobre la eventual concesión de los votos solemnes. Nos dice el cronista Cioni que todos, «a excepción de unos pocos», firmaron un documento de petición de los votos solemnes. Los otros, sin embargo, presentaron por su cuenta un recurso a la Santa Sede, en el que declaraban no estar dispuestos a emitir los votos solemnes. Fueron los mismos cardenales de la comisión los que informaron de esto a Pablo en la reunión definitiva del 23 de noviembre de 1760, a la que había sido invitado a participar. Se comprende la desagradable sorpresa del fundador. Apenas conoció esta petición, cesó de insistir más en el tema de los votos solemnes. La comisión cardenalicia dio su voto negativo, al menos por el momento, decretando que nada se cambiase por entonces: *Nihil innovetur pro nunc, quoad emissionem votorum solemnium* («Nada se cambie por ahora, en cuanto a la emisión de los votos solemnes»). El motivo fundamental aducido para esta decisión fue el dejar abiertas las puertas a los que no estuvieran del todo convencidos de haber hecho la justa opción para su vida, a fin de que permaneciesen en la congregación sólo aquellos que estaban verdaderamente seguros<sup>4</sup>. En base a esta respuesta de la comisión, Pablo hubiera podido más tarde pedir todavía el privilegio de los votos solemnes, pero no lo hizo. Probablemente le afectó mucho el saber que no todos estaban de acuerdo con sus deseos, o tal vez valoró muy positivamente las motivaciones aducidas por los cardenales.

Una semana después del decreto cardenalicio, Pablo envió una carta circular en la que, persuadido de que, por las oraciones de todos, el Señor había manifestado su voluntad, atribuía el fracaso de sus intentos a la decadencia espiritual de la congregación.

3. L. F. Ravasi, *Il servo di Dio mons. Tommaso Struzzi*, Milano 1965, 149-163.

4. *Historia*, 183.



«Si bien, tanto nuestro señor el papa como los eminentísimos cardenales estaban inclinados a conceder los votos solemnes, al menos *pro nunc*, esto es por ahora, han creído conveniente diferirla. Y ¿sabéis por qué? Porque nuestra congregación ha decaído de su primera observancia y fervor; no resplandece ya en ella la caridad fraterna de antes; no hay ya aquella ciega obediencia, aquella santa humildad; el fervor está poco menos que apagado, tanto durante la noche como durante el día; triunfa mucho la pereza en los ejercicios prescritos por la regla... Oh Dios, ¿adónde ha ido a parar el primer fervor? ¿adónde el sagrado silencio, la modestia, la obediencia, el amor a la soledad? Oh, *fera pessima devoravit omnia* (una fiera terrible lo ha devorado todo). Y ¿cuál es esta fiera terrible, sino el amor propio, el amor a la propia comodidad y no a la santa penitencia que nos hace crucificar la carne con todos sus vicios y concupiscencias, y, sobre todo, la soberbia y el concepto de nosotros mismos que destruye todo bien, ya que el amor al desprecio de sí mismo y el conocimiento de nuestra propia nada son la piedra fundamental de las altas y santas virtudes?»<sup>5</sup>.

Pablo manifiesta una vez más su confianza en Dios y en sus hijos, y les exhorta: «Oh queridísimos, qué gran consuelo será el vuestro al morir, cuando el Señor os haga conocer que por vuestro medio se ha implantado una orden en la Iglesia con tanto bien para las almas de nuestros pobres hermanos pecadores. Qué gozo experimentaréis, cuando oigáis a los ángeles santos cantar: *euge, serve bone et fidelis; intra in gaudium Domini tui* (alégrate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor). Tengo grande confianza en todos y espero que habrá entre vosotros una santa emulación para ver quién puede ser más santo»<sup>6</sup>.

En aquella ocasión, se permitió a los superiores locales tener en casa dinero para la comunidad. Hasta entonces lo guardaban amigos bienhechores llamados «síndacos». Pero evidentemente, habían surgido problemas más graves que los que se querían evitar. Que Pablo estuviera convencido de que era mejor liberarse de quien no asumiera plenamente el carisma de la congregación, se deduce también de una carta circular suya de principios de 1761, en la que notifica que los religiosos pueden ser dispensados de los votos

5. L IV, 267s (30-11-1760).

6. L IV, 268s.



por los mismos superiores mayores sin necesidad de acudir a la Santa Sede, e invita a quien lo desee a que haga la petición en tal sentido, sintiéndose plenamente libre de escoger lo que crea mejor para su propia vida en el Señor<sup>7</sup>.

### *El noviciado de San José*

Hacía ya algunos años que Pablo quería fundar un retiro destinado únicamente a noviciado. Las razones eran varias. Las habitaciones del convento de la Presentación a veces no eran suficientes. El aire era considerado insalubre para los jóvenes por su cercanía a las aguas estancadas de Orbetello, la actual bahía que entonces no tenía comunicación con el mar. De 1753, cuenta el cronista Cioni: «...Un día, después de la comida, (el padre Pablo) habiendo salido solo con su bastón, fue en busca de un lugar apto para este fin. Llegado a un paraje distante aproximadamente media milla del retiro de la Presentación, encontró un sitio hacia el Puerto de San Esteban, libre de las aguas estancadas de Orbetello y protegido del viento siroco, bien abierto al levante, al sur y a la tramontana, de un bellissimo aspecto, con la vista de los dos brazos de mar cerrados por las dos lenguas de tierra intermedia del amplio lago de Orbetello. Pensó que éste sería el lugar destinado por la divina providencia para erigir allí el jardín florido de las nuevas plantas de la perfección religiosa»<sup>8</sup>.

Como el terreno pertenecía al Estado de los Presidios, se hizo una petición a Carlos III, rey de Nápoles, que en diciembre del mismo año dio su consentimiento con una carta escrita en español. Se tomó posesión del lugar el viernes santo, 12 de abril de 1754. También el ordinario del lugar, el cardenal Próspero Colonna Sciarra, dio inmediatamente su permiso para la construcción, que lentamente fueron haciendo los mismos hermanos coadjutores de la congregación. La inauguración tuvo lugar en julio de 1761.

El convento era, y es todavía, muy sencillo y armónico, con la iglesia y el coro en el centro y, en torno, las celdas de los novicios. En el altar mayor hay un cuadro de san José; en los

7. *Historia*, 186s.

8. *Storia delle fondazioni*: Bollettino (1925) 314.

altares laterales, de la Dolorosa y de san Estanislao de Kostka. En la planta baja estaban la sala para el capítulo y la cocina, el comedor y los lugares de trabajo. Pablo lo visitó por primera vez en 1762. Le gustó tanto, que determinó retirarse aquí en su ancianidad, como luego lo hicieron algunos insignes religiosos, para prepararse, en el recogimiento, a la muerte. Decía al maestro de novicios: «Deseo venir aquí, al noviciado, bajo vuestra reverencia, para aprender a hacer oración mental porque yo no la sé hacer, pero a condición de que me deje ir sin el escudo o emblema, como los novicios, porque yo no merezco llevarlo. Barreré el retiro, lavaré los platos y haré todo lo que hacen los novicios»<sup>9</sup>.

### *La gran carestía*

Entre 1761 y 1764, cuando entraba en su ancianidad y comenzaba a sentir el peso de tantos trabajos, sufrió también diversas enfermedades. Tuvo que suspender muchas predicaciones, y las visitas a los conventos las confiaba frecuentemente a sus consultores. El 22 de febrero de 1764, se abrió en el Santo Angel el cuarto capítulo general. El estado de la congregación era bueno: los clérigos habían disminuido en cinco respecto al capítulo anterior, pero habían aumentado en ocho los hermanos coadjutores. Estos datos indican que la crisis había sido real, y que la invitación a revisar las propias opciones era sincera. El mecanismo de esta crisis es por lo demás bien comprensible. Se trata precisamente de la crisis de sentir 'haber llegado' y, por consiguiente, replegarse sobre sí mismos, acomodándose en la rutina de la vida cotidiana. Es la muerte del espíritu que aflige a tantas comunidades. Pasada la época del pionerismo, de los inicios, muchos conventos se habían acomodado bastante bien, y algunos religiosos se habían relajado en el fervor y entusiasmo.

Antes del capítulo, el padre Marcaurelio había pedido al papa la dispensa para poder confirmar al fundador como superior general. Pablo había hecho lo mismo para poder confirmar al padre Marcaurelio como provincial. Juan Bautista Danei y Juan María Cioni fueron elegidos consultores. Ya entonces hubo que formular

9. PBC II, 217 (padre Ludovico Borrell).



algún decreto para salvaguardar la buena armonía entre el retiro de la Presentación y el nuevo de San José.

Entre 1762 y 1767, Italia, particularmente en su zona central, sufrió una terrible carestía. Pablo hizo suspender, durante un año, el noviciado a causa de la «gran carestía de víveres», que se hacía sentir más en las zonas de la Marisma. En una carta circular, el fundador exhortó a sus religiosos a compartir los comunes sufrimientos con la mortificación: «Más que a nadie, pertenece a los religiosos participar en el divino azote con la voluntaria mortificación, quitándose del alimento y de cualquier otra cosa lo superfluo, para que su abstinencia pueda servir de algún alivio a los pobrecillos que mueren de hambre»<sup>10</sup>.

Sugería, por tanto, hacer el pan con harina poco fina, reducir una tercera parte de las comidas o tomar poco alimento, si se resistía, y ser parcos también con los huéspedes.

A pesar de estos graves problemas, Pablo se ocupaba todavía en un proyecto de fundación en la isla de Elba y de otro en el sacro monte de Varallo, en el Piamonte. Pero, encontrando muchas dificultades, observa que, «en nuestros tiempos, se ve que las coronas se inclinan más a quitar que a poner nuevas religiones y conventos»<sup>11</sup>. Eran los años en los que los gobiernos europeos, particularmente los borbónicos, se lanzaban con gran vehemencia contra los jesuitas. En 1762 eran expulsados de Francia; en 1767 de España y en 1768 de Nápoles, Parma, Piacenza y Malta. Eran también los años del mayor prestigio de filósofos como Voltaire y Rousseau.

En Toscana tomaba el poder el gran duque Pedro Leopoldo de Lorena, un príncipe verdaderamente apasionado por el buen gobierno, pero, precisamente por esto, hostil a toda clase de privilegio<sup>12</sup>. En general, los príncipes más iluminados hacían gala de favorecer a la población a cuenta del clero y de los religiosos.

10. L IV, 277-279 (1764); *Historia*, 196-198.

11. L IV, 694 (sin destinatario, 24-7-1764).

12. En la *Relazione sul governo della Toscana*, el gran duque Leopoldo declaraba: «Entre otras cosas, recomiendo tener fuerte las reformas hechas de los frailes, liberándoles de la dependencia de sus superiores generales de Roma, con obligación de depender de los obispos de la Toscana, los cuales, a su vez, deberán ser escogidos de entre los indicados por el gran duque y que no tengan relaciones y dependencias de Roma». Ofrecido en *Historia*, 36, nota 20.

También por esto fracasaron los proyectos de fundación en la isla de Elba y en Varallo. Excepción hecha de los dos retiros del monte Argentario, en el minúsculo Estado de los Presidios, la congregación permanecerá durante largo tiempo feudo del Estado pontificio. Será precisamente el ochocientos, el siglo de las democracias y de la secularización, el que le permitirá extenderse más allá de los confines de ese Estado y de la misma Europa.

Haciéndose sentir ya el aumento del materialismo y de la incredulidad, la separación entre la Iglesia y el mundo de la ciencia y del progreso, Pablo anuncia varias veces los castigos de Dios. La ira de Dios es una categoría bien presente en la Biblia, aunque no se trata ciertamente de la ira de un jefe contra sus súbditos a los que considera extraños, sino más bien la de un padre, que quiere que sus hijos crezcan en la vida. Además, cuando habla de castigos, Pablo no piensa sólo en los lejanos, los incrédulos, sino más bien en las personas que tienen mayor responsabilidad en la Iglesia y en la sociedad: los religiosos, el clero y la nobleza. A propósito de la relajación del clero, en 1743 escribía al conde Garagni: «La experiencia me hace tocar con la mano lo difícil que es infundir en el clero tan sacrosanto ejercicio (la reunión para la oración mental), tan necesario para la propia perfección y el provecho del prójimo. Créame, vuestra señoría ilustrísima, que durante años se ha procurado insinuar al clero en las misiones y ejercicios espirituales que se reúnan al menos una vez a la semana; lo han hecho un poco de tiempo y luego lo han dejado. Vivimos tiempos muy calamitosos, en los que la piedad se ha enfriado hasta el sumo grado y ha crecido tanto el libertinaje, que, si Dios no lo remedia, no sé lo que va a pasar; me parece, sin embargo, ver que su divina Majestad quiere dar una gran misión echando mano de los azotes y ya se ven los preludios»<sup>13</sup>.

### *El fracasado intento de ordenar libremente a sus religiosos*

Como había caído enfermo monseñor De Angelis, que se había tenido que quedar en Roma y por lo que fue enviado a Córcega el padre Tomás Struzzi, Pablo perdió cada vez más la esperanza

13. L II, 231 (19-6-1743).



de tener de nuevo consigo a su procurador general. En efecto, el 23 de diciembre de 1764 el padre Tomás Struzzieri era consagrado obispo, para que, en nombre del papa, pudiera dedicarse totalmente al ministerio pastoral en Córcega, privada de sus pastores. La pequeña congregación se sintió muy honrada con este nombramiento; además, el nuevo obispo no se desligó de ella y declaró querer obedecer siempre a Pablo como a su superior<sup>14</sup>. Sin embargo, perdió uno de sus apoyos más valiosos.

Pablo intentó nuevamente con De Angelis y con Garampi conseguir permiso para la ordenación de los jóvenes pasionistas. Pedía que los pudieran ordenar los obispos a título de pobreza o de mesa común. Característico de este intento es que pide un rescripto directamente del papa, sin pensar en la tramitación a través de las Congregaciones romanas. Más de una vez manifestó no querer saber nada de aquellas «benditas congregaciones, que no tienen la solicitud de la que está impaciente mi decadente edad, que a grandes pasos vuela al sepulcro y que, sin embargo, quisiera ver, si fuera posible, las cosas bien ordenadas *ad maiorem Dei gloriam*»<sup>15</sup>. Por este motivo, prepara un memorial para ser presentado directamente al papa.

«Suplico a vuestra señoría ilustrísima y reverendísima — escribe a De Angelis— que no pase por las congregaciones por los motivos indicados en mi anterior; yo no estoy ya con la edad, salud y fuerzas de antes para andar dando vueltas por Roma, con gastos y sufrimientos»<sup>16</sup>.

Por desgracia, De Angelis se agravó en su enfermedad y falleció en agosto de 1765. Entonces Pablo se dirigió al cardenal Antonelli, secretario de los memoriales. Este habló de ello al papa Clemente XIII que, tal vez demasiado embrollado en los problemas de la Compañía de Jesús y además tímido e indeciso, no entendió bien lo que le pedía el viejo amigo y dejó el asunto en manos de monseñor Simonetti, quedando así paralizado, como había previsto Pablo<sup>17</sup>.

14. Cf. la carta de Struzzieri a Pablo en L. Ravasi, *Il servo di Dio mons. Tommaso Struzzieri*, 182s.

15. L III, 564 (a monseñor C. De Angelis, 18-4-1765).

16. L III, 570 (al mismo, 6-7-1765).

17. El fino cronista de la congregación, el padre Juan María Cioni, escribía del papa Rezzonico: «Tenía por costumbre hacer pasar las cosas por sus canales



## *La muerte del padre Juan Bautista*

A lo largo de toda su vida, Juan Bautista había sido la sombra y el principal apoyo de su hermano mayor, Pablo. Juan Bautista estaba siempre dispuesto a prestarse a cualquier actividad, cuando se creyera necesario y conveniente. En cambio, se retiraba apenas veía que otros, como los padres Struzzieri, Marcaurelio o Juan María, llegados después, eran capaces de hacerlo. Juan Bautista era la perfecta encarnación de la fidelidad a una persona y a su carisma en la Iglesia. Varios testigos de los procesos le presentan como de un carácter rudo y austero, más que el mismo fundador. En realidad, de un estudio más atento de esos testimonios se deduce que era manso y delicado, incluso como superior. La aparente rudeza y el mantenerse a distancia y esquivo, se debía probablemente al deseo de no interferir, para no dificultar la obra de Pablo.

Este le había escogido por confesor y «corrector», pudiéndole que ejercitase este cometido por obediencia. Además el padre Juan Bautista era un gran predicador, no sólo de misiones populares, sino también de ejercicios espirituales. Normalmente era el quien daba los ejercicios al clero<sup>18</sup>. Como hemos indicado ya, es difícil valorar debidamente la aportación del padre Juan Bautista a la fundación de la congregación con su consejo discreto, su flexibilidad y su humildad.

El 10 de julio de 1765, Juan Bautista debió guardar cama con fiebre. Aunque el médico no lo dio mucha importancia, tanto él como Pablo presintieron su próxima muerte. Aquel año de carestía, habían caído enfermos en el Santo Angel dieciocho religiosos. El 29 de julio, el padre Juan Bautista celebró la misa por última vez. Poco antes de su muerte, de sus labios de austero asceta brota esta

ordinarios y no resolvíelas por el solo: de aquí que, a pesar de todo el afán que había mostrado siempre a nuestro padre y a toda la congregación (a cuyo establecimiento tanto había contribuido), tubo que sufrir y esperar no poco para obtener la suspirada gracia» (*Storia delle fondazioni*; Bollettino [1926] 76). Este juicio concuerda con el de Pastor: «Era muy indeciso y no se arrojaba a asumir la responsabilidad de nada; por tanto, escuchaba demasiado el consejo de los demás. Así se hacía extraordinariamente dependiente de los que estaban a su lado» (Pastor XVI-1, 479).

18. Cf. los testimonios ofrecidos en StCr I, 1174. Para el apostolado del padre Juan Bautista, cf. C. A. Naselli, *L'uomo apostolico nella esperienza e dottrina di Ven. Giovanni Battista di S. Michele Arcangelo*, Roma 1981.



consideración bien realista: «Yo no sé lo que haría nuestra naturaleza humana para esquivar la muerte»<sup>19</sup>.

Las carmelitas de Vetralla hicieron una novena pidiendo su curación. Pablo, en cambio, le suplicaba que se acordase de él en el paraíso, cosa que Juan Bautista le aseguraba. La tarde del viernes 30 de agosto, en el momento extremo de su larga agonía, Pablo se siente movido a entonar la Salve Regina. Los demás religiosos y los que estaban allí la cantan juntamente con él. Mientras, el padre Juan Bautista pasa a las manos de Dios.

Gran multitud de fieles subió al Santo Angel para venerar los restos mortales del padre Juan Bautista y asistir a su funeral. Fue celebrado por el mismo Pablo, que luego se arrepintió de haberlo hecho, por la fuerte emoción experimentada. Bien pronto se habló de gracias y milagros obtenidos por su intercesión. Pablo sufrió mucho con la muerte de su hermano y se sintió durante largo tiempo indispuesto. Se veía «huérfano y pupilo *absque patre* (sin padre)»<sup>20</sup>.

En la caja fúnebre se metió un pergamino en el que estaba escrito su perfil biográfico. En los primeros tiempos de la congregación no faltó quien soñó que los dos hermanos serían glorificados al mismo tiempo, como dos fundadores. Pero el padre Juan Bautista quiere permanecer en la sombra también después de su muerte. Su cadáver, que fue escondido durante la persecución napoleónica a las congregaciones religiosas entre 1810 y 1814, nunca más volvió ya a aparecer. En 1836 se encontró la caja con el pergamino, pero no los restos mortales del padre Juan Bautista. Se hicieron varios intentos de búsqueda, pero todo inútil. La causa de su beatificación se introdujo muy tarde, en 1909. Por los testimonios en los procesos de Pablo, no fue difícil, sin embargo, llegar al reconocimiento de sus virtudes heroicas en 1940, siendo declarado «venerable»<sup>21</sup>.

19. G. Cioni, *Vita del servo di Dio P. Giovanni Battista di S. Michele Arcangelo*, ofrecido en StCr I, 1167.

20. L II, 636 (a G. Sparziani, 3-12-1765).

21. G. De Sanctis, *Il santo fratello di S. Paolo della Croce*, Napoli 1963, 352s.

## «Dejo bien fundada la congregación» (1765-1768)

### *La residencia del Santo Crucifijo en Roma*

Hacía tiempo que Pablo deseaba tener una casa en Roma. Además del motivo espiritual de aquella ciudad, por él tan querida, estaba la necesidad de acudir frecuentemente a Roma para tratar con la Santa Sede, y por otros motivos. En 1765 delegó al padre Juan María para encontrar un lugar apropiado para hospedar y servir de punto de apoyo a sus religiosos de paso por Roma. Le desagradaba tener que pedir siempre hospedaje en casa de algún bienhechor, particularmente de los señores Angeletti, de Ceccano.

Después de varios intentos, el padre Juan María se orientó hacia una casa en el denominado callejón de San Giovanni, no lejos de la basílica de San Juan de Letrán, catedral de Roma. Pertenecía a la compañía de Jesús, cuyo procurador general se alegró al conocer que sería ocupada por la nueva congregación. Clemente XIII dio su consentimiento, no sin preocupación. «Hay que pensarlo muy bien —dijo— antes de introducir en Roma una nueva congregación. Escuchad también el parecer del cardenal vicario»<sup>1</sup>. Estas palabras indican la gran angustia del anciano pontífice por cuanto se relacionaba con las órdenes religiosas. Por fortuna, el cardenal vicario dio su consentimiento y el papa se tranquilizó.

Pablo pudo visitar la casa a su paso por Roma hacia los retiros del Bajo Lazio, quedando muy satisfecho. A la luz profética que

1. G. Cioni, *Storia delle fondazioni*: Bollettino (1926) 80.



le caracterizaba, especialmente en los últimos años de su vida, previó que en aquella residencia los pasionistas no vivirían largo tiempo, ya que era como un grano de mostaza destinado a hacerse un árbol grande, esto es, a hacer nacer un gran retiro en Roma<sup>2</sup>. La entrada oficial se hizo el 9 de enero de 1767. La marquesa Muti Sacchetti ofreció 400 escudos para la adquisición y las ampliaciones necesarias en el edificio. Los religiosos que se quedaron allí para guardarlo, seguían el mismo horario de los conventos de soledad, a excepción del levantarse a media noche para los matines.

### *La visita a los retiros del Bajo Lazio*

Celebrado en el Santo Angel el capítulo provincial en octubre de 1766, Pablo se dispuso a hacer una visita a los retiros del Bajo Lazio. «Voy a abrazar por última vez a mis hermanos e hijos —escribía— a los que daré también los santos ejercicios, para animarles a ser santos»<sup>3</sup>. Partió el 11 de noviembre y se detuvo en la nueva residencia de Roma, desde donde luego fue al retiro de Terracina, en el que, por su clima más suave, pasó los meses más rigurosos del invierno. A causa de los dolores reumáticos, tuvo que estar un mes en cama. Recuperada la salud, partió de nuevo en compañía de su querido enfermero, el hermano Bartolomé, que será uno de los testigos más importantes en los procesos canónicos de beatificación y canonización de Pablo. En Fondi se vio con las señoras Notarianni y Calcagnini, dos discípulas de los lejanos tiempos de Gaeta.

Por más herido que se sintiera en su humildad, su paso se transformó bien pronto en una verdadera apoteosis. Todos querían escuchar sus predicaciones y consejos. Pero no quedaba todo en esto. Muchos querían hacerse con alguna reliquia suya, normalmente algún trocito de su manteo. Con frecuencia tenían que intervenir los guardias para defenderle del desbordado entusiasmo del pueblo. Precisamente en aquellos lugares en los que había sido más combatida, ahora la congregación recibía mayor gloria. Al-

2. *Ibid.*, 81.

3. L III, 686 (a sor M. C. Serafina del Amor de Dios, 27-10-1766).

gunos señores le mandaban su coche de caballos para aliviar a Pablo en las fatigas del viaje. A veces era incluso transportado a hombros, en litera, con gran confusión para su humildad.

El mes de marzo de 1767 visitó el retiro de San Sosio. En abril, los de Ceccano y Paliano. Vinieron a obsequiarle los obispos de Fondi, de Ferentino y de Anagni. En Paliano vio de nuevo con gozo a sus amigos el abogado Petrarca y don Calzelli, que tanto habían trabajado por la fundación y defensa de los retiros. En Frascati visitó al cardenal duque de York, que le acogió con todos los honores. Volvió a Roma, a la residencia del Santo Crucifijo, el 4 de junio de 1767.

En Roma fue recibido en audiencia por el papa Clemente XIII, al que agradeció el permiso para abrir la residencia de Roma. Visitó a algunos cardenales, entre los cuales, el cardenal Ganganelli, futuro papa. Pero ahora eran los mismos altos dignatarios eclesiásticos los que venían a visitar a Pablo, al que consideraban como un santo viviente, uno de aquellos hombres de los que se percibía, cada vez más, cuánta necesidad tenía de ellos la Iglesia. Entre otros, le visitaron el cardenal Ganganelli y el general de la atribulada compañía de Jesús, el célebre padre Ricci, que pocos años más tarde tendría que sufrir la amargura de la supresión y la cárcel en el Castillo de Sant'Angelo.

Por desgracia, llegado al convento del Santo Angel a finales de mayo, Pablo tuvo un violento ataque de fiebre, que le puso a las puertas de la muerte. Recibió el viático, pidió perdón a todos y se preparó para morir. Luego superó la crisis, pero la enfermedad se prolongó, con altos y bajos, durante todo el año 1767. A principios del año siguiente, Pablo trabajó con mucho interés por una fundación en Nápoles. Mandó a dos religiosos sacerdotes a visitar los lugares donde podía hacerse y él mismo se encontró en Orbetello con el marqués Masi, general de ejército napolitano y promotor de la fundación<sup>4</sup>. El momento era el menos propicio para tal fundación. El ministro Tanucci se ensañaba en el reino de Nápoles contra la Iglesia y precisamente en febrero de 1768 se firmaba el decreto de expulsión de los jesuitas. De hecho, los intentos fra-

4. StCr I, 1208s con las fuentes citadas.



casaron y se temía, incluso, que las tropas napolitanas traspasaran, como amenazaban, los confines del Estado pontificio, con lo que hubiera estado también en peligro el retiro de Terracina<sup>5</sup>.

### *San Vicente María Strambi*

Nacido en Civitavecchia en 1745, Vicente María Strambi era sólo un joven diácono de 22 años cuando subió por primera vez al convento del Santo Angel a hacer allí los ejercicios espirituales para su ordenación sacerdotal. Jovencísimo y todavía no sacerdote, era ya rector del seminario diocesano de Bagnoregio. Era hijo único de un farmacéutico originario de Milán y, naturalmente, el padre ponía sus esperanzas en él para la prolongación de su familia y de su actividad comercial. Vicente había ya intentado sin éxito entrar en otros institutos religiosos: los capuchinos de Civitavecchia, que no lo admitieron por no entrar en conflicto con su padre, y los sacerdotes de la misión, porque le creían delicado de salud.

Pablo captó inmediatamente la grandeza interior del joven diácono. Con autorización del rector de la casa, le regaló el volumen de Taulero, al que tenía tanto cariño y que durante tantos años había llevado siempre consigo. En una nota escrita al final del libro, el superior de la casa dice: «Yo, el abajo firmante Sebastián de la Purificación, rector de este retiro del Santo Angel, testifico que el reverendísimo padre Pablo de la Cruz, prepósito general de la congregación de los clérigos descalzos de la santísima pasión de Jesucristo, ha tenido siempre para su uso este libro y lo ha leído con grandísima satisfacción y provecho espiritual de su alma, y ahora, para complacer al señor Vicente Strambi, de Civitavecchia, se ha desprendido de él y se lo ha regalado, para que, con su lectura, pueda aprovechar mejor espiritualmente. En fe de lo cual firmo este testimonio de mi puño y letra y le pongo el sello ordinario de mi gobierno. Hoy, día 17 de noviembre de 1767». Cuando se hizo religioso, Vicente devolvió a la congregación el precioso volumen y obtuvo permiso de los superiores para guardarlo para

5. L IV, 71 (al padre Nicolás de la Santa Corona, 11-10-1768); Pastor XVI-1, 940.



su uso particular<sup>6</sup>. La permanencia en el Santo Angel durante los ejercicios espirituales le bastó para conocer la voluntad de Dios acerca de su vida. Lo demás lo hizo la conversación con el padre Pablo de la Cruz. Este, después de escucharle, conoció que su vocación venía de Dios y le recibió en la congregación. Como no podía esperar que su padre le diera su consentimiento, ya sacerdote, Vicente se escapó de casa con unas pocas cosas de uso personal y comenzó su año de noviciado en monte Argentario. El padre lo sintió mucho y escribió a Pablo una carta de protesta, acusándole de haber presionado moralmente a su hijo, como si no pudiese salvarse sino siendo pasionista. Pablo le respondió con respeto y bondad, pero también con valentía: «Sepa, por tanto, que yo no he creído nunca, ni siquiera me ha venido a la cabeza y mucho menos me ha salido de la pluma o de los labios, ese gran disparate que usted me atribuye, esto es, que para salvarse es necesario vivir en nuestros retiros; ni jamás he halagado a ninguno a vestir nuestro hábito, sino que más bien muchísimas veces he rehusado aceptar sujetos buenos, sólo porque no estaba seguro de que su vocación viniese de Dios. Hablando, pues, de su hijo, tan lejos está de que tanto yo como ninguno de mis religiosos le hayamos animado a entrar en nuestra congregación, que más bien le hemos disuadido por razón de su complexión. Y créame que, si don Vicente no hubiera sido más que constante, por nuestras palabras hubiera más bien tenido motivos para buscar un instituto más suave que el nuestro»<sup>7</sup>.

José Strambi no se dio por vencido, sino que hizo que un amigo suyo eclesiástico escribiera otra carta. También Pablo le respondió que no había ninguna presión y que Vicente era libre de volver a casa cuando quisiera. «Con los mismos ojos —escribía Pablo— veré su marcha, que he visto su venida, y me gozaré que queden satisfechos lícitamente los deseos del que ansía verlo otra vez en el estado secular»<sup>8</sup>. Tampoco tuvo éxito la intervención del cardenal Oddi, obispo de Viterbo, al que en aquel tiempo pertenecía también Civitavecchia. El obispo mandó un sacerdote de su confianza al monte Argentario, pero Vicente logró convencerlo fácil-

6. El volumen, con los autógrafos en última página, se conserva en el archivo provincial de la *Scala Santa*, Roma.

7. L IV, 75 (30-9-1768).

8. L IV, 81 (25-10-1768).



## El año 1769 y el último viaje de Pablo al monte Argentario (1769-1770)

La biografía oficial del fundador, de E. Zoffoli, considera el año 1769 como un año fatídico en la vida de Pablo, un año que da una vuelta definitiva a toda su vida. «Sus últimos seis años de vida —escribe— serán relativamente tranquilos, como un sereno atardecer después del fragor de una interminable jornada de tormenta»<sup>1</sup>.

### *La elección del papa Clemente XIV*

Clemente XIII había consumido su salud en defensa de la Iglesia y, en particular, de la compañía de Jesús contra los ataques de los Borbones. Fue humillado por los monarcas absolutistas de su siglo, como tal vez ningún papa lo había sido desde la edad media<sup>2</sup>. Murió inesperadamente la noche del 2 al 3 de febrero de 1769. Pablo que, como se recordará, lo había tenido como protector desde el lejano 1738, expresó en seguida su sentimiento, así como también la previsión, para él certeza, de la elección del cardenal Ganganelli como futuro papa. Escribe al padre Juan María: «Siento mucho la muerte del papa y esta mañana he celebrado la misa por él, aplicándola también para que la divina bondad provea de un santo pastor a la Iglesia. He puesto el corazón de los cardenales, especialmente del cardenal Ganganelli, en las llagas de Jesucristo»<sup>3</sup>.

1. StCr I, 1217.

2. Pastor XVI-1, 936.

3. Texto ofrecido en PBC I, 77 (G. Cioni).

El cónclave para elección del sucesor de Clemente XIII comenzó el 15 de febrero y terminó el 19 de mayo de 1769. Fue elegido precisamente el cardenal Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV. Había nacido en Sant'Arcangelo di Romagna en 1705, ingresando con los franciscanos en 1723 y tomando el nombre de fray Lorenzo. Elegido cardenal, continuó viviendo pobremente en el convento romano de los Santos Apóstoles. Era un hombre muy culto. Desde 1766, Pablo había tratado con él varias veces, previendo, incluso, que él sería futuro papa<sup>4</sup>.

Entre los varios papas con los que trató Pablo, Clemente XIV fue el que más lo quiso y le ayudó. Fue también uno de los más discutidos de la historia, sobre todo por haber cedido a las presiones de los gobiernos, suprimiendo la compañía de Jesús<sup>5</sup>.

### *La fundación del retiro de Tarquinia*

El retiro de Tarquinia fue el último fundado durante la vida de Pablo de la Cruz. El había predicado varias misiones y ejercicios espirituales en Tarquinia, pequeña ciudad de 4.000 habitantes, de gloriosas tradiciones etruscas y medievales. Dada su posición entre el monte Argentario y el Santo Angel de Vetralla, y Roma, Pablo la había visitado varias veces de paso. En 1759 había predicado allí una misión juntamente con los padres Juan Bautista y Marcaurelio. Viendo el entusiasmo de la población por los misioneros, los representantes de la ciudad habían tomado la iniciativa de la

4. G. Cioni ofrece algunas de estas predicciones, entre las cuales está la invitación al señor Tedeschi di Ronciglione para que, al conocerse la elección de Ganganelli, lo mandase a recoger para llevarlo a Roma (*Annali*, 239).

5. El volumen dedicado a Clemente XIV en la obra de Pastor (XVI-2) es muy crítico. Al aparecer, el franciscano Leone Cicchitto contestó a su contenido con argumentos bastante rigurosos (*Miscellanea franciscana* [1934] 189-231). Le respondió el jesuita Pedro Leturia en *La Civiltà cattolica* 4 (1934) 225-240. Aquel mismo año el famoso especialista pasionista, Irineo Pontremolesi, había publicado en *Miscellanea franciscana* (1934, 60-69) un artículo en el que se apartaba de sus cohermanos y del mismo Pastor en lo de la parte de Pablo de la Cruz en la supresión de la compañía de Jesús, admitiéndola y defendiendo la oportunidad histórica. Una presentación muy objetiva de las polémicas e investigaciones históricas sobre Clemente XIV es la que ofrece G. Martina en *La Chiesa nell'età dell'assolutismo*, Brescia 1978, 222s. Para el aspecto histórico de la supresión de los jesuitas, puede verse lo que dice el historiador protestante del ochocientos, L. von Ranke, en su célebre *Storia dei Papi*, Firenze 1968, 945ss.



fundación de un convento en la finca de San Pantaleón, a unos 7 kilómetros de la ciudad. Como en otras partes, el santo exigía que se proveyese a los gastos de la construcción. Además no le agradó el lugar y protestó cuando, en 1765, se pusieron manos a la obra. Escribía: «Ese lugar es oscuro, el aire no es sano y seremos comidos vivos por los moscardones, las moscas caninas, los mosquitos y otros insectos. El verano allí será sofocante, con calores insoportables, sobre todo los de la Marisma. No hay agua para el huerto, ni hay prado. Todo es matorral densísimo, todo horror, melancolía y espanto. ¿Cómo podrán vivir ahí los religiosos? ¿cómo podrán llevar la observancia? ¿cómo los estudios y, lo que es más, cómo la oración, con la cabeza siempre obnubilada y tal vez enfermos...? No consentiré jamás aceptar un retiro construido donde dicen esos señores. Ellos no piensan tanto en esto, ya que se están en sus palacios con todas las comodidades»<sup>6</sup>.

Pablo cedió cuando Domingo Costantini y otros le dieron garantías de la posibilidad de superar aquellas deficiencias. El mérito principal del rápido progreso en la construcción fue del obispo, monseñor Justiniano, y del mismo Domingo Costantini, a quien conoceremos luego mejor. La inauguración se tuvo el 17 de marzo de 1769, con una procesión que salió de la catedral, con el padre Sebastián a la cabeza representando al fundador, con los pies descalzos y una soga al cuello, según los usos penitenciales de aquel tiempo. Por desgracia, no se proveyó nunca del agua que habían prometido buscar y llevar, y esto fue uno de los motivos principales por los que, en 1910, aquel hermoso retiro fue abandonado por los pasionistas. En nuestros días, aquellos lugares que todos describían como hórridos, han cambiado totalmente. El antiguo convento, que tanto se asemejaba a los otros construidos por el fundador, ha sido transformado en una inmensa villa, con abundante agua, salones y piscinas, y una vista soberbia sobre la fértil Marisma y el mar Tirreno.

### *El capítulo general*

También el capítulo general de 1769 —el quinto— fue anticipado un año y se tuvo el mes de mayo en el retiro del Santo

6. L III, 705s (a P. G. B. Gorresio, 15-3-1765).



Angel, de Vetralla. Probablemente Pablo pensaba no estar ya en condiciones de gobernar la congregación debido a sus enfermedades, pero el padre Juan María Cioni había conseguido de la Santa Sede una dispensa para poder elegirlo por otro sesenio. Al ser elegido, Pablo renunció decididamente.

«Por encontrarme en edad decrepita y decadente, enfermo, sordo, ignorante, incapaz y rebosando de vicios en los cuales he envejecido, cosa que quisiera poder llorar con lágrimas de sangre, me siento obligado en conciencia a renunciar a la elección de superior general hecha por el venerable capítulo aquí presente, como verdaderamente renuncio con plena voluntad, libremente y sin reservas»<sup>7</sup>.

El padre Juan María tuvo que valerse de toda su autoridad de confesor para convencer al santo de que aceptase la voluntad del capítulo, que rechazó su renuncia. En aquel capítulo fue sancionada la división de la congregación en dos provincias, una al norte y otra al sur de Roma. Se habló mucho de la dulzura con que los superiores debían tratar a los religiosos, y se suavizaron algunas disposiciones de las reglas, estableciendo, entre otras cosas, que, los días de clase, los estudiantes estuvieran dispensados de levantarse por la noche a maitines<sup>8</sup>.

Pablo delegó muchas responsabilidades a los nuevos provinciales, y nombró al padre Juan María Cioni visitador general. Escribió entonces una carta circular muy cálida: «Haced que el que os ve, vea un vivo retrato de Jesucristo, y resplandezca en vosotros, esto es, en vuestro rostro, en vuestros ademanes y en vuestro comportamiento la virtud de Jesucristo, para que todos alaben a la divina majestad con sólo ver a los hijos de la congregación de la pasión y para que, con sólo veros, se conviertan los pobres pecadores»<sup>9</sup>.

El capítulo terminó el 10 de mayo en el convento del Santo Angel. El 19 de ese mismo mes fue elegido papa Clemente XIV. Pablo quiso ir a Roma para visitarle y presentarle sus repetos y los de la congregación. No pensó que ya no volvería más a aquella celda tan querida de la antigua ermita donde había pasado casi un cuarto de

7. Bollettino (1929) 52.

8. *Decreti*, 13-15.

9. L IV, 285 (18-5-1769).



siglo, toda su madurez. Cuando más tarde se dio cuenta de esto, pidió que, al menos, sus huesos fuesen llevados a ese su convento más querido y colocados al lado de los del padre Juan Bautista, el hermano inolvidable y padre de su alma. En una silla gestatoria, fue llevado a Ronciglione, donde se puso en camino para Roma.

### *Nace una amistad*

Apenas supo que Pablo estaba en Roma, Clemente XIV le mandó inmediatamente una carroza para llevarlo al Quirinal y tener una entrevista con él. Aspirando él mismo por encima de cualquiera otra cosa a ser santo, el papa apreciaba mucho el contacto con Pablo de la Cruz, un santo viviente. Hasta entonces había tenido una amistad normal con él, pero ahora sentía la necesidad de reforzarla intensamente.

El encuentro tuvo lugar el 29 de mayo. Pablo presentó al pontífice un memorial en el que le pedía una nueva aprobación solemne de la congregación. El papa lo guardó en el bolsillo, pero se le extravió después. Pablo le preparó otro, haciendo uso del calor con que había sido recibido, y también más detallado. Para examinarlo fueron nombrados monseñor Garampi y monseñor De Celada. Estos procedieron con gran delicadeza, pidiendo siempre al fundador su parecer sobre los cambios que sugerían. El único punto que Pablo no aceptó fue el referente a la pobreza. No quiso que se aceptasen legados, ni siquiera con la condición de venderlos para el sostenimiento de la congregación. La experiencia que había tenido confirmaba la validez de la inspiración primitiva, haciéndole entender lo nociva que era para la Iglesia la acumulación de bienes materiales.

El papa y el cardenal Colonna, vicario para la diócesis de Roma, pidieron a Pablo que predicase una misión en la gran iglesia de Santa María in Trastevere. Hacía cinco años que Pablo no predicaba ya misiones por su mala salud, pero aceptó por obediencia. Antes de comenzar, sin embargo, le vinieron fiebres altas y vómitos. El papa estaba tan preocupado, que varias veces al día mandaba a informarse de su salud, con gran confusión del enfermo por tantas atenciones. A mitad de la misión mejoró y, el 17 de septiembre, Pablo comenzó a predicar. Era llevado al tablado, pero una vez allí, de pie, recobraba el vigor de antaño, dejando a todos mara-



villados. El cronista Cioni recuerda que impresionaba la santa libertad con la que «reprendía los vicios y los desórdenes, sobre todo de la nobleza»<sup>10</sup>. El mismo Pablo refería que «siempre había habido gran concurrencia de gente de todas las clases sociales: canónigos, preladados, nobleza y pueblo sencillo de toda condición, sacerdotes, religiosos en gran número; y este pobre viejo, decrepito, ignorante, era escuchado voluntaria y gustosamente con fruto: *Benedictus Deus*»<sup>11</sup>. Cada noche, el papa se informaba de cómo iba la misión. La última tarde fue tal la multitud, que la plaza de delante de la basílica estaba completamente abarrotada de gente, y muchos hubieron de renunciar a escucharle.

### *La nueva y solemne aprobación de la congregación*

A pesar del interés personal del papa, también la nueva aprobación de la congregación se hizo esperar. «Las cosas de Roma —escribía Pablo completamente desanimado— ya se sabe que, para moverlas, se necesitan mil quilates de paciencia, doscientos ochenta de prudencia y dos mil de paciente espera»<sup>12</sup>. Y también: «En este bendito país hay que caminar por la calle de la *Lungara*. Paciencia. Los privilegios serán muchos en la bula, pero se requiere que la paciencia sea bien larga»<sup>13</sup>.

Pablo se esperaba un breve, semejante al de Benedicto XIV, y en cambio obtuvo una bula, que es un documento de mayor trascendencia. Dicha bula contenía todos los privilegios que él deseaba para su congregación. Por las palabras iniciales, se llama bula *Supremi apostolatus*. Fue entregada personalmente a Pablo en la residencia del Santo Crucifijo el 23 de noviembre 1769. Después de cincuenta años de angustias y luchas, Pablo podía escribir a la señora Calcagnini, una de sus penitentes de Gaeta: «Antes de morir dejo la congregación bien fundada en la santa Iglesia. Le pido que también usted dé gracias al Señor y le ruegue que nos mande hombres de gran santidad y doctrina, para que se propague en el mundo entero la devota memoria de la santísima pasión»<sup>14</sup>.

10. *Annali*, 250.

11. L III, 709 (a P. G. B. Gorresio, 27-9-1769).

12. L III, 710.

13. L III, 773 (a P. G. B. Porta, 12-10-1769).

14. L III, 828 (12-12-1769).



Además de establecer solemnemente a los pasionistas en la Iglesia como congregación de votos simples, la bula resolvía el antiguo problema de las ordenaciones, que habían tenido que ser autorizadas en cada caso por la Santa Sede. Hasta entonces había sido aprobada la regla, pero no la congregación en cuanto tal. Ahora quedaba constituida en congregación, que, en muchos aspectos, se asemejaba a una verdadera orden mendicante. Esta vez Pablo se sentía satisfecho, más allá de sus mismas expectativas. El papa quería cada vez más a los pasionistas, recibéndolos, incluso, en su propio dormitorio, con lo que pudieron admirar su simplicidad y pobreza verdaderamente franciscanas.

### *El último viaje al Argentario*

Apenas se sintió un poco mejor, Pablo quiso hacer un viaje a los lugares en los que había nacido la congregación, para visitar a tantos hijos y amigos espirituales. Para ello pidió autorización al papa, que quiso que pidiera también la aprobación del cardenal vicario de Roma. Pablo estaba celosamente custodiado en la Ciudad eterna.

Partió el 27 de marzo de 1770, juntamente con el padre Juan María Cioni, su compañero fiel y su confesor. Este escribió un diario del viaje, precioso para nosotros. Llegado a Tarquinia, visitó el monasterio para sus monjas, ya casi terminado, «dando el diseño de algunas cosas necesarias —refiere el cronista Cioni— para que las religiosas pudieran custodiar el verdadero espíritu»<sup>15</sup>. Descansó algunos días en la casa Costantini, subiendo luego al convento de San Pancraccio, el último fundado, donde hizo la visita canónica y pasó las fiestas de pascua. También escribió una carta al papa con la relación de la parte del viaje ya realizado y tuvo la sorpresa de recibir una respuesta suya en forma de breve: «Os mandamos esta carta —escribía entre otras cosas el papa— con el deseo de que sea como un monumento perenne del amor paternal que os profesamos, pidiéndoos insistentemente a cambio, que, siguiendo en la santa vida que habéis comenzado y confortándonos con asiduas plegarias, os esforcéis en desarrollar y aumentar cada vez más en

15. *Annali*, 256s.



nuestro ánimo el gozo que experimentamos con vuestro crecimiento y el amor paternal que sentimos hacia vos»<sup>16</sup>.

El tiempo era malo y los dos viandantes pensaron seguir el viaje por mar. Fueron, por tanto, a la Marisma y durmieron una noche en una choza de pescadores, aprovechando para exhortarles a vivir cristianamente. El mar borrascoso les obligó a tomar tierra en Montalto Di Castro, donde pernoctaron en una torre en la desembocadura del río Fiora. Luego siguieron a caballo. Llegados a Orbetello al caer de la tarde, los guardias, temiendo que fuesen jesuitas en fuga, no les querían dejar entrar en la ciudad, hasta que un amigo reconoció a Pablo. La multitud le hizo entonces una gran fiesta, parecida a las que se le habían hecho en el Bajo Lazio, hasta que los dos llegaron a la casa de Juana Venturi. Un religioso anciano del monte Argentario comenzó a saltar de alegría cuando vio llegar al fundador. Pablo se mostró muy contento del fervor que encontró en las dos comunidades del Argentario.

Al dejar el monte Argentario el 5 de mayo de 1770, Pablo no pudo contener las lágrimas. «Ay, qué cosas me recuerdan estos montes», exclamaba<sup>17</sup>. Hizo el viaje en calesa, con tiempo lluvioso, siendo acogido en todas partes con las ya habituales manifestaciones de devoción y de entusiasmo. Llegado a Roma, el 20 de mayo fue recibido ya por el papa, que le consideraba como uno de sus amigos y confidentes más queridos, hasta el extremo de llamarle cariñosamente «papá mío»<sup>18</sup>. Pablo habló al pontífice de una necesaria reforma del clero, sobre todo del regular, esto es, de los religiosos. Clemente XIV le respondió que también él estaba pensando precisamente en esto y elogió el valor de Pablo al exhortar a los obispos a que se dedicasen a la predicación del evangelio, y a todos los sacerdotes a velar solícitos y dedicarse más a la oración<sup>19</sup>.

16. Texto latino en Strambi, 154s.

17. PBC I, 81 (G. Cioni).

18. *Annali*, 263.

19. *Ibid.*



## Fundación de las monjas pasionistas (1770-1772)

### *La larga gestación*

Ya en 1734, cuando estaba en la ermita de San Antonio, Pablo abrigaba la idea de un instituto femenino, inspirado en la pasión de Jesús y siempre al lado del instituto masculino, especialmente con la oración. Hablando de dos jóvenes fervorosas, manifestó entonces: «Esperamos que ellas serán algún día compañeras de nuestra devoción»<sup>1</sup>. Hemos visto ya cómo tanto Inés Grazi como sor Querubina Bresciani habían tenido luces del cielo respecto a la fundación de un instituto de religiosas pasionistas, luces que para Pablo no eran, sin embargo, suficientes. «Sobre lo que usted dice —escribía a Inés Grazi en 1736— acerca de una congregación de mujeres para este género de vida, se necesitan milagros, una clarísima y altísima revelación de Dios. ¡Pero qué digo! ¡se necesita lo que ni yo mismo logro entender!»<sup>2</sup>.

También Tomás Fossi se interesó por esta fundación, que él deseaba obviamente se hiciera en su isla de Elba<sup>3</sup>. En varias cartas, Pablo, que trabajaba con tanto fruto en diversos monasterios de monjas, manifiesta soñar con un monasterio pasionista, pero que considera este sueño demasiado bello, para él casi inalcanzable<sup>4</sup>.

1. L I, 116 (a A. Grazi, 10-9-1734).

2. L I, 145s (9-8-1736).

3. Cf. los textos de la carta ofrecidos en StCr I, 1289s.

4. A una aspirante le hace decir: «Hágase santa donde está, porque la obra que se cree cercana, está lejanísima, y yo mismo no puedo creer que pueda verla en mi vida» (L II, 769, al padre F. Cosimelli, 12-3-1749).

Hacia 1750 fue Lucía Burlini la que tuvo una compleja y maravillosa visión respecto a la obra a la que Pablo estaba llamado por Dios y en la cual tenían un puesto importante las «palomas o tórtolas del Calvario»<sup>5</sup>. Algunos creen que Pablo pensó en la misma Lucía Burlini para piedra angular de esa fundación, pero esto no está demostrado. Es cierto que, impresionado tal vez por tan hermosa visión, Pablo se dirigió muchas veces a ella encargándola rezar por tal intención<sup>6</sup>.

La que en los designios de Dios había de ser primera piedra, la cofundadora de las monjas pasionistas, era, como ya hemos visto, María Crucificada Costantini. Esta había tenido clara inspiración al respecto desde 1741; además, su hermano y su cuñada destinaron sus bienes a la construcción del primer monasterio, comenzado en Tarquinia en 1754. Se puede observar que, mientras Pablo nunca tuvo dudas acerca de su llamada a reunir compañeros en una nueva congregación, cuando se trataba de la fundación de una congregación femenina, se mostró muy inseguro y vacilante. Esto no ha de interpretarse en sentido negativo, como si no se sintiese llamado con la misma claridad que a la otra. Puede entenderse más bien como una llamada tan alta, que exigía en él mismo una lenta maduración.

La crisis más fuerte la tuvo en 1756. Pablo estaba persuadido de que no se podía fundar una congregación femenina junto a otra masculina, sin que ésta estuviese reconocida como una verdadera orden religiosa con votos solemnes. Y no se veía ninguna posibilidad de obtener esta concesión. Entonces Pablo animó a Costantini a seguir adelante en la construcción del monasterio, diciéndole que, si no fuese posible dedicarlo a las pasionistas, se podía ofrecer a las monjas del Divino Amor, de Montefiascone, monasterio fundado por el cardenal Marcantonio Barbarigo, a quien Pablo tenía en mucha estima<sup>7</sup>. Afortunadamente, el obispo, monseñor Giustiniani, dio su nombre para la construcción del edificio y al mismo tiempo declaró legítimo propietario a Costantini. Así, ante el público, el monasterio aparecía como obra del obispo,

5. P. García, *La humilde tejedora de Piansano, Lucía Burlini*, Zaragoza 1993, 55s; cf. también B. N. Bordo, *La venerabile Lucia Burlini*, Roma 1988, 159ss.

6. *Ibid.*; cf. también P. Gaétan du nom de Marie, *St. Paul de la Croix et la fondation des religieuses Passionistes*, Tirlemont 1936.

7. L II, 781 (a D. Costantini, 5-4-1756).



aunque esto no evitó del todo las críticas de los malévolos de siempre.

En 1757 Pablo escribía a Costantini: «Armese cada vez de mayor confianza en Dios; no le espanten las dificultades, Dios le hará ver maravillas. Por tanto, *corde magno et animo volenti* (con mucho corazón y voluntad), prepárese a la gran empresa con corazón humilde, con purísima intención para mayor gloria de Dios y para preparar un nido a las puras palomas del Crucificado, para que guarden luto perpetuo por la santísima pasión, ungiendo las llagas divinas con el bálsamo de sus lágrimas, salidas de corazones verdaderamente abrasados de amor. ¡Oh qué grande obra! ¡oh qué grande obra! Dé gracias a Dios de que le haya escogido para una obra de tanta gloria suya, y manténgase ante él en actitud de total humildad y anonadamiento»<sup>8</sup>.

El 9 de enero de 1759 fue colocada la primera piedra del nuevo monasterio. Numerosas jóvenes querían entrar en él<sup>9</sup>. Muchos lo criticaban, pero la misión que Pablo predicó en la ciudad en diciembre de ese mismo año, fue suficiente para hacer bajar la cabeza a los que se oponían. Otra dificultad fue la carestía de los primeros meses de 1760. La única entrada de la familia Costantini eran, de hecho, las cosechas del campo, que fueron escasísimas.

En 1765 surgió además otra dificultad. Costantini quería inmiscuirse en la vida de las futuras monjas, disponiendo que tuvieran los locutorios como los demás conventos que él conocía, que comiesen carne y así otras cosas. Pablo no quiso saber nada de eso, y escribió con notable dureza a la hermana de Domingo, María Crucificada: «Que escriba él las reglas y constituciones, las haga aprobar por el papa y luego ponga allí a las monjas que quiera, porque yo jamás consentiré tal cosa, que sería destruir nuestro Instituto de la santísima pasión. Sé que los locutorios son la ruina de los monasterios y de ello tengo experiencia, haciendo tanto tiempo que doy ejercicios a monjas»<sup>10</sup>.

La energía del santo y la mediación de la hermana lograron su efecto. Domingo cedió. Más tarde, hubo alguna otra disparidad de

8. L. II, 785 (4-4-1757).

9. L. III, 369 (a Teresa Palozzi, 29-3-1759).

10. L. II, 304 (a M. M. Crucificada Costantini, 16-2-1765).



criterios respecto a levantarse a media noche y a comer carne, pero también entonces Domingo cedió<sup>11</sup>.

Después de haber orado largamente, en 1766 Pablo puso manos a la obra y comenzó a escribir las constituciones, ayudado por los padres Juan Bautista Gorresio, Marcaurelio Pastorelli y Juan María Cioni. Los intentos, sin embargo, duraron aún largo tiempo. El obispo Giustiniani no se contentaba con las garantías de la familia Costantini y, por consiguiente, no se comprometía a pedir el permiso pontificio para la apertura del nuevo monasterio. Se repetía aquí lo que había sucedido en monte Argentario con el cardenal Altieri, para el cual no eran suficientes las garantías de la familia Grazi. Esta morbosa preocupación de algunos responsables de la Iglesia por la seguridad económica de los religiosos demuestra su incapacidad para exigirles la práctica de los consejos evangélicos y una mentalidad distinta de la cultura que surgía entonces. Esta achacaba a la Iglesia precisamente ser obstáculo y como mano muerta para un equilibrado desarrollo comercial de los estados. Es natural que, en tal situación jurídica, fuese también lenta la construcción de un monasterio.

Todo cambió con la elección de Clemente XIV. En 1770 Pablo visitó el monasterio, todavía inconcluso, e hizo estrechar inexorablemente las rejas hechas para los locutorios. En aquel entonces lamentaba muchos asaltos de satanás y abandonos de espíritu. Escribía: «Preveo que tendré que sufrir mucho, tal vez más que por nuestra congregación. Pero espero que Dios me dé la gracia de padecer y de sobrellevar todo para su mayor gloria»<sup>12</sup>. El 1 de julio de 1770 fueron presentadas al papa las constituciones. Después de haberlas hecho examinar, él quería aprobarlas inmediatamente por medio de un breve apostólico. Fue Pablo quien le pidió que las aprobase con un sencillo rescripto, de modo que se pudiesen experimentar por algún tiempo y, si se creyese necesario, introducir algunas correcciones. El 30 de septiembre de 1770 estaba ya listo el rescripto.

A finales de ese mismo año, sin embargo, Pablo, que ya se había animado a asistir a la inauguración del monasterio, cayó enfermo; estuvo a las puertas de la muerte y recibió varias veces

11. L II, 305s (a la misma, 19-2-1765).

12. L II, 794 (a D. Costantini, 23-5-1770).



el viático. A diferencia de su hermano, no manifestó ningún miedo a la muerte. «La muerte —decía— suele, naturalmente, causar espanto. A mí no me da miedo»<sup>13</sup>. Declaró al papa que quería morir como hijo de la Iglesia, y éste, que se informaba frecuentemente de su estado de salud, le mandó la bendición *in articulo mortis*. Luego le hizo saber que no quería que muriese y que, por tanto, debería pedir al Señor que le diese una prórroga. Pablo obedeció: «Señor —dijo—, yo quiero ser hijo de santa obediencia. Vuestro vicario me manda a decir que os pida que me alarguéis un poco la vida»<sup>14</sup>. El Señor escuchó su oración y Pablo sanó rápidamente.

### *La improvisada intromisión de la duquesa Barberini*

La última dificultad para la apertura del monasterio de Tarquinia fue la inesperada vocación de una noble dama romana, la duquesa Ana Colonna Barberini, viuda de Felipe Sforza-Cesarini. En el verano de 1770, esta noble dama se sintió inspirada a ser monja, entrando en el monasterio que se estaba construyendo para las pasionistas. Habló de ello con Pablo, quien quedó bien impresionado. Pidió consejo al papa y éste no sólo la animó, sino que le escribió una carta en forma de breve apostólico en la que la constituía superiora de la nueva comunidad que se iba a formar<sup>15</sup>. La duquesa asignaba también una renta fija al monasterio, cosa no de despreciar, ya que venía a resolver uno de los problemas más espinosos que se habían tenido que afrontar hasta entonces. El 16 de marzo de 1771, la duquesa se retiró a un monasterio de Narni, para prepararse a la apertura del de Tarquinia, fijada para el mes siguiente.

Por desgracia, la duquesa era una persona demasiado inestable y agotada a causa de los sufrimientos que había soportado. En Narni creyó tener comunicaciones del cielo contrarias a la inspiración sentida anteriormente. Sufrió terribles depresiones e incluso

13. PBC I, 100 (G. Cioni).

14. PCB I, 103s.

15. Ofrecido en StCr I, 1345s.



convulsiones<sup>16</sup>. Entonces, escribió al papa y al padre Juan María Cioni destinado para hacer las veces de Pablo, todavía muy débil. Les pedía que se retrasase la fecha de la apertura del monasterio. Las postulantes, sin embargo, estaban ya en la casa Costantini y el 6 de abril fueron bendecidos el monasterio y la iglesia, que se dedicaron a la Presentación de María en el templo, lo mismo que el primer convento del monte Argentario. El padre Juan María Cioni mandó un mensaje a Narni para deplorar el comportamiento de la duquesa e invitarla a venir lo antes posible. Todo estaba dispuesto para la apertura y las postulantes, impacientes y deseosas de ingresar; pero la que había sido destinada para ser piedra angular y superiora, no aparecía. Tuvo que intervenir el mismo papa, que, reconociendo haberse equivocado con la duquesa, aseguró un subsidio personal de 300 escudos anuales y estableció que, de todos modos, el 3 de mayo de 1771, fiesta entonces de la Invenición de la santa cruz, se procediera a la vestición de hábito de las angustiadas postulantes.

Este incidente recuerda un poco el de los caballeros florentinos, que había tenido lugar varios años antes en monte Argentario. Tanto aquí como allá, era un personaje noble el que se interfería, confundiendo la simplicidad de personas humildes, pero decididas a consagrar a Dios enteramente su vida sin la menor reserva.

Esta vez, tanto María Crucificada como su hermano Domingo y su cuñada Lucía supieron llevar el contratiempo con gran paz y abandono a la voluntad de Dios. Hacía tantos años que sufrían por aquel monasterio; Pablo había tenido luces claras de que María Crucificada debía ser su piedra angular y, de improviso, todo esto se desvanecía. Pero confiaban en que la voluntad de Dios se abriría camino por sí misma, como en efecto así sucedió.

### *La solemne inauguración*

El 3 de mayo de 1771, las diez postulantes guiadas por la M. Crucificada Costantini, que había salido para esto del monasterio de las benedictinas, fueron a la catedral para ser vestidas con el

16. Cf. la carta de la abadesa de Narni al obispo, referida en StCr I, 1349, nota 244.





*San Vicente M.ª Strambi, obispo de Macerata y Tolentino,  
y primer biógrafo del Santo. Retiro de San Juan y Pablo*



mismo hábito de los religiosos pasionistas. El vicario capitular celebró la misa y tuvo la ceremonia de la vestición. En representación del fundador, predicó el padre Juan María Cioni. Se cantó la misa. Luego, las once religiosas, llevando una cruz sobre los hombros y una corona de espinas en la cabeza, llenas de gozo, hicieron su entrada en el convento. Toda la ciudad participó conmovida y en ambiente de fiesta. Se entregaron las llaves a la M. María Crucificada y se estableció la clausura perpetua<sup>17</sup>.

Las diez compañeras de la M. Crucificada eran personas bien preparadas y decididas. Pablo las había cultivado y dirigido personalmente durante muchos años<sup>18</sup>.

Aunque lejano, Pablo experimentó aquel día un consuelo tan grande, que acostumbraba a decir que, si hubiera estado presente, su espíritu no hubiera probablemente aguantado tal emoción y hubiera desfallecido<sup>19</sup>. Se iniciaba así una forma de vida entre las más humildes y crucificadas, que habría de dar a la Iglesia muchas almas santas, tan grandes como escondidas. La más conocida será una que ni siquiera podrá entrar en el monasterio, pero que vivirá más que ninguna otra el espíritu de la pasión. Es santa Gema Galgani, de Lucca (1878-1903), estigmatizada en el cuerpo y en el alma, y una de las imágenes femeninas más perfectas de Cristo crucificado.

La duquesa Barberini causó todavía algunos problemas a la joven comunidad. Después de dos meses de estancia en Narni, llegó fuera del tiempo previsto a la casa Costantini y luego al monasterio. Todos se esmeraron en recibirla con gran deferencia, pero ella no se encontró a su gusto. Permaneció solamente medio mes en el monasterio, del que salió el 6 de junio después de haber obtenido permiso del papa, dolido también por su comportamiento. Luego, entró en el convento de Narni, donde había estado ya dos meses y, gracias a Dios, se encontró allí feliz.

El 20 de mayo de 1772, las once primeras novicias emitieron su profesión religiosa con el mismo rito de los religiosos pasionistas: doblar de las campanas a muerto, lectura de la pasión según

17. Cf. la viva descripción de la ceremonia en A. Spina, *Venerabile M. Crocifissa Costantini*, Roma 1983, 39-45.

18. Cf. la detallada presentación que de esto hace E. Zoffoli en *StCr* I, 1358-1376.

19. *PBC* II, 512 (M. Crucificada Costantini).



san Juan, las novicias extendidas en el suelo sobre un paño negro para indicar su muerte mística a todo lo que no es Dios. Fuera, en cambio, se disparaban morteros en señal de fiesta. La madre Crucificada fue elegida primera superiora canónica. Informados de estos sucesos, tanto el papa como el fundador respondieron con cartas rebosantes de consuelo y de bendición al Señor. Pablo ofreció gustoso al buen Dios el sacrificio de no poder ver nunca a sus propias hijas espirituales, vestidas de su mismo hábito<sup>20</sup>.

Hoy son más de 35 los monasterios de las monjas pasionistas, esparcidas por muchas naciones. En 1825 la marquesa Magdalena Frescobaldi, de Florencia, que había dado comienzo en 1812 a una congregación de vida activa inspirada en la pasión, pasó algunos días en el monasterio de Tarquinia, para conocer mejor el espíritu de la congregación pasionista. Así nacieron las religiosas pasionistas de vida activa, que luego se multiplicarían y se extenderían por diversas naciones. De manera parecida, surgieron más tarde otros institutos inspirados en el carisma de la pasión.

20. StCr I, 1388s.

## En la casa romana de los santos Juan y Pablo (1772-1775)

### *Sufrimiento por los males de la Iglesia*

Pablo pasó los últimos años de su vida casi siempre en cama, aquejado de varias enfermedades. Lo cuidaba como enfermero el bueno e inteligente hermano Bartolomé, natural de Orbetello. Pablo se informaba sobre las misiones que predicaban sus religiosos y les acompañaba con la oración y el sufrimiento. Seguía también los capítulos provinciales que se celebraron en 1772 en Terracina y Tarquinia.

Entre 1772 y 1773 se interesó mucho por una fundación que los habitantes de Isso (Macerata) querían hacer después de una misión predicada allí por los pasionistas. También el papa se interesó por ella. Por desgracia, también aquí se opusieron los capuchinos. Pablo, libre ya de toda rémora, escribía a un amigo suyo: «Por las noticias que tengo, los recursos hechos por los frailes no son más que de los muy reverendos padres capuchinos, que han tenido miedo siempre a morir de hambre y temen todavía más ahora que se trata de esta fundación; por eso se sirven de todo para impedir que se les quite el pan de la boca, como si Dios y san Francisco debieran o pudieran faltar a sus verdaderos hijos»<sup>1</sup>.

La fundación en las Marcas fracasó. Sin embargo, poco después de la muerte del fundador se haría una en Morrovalle, en la

1. L IV, 187s (12-3-1773).



provincia de Macerata, y su querido hijo espiritual, Vicente Strambi, sería obispo de aquella ciudad.

Aquellos años estuvieron caracterizados también por una gran participación en los sufrimientos del papa por los males de la Iglesia, sobre todo por cuanto se relacionaba con la compañía de Jesús, que fue entonces suprimida. A las personas de más oración, Pablo les recomendaba continuamente que rogasen por el papa<sup>2</sup>. Desde joven, había tenido siempre las mejores experiencias con los religiosos de la compañía de Jesús. Leía las obras de algunos jesuitas, incluso contemporáneos, como Scaramelli. En la predicación de ejercicios espirituales exhortaba a no apartarse del método de san Ignacio, «porque sería un gran error»<sup>3</sup>. Por medio del cardenal Frattini, obtuvo de los jesuitas la residencia del Santo Crucifijo. En 1767 el jesuita Jerónimo Lagomarsini le regaló algunos libros para la residencia del Santo Crucifijo, con una dedicatoria en latín. Agradeciendo al padre Reali este regalo, Pablo le escribía: «Con relación a las grandísimas tribulaciones a las que está sometida esta ínclita compañía de Jesús, esté bien seguro de que también yo lo siento mucho y que, con sólo pensar en ello, no puedo menos de gemir y de llorar viendo en esta situación a tantos pobres religiosos inocentes, y al mismo tiempo triunfar el demonio, disminuida la mayor gloria de Dios, y tantas almas perdidas por falta de la ayuda espiritual que les venía de esos mismos padres en tantas partes del mundo. Pensando en esto, no dejo de hacer oraciones especialísimas, esperando que, después de algunas tormentas, aquel Dios que *mortificat et vivificat* hará surgir de nuevo a su tiempo y con mayor esplendor esta compañía. Tal ha sido siempre y tal es mi sentimiento»<sup>4</sup>.

Precisamente porque sabía que éstos eran los sentimientos del santo, el célebre padre Ricci, último general de la compañía antes de la supresión y que moriría encarcelado en el Castillo de Sant' Angelo, fue a visitarle en la residencia del Santo Crucifijo en el mismo año 1767, quedando muy consolado de su visita. Cuando fue suprimida, la compañía de Jesús contaba con 22.589 religiosos, tenía 1.542 iglesias, 660 colegios y 251 misiones. Escribiendo

2. Cf., por ejemplo, L I, 807 (a T. Fossi, 1-1-1773).

3. *Regolamento per gli esercizi spirituali*, citado en StCr I, 1416.

4. L IV, 20s (22-9-1767).

unos veinte años más tarde acerca de la supresión, el padre Juan María Cioni, confidente y confesor del santo, la recordaba así: «La tarde del 16 de agosto, entrada ya la noche, tuvo lugar la supresión de la famosa compañía de Jesús. Esta noticia funesta fue oída con gran estupor por nuestro padre, que adoró los juicios inescrutables de Dios, escondidos y secretos sí, pero siempre justos y rectos. Séanos permitivo hacer aquí una breve observación: parece que la divina Providencia, por caminos admirables, dispuso las cosas de modo que, sobre este asunto, su amado siervo no debiese ni pudiese tomar parte *neque pro neque contra: neque in bonum neque in malum* (ni en pro ni en contra: ni para bien ni para mal). En aquellos tres años en los que se trató de la mencionada supresión, él estuvo clavado en el lecho. Cuando era ya un hecho consumado, es cuando comenzó a mejorar y levantarse. De donde un hombre de bien y muy sensato, al oír que Pablo había comenzado a celebrar misa, dijo a una persona confidente suya: ‘Veréis que el asunto de los jesuitas ha terminado. Para que las malas lenguas no hablen de este siervo de Dios como si hubiera sido el consejero del papa en tal supresión, el Señor le ha tenido clavado en el lecho. Ahora ha sanado de nuevo’. De hecho, antes de caer enfermo, en sus audiencias con el papa, éste nunca le pidió consejo sobre ese tema concreto»<sup>5</sup>.

¿Quién acusará, pues, a Pablo de haber contribuido a la supresión de la compañía de Jesús? Si se estudian los documentos contemporáneos, no encontramos más que suposiciones basadas en sospechas del todo infundadas, contenidas en una relación de Centomani a Tanucci y en una carta del cardenal De Bernis al duque de Choiseul<sup>6</sup>. Centomani, enviado del reino de Nápoles a Roma, era un diplomático que trataba, sobre todo, de complacer al omnipotente ministro Tanucci. El duque de Choiseul fue uno de los principales artífices de la expulsión de los jesuitas de Francia, y el cardenal De Bernis, era, en el fondo, criatura suya. Estos miraban a la Iglesia con ojos de políticos, preocupados únicamente de los intereses de los gobernantes a quienes servían, y no estaban capacitados para entender a hombres verdaderamente espirituales.

5. *Annali*, 285s.

6. La carta de Centomani a Tanucci se reproduce en Pastor XVI-2, 462-464. De la carta de De Bernis habla P. De Ravignan, *Clément XIII et Clément XIV*, Paris 1854; cf. StCr I, 1428-1431.



Al escribir los *Anales*, el padre Juan María Cioni no conocía ciertamente esta correspondencia. Sin embargo, es probable que corrieran ya por ahí esas habladurías, que se basaban en la conocidísima amistad que el pontífice tenía con Pablo de la Cruz.

En cambio, quien pretendió demostrar históricamente la influencia de Pablo de la Cruz en la supresión de los jesuitas, fue el escritor Julio César Cordara, exjesuita y casi paisano de Pablo, ya que había nacido en Alejandría. Consignando una visita que el papa hizo a Pablo en junio de 1774 como efectuada un año antes, refiere que el pontífice salió muy consolado y arguye que, sin duda, había sido animado por Pablo en su propósito de suprimir la compañía<sup>7</sup>. Esta hipótesis no tiene ya ninguna aceptación. El mismo Pastor la considera insostenible<sup>8</sup>.

Es probable, en cambio, que, al menos en su corazón, Pablo no aprobase la política de su gran amigo el pontífice. Nos lleva a pensar así la relación del cronista Cioni y también el testimonio de un sencillo hermano, que refiere una divergencia entre Pablo y un marqués de clara mentalidad iluminista: «Una vez, hablando con un cierto y noble marqués de la repugnancia que cada día se ve en someterse al Cabeza visible de la Iglesia, con respeto pero con santa libertad, el siervo de Dios replicó: 'Esto, señor, es hablar según la política mundana y no se puede hablar así de cosas tan complejas. Si separamos de la Iglesia a los reinos, el daño será de éstos. Si falta la fe en un reino, Dios hará que otro reino la abrace. La fe es una. Dios es el mismo. Sus palabras no fallan. En cuanto a mí —añadió— ojalá me concediese Dios dar la sangre y la vida por esta fe. Me consideraría sumamente feliz y, si tuviera que hablar a los soberanos, lo haría con la misma libertad'»<sup>9</sup>.

El marqués se calló, pero, volviéndose al hermano, le dijo: «Una docena de estos hombres harían cambiar el mundo». De este episodio resulta claro que Pablo no estaba a favor de la política seguida con los soberanos iluminados y luego también con Napoleón, política de ceder para evitar males mayores. Hubiera pre-

7. J. Cordara, en A. Albergotti-A. Faggiotto (dirs.), *De suis ac suorum rebus, aliisque suorum temporum usque ad occasum Societatis Jesu commentarii*, Torino 1933, 401s; cf. también StCr I, 1409ss, con la bibliografía allí ofrecida.

8. Pastor XVI-2, 353s, nota 11.

9. PBC III, 189s (hermano Francesco Franceschi).



ferido la pérdida del poder y el mismo riesgo de la unidad, antes que ceder.

El último testimonio del amor de Pablo a la compañía de Jesús lo encontramos en una nota del padre José Mazzolari, jesuita contemporáneo suyo, que traducimos del latín: «El reverendo padre Pablo de la Cruz fue un hombre santo y venerable. En los últimos años de su vida lo visité con frecuencia y descubrí y constaté que era tal como lo describía la fama. En las conversaciones privadas que tuve con él, hablaba con grande estima de la compañía de Jesús, que iba a ser suprimida y a la que él quería mucho. Entre otras cosas me dio acerca de ella un testimonio admirable, afirmando que, en tantos años como había predicado misiones al pueblo, nunca había oído nada que pudiera mancillar el buen nombre de la compañía, la santidad y la general estima de las personas honestas»<sup>10</sup>.

No hay motivos para dudar de la veracidad de este testimonio.

#### *La casa general de Roma*

Clemente XIV quería mantener la promesa hecha a Pablo de proporcionarle una casa mayor en Roma. Para eso le propuso la iglesia y convento de San Andrés, en el Quirinal, precisamente frente a su sede habitual. El cardenal De Celada, sin embargo, propuso a Pablo un cambio: que los pasionistas tomasen la casa e iglesia de los Santos Juan y Pablo, en el Celio, y los padres lazaristas fuesen a San Andrés del Quirinal. Esta propuesta agradó a Pablo, porque le permitía tener a sus religiosos, también en Roma, lejos del barullo de la corte pontificia, observar la tan amada soledad y dedicarse a los pobres campesinos y braceros, que cultivaban los huertos y campos de aquella zona, entonces muy periférica. También al papa le agradó aquel cambio.

Todo parecía arreglado y Pablo había convocado ya a varios de sus religiosos a Roma; pero, como suele acontecer, las cosas se complicaron. Los lazaristas pedían a la Santa Sede algunas compensaciones. Además, otros institutos deseaban la iglesia de San Andrés.

10. Bollettino (1927) 19.



«Siento que surgen contradicciones —escribe Pablo al papa— y que tenemos muchos que se oponen diciendo que somos pocos, que somos gente de monte, que tendremos aquella iglesia mal cuidada y otras habladurías y contrariedades. Adoro la voluntad de Dios en todos los acontecimientos... Yo he preparado ya treinta religiosos, esto es, catorce sacerdotes, nueve estudiantes y siete hermanos coadjutores. Imploro, por tanto, de vuestra santidad la gracia de poder establecernos pronto en dicha iglesia de los Santos Juan y Pablo *propter magnam gloriam Dei* y de esta forma hacer callar a nuestros contrarios»<sup>11</sup>.

Disgustado por los retrasos, el papa dispuso que se diese a los pasionistas la iglesia de San Andrés. Afortunadamente intervino el cardenal De Celada, que logró superar las dificultades surgidas con los lazaristas. Pablo dio las gracias al pontífice con una carta llena de entusiasmo, siendo recibido en audiencia a primeros de noviembre de 1773. Superadas otras dificultades burocráticas, el 9 de diciembre pudo tomar posesión de la casa y de la basílica, para la cual el papa había regalado también algunas cosas y utensilios.

Pablo se sentía verdaderamente feliz. La antigua basílica estaba cerca del centro de Roma y, al mismo tiempo, en soledad. Sobre la colina del Celio, junto a las ruinas del Coliseo, la basílica se remonta al siglo IV de la era cristiana. Entonces era frecuentada por gente pobre, campesinos y hortelanos, a los que los pasionistas se sentían felices de atender pastoralmente. Aquel mismo día se dirigieron allí privadamente diecisiete religiosos, cantando el *Te Deum* de acción de gracias. Ya en la primera noche se levantaron al canto de maitines. Pocos días después, el número de religiosos aumentó hasta 34. El día de navidad, Pablo se sintió con fuerzas para cantar la misa solemne. Varios años antes, pasando por aquella calle que hoy lleva su nombre, había visto proféticamente que la basílica sería algún día suya. Entonces exclamó: «¡Mi casa, mi casa! Aquí he de venir a vivir yo»<sup>12</sup>.

Varios libros y utensilios de las casas de los jesuitas fueron destinados, por voluntad del papa, a los Santos Juan y Pablo. El padre Vicente Strambi comenzó inmediatamente las clases a los estudiantes internos. Pronto pudieron recibirse personas eclesiás-

11. L IV, 205 (sin fecha).

12. PBC III, 125 (Francesco Casalini).



ticas y seculares para hacer los ejercicios espirituales, frecuentados luego por gran multitud de personas, tanto nobles como gente del pueblo, a veces difíciles de reeducar<sup>13</sup>.

*«Pido perdón al aire que he respirado, a la tierra que he pisado»*

En 1774 la salud de Pablo fue bastante buena, ya que pudo celebrar casi a diario la misa. Veía muy poco. La relación con los religiosos era, en adelante, la de un padre que se conmueve y conmueve a todos. Le gustaba entretenerse con los jóvenes estudiantes y con los hermanos coadjutores. El hermano Marcantonio, el portero, recuerda así su primer encuentro con él a su llegada a Roma: «Me acarició la cabeza, diciéndome: 'Querido hermano Marcantonio, tú vas a ser el portero de este sagrado retiro. Te he hecho venir a Roma para portero, y en la puerta se requiere santa modestia de los ojos y prudencia y educación en el trato. Basta: eres toscano y sabrás hablar bien. Luego, un día que vengas conmigo, te enseñaré cómo debes comportarte en la portería'. Esa tarde yo no me hubiera retirado de aquella habitación»<sup>14</sup>.

Visitando en su celda al padre Marcaurelio Pastorelli, moribundo y uno de los primeros compañeros de congregación, le decía: «Padre Marcaurelio, cuánto siento que me deje. Pero ayudará más a la congregación desde el paraíso, que si estuviese en este mundo. Alégrese, que pronto pasará de la celda al cielo. No se olvide de mí, pobre pecador. Padre Marcaurelio, le pido perdón, que para esto he venido: para pedirle perdón de tanta paciencia que le he hecho ejercitar. Perdóneme y ruegue a Dios por mí, pobre viejo, que quedo solo. Todos mis primeros compañeros han muerto ya. Cuando se encuentre en el santo paraíso, tenga la bondad de hacerle una adoración a la santísima Trinidad y me reverencie a la santísima Virgen, con el padre Juan Bautista; me salude al padre Fulgencio, al padre Juan Tomás, al padre Francisco Antonio, y a todos los religiosos que han vivido con nosotros y que ahora gozan de la bienaventuranza eterna»<sup>15</sup>.

13. T. P. Zecca, *La spiritualità degli esercizi spirituali nella casa dei santi Giovanni e Paolo di Roma*, Roma 1989.

14. Testimonio extraprocésal en AGCP, ofrecido en StCr I, 1457s.

15. Testimonio extraprocésal del hermano Marcantonio, publicado en Bollettino (1924) 10.



La última pascua que pudo celebrar en la basílica, la de 1774, fue un mar de lágrimas, por parte del mismo Pablo, de sus religiosos y de los fieles allí presentes. Antes de la celebración, pronunció una predicación que concluyó pidiendo perdón con estas palabras: «Pido perdón primero a Dios y luego a los consultores del preposición general, pido perdón a los provinciales y a sus consultores, pido perdón a todos los sacerdotes de la congregación, a los clérigos, a los hermanos coadjutores, a los terciarios, a los que trabajan en el retiro. Pido perdón al aire que respiro, a la tierra que he pisado, pido perdón, en suma, a todos, del mal ejemplo que he dado, aunque mi intención no era esa»<sup>16</sup>.

El 8 de mayo aún pudo hacer una visita al papa; éste correspondió visitando a Pablo el 26 de junio, fiesta de los santos Juan y Pablo, titulares de la basílica. La salud del papa, sin embargo, empeoraba de día en día. Desde la supresión de los jesuitas, y quizá por las consecuencias de aquella supresión, ya nunca se sintió bien. El 22 de septiembre de aquel mismo año 1774, murió el papa que más había querido a Pablo y a su congregación. Pablo asistió a la solemne misa fúnebre que se celebró en la basílica de los Santos Juan y Pablo. Luego se retiró solo a su habitación. A la hora de la comida, fue al refectorio triste. Hacia final de la misma, sin embargo, inesperadamente tuvo un sentimiento de alegría y dijo al que estaba a su lado: «Hoy es fiesta, vaya a decir al padre rector que haga servir un plato más». Todos dedujeron que había intuido espiritualmente que el pontífice que tanto había sufrido, estaba ya en la gloria con Dios<sup>17</sup>.

### *Pío VI*

El sucesor de Clemente XIV, Pío VI, de la noble familia Braschi di Cesena, fue elegido papa el 15 de febrero de 1775, después de un cónclave difícil. Hacía sólo dos años que era cardenal, pero conocía bien la curia y el ambiente romano. El 5 de marzo, apenas trece días después de su elección, quiso visitar ya a aquel que,

16. *Ibid.*, 14.

17. PBC II, 312 (G. Giacinto Ruberi).



más que ningún otro, sentía cercano a Dios. Llegado a los Santos Juan y Pablo, visitó la basílica; luego, al santo anciano. Al verlo entrar en su habitación, Pablo le aplicó las palabras que Isabel había dicho a María: «*Unde hoc mihi ut veniat vicarius Christi ad me?* (¿de dónde a mí, que el vicario de Cristo venga a visitarme?). Beatísimo padre, yo decía al Señor: Después de la muerte de Clemente XIV, de santa memoria, he quedado huérfano. Pero su divina Majestad me ha proporcionado otro padre».

El papa tomó el solideo que Pablo tenía entre sus manos y se lo puso en la cabeza del santo. Permaneció todo el tiempo de pie, un cuarto de hora, y le pidió que rogase por él. Luego le abrazó y lo besó en la frente. Como Pablo insistiera en querer besarle el pie, según el uso de entonces, el papa condescendió, levantó el pie a la altura de la cama y Pablo se lo abrazó largamente diciendo: «Santo padre, cuánto le quiero, cuánto le quiero»<sup>18</sup>.

Pío VI vendrá a ser un papa a caballo entre tiempos antiguos y nuevos. A los pocos años, bajo su pontificado, se verificaría uno de los acontecimientos más traumáticos de la historia de la humanidad: la Revolución francesa y la llegada al poder de Napoleón. Después, el mundo no volverá ya a ser el mismo. Pío VI era nepotista y amante de las artes como un papa del renacimiento, pero al propio tiempo con un amor tan apasionado por la Iglesia, que le llevó a no temer el destierro y a soportar un verdadero martirio interior, como los papas de los tiempos nuevos. Con él y con su sucesor, Pío VII, precisamente cuando muchos pensaban que el papado había llegado a su ocaso, comenzó una nueva era para la Iglesia.

El papa bendijo al santo, pero tal vez fue el santo el que bendijo más al papa, transmitiéndole el espíritu, para que la Iglesia pudiera ser, de una manera nueva para el mundo nuevo que estaba naciendo, madre de santos. Algún tiempo más tarde, hablando del papa con su amigo Antonio Frattini, Pablo le dijo: «Yo me llamo Pablo de la Cruz, pero lo soy solamente de nombre. Con más razón puede apellidarse *de la Cruz* el santo padre»<sup>19</sup>.

18. PBC IV, 215s (hermano Bartolomeo Calderoni).

19. Testimonio ofrecido en StCr I, 1500s.



## *Rosa Calabresi*

Los últimos meses de vida de Pablo estuvieron caracterizados por su intensa amistad espiritual con la joven Rosa Calabresi, de Cerveteri. En los dos meses que ésta pasó en Roma, de abril a junio de 1775, venía a verle casi diariamente. Pablo se hacía conducir a la sacristía en una silla gestatoria, que todavía se conserva, por los hermanos enfermeros Bartolomé y Francisco. Luego, durante largas horas, conferenciaba con Rosa y con otras personas devotas, entre las cuales una tal Santa Papi.

Rosa Calabresi había nacido el 1743 en Cerveteri, provincia de Roma. Era hija de un arrendatario, bastante acomodado, de la finca del príncipe Ruspoli, que, sin embargo, murió de malaria cuando ella tenía apenas 3 años. Tenía un hermano sacerdote y secretario del cardenal De Zelada. La madre falleció cuando Rosa contaba 23 años. Ella le había hablado de Pablo de la Cruz por haber asistido a varias misiones suyas. Rosa le escribió por primera vez en 1766, dando así inicio a una correspondencia muy intensa, normalmente semanal, que duró hasta la muerte del santo. Salvada milagrosamente en un accidente de calesa invocando los nombres de Pablo y Juan Bautista, Rosa quiso hacerse religiosa de la Visitación en Bracciano, pero su salud delicada no se lo permitió. Pablo la orientó hacia una vida de servicio a los pobres, especialmente con los llamados «monelli», los braceros agrícolas que bajaban de los Abruzzos para trabajar en las fincas de los Torlonia. Algún confesor le había metido escrúpulos, porque creía que no era prudente que ella, tan joven, les visitase en sus chozas para ayudarles y fortalecerles en la fe. Pero «el padre Pablo —cuenta ella misma— me quitó los escrúpulos, me confirmó en aquel propósito y me dijo que prosiguiese con la recta intención y con el deseo de practicar la caridad con los pobres, como si en ellos viera a la persona de Jesucristo»<sup>20</sup>.

Hasta el último año de la vida de Pablo, Rosa Calabresi no se había entrevistado nunca con él. Su primer encuentro tuvo lugar en la sacristía de los Santos Juan y Pablo el 22 de abril de 1775. En los dos meses que permaneció en Roma, sin embargo, se com-

20. G. De Sanctis, *Rosa Calabresi discepolo e confidente di S. Paolo della Croce*, Ceccano 1956, 47s.

pensó bien del tiempo desaprovechado anteriormente. Por desgracia y aconsejada por un confesor, Rosa destruyó las numerosas cartas recibidas del santo, por temor a que apareciese también ella como una santa. Por el mismo motivo, tampoco quería presentarse como testigo en los procesos de canonización. Fue necesaria una aparición del mismo Pablo para convencerla. Sus testimonios contienen más hechos extraordinarios que todos los demás juntos. ¿Qué decir de ellos? Ante todo, que llama la atención que una sencilla mujer campesina haya podido referir tales acontecimientos en dos procesos, a 20 años de distancia el uno del otro, con tanta riqueza y precisión de detalles. Rosa declaró en el primer proceso en 1778, a sólo tres años de la muerte de Pablo, y en el segundo, en 1798, cuando los procesos estaban para interrumpirse por la invasión del Estado pontificio por parte de los franceses.

Llama también la atención la concordancia de las enseñanzas que Rosa Calabresi presenta ampliamente, con las que se encuentran en los escritos de Pablo. Respecto a la humildad, por ejemplo, le decía: «Por la gracia de Dios, yo no sé qué es la soberbia. Tengo ante mis ojos un gran libro, que es el conocimiento de mis gravísimos pecados»<sup>21</sup>.

La misma Rosa Calabresi afirma que las conversaciones que tenía con Pablo eran sólo de temas espirituales, hasta tal punto que podría muy bien denominar el tiempo de esos encuentros como «una continua oración»<sup>22</sup>. En los testimonios de Rosa vemos, por primera vez, la intensa oración y el amor de Pablo por Inglaterra, a la que sus hijos irían a evangelizar entre los primeros después del decreto de emancipación de los católicos en dicha nación. Uno de los más ilustres, el beato Domingo Barberi, recibiría de Dios, de modo providencial y sin lugar a duda, la misión de rogar, trabajar y dar su vida por la conversión de Inglaterra<sup>23</sup>.

21. Testimonio ofrecido en *ibid.*, 67.

22. Cf. los distintos testimonios del proceso apostólico romano en *ibid.*, 57-59.

23. Cf. Domenico della Madre di Dio, *Un Apóstol de la Unidad*, Estella 1973; también Federico dell'Addolorata, *Il beato Domenico della Madre di Dio*, Roma 1963.



## *El último capítulo general*

Con un pie ya en la tumba, Pablo pensaba todavía en adaptar las reglas a las exigencias que había comprobado en los últimos seis años de gobierno. A partir de febrero de 1775, hacía que el padre José Jacinto Ruberi le leyese cada uno de los capítulos de las reglas, indicando los cambios que convendría hacer. Luego, convocó el capítulo general para el 15 de mayo. Quiso que en él participasen los superiores de todas las casas de la congregación, tanto para verlos por última vez, como para que pudiesen valorar las modificaciones que se introducirían en las reglas. Con ese mismo fin, además del capítulo general, convocó también los capítulos de las provincias del Patrimonio y de Marittima.

Llevado al aula capitular en un sillón, comenzó pidiendo perdón a todos por los defectos en su gobierno. Afirmó que nunca había sabido gobernar y que, por este motivo, habría merecido ser expulsado de la congregación. Elegido de nuevo general por indulto del papa, Pablo renunció solemnemente, pero luego, como de costumbre, se dobló a la voluntad unánime de los capitulares. Asistió con dificultad a toda la lectura de las reglas hecha en el aula capitular, y comunicó sus anotaciones. Quiso que cada uno expresara su parecer, y los padres correspondieron a tal confianza autorizándole para hacer todos los cambios que creyera útiles<sup>24</sup>.

En el diálogo capitular, Pablo se mostraba inclinado a que se mitigase la austeridad, para que las reglas estuviesen también al alcance de los más débiles de salud y permitiesen una mayor dedicación al estudio, cada vez más necesario dada la evolución que estaba experimentando la sociedad<sup>25</sup>. La mayoría de los capitulares, en cambio, tendía a mantener, incluso a reforzar, el rigor de las austeridades. Por eso se restableció para los estudiantes la obligación de levantarse a maitines, obligación que había sido suprimida en el capítulo general anterior. No fue acogida la invitación del fundador a mitigar la larga y total abstinencia de carne durante

24. Cf. *Atti del VI Capitolo Generale*: Bollettino (1929) 84s; PBC I, 88 (G. Cioni); *Decreti*, 7-9.

25. PBC 387s (padre Valentino Distolli) y el testimonio del padre Jacinto, ofrecido en StCr I, 1483.

la cuaresma<sup>26</sup>. Estas divergencias se presentan a veces como una división entre rigoristas y moderados, o entre tradicionalistas y progresistas, considerando a Pablo un representante de estos últimos. En realidad, él seguía siendo riguroso en todo aquello que se refería al despego radical del mundo. En cambio, tendía a ser benévolo en lo que se refería a la salud o a los estudios<sup>27</sup>. Probablemente se daba cuenta de la importancia que en los tiempos nuevos iba a tener el poder acoger en la congregación a personas culturalmente bien preparadas y ponerlas en condiciones de ir al ritmo de la cultura. En cambio, prevaleció la desconfianza hacia éstas y la confianza, no del todo justificada, en personas capaces de aguantar grandes austeridades.

26. Cf. la carta circular del padre Juan María Cioni del 15-3-1785, en *Acta Congregationis Passionis* (1949) 140-143, en la que se recuerda que el fundador estaba a favor de mitigar este punto de la regla.

27. Pablo, por ejemplo, era contrario a introducir el así llamado bonete de cura (*StCr I*, 1485). Condescendió, probablemente, al darse cuenta de que, en adelante, tocaba a otros indicar la dirección en que había que caminar



## Testamento espiritual y muerte de san Pablo de la Cruz (junio-octubre 1775)

### *Testamento espiritual*

En los últimos meses de la vida de Pablo, contigua a su habitación se había dispuesto una pequeña capilla. Mientras pudo, celebraba allí la eucaristía. Luego, la celebraba otro sacerdote y él la seguía desde su cama. La última vez que Pablo celebró acá en la tierra la solemnidad del Corpus Christi fue el 15 de junio de 1775. A los dolores reumáticos, de ciática y de gota, se le había añadido un fuerte dolor de muelas. Decía: «En todo mi cuerpo no tengo cuatro dedos sin dolor»<sup>1</sup>. Rezaba siempre los quince misterios del rosario, y pidió al general de los dominicos que vino a visitarlo, autorización para erigir la cofradía del rosario en el noviciado. Antes de morir, estuvo algún tiempo sin poderse mover, necesitando ayuda para todo. El 29 de agosto, el doctor Giuliani, director del Hospital de san Juan, le aconsejó recibir los sacramentos de los enfermos. Pablo quiso que al día siguiente se reuniese en su habitación toda la comunidad, para poder dejarles «los últimos y principales recuerdos»<sup>2</sup>.

Después de protestar que quería morir en comunión con la Iglesia, y de haber recitado devotamente el credo, expuso sus últimos deseos, un verdadero *testamento espiritual* que fue copiado

1. PBC IV, 320 (hermano Bartolomeo Calderoni).
2. PBC IV, 317.

detalladamente por dos religiosos, que escuchaban en la habitación contigua<sup>3</sup>: «En primer lugar —les dijo—, os recomiendo encarecidamente la observancia de aquel santísimo recuerdo dado por Jesús a sus discípulos: *in hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* (en esto conocerán que sois mis discípulos: en que os améis los unos a los otros). He aquí, queridísimos hermanos míos, lo que yo deseo con todo el afecto de mi pobre corazón, tanto de vosotros aquí presentes, como de todos los demás que actualmente visten ya este hábito de penitencia y de luto en memoria de la pasión y muerte de nuestro amabilísimo y divino Redentor; y también de todos aquellos que la divina Misericordia llamará en el futuro a este pequeño rebaño de Cristo Jesús.

Luego, recomiendo especialmente a los superiores, que florezca cada vez más en la congregación el espíritu de oración, el espíritu de soledad y el espíritu de pobreza: y estad seguros de que, si se mantienen estas tres cosas, la congregación *fulgebit sicut sol in conspectu Dei et gentium* (lucirá ante Dios y ante los hombres)»<sup>4</sup>.

El mandamiento de la caridad y las tres notas típicas características de soledad, pobreza y oración era lo más querido del fundador y lo que, en la intensa oración de los últimos días, había sentido como fundamental para la congregación. Pablo continuó recomendando un afecto filial hacia la Iglesia, por la que debían orar con insistencia y a la que debían servir con todas sus fuerzas. Recomendó también la sumisión plena y la oración por el papa, vicario de Cristo. Pablo le regaló una pequeña imagen de la Virgen Dolorosa que tenía junto a sí. Pío VI agradeció muchísimo este regalo y toda su vida tuvo esta imagen en el altar privado en el que celebraba la santa misa<sup>5</sup>. Luego, Pablo manifestó su agradecimiento al amigo Frattini y a su esposa, así como también al doctor Giuliani que le asistía, y prosiguió, pidiendo de nuevo perdón: «Finalmente pido perdón, con el rostro en el polvo y con el llanto de mi pobre corazón, a todos los religiosos de la congregación tanto presentes como ausentes, de todas las faltas que haya

3. Strambi, 184.

4. PBC III, 491 (padre Giuseppe Vigna).

5. PBC IV, 433 (A. Frattini).



cometido en mi cargo a lo largo de tantos años. ¡Ay pobrecito de mí! Ved que, al apartarme de vosotros para pasar a la eternidad, no os dejo más que malos ejemplos, si bien he de confesar que nunca he tenido esta intención, sino que siempre he buscado vuestra santificación y vuestra perfección...

Sí, mi querido Jesús, aunque pecador, espero ir a gozar de vos en el paraíso y, en el momento de mi muerte, daros un santo abrazo para estar por siempre unido a vos *in perpetuas aeternitates* y cantar eternamente las divinas misericordias. Os recomiendo ahora y por siempre la pobre congregación, que es fruto de vuestra cruz, de vuestra pasión y de vuestra muerte, y os pido que deis a todos los religiosos y bienhechores vuestra santa bendición. Y vos, oh Virgen Inmaculada, reina de los mártires, por los dolores que sufristeis en la pasión y muerte de vuestro amabilísimo hijo, dad también a todos vuestra bendición maternal, mientras que yo, a todos pongo y dejo bajo el manto de vuestra protección...»<sup>6</sup>.

A continuación recibió la sagrada comunión.

### *La muerte*

Avisado el padre Juan María Cioni, llegó el 9 de septiembre. Al verlo, Pablo exclamó: «Yo siempre le he querido y usted siempre me ha querido a mí. Ahora ha venido a asistirme y a cerrarme los ojos». Luego, aunque se sentía completamente tranquilo de conciencia, quiso confesarse. Cuando el padre Juan María Cioni salió de nuevo para la misión de Tolfa, Pablo le dijo: «Vaya, que mi muerte no será ahora». A diferencia de su hermano Juan Bautista, él no mostró ningún miedo a la muerte. «Muero contento —decía—. La tierra llama a la tierra. No temo la muerte»<sup>7</sup>. El 7 de octubre se confesó otra vez, y el 8 recibió la unción de los enfermos de manos del padre Juan María Cioni, que había regresado ya de la misión. Algunos días después vino a visitarle el vice-gerente de Roma, monseñor Antonio Marcucci, santo obispo que había fundado la Congregación de las pías operarias de la Inmaculada Con-

6. PBC III, 492 (padre Giuseppe Vigna).

7. PBC I, 107 (G. Cioni).



cepción. El obispo pasionista monseñor Struzzieri había escrito que llegaría el 18 de octubre. El padre Domingo preguntó al enfermo si le esperaba, a lo que éste respondió. «Sí, escríbale que le esperaré». Pablo recibió la comunión hasta el último día de su vida con intensa participación espiritual.

El miércoles, día 18, poco antes de la comida, llegó el obispo Struzzieri y quiso visitarlo inmediatamente. Pablo se descubrió la cabeza y quería besarle la mano, pero fue el obispo quien le besó la suya. Pablo se preocupó inmediatamente de que el obispo y sus acompañantes pudieran tomar algo y descansar del viaje. Una hora después, llamó al hermano Bartolomé y le dijo: «Hágame venir al padre Juan María, para que me asista en mi agonía; voy a morir prontísimo». Los presentes trataban de convencerlo de que no estaba tan grave. Pero él insistió: «Muero gustoso para hacer la santísima voluntad de Dios... Mis esperanzas están puestas en la pasión santísima de Jesucristo y en los dolores de María santísima».

Después de visperas se reunió en su habitación toda la comunidad. Recordando sus deseos, fue vestido con el hábito de la pasión y se le puso una soga al cuello diciéndole que moría *in cinere et cilicio*, como él había deseado siempre. El padre José Vigna recordaba luego: «El moribundo siervo de Dios seguía, mientras tanto, con el rostro alegre, sin turbación alguna, los ojos vueltos al crucifijo, cuando, en presencia de todos, de improviso, volvió su rostro y sus ojos hacia el cielo, sonriente, y, elevando las manos que había tenido inmóviles sobre el pecho, las movió tres o cuatro veces como para decir: Apartaos, apartaos. Luego, hacía con ellas señas como para invitar a algún gran personaje y como diciendo: Venid, venid»<sup>8</sup>.

Estos ademanes conmovieron a todos. Más tarde, un alma santa que quiso permanecer desconocida pero que sabemos era Rosa Calabresi, confió a los religiosos que se le había aparecido su fundador y le había confiado que las personas que le habían visitado en aquellos últimos momentos eran Jesús, María, san Pablo Apóstol, san Lucas, san Pedro de Alcántara, otros santos y ángeles juntamente con su hermano el padre Juan Bautista y otros religiosos

8. PBC III, 496 (padre Giuseppe Vigna).



de la congregación<sup>9</sup>. San Vicente María Strambi informa también acerca de esta visión.

Se leyó la pasión según san Juan, lectura que el moribundo manifestó agradecer mucho. Media hora antes de expirar, el obispo Struzzi le dice: «Padre Pablo, en el paraíso recuérdese de la pobre congregación por la que tanto ha trabajado y de todos nosotros sus pobres hijos». Pablo hizo señas con particular fervor de que así lo haría. Luego, cerró los ojos y, a las 4'45 del 18 de octubre de 1775, expiró.

### *La sepultura*

Al conocerse la muerte del fundador de los pasionistas, mucha gente acudió al convento de los Santos Juan y Pablo. El cardenal Frattini informó de ello al papa, que se conmovió y se ofreció a sufragar los gastos para una caja de plomo y la sepultura. El cadáver fue colocado sobre una tabla desnuda, aspergeada con cenida, como prescribía la regla. Los religiosos le velaron por turno durante toda la noche. Varias personas contaron haber tenido revelaciones acerca de su muerte. En particular Rosa Calabresi, en su casa de Cerveteri, vio iluminarse su habitación con una gran luz y se sintió llamada por su nombre. Entonces, tuvo una aparición que le dijo: «Soy el padre Pablo, que acabo de morir. Voy al cielo a gozar de Dios por toda la eternidad. Hasta la vista en el paraíso». Durante muchos días, la joven se sintió inundada de gozo<sup>10</sup>.

La mañana del 19 de octubre llovía. Sin embargo, antes ya del amanecer, la multitud llenaba la plaza. Abierta la basílica, todos se precipitaron dentro y comenzaron a besar el cadáver, sustrayendo reliquias de todo tipo. Hubo que aislarlo y distribuir algunos trocitos del hábito a los que lo pedían. Con la gente sencilla del pueblo iban llegando también muchos eclesiásticos y nobles, comenzando por el cardenal Boschi y los príncipes Albani y Ruspoli.

Esa misma tarde, el pintor Gian Domenico Porta hizo una mascarilla de yeso, en la que se conservan las facciones del rostro de Pablo. Entonces, se descubrió que hacía muchas años se había

9. PBC IV, 323 (hermano B. Calderoni).

10. PCB IV, 169-171 (Rosa Calabresi).



tatuado a fuego el nombre de Jesús sobre el pecho. En la caja de madera se colocó un pergamino con una biografía breve. Hubo que esperar hasta el sábado, 21 de octubre, para que estuviese preparada la caja de plomo ofrecida por el papa. Luego fue depositado junto a la entrada de la basílica, en la parte izquierda donde hoy está el altar de Santa Gema Galgani.

### *La glorificación*

Pocos días después de su muerte, muchas personas contaron haber recibido curaciones y otras gracias por intercesión del padre Pablo. Se comenzaron a difundir miles de estampas suyas y a recoger testimonios sobre su vida. Ya en 1777 fue constituido en Roma el primer tribunal en vistas a una futura canonización. Se buscaron sus escritos y se encomendó al padre Vicente María Strambi que escribiera una biografía. Un santo escribe la vida de otro santo. Escribió esa biografía de 584 páginas en el convento del Santo Angel y en la habitación en que Pablo había vivido durante casi veinticinco años. La escribió siempre de rodillas. El libro tuvo una acogida extraordinaria. Se hicieron procesos también en Tarquinia, Gaeta, Alejandría, Vetralla y Orbetello, es decir, en los lugares en los que Pablo había pasado períodos importantes de su vida.

En 1821 el papa Pío VII reconoció la heroicidad de sus virtudes. En 1853 y con gran afluencia de fieles, se celebró la beatificación en la basílica de San Pedro. Particularmente solemne fue la ceremonia de su canonización, el 29 de junio de 1867, por haberse celebrado en el dieciocho centenario del martirio de los Santos Pedro y Pablo y juntamente con la de otros 24 beatos. Entonces fue colocada una gran estatua suya en la basílica de San Pedro, precisamente a la derecha del crucero, para agregar a Pablo de la Cruz al número de los principales fundadores de órdenes y congregaciones religiosas. En el lado derecho de la basílica de los Santos Juan y Pablo se le erigió también una monumental capilla, para guardar la urna con los restos del santo. Fue inaugurada en 1880.

La congregación fundada por Pablo de la Cruz se ha extendido por más de cincuenta países de todos los continentes. A su sombra,



han surgido también varios institutos y movimientos laicales, inspirados en el carisma de la pasión. Al extenderse la congregación, se ha formado una verdadera escuela de espiritualidad de hombres y mujeres muy comprometidos en la oración y en el apostolado, y en muchos de los cuales ha sido ya reconocida oficialmente su santidad por la autoridad de la Iglesia. Esta escuela ha tenido una particular resonancia en la dirección espiritual, en las diversas actividades de evangelización y hoy, con el florecimiento de la teología de la cruz, también en el campo teológico.

II  
La espiritualidad



## Un hombre todo de Dios

### *Claves de lectura de una biografía*

Hasta ahora hemos descrito, lo más fielmente posible, los hechos; ahora vamos a analizar y presentar la personalidad de san Pablo de la Cruz y su espiritualidad. Sobre este tema existe ya un abanico de estudios y de interpretaciones bastante más amplio. La primera biografía escrita por Vicente María Strambi, hombre de gran cultura, santo y obispo en una de las épocas más borrascosas de la Iglesia, contiene ya toda una parte sobre el espíritu y la virtud del entonces venerable Pablo de la Cruz. Escribiendo en vista a la canonización, Strambi utilizó el mismo esquema de los procesos canónicos: virtudes teologales, virtudes morales, dones y fama de santidad.

Algunas biografías más recientes parten de un esquema más filosófico y abstracto. Presentan primero al hombre en el orden natural: su físico, su temperamento, su psiqué; luego, tratan de aquello que, sobre este hombre así constituido, habría obrado la gracia de Dios, el Espíritu Santo. La teología subyacente en este esquema es la de los viejos manuales y supone poder abstraer la naturaleza de la acción creadora del Espíritu. Es una teología esencialista, que contrasta, entre otras cosas, con los aportes de la moderna psicología. En la formación de la personalidad de un santo, tal vez más que en cualquiera otra realidad humana, podría decirse que la existencia crea la esencia. Fundamento de todo es la iniciativa de Dios, que opera existencialmente sobre la familia, sobre el ambiente y, finalmente, sobre la persona misma.

Como nos habíamos propuesto desde la introducción, trataremos de ver cómo el Espíritu santo ha actuado en Pablo de la Cruz



y, a través de él, en la Iglesia. Procuraremos presentar a los cristianos del postconcilio la personalidad de Pablo a la luz de los documentos conciliares, especialmente de aquellos que se refieren a la Iglesia, cuerpo vivo de Cristo y madre de los santos: la Iglesia en la que todos los santos viven. Trataremos de mostrar cómo el Espíritu santo construye dinámica y progresivamente ese cuerpo vivo de Cristo, el *Christus totus*, cabeza y miembros, la Iglesia del cielo que será la esposa de Dios por toda la eternidad.

*Te he amado desde el seno materno.* Al principio de la vida de Pablo encontramos unos padres llenos de fe, que le dan la vida no tanto en vistas a una existencia a realizarse en la tierra, cuanto en vistas a un destino eterno. La madre, Ana María, establece desde el principio con su hijo una relación sagrada y sacramental, consagrándole, apenas nacido, a Dios e invocando sobre él el nombre de Jesús, al cual ella tenía una devoción particular. Apenas el niño está en condiciones de entender, le ofrece una visión de la vida toda fundada en la fe. Se abre así el paso a una vocación divina, que será plenamente acogida por los dos primeros hijos. Les lee sobre todo la pasión de Jesús y la vida de los padres del desierto, y es interesante observar que la pasión y la soledad constituirían luego dos de las piedras angulares de la congregación fundada por Pablo.

A la luz de las ciencias psicológicas, los primeros años de la vida de un hombre se revelan cada vez más fundamentales. Así sucedió también con Pablo de la Cruz.

### *Un hombre todo de Dios*

La vida cristiana de Pablo se manifiesta inicialmente en las formas religiosas que encuentra en los distintos lugares en los que pasa su infancia. Participa gustoso en las ceremonias de iglesia, se inserta en las varias devociones de su tiempo y, no contento con esto, pasa largas horas de oración en su propia casa juntamente con su hermano Juan Bautista. Entonces se desarrollan algunas características que permanecerán fundamentales en toda su vida.

La más importante es, sin duda, *la primacia de Dios*: la pasión profunda por Dios y por todo lo que puede acercarle a él. Es una atracción arrolladora, que le hace pasar, todavía muy joven, al



menos siete horas diarias de oración, entre las del día y las de la noche<sup>1</sup>. Son características algunas de sus expresiones: «Me parece imposible —solía decir— no pensar en Dios, estando nuestra mente toda llena de Dios, y nosotros todo en Dios»<sup>2</sup>. Y también: «No entiendo cómo puede haber personas que no piensen siempre en Dios»<sup>3</sup>.

De esta convicción nacía la otra característica de la continua *presencia de Dios*, tema que aparece innumerables veces en sus escritos y se conservará largo tiempo en la congregación. «Toda su vida —atestigua un religioso— fue una continua atención a Dios. Parecía estar siempre en oración. Si hablaba, se le notaba una atención incesante a Dios; si comía, yo observaba que lo hacía como es propio de los justos, en la presencia de Dios»<sup>4</sup>. Desde joven desarrolló aquel sentido místico natural, pero nada panteísta, que expresará así en 1730, escribiendo a la marquesa Del Pozo: «Oh alma mía, ¿cómo te olvidas de tu Dios? Ay Dios mío, que estáis conmigo; yo vivo todo en vos y de vos. Oh alma mía, mira con los ojos de la fe a tu Dios. Dios habita en ti, tú eres el templo de Dios. En ti está Dios. Fuera de ti está Dios. Tú respiras en Dios, paseas en Dios, obras en Dios. ¡Oh gozo! ¡oh amor! ¡oh fuego! ¡oh caridad!»<sup>5</sup>.

Estas características tratan espontáneamente de salvaguardarse, para crecer por medio del despego del mundo, de la penitencia y de la soledad. Los santos eremitas con su austeridad, el dominio de las pasiones que descentran, la fuga del mundo, fascinaron bien pronto a los dos hermanos Danei. La primera parte de la vida religiosa de Pablo y Juan Bautista puede calificarse de vida eremítica<sup>6</sup>. El apartamiento del mundo, de los hombres, y la inmersión en el silencio de los lugares solitarios será una de las primeras y más constantes atracciones del santo.

Tales características son tanto más relevantes, cuanto que no son actitudes tomadas en virtud de su relación con una profesión

1. El mismo Pablo confió esto al padre Juan María Cioni, cf. PBC I, 32.

2. PCB I, 155.

3. PBC III, 292 (hermano Francesco Franceschi).

4. PBC I, 633 (padre Giuseppe M. Claris).

5. L I, 47 (a la marquesa Del Pozzo, 22-5-1730).

6. E. Zoffoli califica así la primera etapa de la vida religiosa de Pablo y Juan Bautista: StCr I, 181ss.



clerical o tareas en el ámbito de la Iglesia. Al inicio de su vocación Pablo es un laico, nada más que un laico que, sin embargo, vive con intensidad su fe cristiana.

### *Formación de Pablo como hombre*

Pablo no nació eremita ni se dedicó a la vida religiosa desde su infancia, sino más tarde. Junto a los factores espirituales de fe y de oración, obraron en él factores sociales de habilidad y de trabajo. El mismo recordaba muchas veces, con evidente amargura, haber estado durante varios años «empleado en oficios de caridad para ayudar a su familia»<sup>7</sup>. Primogénito entre 16 hermanos, debió pronto ayudar a su padre en las actividades comerciales. Entonces se formaron algunos rasgos de su personalidad que lo caracterizaron siempre, también en su misión de fundador, de padre espiritual y de apóstol.

*Un hombre concreto, práctico, realista.* Ayudando a su padre en el negocio y llevando mercancías de un pueblo a otro, atravesando parajes difíciles y superando peligros de todo género, Pablo desarrolló desde joven un marcado sentido práctico y un gran amor a las cosas concretas, auténticas, verdaderas. Sabía cómo superar las dificultades en pobreza, en viajes penosos, en persecuciones. Estaba lleno de imaginación y de inventiva, como sucede, en general, con los que se dedican al comercio. Los ideales espirituales no trascendían en idealizaciones fantásticas de un mundo imaginario. Tenía los pies bien puestos en tierra. Ya hemos visto cómo, en las fundaciones de los conventos, exigía rigurosamente que se cumpliese la palabra dada y se establecieran las condiciones para una regular vida religiosa. Escribía al excesivamente sencillo e ingenuo Tomás Fossi: «Para fundar un convento proveerlo de lo necesario, se requiere algo más que pan y cebolla. Se necesitan buenos miles de pesetas. Y ¿de dónde los sacamos? No son suficientes multitud de buenas ideas. Padre Tomás, estamos ya en los tiempos antiguos, en los que cualquier convento era buena para un monasterio»<sup>8</sup>.

7. L. IV, 217 (a mon. F. A. Gattinara, 1721).

8. L. I, 417a (21-3-1763).



Naturalmente fue siempre un buen administrador, evitando contraer deudas, cosa que en otros fundadores puso muchas veces en peligro las nuevas congregaciones en sus inicios. Al mismo tiempo se debe cuenta de que las diócesis e institutos religiosos atesoraban enormes riquezas y eran la así denominada *mano muerta*. Esta constituía uno de los escándalos a los que era más sensible la sociedad económica y comercial que estaba entonces naciendo. Fue también uno de los motivos por los que él insistía tanto en la prohibición de poseer bienes y rentas fijas para su congregación<sup>9</sup>.

A veces manifestaba el pragmatismo típico de los hombres de negocios. Por ejemplo, escribía a Tomás Fossi: «Con esta tarjeta respondo a su larga carta, ya que usted podía explicar todo el farrago de cosas inútiles, diciendo lo esencial en pocas palabras»<sup>10</sup>. Y a sor Gertrudis Gandolfi: «Recibo su carta con este correo, pero la entiendo poco y me cuesta más que leer otras diez. Digo esto, porque faltan sílabas y no se entiende el sentido. Por eso le pido que trate de escribir claro»<sup>11</sup>.

Como ya hemos indicado, aborrecía las complicaciones de la burocracia también en la Iglesia, y hacía todo lo posible por mantenerse lejos de ella. Supo valorar las honestas ventajas que venían a su congregación de una justa estima y buena fama. Por eso aceptó la invitación a predicar una misión para el año santo en Roma, durante las complicaciones con los frailes mendicantes y la elevación a la dignidad episcopal del padre Tomás Struzzi. Era un buen diplomático. Supo tratar con prudencia los innumerables problemas que el surgir de una nueva congregación suscitaba en una Iglesia cansada y llena de compromisos, como era la del setecientos. No aduló ni mostró servilismo hacia los poderosos. Sin embargo, recurrió a ellos pidiendo ayuda y fue agradecido con los que se la prestaron, incluso a costa de riesgos y sacrificios personales.

*Hombre social, extrovertido, comunicativo.* El aspirante a eremita pasó de hecho todo el período formativo de su vida, hasta los 27 años, en las actividades de su familia, del comercio y de los estudios. Así se formó, no sin la acción del Espíritu santo, su

9. StCr II, 412 y 431-434 con las fuentes allí citadas.

10. L. I, 791 (17-5-1769).

11. L. II, 445 (29-3-1747).



carácter sumamente comunicativo, social y sincero. De su correspondencia se deduce que mantenía muchísimas relaciones y que era buscado por un número todavía mayor de personas. Su lenguaje es claro, descarnado, esencial, no ciertamente en sintonía con las costumbres literarias de su tiempo. Va directamente al objetivo que es ayudar al progreso de las almas en el camino de Dios. No tiene respetos humanos; lo hemos visto en su comportamiento con el cardenal Altieri y lo veremos más adelante al tratar de su actitud contra los usos de la Iglesia de su tiempo. Escribe a sor Querubina Bresciani: «Humíllese, aniquílese y reconozca su nada, su insignificancia, que no merece ni siquiera estar bajo los pies de aquellos que usted llama *gente de mundo*: puede ser que sean más espirituales que usted. No hable ya más así»<sup>12</sup>. Y a sor Gertrudis Galdolfi: «Ahora bien, ¿por qué dice que soy voluble? ¿por qué dice que ahora la dejo para tomar otra o dejo a otra para tomarla usted? ¿qué hablar de sierva de Dios es éste? ¿cuándo he hecho yo tales cosas?»<sup>13</sup>.

Sociable y comunicativo, no tenía necesidad de subterfugios ni, menos todavía, de mentiras. Con mucha frecuencia se declara pecador, pero no falso o fingido<sup>14</sup>. Todos los testigos de los procesos están de acuerdo en poner de manifiesto su sencillez. Confesaba al padre Domingo: «Han tratado varias veces de hacer perder aquella poca simplicidad y candidez que saqué del vientro de mi madre; pero, por gracia de Dios, no lo han conseguido. Me ha costado, y mucho, mantenerme en mi simplicidad y en buscar agradar únicamente a Dios en todo y por todo»<sup>15</sup>.

Señala muchas veces que se sentía invadido por un espíritu semejante al de los antiguos profetas, y que, entonces, no te

12. L I, 446 (2-8-1736).

13. L II, 486 (31-1-1756).

14. L II, 487 (a C. G. Galdolfi, 31-1-1756): «Gracias a la misericordia de Dios, jamás he dicho una mentira o hablado con doblez, sino en verdad y simplicidad».

15. PBC IV, 58 (padre Domenico Ferreri). A la abadesa De Angelis, de Catania, le escribía: «Mis cartas se pueden leer en público» (L II, 438, 28-3-1736). Y el padre Juan María Cioni declaraba: «Cuando, tratando asuntos de la confesión, le describían a veces las cosas y luego veía lo contrario, sentía gran amargura porque no se procedía con sencillez evangélica, y solía decir: 'Yo soy lombardo lo que tengo en el corazón tengo en los labios. Jesucristo dice: Sí, sí; no, no'» (PBC I, 145).





*Basilica de los Santos Juan y Pablo, Roma*



ningún temor en arriesgarse a sí mismo y a la congregación con tal de decir la verdad. En plena lid con los mendicantes, se enfrentó con el cardenal Aníbal Albani a pesar de que antes había sido ayudado por él, lamentándose de su comportamiento y concluyendo: «Y sepa vuestra eminencia que Dios eligirá a otro en su lugar». Dijo esto tan fuerte, que fue oído por los domésticos y uno de ellos, preocupado, trató de calmarle; pero él le contestó: «He dicho lo que Dios me ha inspirado y, si no me sintiera movido por Dios, no se lo hubiera dicho»<sup>16</sup>.

Otra faceta de su extroversión y sinceridad es la de los desahogos en sus enfermedades y sufrimientos de toda clase con las personas de su confianza<sup>17</sup>.

Si se lee la recolección de sus pensamientos publicada bajo el título de *Diario íntimo*<sup>18</sup>, se tiene la clara impresión de que Pablo era un hombre que sentía necesidad de desahogarse y no tenía ningún reparo en hacerlo. Esta necesidad era tan fuerte, que no temía aparecer débil. Son innumerables las expresiones parecidas a las que siguen y que se encuentran en sus escritos: «Me tiembla la mano, me cuesta escribir»<sup>19</sup>. «Espero bien pronto la muerte»<sup>20</sup>. «Parece que todo el mundo nos es contrario»<sup>21</sup>. «Las complicaciones, las persecuciones y otros trabajos contra la pobre congregación siguen todavía, y el pobre Pablo que está con las aguas amargas hasta el cuello»<sup>22</sup>. Esta imagen bíblica de las aguas que llegan hasta el cuello, la encontramos muchas veces en sus escritos. «Según me parece —escribía—, no sé si se podrán ver en las historias de otras fundaciones semejantes persecuciones y trabajos»<sup>23</sup>. Sin embargo, reconocía su tendencia a lamentarse y decía de sí mismo: «Soy un quejica (fiottone)», usando el verbo popular «fiottare», que significa precisamente eso: quejarse, lloriquear, lamentarse<sup>24</sup>.

16. PBC III, 66 (padre G. Ranieri Jacomini).

17. StCr II, 482-484.

18. P. Disma, *Diario íntimo di S. Paolo della Croce*, Calcinate (BG) 1981.

19. L I, 709 (a T. Fossi, 19-10-1759).

20. L II, 307 (a M. M. Crocifissa, 13-5-1766).

21. L I, 505 (a sor Querubina Bresciani, 18-6-1749).

22. L I, 586 (a T. Fossi, 6-8-1749).

23. L II, 154 (a P. F. Pastorelli, 7-8-1748).

24. PBC I, 23 (G. Sisti).



*Hombre emprendedor, lleno de imaginación y de iniciativa.* Del hombre de comercio, Pablo conservará también las dotes de inventiva, agilidad mental, decisión, facilidad para ponerse en viaje y afrontar riesgos y peligros. Se ha suscitado la ociosa polémica acerca de si Pablo podría definirse como un hombre contemplativo o un hombre activo a quien la gracia había transformado en contemplativo. Dejando aparte los prejuicios existencialistas que subyacen en esta polémica, ciertamente hay que decir que Pablo había desarrollado un carácter muy activo y extrovertido. Esto, sin embargo, no le impidió desarrollar simultáneamente un carácter contemplativo, amante de la soledad y del reposo en la naturaleza y en Dios. Pocos religiosos de vida activa han viajado y hecho tanto como san Pablo de la Cruz. Pero también es cierto que pocos religiosos considerados de tendencia contemplativa han pasado tanto tiempo en el silencio y en la quietud de aquello que entonces se llamaba la *oración*, como Pablo ya desde su juventud. Hay que decir que, a diferencia de cuanto sucede en tantas personas consideradas de tendencia contemplativa, la oración no le impedía de ningún modo el ser una persona extremadamente activa, mentalmente ágil, dispuesta a dar una respuesta siempre nueva a los estímulos que recibía.

*Hombre de cultura esencial, concreta.* En los años de su juventud, Pablo hizo estudios en los que, como ya hemos visto, salió bastante bien. Era un hombre muy inteligente. Tenía una mente lúcida, tanto de las personas como de las situaciones. Ciertamente no era un hombre llamado a la especulación intelectual. Esto no quiere decir que no entendiese las verdades doctrinales o que tuviese de ellas una percepción vaga. En medio de las infinitas sutilezas de las polémicas jansenistas y quietistas de su tiempo, él se movió siempre con seguridad, evitando el desviarse a una u otra parte. Tenía muy buena memoria y por eso retenía lo que escuchaba o leía. Recordaba en latín infinidad de pasajes bíblicos, citándolos en sus cartas y combinándolos a veces entre sí, según la inspiración del momento. Juzgaba con conciencia segura las realidades espirituales, confrontándolas con la Biblia y con las experiencias y escritos de los místicos que él conocía.

Aunque no compuso ningún tratado sistemático, del conjunto de sus escritos se puede sacar una doctrina teológica y mística profunda y coherente, tanto que ha sido estudiada y expuesta por



insignes filósofos y teólogos como S. Breton, R. Garrigou-Lagrange, Gaétan Reijnders, J. Lebreton, M. Viller, P. Pourrat, Basilio de san Pablo, C. Brovotto, J. G. Arintero, M. Bialas y tantos otros. Sorprende la agudeza con la que, en una época de gran confusión en la cultura eclesiástica y de gran decadencia del tomismo, hizo decretar en el segundo capítulo general (1753) que, en las escuelas de la congregación, se siguiera la doctrina de santo Tomás. Siglo y medio más tarde, el papa León XIII establecería el mismo principio para toda la Iglesia.

Contrariamente a cuanto nos sentiríamos inclinados a pensar por el hecho de que la congregación no está dedicada particularmente al apostolado en el campo científico, Pablo tenía gran interés en que sus religiosos estuvieran bien instruidos en las ciencias sagradas. Deseaba tener en la congregación «sujetos de gran preparación»<sup>25</sup>. Con gran sutileza alaba a un cierto padre Juan Domingo por su brillante latín: «Nunca hubiera creído —escribe— que el profesor padre Juan Domingo fuese un hombre de la profundidad que es y con un latín tan selecto como se ve en su carta y conclusiones, que me han agradado muchísimo, por lo que doy gracias a Dios por el don precioso que nos ha concedido. ¡Quién conoce a los hombres! Cuando uno cree que son cortos, resulta que son como Demóstenes o Aristóteles. *Benedictus Deus*»<sup>26</sup>.

*Pablo escritor.* Uno de los primeros escritos del santo fue el *Diario espiritual* de los cuarenta días que pasó en el retiro de Castellazzo. Pablo tenía entonces cerca de 27 años. Zoffoli describe así su estilo: «El estilo es seco, rápido, descriptivo; la narración, aun cuando desciende a agudos análisis introspectivos y recurre a la comparación, es destacada, y revela la enorme dificultad de expresar cuanto ha intuido y vivido intensamente el autor. Para explicarse mejor, a veces se extiende y teoriza, revelando una cultura teológica profundamente asimilada, por el contacto con directores de espíritu tales como el padre Columbano de Génova, capuchino, o el mismo monseñor Gattinara»<sup>27</sup>.

Pablo escribió luego decenas de miles de cartas. Es difícil decir cuántas<sup>28</sup>. El mismo habla varias veces de unas treinta cartas por

25. L II, 726 (a L. Burlini, 17-8-1751).

26. L IV, 71 (a P. Nicola della Santa Croce, 11-10-1768).

27. S. Pablo de la Cruz, *Diario spirituale* (ed. E. Zoffoli), Roma 1964, 31.

28. El padre Amadeo de la Madre del Buen Pastor, en L I, XII: «Teniendo en cuenta estas indicaciones del Santo, con cincuenta y cinco años de correspondencia, las cartas escritas por él serían varias decenas de miles»; StCr II, 209-215.



semana<sup>29</sup>. En la actualidad se conservan 2.059, todas ya publicadas. Escribía muy de prisa, pero la grafía es legible. Rara vez corregía el texto. Muchas veces se lamentaba de no tener tiempo para escribir con calma: «Estoy escribiendo toda la mañana y ya no puedo más», dice confidencialmente en una carta<sup>30</sup>. Bernardino Bordo describe así el estilo de las cartas: «La caligrafía es pequeña y discontinua, pero nítida; a veces, incluso, demasiado apretada y con añadidos de posdatas y frases sueltas, malamente escritas al margen de los folios. Se notan la preciosidad gráfica, los rasgos del setecientos italiano con las innumerables mayúsculas al estilo alemán, los apóstrofos y los acentos superfluos, los dos puntos en lugar del punto; sobre todo, las letras dobles fuera de lugar o faltando allí donde serían necesarias, lo que revela una fonética genovesa, difícilmente compatible con una pronunciación toscano-viterbese, pero bien lograda. Contribuyen a truncar un pensamiento los desagradables *etcéteras* que, según parece, no derivan solamente de una comprensible reserva, sino de las suspensiones impuestas por la prisa. La estructura sintáctica está articulada y con cierto cuidado, y los matices cromáticos del discurso bien distribuidos, por lo que la lectura, después de la primeras dificultades, se hace ágil y la comprensión no crea problemas, ni siquiera allí donde los conceptos se hacen de improviso empeñativos»<sup>31</sup>.

Sus cartas se leen con interés y gozo espiritual. A través de ellas, Pablo se revela con una transparencia absoluta; se siente palpar su alma.

*Hombre emotivo.* Comúnmente se describe a Pablo como de carácter sanguíneo y muy emotivo<sup>32</sup>. Esta emotividad se manifestaba, sobre todo, en la facilidad para emocionarse e incluso llorar. Innumerables veces los testigos nos hablan de sus lágrimas, derramadas tanto durante la celebración eucarística, sobre todo en las fiestas principales, cuanto durante las predicaciones de las misiones y ejercicios espirituales o en encuentros personales. Es natural que estos fenómenos aumentasen con el correr de los años.

Fácil de conmoverse él mismo, era también tiernísimo en sus afectos. Este aspecto está vinculado a la óptima experiencia afectiva

29. L II, 805 (a G. A. Lucatini, 13-8-1749).

30. L I, 775 (a T. Fossi, 9-2-1768).

31. B. N. Bordo, *La venerabile Lucia Burlini*, Roma 1988, 141.

32. StCr II, 472ss, con las citas allí ofrecidas.



tenida en familia. Sor María Luisa, del Carmelo de Vetralla, recuerda la ternura con que abrazaba a un hermanito suyo exclamando: «Lorencito es mío, Lorencito es mío»<sup>33</sup>. Tenía una ternura especial con los jóvenes de la congregación. Se recuerda varias veces que los abrazaba fuertemente contra su corazón y llorando<sup>34</sup>. El hermano Bartolomé recuerda su ternura para con los misioneros que regresaban al convento, cansados de las misiones: «Cuando volvían a casa, los abrazaba..., los besaba en la frente y les hacía mil caricias; luego mandaba que se les preparase algún refresco y que fuesen a la cocina. La mayor parte de las veces los acompañaba él personalmente o me llamaba a mí o a cualquier otro para prepararles de comer. A veces decía: 'Es mejor perder un retiro, que un misionero'»<sup>35</sup>. Otro testigo describe así el encuentro con los religiosos de otros conventos: «Cuando llegaban de otros retiros e iban a pedirle su santa bendición o cuando él iba a visitar las casas, apenas los veía los abrazaba con gran ternura, les estrechaba fuertemente contra su corazón y les daba mil muestras de tierno afecto, más que lo que habría hecho un padre carnal con sus hijos»<sup>36</sup>.

Sentía una ternura especial con los hermanos coadjutores, a los que llamaba las «madres de la congregación». «Quiero tanto a los pobres hermanos», decía<sup>37</sup>. Y al hermano Francisco: «Creedme, quien no ama a los hermanos, no tiene el espíritu de la congregación»<sup>38</sup>. Por eso quería que fuesen tratados en todo como los sacerdotes, cosa no común en aquella época.

La ternura se manifestaba espontáneamente en una simple confianza. Escribe, por ejemplo, a Inés Grazi: «Ayer recibí una carta llena de quejas y a su tiempo le daré la penitencia. Pero ¿es posible que, después de tantos avisos, no quiera mortificarse y estarse callada..., le diga lo que le diga? Oh santa virtud, ¿dónde estás? Basta, haremos cuentas y habrá que pagar todo de una vez»<sup>39</sup>.

Y en otra carta: «Me he alargado más de lo que debía. Con cuánta confianza en Dios se dilata mi espíritu con el suyo. Pero

33. Ofrecido en StCr II, 545s, del proceso apostólico de Viterbo.

34. PBC III, 245 (hermano F. Franceschi).

35. PBC IV, 235.

36. PBC III, 434 (padre G. Vigna).

37. PBC IV, 232 (hermano B. Calderoni).

38. PBC III, 218 (hermano F. Franceschi).

39. L I, 214 (23-3-1738).



¿no es tal vez un deber que el pobre padre tenga, a veces, algún desahogo de caridad con sus hijos?»<sup>40</sup>.

Y a sor Gertrudis Gandolfi, religiosa de clausura: «Usted me dice que le exprese en verdad y simplicidad lo que siento; yo le respondo que, por la misericordia de Dios, no he dicho nunca mentiras ni hablado con doblez, sino siempre en verdad y simplicidad. Veo que usted ha escrito con gran pasión interior: tenga dominio de sí misma, humíllese a Dios y continúe sus ejercicios, llore sus defectos y los abraza en el fuego de la divina caridad. Y tenga cuidado de no dejarse perturbar e inquietar, porque en agua turbia el demonio hace su pesca»<sup>41</sup>. No quiere que sor Querubina Bresciani le llame con el tierno nombre de «babbo» (papá), muy usado en Toscana, como se vería más tarde en santa Gema dirigiéndose a su director espiritual, el padre Germán. Sin embargo, aprovecha para reafirmar su paternidad: «Cuando me habla por carta o de otro modo, no use el término 'babbo' que, aunque dicho con simplicidad y caridad, es un término de mundo. Mejor que me llame con el nombre más tierno de padre, ya que Dios, el gran padre de las misericordias, me la ha dado por hija en el corazón purísimo de su querido hijo Cristo Jesús»<sup>42</sup>.

Muy emotivo, Pablo era además muy sensible, y por eso sufría tanto. Le afectaban las dificultades que encontraba, hasta ponerle enfermo durante algún tiempo. Se recuperaba recurriendo a la fe y a la experiencia. El mismo confiaba al padre Juan María Cioni, discípulo suyo y mucho más joven: «Ya que hoy tengo este tiempo libre, quiero pedirle perdón de rodillas, si alguna vez escribo alguna palabra seca, mal sonante e hipocondríaca. Porque, créame, me encuentro en un estado lamentabilísimo; que Dios guarde a todo el mundo de él. *Sed merito haec patior* (pero padezco lo que merezco) y es un milagro si *non confundor* (no quedo confundido) totalmente. Sobre todo me cuesta aguantarme a mí mismo y hay días, casi todos, en los que no sé qué hacer para soportarme. Sin embargo, me esfuerzo, y con gran fatiga, por aguantar a los demás, pero siempre falto»<sup>43</sup>.

40. L I, 194 (29-8-1737).

41. L II, 487 (31-1-1756).

42. L I, 456 (20-11-1737).

43. PBC I, 182 (G. Cioni).



La emotividad, además de manifestarse en la facilidad para conmoverse, se manifestaba también en la facilidad para alterarse. Creo que éste es el defecto más llamativo que se recuerda en los procesos, que, por lo demás, son una alabanza continua de sus virtudes. Se le atribuye un «natural férvido»<sup>44</sup>, «ímpetus de desdén»<sup>45</sup>, se le dice «inclinado a la ira»<sup>46</sup> y de «natural explosivo y bilioso»<sup>47</sup>. Ninguno de los testigos atribuye estas características a falta de virtud, sino sólo a su temperamento<sup>48</sup>.

Lo que impedía a este carácter el hacer sufrir a los demás era el amor. Pablo estaba abierto a los demás, lleno de atenciones y de caridad. Ya hemos visto, a este respecto, varios testimonios. Uno de ellos recuerda que «conseguía más amor después de la corrección que antes, no en razón de la corrección, sino porque, si veía que un súbdito la tomaba bien y se humillaba, le ponía una cara tan buena y jovial y le daba una acogida tan amable, que ganaba los corazones; me ha sucedido a mí»<sup>49</sup>. Cuando tenía que reprender, lo hacía con energía, pero no guardaba rencor; al contrario, se derretía frecuentemente en manifestaciones de ternura hacia el que había recibido la corrección. Dos hermanos coadjutores debían llegar al convento del Santo Angel al mediodía y llegaron al atardecer. Pablo les reprendió. Uno de ellos se quejó, diciendo que había hecho eso en bien de la comunidad y que estaba en ayunas. Entonces Pablo cambió de actitud y exclamó: «¡Pobrecitos, no habéis comido! Pronto, id a cenar y que el cocinero os trate bien. Decidle que lo he dicho yo. ¿No sabe, hermano, que yo le quiero mucho?»<sup>50</sup>.

Expresiones como las siguientes al padre Fulgencio, nos hacen comprender la sinceridad y grandeza de su afecto: «Carísimo padre rector, no sé expresarle lo mucho que le quiero en Dios»<sup>51</sup>. Y también: «Queridísimo padre rector, unámonos cada vez más en espíritu; pero yo le aseguro que estoy siempre con vuestra reve-

44. PBC IV, 163 (R. Calabresi).

45. PBC III, 319 (hermano F. Franceschi).

46. PBC I, 267 (hermano Pasquale De Martinis).

47. PBC III, 30 (G. G. Suscioli).

48. El único que quedó impresionado de su cólera fue el abate Carlo Mirano, que, sin embargo, no lo atribuyó a defecto moral: PBC III, 131.

49. PBC I, 386 (padre Valentino Distolli).

50. PCB I, 382 (el mismo).

51. L II, 123 (a P. F. Pastorelli, 2-12-1747).



rencia, que le miro en el corazón dulcísimo de Jesús. No tengo más tiempo, pero no puedo dejar de decirle que Dios le ama mucho y le quiere conceder grandes gracias, como se las da continuamente»<sup>52</sup>.

La conclusión de sus cartas es casi siempre una bendición llena de fe, calor humano y, a veces, poesía. «Que Jesús la bendiga —escribía a Inés Grazi— y la consume toda, hasta la sangre y la médula de los huesos, en el fuego que arde en su dulcísimo corazón, donde puede beberse a mares este fuego divino. Amén»<sup>53</sup>. En diciembre de 1774 escribía a una monja de clausura: «Que el Señor le conceda redoblada felicidad; la dejo en el seno inmaculado de María Santísima y en el pesebre, a los pies del Niño Jesús»<sup>54</sup>. Y a Tomás Fossi: «Que Jesús le bendiga juntamente con su señora y sus hijos, con toda la casa, y les haga a todos santos»<sup>55</sup>. En un mundo lleno de rencores y maldiciones, los santos no dejan de hacer resonar palabras de bendición, no como cumplimientos mundanos, sino como expresiones de fe y de oración, cuasi sacramentales.

*Hombre optimista, alegre, humorista.* Decir que Pablo de la Cruz era optimista y alegre puede parecer contrario a cuanto hemos dicho de sus grandes sufrimientos y de los lamentos que hacía a sus confidentes. En realidad, como hombre abierto y extrovertido que era, manifestaba sus gozos y sus esperanzas con la misma naturalidad con que manifestaba sus angustias. El optimismo era, sobre todo, por sus religiosos, a los que en 1743 describía así: «Estos buenos hijos, que con el indigno que escribe son catorce, van a porfía a ver quién puede hacer más y quién puede humillarse más, mortificarse más, ir el primero al coro, etc. ¡Oh gran Dios! ¡qué rico eres en tus misericordias, que resplandecen sobre todas tus obras excelsas!»<sup>56</sup>.

A los estudiantes jóvenes les llamaba «ángeles en carne»<sup>57</sup> «Sólo verlos en sus santos ejercicios, practicados con tanta prontitud, modestia y silencio, es para alabar a Dios»<sup>58</sup>.

52. L II, 90 (al mismo, 23-6-1746).

53. L I, 259 (4-8-1740).

54. L IV, 150 (a M. M. Maddalena della Croce, 24-12-1774).

55. L I, 607 (4-8-1751).

56. L II, 280 (a don P. Cerruti, 18-7-1743).

57. L I, 584 (a T. Fossi, 5-7-1749).

58. L II, 239 (al conde P. M. Garagni, 14-11-1743).



No pensaba mal de ninguno y, sobre todo, no juzgaba ni hablaba mal. Solía repetir: *Contra spem in spem confido* («Confío contra toda esperanza»). Hasta en los momentos más difíciles, como durante la controversia con los frailes mendicantes, estaba seguro de que Dios pondría a salvo a la congregación. «Cantaremos victoria *in Christo Iesu Domino nostro*», escribía al canónigo Randone en 1748<sup>59</sup>. Y a una religiosa de Civita Castellana: «De tejas para abajo, las cosas de la congregación van mal; los adversarios que con buena intención nos hacen sufrir, han conseguido un decreto a su favor. Si Dios no lo remedia con algún milagro, sufriremos grandes penalidades; nuestras cosas están casi por tierra. Pero todo va al modo mío, porque todo va como lo quiere Dios»<sup>60</sup>.

Para la vida pasionista no aceptaba aspirantes con carácter triste, melancólico. Escribía al canónigo Randone: «Los naturales téticos, profundos, hipocondríacos nunca darán buen resultado»<sup>61</sup>. Y a don Melegari: «Un carácter melancólico y orgulloso no es bueno para la vida religiosa... La mayor parte perturban a toda la comunidad y llevan una vida casi desesperada»<sup>62</sup>. Más adelante veremos cómo su doctrina mística no es un dolorismo sentimental. El gozo está siempre presente en la experiencia de la cruz.

Este gozo se manifestaba espontáneamente en su sentido del humor. Parecerá extraño que se atribuya sentido del humor al fundador de los movimientos pasionistas, pero todos sus escritos y los testimonios sobre él abundan en salidas humorísticas. Con humorismo aceptaba las reprensiones del padre Juan Bautista, su hermano y director espiritual, reprensiones que él mismo había pedido. «Ahora voy a recibir una reprensión del padre Juan Bautista —decía cuando creía haberse extralimitado en la conversación—, porque he hablado demasiado»<sup>63</sup>. A la monja Gandolfi, gravemente enferma, le escribía: «Del padre confesor esperaba la noticia de vuestra muerte y sepultura, para celebrar la santa misa en sufragio de vuestra alma; pero como no he tenido noticia de esto durante mi ausencia, supongo que estaréis todavía viva y restablecida en

59. L II, 257 (al can. G. B. Randone, 4-9-1748).

60. L II, 263 (a una religiosa, 24-9-1748).

61. L II, 253 (al canónigo G. B. Randone, 16-3-1747).

62. L IV, 26s (a don P. P. Melegari, 23-4-1768).

63. StCr II, 868 (cita el proceso apostólico romano).



vuestra mediocre salud, si bien quisiera sentirnos muerta y muerta místicamente en el puro amor»<sup>64</sup>.

De sí mismo escribía: «Soy del número de los inválidos, pobre viejo y viejazo en los vicios, enfermo de cuerpo y de alma, ya que también en Caprarola he sido visitado por la señora fiebre»<sup>65</sup>.

A Leopoldo Zelli, de Vetralla y bienhechor, le escribía en tono solemne y jocoso: «Pablo de la Cruz agradece con todo respeto a Leopoldo Zelli su caritativa atención de enviarle el atún. Espero que el hermano Felipe, teólogo de cocina, lo mande a buen recaudo»<sup>66</sup>.

No tenía miedo a hacer el ridículo, tanto para humillarse como para alegrar a los demás. Se cuenta que en Terracina, en la fiesta de san Antonio abad en la que tradicionalmente se bendicen los animales domésticos, una vez se hizo adornar y bendecir juntamente con los animales<sup>67</sup>.

64. L II, 482 (7-10-1755).

65. L II, 376 (a G. F. Sánchez, 28-9-1749).

66. L III, 18 (3-7-1750).

67. PBC 483s (padre Giuseppe Vigna).



## Carisma fundacional y paternidad espiritual

### *El liderazgo de Pablo*

Las características de lo que en psicología se llama «tipo líder», tienen una gran relevancia en la personalidad de Pablo de la Cruz. Es difícil explicar cómo se formaron, pero es evidente que se dieron. No en todo momento logró realizar su liderazgo, pero nunca fue del montón, un gregario. A diferencia de su contemporáneo san Alfonso de Ligorio, que no logró realizarse plenamente mientras vivió su director monseñor Falcoia<sup>1</sup>, Pablo fue siempre un líder. Como ya hemos visto, desde su primera infancia se estableció como una alianza tácita entre él y su hermano con una neta distinción de funciones: Pablo, el líder; Juan Bautista, el seguidor fiel que le confirmaba en su camino espiritual.

Pablo sintió bien pronto la inspiración fundamental de reunir compañeros para vivir una vida de igualdad y de fraternidad, pero en la cual él llevaría siempre adelante esa inspiración fundacional. Esta característica se desarrollará armónicamente en una fecunda paternidad espiritual, primero dentro de la congregación y luego también fuera. Aunque nunca consideró la congregación como obra suya, las características indicadas representaban como una disposición de la naturaleza, una potencia obediencial para llevar adelante la fundación.

1. T. Rey-Memet, *Il santo del secolo dei Lumi*, 451ss.



## *El carisma fundacional*

La fundación de un nuevo movimiento espiritual en la Iglesia es un don de Dios llamado carisma. Tal carisma no tiene primariamente por finalidad el crecimiento espiritual de la persona que lo recibe, sino más bien el del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Para la persona a quien se comunica es un compromiso y una reponsabilidad, no un privilegio para que se goce en él.

Pablo de la Cruz, como en general los demás fundadores, tuvo una clara conciencia de este hecho sobrenatural y lo afirmó innumerables veces. «La congregación —dice— es obra toda del Señor»<sup>2</sup>, «obra de su excelsa mano»<sup>3</sup>, «gran obra de Dios»<sup>4</sup>. Desde el principio tuvo clarísima esta conciencia. Ya en el *Diario espiritual* escribía haber sentido «un fervor particular de pedir a Dios que él hiciera pronto fundar esta santa congregación en la Iglesia»<sup>5</sup>. Al día siguiente, sintió todavía el mismo impulso, añadiéndose la oración: «Que mande gente para su mayor gloria y provecho del prójimo»<sup>6</sup>.

## *El compartir el carisma*

Para la realización de un movimiento espiritual en la Iglesia, no basta que uno tenga el carisma; se requiere además que otros lo reconozcan y lo compartan. Este segundo aspecto es importante, aunque no esté bien explicitado ni siquiera en los estudiosos de estos dinamismos del Espíritu<sup>7</sup>. En la fundación de los pasionistas es evidente. Pablo trató de reunir compañeros primero en Castellazzo, luego en Gaeta y después en monte Argentario. De todos ellos le quedó solamente su hermano Juan Bautista. Muchos de los que vivieron con él tenían buenas intenciones. Algunos fueron

2. L III, 566 (a monseñor C. De Angelis, 4-6-1765); F. Ciardi, *I fondatori uomini dello Spirito*, Roma 1982, 128s.

3. L IV, 166 (a don G. Massa, 26-6-1765).

4. L I, 421 (a F. A. Appiani, 2-6-1741).

5. *Diario*, 63.

6. *Ibid.*, 65.

7. La importancia de esta confirmación no se pone de manifiesto, por ejemplo, en el citado estudio de Ciardi, por lo demás muy valioso.



luego sacerdotes y religiosos. Sin embargo, tenían su proyecto propio y no se sintieron llamados al carisma de Pablo.

El primero que verdaderamente sintió este carisma, después de su hermano, fue el padre Fulgencio. Pablo llevaba ya unos quince años de vida consagrada. Otro grupo más estable le vino unos veinte años después de haberse iniciado la obra. Estas personas reconocieron el carisma de Pablo, lo confirmaron y, sobre todo, se sintieron llamados personalmente a vivirlo y llevarlo adelante en la Iglesia; se insertaron en el carisma, entraron en aquel misterio, esto es, en aquella parte viva del misterio que es la Iglesia, según el documento conciliar *Lumen gentium*. Al menos en una persona se ha dado el caso de que el reconocimiento de su carisma se realizase sólo después de su muerte. Es el caso de Carlos de Foucauld.

Una vez que los discípulos reconocieron su carisma, Pablo de la Cruz fue el «padre en el Espíritu». Por esto no se aceptaron sus renunciaciones al generalato. Hasta en sus últimos años, cuando estaba tan impedido por sus enfermedades y obligado a delegar casi todas las responsabilidades del generalato, tenía que ser él el padre de todos.

### *La paternidad espiritual*

Una buena experiencia de filiación ayudó ciertamente al buen desarrollo de la paternidad espiritual de Pablo. Líder no sin oposición en Castellazzo, en Gaeta, en el hospital de San Gallicano en Roma, llegó a ser reconocido como el padre de la comunidad en monte Argentario. Era un superior nato, ejercía la autoridad con gran atención a cada una de las personas de un modo que hoy podría denominarse personalizado. Dice el padre Valentín: «Cuando tenía que avisar o corregir, observaba las disposiciones de los religiosos y usaba maneras fuertes o suaves según creía más oportuno»<sup>8</sup>. «Unía una mezcla de rigor y dulzura imposible de explicar —añade el padre José Jacinto—, haciendo uso de ella según la necesidad del sujeto»<sup>9</sup>.

8. PBC I, 387 (padre V. Distolli).

9. PBC II, 325 (padre G. G. Ruberi).



Era muy austero, primero consigo mismo, luego con los demás. Pero no quería que ni siquiera en esto se exagerase. Era consciente de que la insistencia en la austeridad brotaba del apego al propio juicio y secreto orgullo. Por eso nunca consideraba la austeridad una justificación para descuidar las necesidades de los religiosos. La misma premura que manifestaba en exigir las condiciones pactadas para las fundaciones de los retiros, la manifestaba en las pequeñas exigencias de la vida diaria. «Quédese alguna vez detrás cuando sale del refectorio —dice a un superior— para ver si todos se alimentan suficientemente y no caen en una tentación tan perniciosa»<sup>10</sup>.

Es célebre el cuidado que tenía de los enfermos. «La pobreza es buena —solía decir—, pero la caridad es mejor»<sup>11</sup>. Si el enfermo necesita algo y la comunidad está en dificultades económicas, no hay que tener miedo a vender los vasos sagrados de la iglesia<sup>12</sup>. En el primer texto de la regla había ya un número que decía así: «Se tenga particular cuidado de los hermanos enfermos, asistiéndoles con suma caridad, dándoles los alivios que se puedan y principalmente los espirituales... Ténganse las habitaciones bien limpias; en ellas podrá haber flores y otras plantas olorosas, como mejor parezca al superior»<sup>13</sup>.

En los reglamentos había un capítulo que trataba del enfermero y de las enfermerías, con normas detalladas, como, por ejemplo, éstas: «El enfermero esté lleno de caridad, como prescriben las santas reglas; se recuerde que, para atender bien a un enfermo, se requiere ser una madre o un santo. Soporte del enfermo cualquier queja y descontento de su asistencia, porque esto no procede de mala voluntad, sino de la angustia de la enfermedad. Esté atento a lo que manda el médico y lo entienda bien para cumplirlo; y si es de flaca memoria, lo escriba para no equivocarse»<sup>14</sup>. El mismo manifestaba esta caridad en innumerables atenciones con los enfermos, tanto religiosos de la congregación como de fuera. Partiendo de la experiencia de las enfermedades propias y de los

10. L II, 123 (a P. F. Pastorelli).

11. PBC IV, 233 (hermano B. Calderoni).

12. PBC I, 571 (hermano Barnaba Battisti).

13. *Regulae*, 138-140.

14. *Regolamenti*, texto del 1756, ofrecido en StCr II, 601.



demás, podía dar consejos sobre el modo de curarse, sobre dietas; a veces, enviaba a los enfermos alimentos o medicinas que él creía eficaces.

### *Actividad legislativa*

Como ya hemos dicho, Pablo hizo la primera redacción de la regla en 1720, inmerso en la oración y el ayuno de Castellazzo y persuadido de ser objeto de una iluminación especial de Dios. Esta certeza no produjo en él la idea de que las reglas fueran inmutables, como sucede a veces en personas que entienden las iluminaciones divinas con una mentalidad un tanto mágica. Al contrario, él reelaboró continuamente las reglas y las sometió a nuevas revisiones hasta el mismo año de su muerte, que fue el de la última aprobación. La inspiración, de ningún modo le hizo minusvalorar la experiencia y los consejos de otras personas, tanto de la congregación como de fuera. Pero tampoco se abandonó a un revisionismo insensato. Cuidó celosamente la sustancia de la inspiración primitiva, no temiendo discutir con los revisores de las Congregaciones romanas, sobre todo las normas que se referían a la pobreza.

A estas reglas añadió una serie de reglamentos particulares: para los misioneros, para los novicios, para los postulantes, para los hermanos coadjutores albañiles, para los oblatos. Para las monjas pasionistas escribió también una regla y unos reglamentos. Varias normas de estos reglamentos particulares coinciden, por ser consecuencia de las constituciones de la congregación. En el tercer capítulo general (1758) fue aprobado un reglamento que tuvo fuerza disciplinar análoga a la de las reglas, con la sola diferencia de que sus normas emanaban de la autoridad interna de la congregación y podían ser cambiadas por ella. Aquí se recogieron varios decretos de los capítulos generales y un reglamento que Pablo había escrito al menos desde 1755<sup>15</sup>. Estas normas, a las que se añadieron varios decretos en las visitas canónicas, determinaban detalladamente el

15. L IV, 238-241 (a sus religiosos, 3-11-1752).



comportamiento de los religiosos en las circunstancias más diversas, en la persuasión de que, de la fidelidad en las cosas pequeñas, puede depender el bien o el mal de la comunidad<sup>16</sup>.

### *Su gobierno*

El modo de gobernar de Pablo tenía las características de tales normas. El se interesaba con el mismo empeño por los asuntos importantes de fundaciones, capítulos, aprobaciones pontificias, que por los pequeños detalles de la vida cotidiana. De este modo, ningún religioso se sentía soslayado y ninguna situación era considerada como sin importancia. No temía reprender por defectos grandes ni pequeños. No era un padre permisivo, como tantos. El permisivismo no es amor, sino rechazo de la responsabilidad por miedo de perder el afecto de los hijos. El hermano Pacual recuerda que no le perdonaba una. Pablo le dijo en cierta ocasión textualmente:

—Recuerde, hermano, que nosotros somos estatuas para ser colocadas en el paraíso. Pero es necesario que nos dejemos cincelar muy bien.

—Temo que algún golpe de cincel me saque un ojo —respondió el hermano—.

—No, no —le replicó el santo—.

Y diciendo esto, le hizo la señal de la cruz sobre la frente, dándole un gozo que no olvidaría jamás<sup>17</sup>.

Exigía que también los otros superiores corrigieran a los religiosos imponiéndoles las correspondientes penitencias, pero siempre con gran caridad. Así, por ejemplo, escribía al padre Pedro Vico: «No deje nunca de hacer las necesarias correcciones y de imponer penitencias, según los fallos y las necesidades; pero brille siempre la caridad, la cordialidad y la dulzura. Aliter (de otro modo), en vez de curar una llaga, se abrirían diez. No se canse nunca de hacer no solamente de padre, sino también de dulcísima madre»<sup>18</sup>.

Con una filosofía madurada a lo largo de tantos años de experiencia, escribía a Tomás Fossi respecto al gobierno de su familia:

16. StCr I, 1123.

17. PBC I, 270.

18. L III, 439 (al padre Pietro di S. Giovanni, 24-10-1764).



«El que quiere ser bien obedecido, que mande poco y dulcemente»<sup>19</sup>. Bajo su gobierno, la congregación era como una verdadera familia. El se sintió padre hasta el último momento y dejó a sus hijos un intenso amor hacia la comunidad y la casa, lo que favorecía obviamente la concordia y alejaba las tentaciones de evasión. Se preocupaba de todo con la mayor atención. Estaba para entrar en agonía, cuando todavía se preocupó de la cena del obispo Struzzieri, que acababa de llegar de un largo viaje. Es natural que los religiosos reconocieran su espíritu paternal y le correspondieran con afecto filial. Por eso aceptaron de buen grado su petición de ayuda económica, con estipendios de misas, para su hermano José, y se sintieron muy felices con las atenciones cariñosas que le prestaba el hermano Bartolomé. A este último, el fundador le dejó un conmovedor testimonio de agradecimiento por el que le exoneraba, después de su muerte, de todo oficio y le concedía permiso para escoger el convento y la actividad que él quisiera<sup>20</sup>.

19. L I, 589 (16-5-1750).

20. L II, 292s (22-1-1769).



## Personalidad sobrenatural: dones y carismas

### *Fenómenos milagrosos*

Como san Juan de la Cruz, Pablo era más bien excéptico respecto al valor de los fenómenos extraordinarios en los caminos de Dios. Temía la búsqueda de lo extraordinario en cuanto tal, la mentalidad mágica, los entusiasmos de los santurriones o las beatas. Llama la atención el contraste entre sus escritos, en los que no hay ni una insinuación a fenómenos extraordinarios<sup>1</sup>, y algunas declaraciones de los procesos, que abundan en testimonios que le atribuyen tales fenómenos. Esto no significa que él no reconociese los dones extraordinarios y no los usase, cuando creía que servían para la gloria de Dios.

Los que hablan de dones extraordinarios, se refieren a todos los períodos de su vida, remontándose, como ya hemos visto, al tiempo mismo de la gestación y del nacimiento. Algunos afirman haber percibido perfumes deliciosos emanados de su persona o del lugar en que estaba<sup>2</sup>. Otros dicen haber visto su rostro aureolado de rayos resplandecientes<sup>3</sup>, incluso hablan de bilocación, esto es, de su presencia simultánea en lugares diversos<sup>4</sup>. Se le atribuye el pasar a través de puertas cerradas, levitaciones y saltos portentosos<sup>5</sup>.

1. StCr II, 1645.

2. StCr II, 1544s, con las fuentes allí citadas.

3. StCr II, 1542s.

4. StCr II, 1546-1550.

5. StCr II, 1551s.



Muchos testigos hablan de sus dones de sabiduría, de ciencia, de penetración de los corazones. Predicando, apostrofaba con frecuencia a alguna persona particular sin nombrarla, pero indicando sus pecados, dudas y las resistencias a la gracia, e invitándola a la conversión. Siempre había alguno que declaraba haberse reconocido en aquellos apóstrofes y se convertía<sup>6</sup>.

### *Profecías*

Innumerables son las profecías que se le atribuyen. Ya hemos mencionado algunas a lo largo de esta biografía. Entre tantas, recordamos la hecha al cardenal Simonetti, obispo de Viterbo. En una cuestión referente al convento del Santo Angel, apenas vuelto de una misión, el purpurado lo acogió de malos modos, lo injurió y le llamó soberbio. Pablo se puso de rodillas en silencio, pero no pudo sacar nada del cardenal. Al salir, sin embargo, dijo al conde Brugiotti que lo acompañaba: «Encomendemos a Dios al señor cardenal, porque su vida es demasiado breve». Pocos días más tarde moría el cardenal<sup>7</sup>.

A un sacerdote de Valentano (Viterbo), que mantenía una relación escandalosa, le dijo: «Vaya y sepa que, si pone otra vez los pies en aquella casa, antes de terminar el mes de junio será llamado al tribunal de Dios». El sacerdote no se corrigió, pero tuvo la suerte de confesarse a punto de morir y pudo contar la profecía a algunos religiosos<sup>8</sup>. Durante una misión en Bagnoregio, también en la provincia de Viterbo, llamó al joven Juan Evangelista Corsi y le dijo: «Ven, carísimo, que quiero reconciliarte con Dios. Tú has hecho esto y esto. No has hecho caso, pero yo quiero que te reconcilies con Dios». Luego le predijo que llegaría a ser sacerdote<sup>9</sup>.

### *Fenómenos diabólicos*

Desconfiado respecto a los fenómenos extraordinarios en general, lo era desde joven también respecto a presuntas obsesiones diabólicas. En Orbetello exorcizó a una mujer que sufría mucho.

6. StCr II, 1569ss.

7. StCr I, 818s. Cita el proceso apostólico de Roma y otras fuentes.

8. PBC II (padre Antonio Tomassini).

9. StCr II, 1592. Cita el proceso apostólico de Viterbo.



Pero escribe de esto al cardenal Altieri: «Sin embargo, le aseguro a vuestra eminencia que soy muy reacio a creer en estas cosas y sobre todo en mujeres, que suelen tener una imaginación demasiado fuerte y que, muchas veces, creen lo que no es; además de otros males a los que más de una vez las conducen las obsesiones»<sup>10</sup>.

En cambio, daba mucha importancia al grado de humildad que consiste en colocarse bajo los pies de los mismos demonios, y una vez confió al padre Cioni que el Señor le había dicho: «Te quiero pisoteado por los demonios»<sup>11</sup>. El mismo Cioni recuerda: «En cierta ocasión me dijo que, una noche, el demonio le había saltado sobre la cama en forma de un gran perro, y casi estaba para llamar al padre Juan Bautista, su hermano, que dormía en la habitación contigua, pero que no lo hizo por no seguirle la corriente al demonio. A veces le tiraba de las mantas de noche y se las quitaba o se ponía a caminar sobre la cama en forma de gato. Entonces se sentía todo horrorizado, percibiendo su espíritu la presencia viva de los enemigos infernales»<sup>12</sup>.

Los demonios le infundían «ímpetus fortísimos» de escapar por el monte o, incluso, tirarse por la ventana. Lo golpeaban y con tal estrépito, que temía asustasen a los jóvenes religiosos. Escribe al padre Cioni: «Es necesario atacar al enemigo, enseñarle, como se suele decir, los dientes, atormentarlo con rigurosos preceptos, infligirle penas sobre penas si no obedece»<sup>13</sup>. Y al maestro de novicios le recomendó: «Después que me vaya del retiro, pase a echar agua bendita a la habitación en que he estado, porque está llena de demonios, que me han atormentado no poco en estos días»<sup>14</sup>.

### *Los carismas de curaciones y de autoridad*

El mayor número de hechos extraordinarios recordados en la vida de Pablo, lo constituyen las curaciones prodigiosas. Ejerció ya este carisma desde cuando era todavía muy joven. Incluso parece

10. L V, 34 (29-10-1737).

11. PBC I, 172 (G. Cioni).

12. *Ibid.*

13. L III, 152 (4-3-1757).

14. PBC I, 377 (padre V. Distolli).



que él mismo ha hablado como de un carisma que iba disminuyendo con la edad, a causa de su malicia: «¿Dónde ha ido aquel tiempo en el que, con una señal de la cruz, hice levantarse de la cama a toda una larga sala de hospital llena de enfermos?»<sup>15</sup>. En realidad nos quedan unos diez testimonios de curaciones prodigiosas obradas a lo largo de toda su vida. No pudiendo consignar aquí, por los límites que nos hemos impuesto, ni siquiera las más llamativas, ofreceremos alguna como ejemplo.

El abate Pompeyo Angeletti, de Ceccano, estaba enfermo con fiebre. Pablo se dirigió a él con estas palabras: —«Levántese y venga conmigo al señor auditor. Usted no tiene nada». También el auditor estaba enfermo de gota. Llegado a su cabecera, Pablo le mandó igualmente: —«Levántese. ¿Qué vagancia es ésta? Los dos están curados. Vamos juntos a dar gracias a Nuestra Señora»<sup>16</sup>.

La mística Lucía Burlini, de Piansano, estaba ya moribunda. Se llamó a Pablo, pero éste no pudo acudir. Entonces mandó a dos de sus religiosos con el escudo o emblema de los pasionistas y con el precepto de ponerse buena. Ella misma declaró más tarde: «El mal fue más diligente en seguir las órdenes del siervo de Dios, de lo que lo hubiera hecho yo misma»<sup>17</sup>.

Despidiéndose del gobernador de Marciana en la isla de Elba, enfermo de gota, Pablo le dijo: —«Esta tarde le espero en la misión». —«Que Dios le oiga», le respondió el gobernador. Y efectivamente le oyó<sup>18</sup>.

El sacerdote José Suscioli cuenta haber asistido a una unción hecha por Pablo sobre una gangrena, con aceite de la lámpara del Santísimo. A medida que se iba haciendo la unción, se veía cómo se iba curando la llaga y formándose la nueva piel. Al terminar la unción, el enfermo dejó el lecho totalmente curado<sup>19</sup>.

La fe de Pablo era sencilla y total. La orden de curar a los enfermos se encuentra en el evangelio. No es posible que el Señor incumpla su palabra, que además da en forma de precepto al que cree en él. En virtud de esta fe, Pablo mandaba también a los animales y a las fuerzas de la naturaleza, y le obedecían. Su ben-

15. *Ibid.*, 672 (padre Giuseppe M. Claris).

16. PBC III, 379 (Anna C. Bischì Angeletti).

17. PBC II, 558 (L. Burlini).

18. *Declaración extraprocesal* de P. Anselmi, ofrecida en StCr II, 1614-1616.

19. PBC III, 38 (G. G. Suscioli).



dición ahuyentaba las plagas de los cultivos y obtenía cosechas extraordinarias. Se cuenta que una vez, en Orbetello, estaba predicando en la plaza llena de gente, cuando de pronto entraron lanzados dos búfalos enfurecidos. La gente comienza a escapar y a gritar de miedo. Pablo, armado de su crucifijo, ordenó a los animales que se fueran, y éstos le obedecieron<sup>20</sup>. Otra vez llamó la atención a uno que estaba domando sus animales a fuerza de blasfemias. Este cogió el fusil y lo apuntó contra Pablo. El, levantando el crucifijo y presentándoselo, le dijo: —«Ya que tú no quieres respetar a este Cristo, le respetarán tus bueyes». A estas palabras, los bueyes doblaron sus patas delanteras en acto de genuflexión. Asustado, el hombre siguió el ejemplo de los animales y pidió perdón<sup>21</sup>.

Son característicos algunos fenómenos milagrosos que acompañaron sus misiones. De ellos habla a veces el mismo Pablo, no considerándolos vinculados a su persona. El más célebre es el del crucifijo de una iglesia de Piegaro, provincia de Perugia, que sudó sangre. Para confirmar este fenómeno, se estableció un proceso canónico<sup>22</sup>. Otro hecho milagroso recordado frecuentemente, es el relatado en un amplio atestado por el párroco de san Lorenzo Nuovo, en la provincia de Viterbo. Este sacerdote declaró que, sosteniendo el crucifijo durante una predicación de Pablo, oía una voz misteriosa que dictaba a éste las palabras que tenía que decir.

### Visiones

Entre los dones extraordinarios de los que Pablo desconfiaba, las visiones ocupaban, tal vez, el primer lugar. En sus escritos exhorta frecuentemente a sus discípulos a desconfiar de tales experiencias. Sin embargo, son precisamente las visiones las que han contribuido a formar su leyenda, especialmente la transmitida a través de pinturas y esculturas. ¿Quién no ha visto las imágenes de Pablo abrazado por Jesús que desclava sus manos de la cruz, o bendecido con la imposición de manos de María y de su hijo,

20. PBC IV, 219 (hermano B. Calderoni).

21. PBC I, 516 (padre Antonio Pucci).

22. Se informa de esto en el apéndice de StCr II, 1646-1673.



el niño Jesús? Según un testigo, Pablo había dicho que la santísima Virgen se les había aparecido a él y a Juan Bautista como una gran señora y les había salvado de un gran peligro de ahogarse en el río Tanaro, cuando eran todavía niños<sup>23</sup>. Pero los que recogen más confidencias de Pablo respecto a visiones son ciertamente el padre Juan María Cioni y Rosa Calabresi. El padre Juan María afirma que el Señor se dejaba ver de Pablo siendo todavía joven «en figura de un gracioso niño»<sup>24</sup>. Rosa Calabresi no sólo refiere las confidencias hechas a ella por Pablo, sino además habla de apariciones de las que ella fue testigo. Ella es la que cuenta lo del abrazo del Crucificado, después de que el Señor hubiera impreso en Pablo su pasión y los dolores de María, don que le causaba grandes sufrimientos hasta el punto de levantarle tres costillas. «Un día —contaba Pablo a Rosa Calabresi— el santísimo crucifijo ante el que estaba haciendo oración, desclavó sus brazos de la cruz y me abrazó muy estrechamente; me puso en su sacratísimo costado, donde me tuvo durante tres horas; me parecía estar en el paraíso»<sup>25</sup>.

Otra visión se refiere a la caridad de Pablo para con los pobres. Contaba: «Estaba yo en el retiro, cuando se me presentó un pobre tan andrajoso y harapiento, que no podía más. Me pidió limosna y se la di. Luego, volviéndose hacia mí, me dice:

—¿Me conoces?

—Te conozco, seguro. Tú representas a Jesucristo.

—¿Que represento a Jesucristo?, me dice. Y comienza a sonreír.

—Sí, representas a Jesucristo —añadí yo—.

—¿Y si fuese el mismo Jesucristo? —respondió él—.

Entonces sentí algo tan fuerte, que caí por tierra. Yo hacía grandes muestras de arrepentimiento, pedía perdón... Pero al mismo tiempo, experimentaba un júbilo indecible; lo veía no ya como antes, como un pobre harapiento, sino como un hermoso joven; me tomó de la mano y me levantó del suelo»<sup>26</sup>.

En la sacristía de los Santos Juan y Pablo, de Roma, Rosa Calabresi oye claramente a la Virgen que le llama: —«Pablo, Pablo». La ve en forma de una reina en su trono y con el hijo en

23. PBC III, 48 (G. Ranieri Jacomini).

24. PBC I, 420.

25. PBC IV, 149.

26. PBC IV, 147s.



los brazos. La Virgen asegura a Pablo la gracia de su salvación. Luego le dice: «Da fe a cuanto te dice esta sierva mía. Estáte completamente seguro de que la congregación va muy bien y se extenderá mucho, y de que tu modo de obrar agrada mucho a Dios». También el niño Jesús habla a Pablo. Los dos, María y Jesús, ponen las manos sobre los videntes y hablan del próximo viaje de Pablo a la eternidad, prediciéndole que sería en el mes de octubre. La escena termina con la bendición que a los dos dan la Madre y el Niño<sup>27</sup>.

Aunque menos impresionantes, son mucho más importantes las visiones intelectuales que Pablo tuvo a lo largo de toda su vida. De ellas hablaba él mismo, considerándolas como fundamento de su carisma y de su congregación. Además, le daban una certeza bastante mayor y le servían de guía en su actividad.

27. PBC IV, 152.



## La mística de la pasión

En tiempos de san Pablo de la Cruz, triunfan el racionalismo y el teosofismo, y comienza a desarrollarse el materialismo. Por todas partes se extiende un escepticismo sarcástico y desacralizador, que tiene su más conocido representante en Voltaire, nacido el mismo año que Pablo. Aquella misma época, sin embargo, es también una época de tanta pasión por la mística, como tal vez no haya habido ninguna otra en la historia. Bastaría recordar la pasión y los sufrimientos de hombres como Pascal y Fenelon, o el hecho de que, en las polémicas suscitadas por el jansenismo y el quietismo, se interesasen también reyes y papas, gobiernos y universidades. El jansenismo y el quietismo expresan la pasión de muchos por el rigorismo moral y por las vías místicas del camino hacia Dios. En Italia, san Alfonso de Liguorio y san Pablo de la Cruz responden a estas exigencias del modo más pacífico y ortodoxo, y en armonía con el magisterio de la Iglesia.

*San Francisco de Sales, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz*

Conociendo la infancia y adolescencia de Pablo y, particularmente, su fervor después de la conversión de 1713, podemos imaginar el gran interés con que devoraba los libros espirituales que cayeron en sus manos. Las primeras obras que conoció fueron, probablemente, las de san Francisco de Sales. Lo demuestran varios testimonios de los procesos canónicos, las citas contenidas en sus cartas y el examen de sus primeros escritos<sup>1</sup>. De él, Pablo aprendió

1. PBC II, 50 (padre F. A. Capriata).



la doctrina del «sagrado silencio de amor, que es un hablar tan fuerte a los oídos del Esposo divino»<sup>2</sup>. También la doctrina del amor «compasivo», que va a Dios a través de la única vía que es Cristo crucificado. «El que mira sólo el consuelo, pierde de vista al gran Dios de los consuelos», repite Pablo con san Francisco de Sales<sup>3</sup>. El espíritu manso del obispo de Saboya se reproduce en la mansedumbre y misericordia que suavizaron siempre la austeridad de Pablo.

El mismo Francisco de Sales fue, probablemente, el que condujo a Pablo a los escritos de santa Teresa de Jesús. El nombre de esta santa es el único que se encuentra en su *Diario* de Castellazzo. Desde su infancia, le impresionó esta frase de santa Teresa: «O padecer o morir». De ella aprendió, particularmente, los criterios de discernimiento de la oración y, sobre todo, la grande estima por la vida de oración. Entendió que es necesario ser consciente de los peligros que se encuentran en los caminos de Dios, pero, cuando se ve que los frutos son buenos, hay que acoger los dones de oración, que no son un bien privado, sino que hacen crecer a toda la Iglesia.

Otro autor espiritual que durante toda la vida leerá gustoso es san Juan de la Cruz, al que él llama «el santo doctor místico»<sup>4</sup> y también «el príncipe de los místicos»<sup>5</sup>. Escribiendo a Inés Grazi en 1736, cita ya el *Cántico de la noche oscura*. En Juan descubrió la espiritualidad de la pasión, aplicada a las vías de la contemplación de Dios. A Dios se le encuentra verdaderamente cuando se renuncia a todas las satisfacciones, incluso a las más espirituales. Jesús crucificado es el testigo perfecto de la adoración pura y de la contemplación de Dios solo. Con Juan de la Cruz, Pablo profundiza en el discernimiento de los caminos espirituales, sobre todo en lo que se refiere a la desconfianza en la búsqueda de dones extraordinarios, como visiones, milagros, locuciones. Descubre cada vez mejor las características de los altos grados de oración. «La señal de que el alma debe dejar los discursos interiores se tiene cuando ella gusta de estarse completamente sola en el seno amoroso del Señor, con atención amorosa, con una dulce mirada

2. L I, 462 (a A. Grazi, 30-7-1739).

3. L I, 535 (a T. Fossi, 29-3-1736).

4. L I, 808 (al mismo, 26-1-1773).

5. L III, 157 (a G. Cioni, 23-7-1757).



de fe, con un silencio sagrado de amor»<sup>6</sup>. «En el sumo grado de la ascensión a Dios, se encuentra el purísimo padecer sin consuelo, ni del cielo ni de la tierra»<sup>7</sup>. «Por medio de vuestro padecer, se purifica lo imperfecto que no conocéis, y el alma se vuelve como un cristal en el que se refleja la luz del sol divino; y quedaréis toda en Dios transformada por amor»<sup>8</sup>.

De Juan de la Cruz aprende Pablo una expresión y una doctrina que le serán muy queridas, y que expresan bien su total entrega a la paternidad de Dios: «Estar en el seno del Padre»<sup>9</sup>. El seno del Padre es la esencia divina, donde habita siempre Jesús y donde también nosotros somos llamados a morar. En aquella altura, cesa el ruido de las palabras humanas y se reposa siempre en un silencio de amor. En 1733 escribía a Inés Grazi: «Esté en la presencia de Dios con una pura y simple atención amorosa a aquel inmenso Bien, en un sagrado silencio de amor, reposando con este santo silencio todo su espíritu en el seno amoroso del Dios eterno»<sup>10</sup>.

### *El carisma de la pasión*

En el joven Pablo Danei creció progresivamente la conciencia de tener que centrar la atención de su espíritu en la pasión de Jesús. Al principio se sintió llamado a reunir compañeros, a los que llamaría «los pobres de Jesús». Pobreza, despego del mundo, soledad, eran los ideales que más le atraían. Eran, por decirlo así, negaciones de lo que veía como tan negativo en la vida cristiana, negaciones de la idolatría del corazón, o del pecado. La primera idea positiva que aparece en la espiritualidad de Pablo es el nombre de Jesús, en el centro y bajo una cruz blanca, del emblema o escudo de que se ve adornado. Sigue la túnica negra de la que debía revestirse, con la precisión de su significado de «perpetuo luto» por la pasión y muerte de Jesús. Esta explicación podría hacer pensar que Pablo concibiera la pasión únicamente en su aspecto negativo de consecuencia y reparación del pecado. Innu-

6. L II, 818 (a G. A. Lucattini, 9-9-1751).

7. L I, 153 (a A. Grazi, 3-10-1736).

8. L II, 719 (a L. Burlini, 9-8-1749).

9. Cf. la expresión *Seno del Padre* en el índice de temas de StCr III, 2466.

10. L I, 103 (16-12-1733).



merables testimonios, sin embargo, demuestran que fue uno de los místicos que han tenido más claro el valor positivo de la pasión, esto es, la gloria de la cruz, como máxima expresión de la iniciativa del amor de Dios<sup>11</sup>.

El voto de la pasión que Pablo emitió ya en 1721 constituirá su consagración personal a la pasión, que pronto será el elemento distintivo de la nueva congregación, en sustitución del ideal negativo de la pobreza. Al descubrimiento de esta vocación, Pablo llegó a través de la experiencia personal del fracaso de proyectos madurados bajo el impulso de las inspiraciones de Dios. Es el clásico camino de la cruz, que llevó también al pueblo de Dios a entender la vocación del siervo de Jahvé y que hizo que la experiencia del destierro y de la dependencia les abriese a la esperanza mesiánica. En aquella ocasión, Pablo tuvo también la clara intuición de que el «reunir compañeros» tendría como finalidad la interiorización de la pasión<sup>12</sup>.

El símbolo o escudo pasionista se enriqueció después con el recuerdo de la pasión y el símbolo de los clavos. El voto de la pasión se introdujo en las reglas hacia 1730, pues lo encontramos ya en el texto que Pablo preparó para el examen de su obispo, el cardenal Altieri<sup>13</sup>. De entonces en adelante, toda la espiritualidad del santo gira en torno al tema de la pasión.

### *La voluntad de Dios*

Como hace resaltar el especialista alemán Martín Bialas sobre la base de un profundo estudio del jesuita francés M. Viller, la primera expresión de la espiritualidad de la pasión en Pablo de la Cruz está en la conformidad con la voluntad de Dios, que conlleva una confianza inquebrantable en el Padre a ejemplo de Jesús<sup>14</sup>.

11. Sobre este tema, cf. mi obra *Teologia della gloria e teologia della croce*, Leuman, 1982.

12. *Historia*, 307.

13. *Ibid.*, 308.

14. M. Bialas, *La Pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, Salamanca 1982. 134-136; M. Viller, *La volontà di Dio nella dottrina di S. Paolo della Croce*, Roma 1983 (trad. de un artículo publicado en *Revue d'Ascétique et de Mystique* [1951] 132-174).







cados y los pecados del mundo, estemos retirados en la áurea choza de la divina voluntad, complaciéndonos y haciendo fiesta de que se cumpla en todo el soberano y divino beneplácito. Pierda de vista, señora Mariana, todo lo creado; tenga el intelecto bien purgado y limpio de toda imagen, y huya, en medio de tantos males como hay en el mundo, al seno del Padre celestial por medio de Jesucristo Nuestro Señor, y allí se pierda toda en la inmensa divinidad, como se pierde una gota de agua en el gran océano. De esta forma no vivirá ya una vida suya, sino una vida deífica y santa»<sup>18</sup>.

En este sentido, Pablo de la Cruz perfecciona dos maravillosas expresiones que había amado de manera particular desde joven: «Creo que la cruz de nuestro dulce Jesús habrá echado más profundas raíces en su corazón, y que cantará: *padecer y no morir*, o bien: *o padecer, o morir*, y aún mejor: *ni padecer, ni morir*, sino transformarse enteramente en el divino querer»<sup>19</sup>.

### *El encuentro con Taulero*

No sabemos cómo llegó a manos de Pablo el grueso volumen de las obras de Taulero, que todavía se conserva. Había sido publicado en latín en Macerata, en el siglo anterior. Pablo lo leyó por primera vez, probablemente, en 1748, a la edad de 56 años<sup>20</sup>. Juan Taulero, dominico alemán del siglo catorce, pertenecía al grupo de teólogos místicos de la escuela renana y era un autor discutido. Como Lutero había creído encontrar en él una confirmación de su teoría sobre la justificación sólo por la fe, se opuso a él el célebre controversista católico Juan Eck y fue luego censurado por los jesuitas y los capuchinos. Se sospechaba que favorecía también el quietismo. Sin embargo, insignes teólogos y santos lo habían defendido.

Todavía hoy se discute sobre si la inspiración fundamental de la mística tauleriana es neoplatónica o cristiana. Con el estudioso

18. L III, 753 (24-5-1768).

19. L II, 440 (a sor C. G. Gandolfi, 10-7-1743).

20. C. Brovotto, *Introduzione alla spiritualità di S. Paolo della Croce. Morte mistica e divina natività*, San Gabriele (TE) 1955, 27-29; StCr II, 168.





*La Virgen y el niño Jesús se aparecen al Santo y a Rosa Calabresi.  
Retiro de San Juan y Pablo, Roma*



A. Hoffman<sup>21</sup>, pienso que la inspiración fundamental es rigurosamente cristiana. Taulero no es primariamente un especulativo, sino un santo. Su ambición no es la de enseñar doctrinas maravillosas, sino santificarse y santificar. La práctica no está nunca separada de la teoría. Y no se trata de una práctica tendente a hacer obras apreciables por los hombres, sino a dejar espacio a la acción del Espíritu de Dios.

De Taulero, Pablo saca sobre todo la doctrina acerca del *fondo del alma*, doctrina que Taulero desarrolla partiendo de lo que había aprendido del maestro Eckart. Entrando en el propio *fondo*, el alma tiene la percepción de Dios de la forma más pura que pueda darse. Allí resuena su testimonio, cuando calla toda otra voz. Es necesario que cesen de obrar todas las facultades, para que pueda escucharse a Dios en este *fondo*, aunque es cierto que las acciones de las facultades reciben fuerza de él. Esta percepción puede alcanzarse tal vez sólo por algún instante, pero, cuando se tiene, es como si se viviese ya en la eternidad. En el fondo del alma habita Dios, con su luz increada<sup>22</sup>.

Pablo llama al *fondo* muy libremente *parte suprema del espíritu*<sup>23</sup>, *santuario del alma*<sup>24</sup>, *ápice de la mente*<sup>25</sup>, *fondo y centro del alma*<sup>26</sup>. A él no pueden acceder ni los ángeles malos ni los buenos, sino que el alma está sola con su Dios<sup>27</sup>. Así, escribía sobre esto a sus religiosos en una circular de 1750: «Jesús, que es el divino Pastor, os conducirá como a sus queridas ovejas a su redil. Y ¿cuál es el redil de este dulce y soberano Pastor? ¿sabéis cuál es? Es el seno del divino Padre; y porque Jesús está en el seno del Padre *Christus Iesus qui est in sinu Patris*, en ese seno sacrosanto y divino él conduce y hace reposar a sus queridas ovejitas; y toda esta labor supercelestial y divina se hace en la casa interior de vuestra alma, en pura y desnuda fe y santo amor, en verdadera abstracción de todo lo creado, pobreza de espíritu y perfecta soledad interior; pero esta gracia tan excelsa se da sola-

21. G. Taulero, *Opere*, Alba 1977, 26 (introducción).

22. *Ibid.*, especialmente 354s.

23. L I, 118 (a A. Grazi, 28-10-1736).

24. L I, 538 (a T. Fossi, 10-10-1736).

25. L II, 731 (a sor Mariana de Jesús, 14-1-1749).

26. L II, 471 (a sor C. G. Gandolfi, 3-2-1755).

27. L IV, 338 (a una religiosa, 18-6-1763).



mente a los que tratan de ser cada día más humildes, sencillos y caritativos»<sup>28</sup>.

La lectura de Taulero producía en Pablo extraordinarias resonancias. Sentía una perfecta sintonía con él, se conmovía simplemente con nombrarlo, pensando en sus enseñanzas. «Nos hablaba frecuentemente de él —cuenta Strambi—, dando bien a entender que la doctrina de aquel gran hombre donde se trata de la unión del alma con Dios, del reposo en Dios, del aniquilamiento en Dios, etc., la había hecho muy suya, porque experimentaba en sí mismo aquello que leía en Taulero»<sup>29</sup>.

### *El todo y la nada*

Bastante antes de conocer a Taulero, Pablo insistía ya sobre la presentación de la criatura como una nada o «como una horrible nada»<sup>30</sup>, y de Dios como el todo. «Vuelva a arrojarse en su nada —escribe a Inés Grazi en 1741—, a reconocer su indignidad, y de este reconocimiento ha de nacer una mayor confianza en Dios»<sup>31</sup>. Ya en 1740 había escrito a sor Querubina Bresciani: «El que quiera encontrar el verdadero todo que es Dios, ha de arrojarse en su nada. Dios es aquello que, por esencia, es lo que es: *ego sum qui sum*; nosotros somos lo que no somos, porque, por más hondo que escavemos, no encontraremos otra cosa que nada, nada; y quien ha pecado, es peor que la misma nada, porque el pecado es una horrible nada, peor que la nada»<sup>32</sup>.

Para Pablo, motivaciones para invitar a aniquilarse son tanto la condición de criatura, como el ejemplo de la *kenosis* del Hijo de Dios. En la acentuación permisiva de la benevolencia de Dios que caracteriza a nuestra época, no es fácil percibir el elemento de la infinita distancia entre el Creador y la criatura, que Pablo manifestaba tan bien con la simple expresión con la que se refería a Dios: «Su divina Majestad». Se trata de una distancia moral que ahonda sus raíces en la distancia metafísica. Pablo sintetiza su

28. L IV, 226 (2-5-1750).

29. Strambi, 300.

30. M. Bialas, *La Pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, 136s.

31. L I, 267 (3-4-1741).

32. L I, 471 (9-8-1740).



pensamiento, a propósito de tal distancia, con las siguientes expresiones: «Para ser santo, se necesita una 'N' y una 'T'. El que va muy por los caminos interiores adivina el significado; pero quien todavía no entró en muy profunda soledad, no lo sabrá adivinar. Añado pues: la 'N' eres tú, que eres una horrible nada; la 'T' es Dios, que es el todo infinito por esencia. Deja, pues, que desaparezca la 'N' de tu nada en el fondo infinito que es Dios, óptimo y máximo, y allí piérdete enteramente en el abismo de la inmensa divinidad. ¡Oh qué hermoso trabajo es éste!»<sup>33</sup>.

Al padre Pedro Vico, maestro de novicios en monte Argentario, le escribía: «No hay que temer ningún engaño con tal que haya y se aumente el conocimiento del propio *nada tener*, *nada saber*, *nada poder* y que, cuanto más se cava, se encuentra también más la horrible nada; para, por tanto, dejarla desaparecer en el todo infinito»<sup>34</sup>.

Y a Inés Grazi: «Nada agrada tanto a Dios, como aniquilarse y abismarse en la nada; esto espanta al diablo y le hace huir... Para prepararse a la batalla y estar armada con la armadura de Dios, no hay medio más eficaz que aniquilarse y anonadarse delante de él, creyendo firmemente no ser capaz de salir victoriosa si Dios no está con ella para combatir, de donde debe arrojar esta su nada en aquel verdadero todo que es Dios y, con gran confianza, combatir como valiente guerrera, estando ciertísima de salir victoriosa»<sup>35</sup>.

En 1768 escribe a la señora Ana María Calcagnini con gran ternura de expresiones: «Estando allí, en aquel sagrado desierto interior del que le he hablado tanto de palabra como por escrito..., deje desaparecer su verdadera nada en el todo infinito, y descanse en Jesucristo en el seno del dulcísimo Padre como niña, mamando la leche divina de los pechos sacratísimos de la infinita Caridad. Y si el amor le hace dormir aquel místico sueño que es la herencia que el sumo Bien da en esta vida a sus queridos, como dice el profeta: *Cum dederit dilectis suis somnum, ecce haereditas Domini*

33. L III, 747 (a Mariana Cirelli, 11-3-1766). En la teología más reciente tal distancia metafísica entre el Creador y la criatura ha sido puesta en evidencia por pensadores como Kierkegaard y Barth.

34. L III, 450 (29-11-1768).

35. L I, 150 (30-5-1736).



(cuando diera el sueño a sus predilectos, he aquí la heredad del Señor), etc., usted duerma, que en tan sagrado sueño se hará sabia con la sabiduría de los santos»<sup>36</sup>.

### *Muerte mística y divina natividad*

Pablo de la Cruz debe a Taulero la noción de la divina natividad. La de la muerte mística la había madurado por su cuenta desde que escribió su *Diario espiritual*, aunque en él no se encuentra explícitamente esta expresión. Entonces prefería la de «el total desprendimiento de todo lo creado»<sup>37</sup>, comprendidos los consuelos espirituales. Escribiendo a Inés Grazi en 1734, le dice: «Oh hija mía, feliz el alma que se despega de su propio gozar, del propio sentir, del propio entender. Altísima lección es ésta; Dios se la hará entender si usted pone su contento en la cruz de Cristo Jesús, en morir a todo, esto es, a todo lo que no es Dios, en la cruz del Salvador»<sup>38</sup>.

La expresión «muerte mística» estaba muy en uso entre los quietistas, como lo demuestra un estudio muy importante de Costante Brovetto<sup>39</sup>. Pablo, sin embargo, la usa interpretándola vitalmente dentro de la propia dinámica interior, rigurosamente ortodoxa y responsabilizante. Desde 1748, encontramos continuamente en sus escritos la doctrina de la muerte mística, vinculada a la de la divina natividad. Así, por ejemplo, en 1751 escribía a Lucía Burlini: «Toda humillada y reconcentrada en su nada, *nada poder, nada tener, nada saber*, con alta y filial confianza en el Señor, procure perderse totalmente en el abismo de la infinita caridad de Dios, que es todo fuego de amor... Y así, en ese inmenso fuego, deje que se consuma todo lo que hay en usted de imperfecto, para que renazca a una nueva vida deífica, vida toda de amor, toda santa; y esta divina natividad la celebrará en el divino Verbo, Cristo nuestro Señor. Tenga en cuenta, sin embargo, que este divino trabajo se hace en lo más íntimo del espíritu, en el gabinete más

36. L III, 815 (17-7-1778).

37. L IV, 220 (a monseñor F. A. Gattinara, 1721).

38. L I, 107 (17-3-1734).

39. C. Brovetto, *Introduzione alla spiritualità di S. Paolo della Croce. Morte mística e divina natività*, 36-40.



secreto, etc. Así que, muerta místicamente a todo lo que no es Dios, con altísimo desprendimiento de todo lo creado, entre sola en lo más profundo de esa sagrada soledad interior, en ese sagrado desierto; entrada que se ha de hacer con total aniquilamiento de sí, con fe y santo amor, con alto desprendimiento de todo contento sensible, por santo que sea, al cual nunca debe mirar y mucho menos reposar en él. De esta manera, cada vez que se hacen estas introversiones o retiradas interiores, quedando en santo silencio de fe y de amor, el alma renace constantemente a una nueva vida de caridad en el divino Verbo, que siempre escucha y ama. ¡Oh cuánto tendría que decirle!»<sup>40</sup>.

Ya hemos visto lo que sobre esto escribió a Tomás Fossi con motivo de su ordenación sacerdotal. En 1763 escribe también sobre ello a Mariana Girelli: «Por tanto, señora Mariana, dé mucha importancia a esta sagrada soledad interior, abstraída de todo lo creado, abismada en su verdadera nada, desnuda de sí misma, pobre de espíritu, cargada de cruces, arrojada en su nada, abandonada en Dios; y tal abandono sacrosanto se hará en el sagrado desierto interior, en sagrado silencio de fe y de santo amor, puro y neto. De esta forma se abandone en el seno del Padre celestial y haga largos sueños. No se despierte sin permiso del Esposo divino; de esta forma, el alma renace a vida deífica en el divino Verbo, y cada vez que con fe viva entre en este sagrado desierto, se realizará en usted esta divina natividad»<sup>41</sup>.

La muerte mística es una verdadera inmersión bautismal. Responde muy bien a la actual espiritualidad del bautismo y a la litúrgica del misterio pascual<sup>42</sup>. También la espiritualidad de la inmersión y de la cruz gloriosa, como viene presentada hoy por el Movimiento neocatecumenal, es fundamentalmente la misma cosa. Pablo de la Cruz intuía estas realidades basado en textos de la Escritura y en las experiencias de los místicos cristianos que le habían precedido.

40. L II, 724s (17-8-1751).

41. L III, 745s (2-1-1766).

42. Sobre la actualidad de los conceptos de muerte mística y divina natividad en la teología bautismal y pascual de nuestro tiempo, cf. *Mort mystique*, en DS X, 1790.



## *El tratado de la «Muerte mística»*

Durante dos siglos se ha estado buscando un pequeño tratado sobre la *Muerte mística* que Pablo decía haber enviado a diversas personas, entre las cuales están sor Angela María Cencelli, del monasterio de Vetralla, y el maestro de novicios padre Pedro Vico<sup>43</sup>. En 1976, fue encontrada una copia en el lugar en que menos se pensaba: el monasterio de religiosas pasionistas de Bilbao, España. En los años siguientes fueron apareciendo otras copias en los monasterios de Mamers (Francia) y Lucca (Italia). El pequeño tratado llevaba el título de *Muerte mística o verdadero holocausto del puro espíritu de un alma religiosa*. El tratado tiene diecisiete párrafos, que pueden dividirse en dos partes: la primera, que abarca del uno al diez, contiene la doctrina general sobre la muerte mística; la segunda, del once al diecisiete, aplica esta doctrina a la práctica de los consejos evangélicos en la vida religiosa<sup>44</sup>. Los estudios que se han hecho, destacan que el texto, tal como está, no parece del estilo de san Pablo de la Cruz. Su redacción parece de un colaborador suyo, probablemente el padre Juan María Cioni. La fecha más probable de su composición se coloca entre los años 1760 y 1761, años de grandes pruebas para Pablo a causa del fracaso definitivo de su petición de votos solemnes para su congregación y de las enfermedades que él mismo padecía<sup>45</sup>. La diferencia más llamativa entre este tratado y las cartas, es que en el tratado de la *Muerte mística* no se habla nunca del nacimiento espiritual. En sus escritos, Pablo no se detiene nunca en el aspecto negativo del camino bautismal, sino que pasa siempre al positivo. Y no es que en este pequeño tratado falte el aspecto positivo, que aparece después de la muerte mística, sino que no lo acentúa como suele hacerlo Pablo. Aquí, todo el acento se pone en el ejercicio de muerte. Dios solo, su voluntad y su gloria son el fin único, hasta el punto de no pensar ni desear premios o temer

43. C. Brovotto, *Introduzione alla spiritualità di S. Paolo della Croce. Morte mistica e divina natività*, 24s.

44. M. Bialas, *La Pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, 194-198. En estos últimos años han sido hechas varias ediciones de dicho tratado. Para un estudio crítico, cf. A. M. Artola, *La muerte mística según S. Pablo de la Cruz*, Bilbao 1986.

45. A. M. Artola, *La muerte mística según S. Pablo de la Cruz*, 140s.



castigos. Es este un punto que hace clara referencia a la polémica sobre el amor puro, mantenida por los quietistas.

Los elementos más favorables a la paternidad de Pablo son dos: uno, el hecho de que lo recomendara y lo entregara a personas de oración, asumiendo, por tanto, su responsabilidad. Otro es el testimonio de las personas que lo consideraban suyo, particularmente las religiosas del monasterio de Vetralla, que fueron las primeras a quienes se lo dio. Puede surgir alguna duda del hecho que Pablo aconsejara usar con prudencia sus enseñanzas, no detenerse demasiado en cada una de ellas sino más bien sacar las enseñanzas útiles, y, finalmente, no darlo a principiantes. Este pequeño tratado parece todavía envuelto en el misterio.

### *La participación en la pasión como coincidencia de opuestos*

¿Qué es lo que, en la espiritualidad de Pablo de la Cruz, impide caer en los engaños del quietismo? ¿qué es lo que no permite que la muerte mística, el estar como un niño en el regazo del Padre, el sueño místico, el reposo del espíritu, sean considerados como un quitar responsabilidad y una regresión infantil? Es la autenticidad de su mística, la escucha del Espíritu y de la palabra de Dios, lo que no le deja caer ni en la irresponsabilidad de los quietistas, ni en el activismo en el que se sumergen buena parte de los religiosos de su tiempo y de nuestros días. En Pablo, la más alta pasividad coincide con la más elevada actividad, el reposo en la voluntad de Dios, con la más comprometida responsabilidad por su reino y por su cuerpo místico que es la Iglesia. En él hay una coincidencia de opuestos. Pero, como hace resaltar justamente Niccolo Cusano, la *coincidentia oppositorum* es una característica esencial del mismo Dios.

Esta característica la pone bien en evidencia el filósofo francés S. Breton, que ve en Pablo la confluencia entre el acercamiento a la cruz propio de la espiritualidad franciscana, y el otro típico de la espiritualidad de los místicos renanos. En san Pablo de la Cruz se tiene una síntesis de la mística afectiva y la apofática<sup>46</sup>, entre la

46. La mística afectiva de la escuela franciscana lleva al alma a un ensimismamiento con el Jesús de la pasión a través de la memoria de los sufrimientos



franciscana y la tauleriana, la de la encarnación y la de la ternura, la de la trascendencia y la de la nada.

En el prefacio a la edición italiana de sus obras sobre san Pablo de la Cruz, Breton lo resume así: «Yo creo encontrar en su mismo espíritu una doble exigencia: la del Dios sensible al corazón en su expresión más conmovedora —la pasión de Cristo— y la no menos imperativa del *noli me tangere*. Es la unión de estas dos instancias lo que constituye, a nuestro parecer, la paradoja de san Pablo de la Cruz»<sup>47</sup>.

El Dios que se humilla hasta hacerse solidario de ladrones y prostitutas no cae nunca en la vanalidad de una cierta literatura y de una cierta praxis difusa entre los cristianos; ni en la concepción permisiva y falsamente justificante de la misericordia de Dios, que muchos tienen hoy. Precisamente en el nivel más bajo de su *kenosis*, él dice: «*noli me tangere*», no me puedes profanar. Yo soy el Hijo de Dios, Amor que me doy. Mientras me ofrezco para comunicarme contigo de la manera más inmediata y accesible, soy más que nunca el intangible e inefable.

Breton lanzaba una hipótesis. El conocido teólogo Hans Urs von Balthasar la confirmaba explícitamente escribiendo: «El episodio más extraordinario de una auténtica fusión (de la teología afectiva y de la teología apofática) es todavía la figura de un fundador: Pablo de la Cruz, fundador de los pasionistas»<sup>48</sup>.

### *En la contemplación, ¿se puede ir más allá de la cruz?*

El especialista en san Pablo de la Cruz, Costante Brovetto, destaca justamente que, para Pablo de la Cruz, «no tiene ya razón de ser todo el procedimiento místico sugerido por la especulación filosófica antigua, por el que hay que alejarse con la abstracción

narrados en los evangelios. El Dios escondido se revela totalmente en la pasión. A través de la sensibilidad, del corazón, se llega a él. La mística apofática, vinculándose a la tradición metafísica de la teología negativa, ve en la pasión la realización de la doble negación necesaria para que Creador y criatura puedan encontrarse: la *kenosis* del Verbo y el reconocimiento de la nulidad de la criatura delante de Dios. Ella, aunque moviendo hacia la negación, es más especulativa: en la línea de las reflexiones bíblicas sobre la encarnación y la pasión, busca los significados teológicos.

47. S. Breton, *La mística de la Pasión*, Barcelona 1969, 18

48. *Teologia dei tre giorni*, Brescia 1991, 49, nota 83.



y la renuncia de todas las cosas creadas para encontrar el puro inteligible sustancial: Dios. Ahora hay que sumergirse precisamente en la criatura, que es la humanidad de Cristo»<sup>49</sup>. La pasión no se debe perder nunca de vista, escribe también Brovetto: de cualquier alma, aun la más avanzada, Pablo quiere saber «si la oración continúa en el templo interior del Espíritu, en profunda soledad y toda revestida de Cristo. *Ego sum ostium et nemo venit ad Patrem nisi per me* (yo soy la puerta y nadie va al Padre sino por mí)»<sup>50</sup>. Explica Breton: «Pablo de la Cruz está persuadido de que Dios es espíritu, de que la unión en espíritu y en verdad exige la superación de las imágenes». Como veremos luego, él sabe bien que la devoción a la pasión debe purificarse simplificándose; pero nunca habría admitido que tuviera que desaparecer para dejar lugar a la contemplación. La cruz no es un medio provisional que se deba abandonar en cierto momento del camino, o un lugar de paso que un recuerdo distraído evoca del fondo del pasado... La cruz nos lleva al abismo, y el abismo nos lleva a la cruz en un círculo sin fin. Esto no es ningún procedimiento discursivo que olvide el medio, una vez lograda la conclusión<sup>51</sup>.

Ha habido quien se ha maravillado de estas sencillas verdades cristianas y ha pretendido suponer que existiese una posibilidad de contemplar a Dios abstrayendo de la humanidad de Jesús y de la cruz, posibilidad que sería más alta que la que se tiene permaneciendo en el misterio de la cruz. El peligro de estas teorías no está en el hecho de que pretenden ir más allá de las imágenes, aunque éstas sean las imágenes o las escenas de la pasión. Ni Taulero ni Pablo de la Cruz admitían que las imágenes bloquearan la contemplación<sup>52</sup>. El peligro está en suponer que el Padre o la divinidad de que habla Pablo de la Cruz, coinciden con el Dios de Aristóteles o, en general, con el de la especulación filosófica antigua. Nada más lejos del pensamiento de Pablo de la Cruz. El Dios de que él habla es el que se conoce a través de su imagen perfecta y viviente

49. *Ibid.*, 70.

50. *Ibid.*; cita L II, 829 (a G. A. Lucattini, hablando de L. Burlini, 8-6-1754).

51. *Teologia dei tre giorni*, 96s. Cf. también M. Bialas, *La Pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, que titula un apartado: La meditación de la pasión «insuperable» (p. 173).

52. C. Brovetto, *Introduzione alla spiritualità di S. Paolo della Croce. Morte mistica e divina natività*, especialmente 128-133.



que es Jesús (cf. Col 1, 15), no a través de elucubraciones de filósofos como Aristóteles o Plotino, que, como ha demostrado ya abundantemente la crítica, ofrecen una idea de Dios lejanísima y, bajo muchísimos aspectos, contraria a la que nos ofrece la Biblia<sup>53</sup>. Se trata de una nostalgia del paganismo, de la que Pablo está bien lejos, nostalgia que, de hecho, tiende a absorber el cristianismo en el helenismo. Para darse cuenta de lo lejos que está la concepción de Pablo de la de los antiguos filósofos, basta leer los atributos con los que él nombra a Dios<sup>54</sup>.

El Dios de Pablo es el Dios de la cruz, el Dios que se desvela en la cruz y que es inconcebible sin la cruz. No hay amor más grande que el que se realiza con la entrega de la propia vida (cf. Jn 15, 13). Ahora bien, Dios no sería amor, si no fuese misteriosamente don de sí. La paternidad de Dios es el verdadero *a priori* de la pasión de Jesús. Pocos místicos han anticipado la teología del sufrimiento del Padre, de la que habla elocuentemente el actual pontífice, como lo ha hecho Pablo de la Cruz. La pasión de Jesús es para él «la mayor y más estupenda obra del amor divino»<sup>55</sup>. ¿Qué sentido tendría ir más allá de la cruz para contemplar ese amor? La pasión no comienza ni termina en Jesús; comienza y termina en el Padre. Del Padre parte la iniciativa del amor que se manifiesta en la pasión (cf. Jn 3, 16) y a él retorna.

Esta característica de Pablo, que, con una terminología tradicional, se podría llamar «su devoción a Dios Padre», devoción ciertamente no muy difundida entre los cristianos, es muy importante. Pablo ve la pasión en el Padre. Esto que la teología actual, en sintonía con la patrística, ha evidenciado de un modo nuevo: que la pasión es esencial para la Trinidad en cuanto tal, Pablo lo había comprendido en su intuición mística. Por eso invita a Inés Grazi a sumergirse «en el mar inmenso de la infinita caridad de Dios, del que nace aquel gran mar de la vida santísima, pasión y muerte de nuestro Jesús»<sup>56</sup>. A Lucía Burlini le escribe también: «Os recomiendo ir frecuentemente en espíritu a pescar en el mar

53. Cf. particularmente los estudios de A. J. Haeschel, por ejemplo, *Dio alla ricerca dell'uomo*, Roma 1983; *Il messaggio dei profeti*, Roma 1981.

54. Cf., por ejemplo, los recuadros titulados *Dio*, en StCr III, 2412, 2418, 2424 (*Indice generale degli argomenti*).

55. L II, 499 (a sor C. G. Gandolfi, 21-8-1756).

56. L I, 283 (26-5-1742).



santísimo de los sufrimientos de Jesucristo y de los dolores de María santísima. En este gran mar pescaréis las perlas de las santas virtudes del dulce Jesús, y vuestra alma quedará cada vez más hermosa y adornada de estas preciosas margaritas. Esta divina pesca en el mar de la divina caridad, del que procede este mar de la pasión santísima de Jesucristo, que son dos mares en uno, se hace en el reino interno del espíritu en fe purísima y amor ardiente»<sup>57</sup>.

Para él, la pasión de Jesús es «el milagro de los milagros del amor divino»<sup>58</sup>, esto es, del amor del Padre.

#### *Amor doloroso, dolor amoroso y gozo*

«Para el santo —observa Martín Bialas— era muy importante explicar que, en la contemplación de Cristo crucificado, el alma no recibe el amor y el dolor como dos efectos independientes entre sí, sino que el amor está impregnado de dolor y el dolor, de amor»<sup>59</sup>. Una expresión muy sintética de esta doctrina está en este trozo de una carta escrita a Gertrudis Gandolfi en 1743: «El amor es una virtud unitiva y hace propias las penas del bien amado. Si os sentís toda compenetrada, por dentro y por fuera, de las penas del Esposo, haced fiesta; pero os puedo decir que esta fiesta se hace en la fragua del amor divino, porque el fuego que penetra hasta la médula de los huesos transforma al amante en el amado y, mezclándose de un modo alto el amor con el dolor, el dolor con el amor, se hace una mezcla amorosa y dolorosa, pero tan unidos que no se distingue ni el amor del dolor, ni el dolor del amor, tanto que el alma amante goza en su dolor y hace fiesta en su doloroso amor. Creo que entenderá mis locuras»<sup>60</sup>.

En este texto aparece el reclamarse dialéctico y mutuo del amor y del dolor, y la unidad del amante con el amado, así como también la unión de todo esto con la fiesta y el gozo. Esto nos introduce en el sentido que, para Pablo, tiene la invitación a ir más allá de las imágenes al hacer memoria de la pasión. No se trata de la idea

57. L II, 717 (4-7-1748).

58. L II, 726.

59. M. Bialas, *La Pasión de Cristo en san Pablo de la Cruz*, 166.

60. L II, 440 (10-7-1743).



de un Dios-sin-cruz que sería superior al conocimiento de Dios que se tiene por la cruz, sino de penetrar en el misterio de la cruz, que es, al mismo tiempo, humillación y gloria, camino y meta, abriéndose a los nuevos horizontes que la profundización de la fe permite escrutar.

A veces Dios, por su don, infunde en las almas las penas de la pasión de Jesús «en fe desnuda»<sup>61</sup>. Es entonces cuando se entra todavía más profundamente en este misterio de amor y de dolor. Concluyamos este capítulo con un luminoso texto que el fundador escribe a su querido discípulo el padre Juan María Cioni en 1756. En él es evidente el vínculo entre la doctrina de la pasión y la definición que san Juan da de Dios como caridad, definición que, evidentemente, trasciende toda comprensión de Dios posible fuera de la revelación: «El punto que usted no entiende, de hacer suyas, por obra del amor, las penas santísimas del dulce Jesús, se lo hará entender su divina Majestad cuando le plazca. Esta es una obra toda de Dios; el alma toda sumergida en el puro amor, sin imágenes, en purísima fe desnuda (cuando place al sumo Bien), en un momento se encuentra precisamente inmersa en el mar de las penas del Salvador y, en una mirada de fe, las entiende todas sin entender, ya que la pasión de Jesús es obra toda de amor; y estando el alma toda perdida en Dios, que es caridad, que es todo amor, se hace una mezcla de amor y de dolor, ya que el espíritu queda ahí todo penetrado y está todo inmerso en amor doloroso y en un dolor amoroso: *Opus Dei...*»<sup>62</sup>.

61. L II, 503 (a sor C. G. Gandolfi).

62. L III, 149 (14-7-1756).



## Pablo, místico de la pasión

### «El príncipe de los desolados»

Esta definición de san Pablo de la Cruz ha sido dada por el escritor francés Henri Martin<sup>1</sup> y tomada luego por muchos estudiosos. Tanto Rosa Calabresi como Juan María Cioni hablan de cincuenta años de desolación. El mismo Pablo afirmaba algo parecido cuando decía: «Por lo que recuerdo, desde hace cincuenta años no he tenido ni un solo día sin sufrimientos. Se lee de algunas almas que han estado en el crisol cinco, diez o quince años. En cuanto a mí, yo no puedo pensar en lo que he sufrido; me estremezco»<sup>2</sup>. No se sabe exactamente cuál sea el mal al que él llama «el rey de los males corporales», y que él muestra conocer por experiencia<sup>3</sup>. A veces confiesa: «El mismo sol que veo me causa melancolía»<sup>4</sup>. Al discípulo y confesor, Juan María Cioni, le escribe expresiones bien dramáticas sobre el estado en que se encuentra: «Ya que hoy tengo este tiempo libre, quiero pedirle perdón de rodillas si alguna vez escribo de un modo seco, malsonante e hipocondríaco. Porque, créame, me encuentro en un estado lamentabilísimo, que Dios guarde a todo el mundo de él; *sed merito haec patior* (pero padezco lo que merezco) y es un milagro si *non confundor* (no quedo confundido) totalmente. Sobre todo, me cuesta aguantarme a mí mismo y hay días, casi todos, en los que no

1. *Voz Désolation*, en DS III, 635; S. Breton, *La mística de la Pasión*, Barcelona 1969, 189ss.

2. PBC IV, 155 (R. Calabresi). El testimonio de Juan María Cioni es ofrecido en StCr II, 1388.

3. L IV, 8-9 (a A. Spagneri, 5-1-1768).

4. PBC I, 556 (L. Zelli).



sé qué hacer para soportarme. Sin embargo, me esfuerzo, y con gran fatiga, por aguantar a los demás, pero siempre falto; por eso, perdone a este pobre hombre, lleno de vicios, ruegue por mí y me bendiga»<sup>5</sup>.

Lamentos semejantes hacía a Inés Grazi: «Mi infelicísimo estado es casi tan infeliz como el de los condenados, porque siento de verdad un auténtico abandono de Dios y no me queda otra cosa que un pequeño rayo de esperanza —bien pequeño—, que me parece todavía no se ha apagado, de que no estoy de hecho perdido. Ay, que el azote de Dios está sobre mí de un modo inexplicable»<sup>6</sup>.

El sufrimiento, a veces, es tal, que se le hace difícil ejercitar el ministerio de padre espiritual: «Esta tarde, ya de noche, he recibido su carta del lunes y siento no poder responderle como quisiera. Esto no nace del no querer, sino del no poder, porque estoy cada vez más en un terrible abandono y en horribles miserias. En verdad no tengo ninguna luz de Dios y me siento en tan espantosísimo estado, que no soy capaz de un mínimo pensamiento bueno»<sup>7</sup>.

Sin embargo, no cree que sus religiosos se den cuenta de sus sufrimientos, porque sabe esconderlos: «Se equivoca al decirme que mis religiosos se han dado cuenta de mis pequeños trabajos. Esto no es cierto, porque al exterior me muestro como los demás, contento, y me reservo todo lo que puedo. Soy celosísimo de tenerlos secretos, para que los conozca solo Dios. Ni busco el ser compadecido de ninguno. Mis religiosos pueden darse cuenta de los pequeños sufrimientos exteriores, esto es, de las adversidades que sufro por las fundaciones, fatigas continuas de cartas, viajes, misiones. Pero de lo demás no saben absolutamente nada»<sup>8</sup>.

Breton hace profundas consideraciones en torno al «desnudo padecer», del que Pablo habla con frecuencia, un padecer privado de todo consuelo. No se trata de un sufrimiento proveniente de calumnias o persecuciones, sino que «es, sobre todo, la relación con Dios que padece violencia»<sup>9</sup>. Es una laceración de la conciencia, que quisiera expresarse a veces con la blasfemia. Otras

5. PBC I, 182 (G. Cioni).

6. L I, 236 (29-7-1739).

7. L I, 231s (a A. Grazi, 9-7-1739).

8. L I, 606 (a T. Fossi, 4-8-1751).

9. S. Breton, *La mística de la Pasión*, 205.



veces está sumergido por el peso de las culpas que ve en sí mismo: «Según su parecer, merecería la muerte por sus graves infidelidades. Quisiera estar bajo los pies de los demonios, como si les superase en malicia. Su sola existencia envenena el reino de Dios. El es el infame que el mundo debería perseguir»<sup>10</sup>. Al límite extremo, experimenta un no-sentido generalizado que apaga las razones para vivir y debilita el obrar, un no-sentido que lo aterroriza por como aparece en contraste contra Dios, autor de la vida. Además, no obstante todo, él sabe que necesita continuar actuando<sup>11</sup>.

Creemos que este no-sentido afecta especialmente al valor espiritual de sus obras. Arrancando con ímpetus extraordinarios, Pablo experimenta cada vez más el límite del concreto, el de personas que en la vida religiosa encuentran una cierta sistemación, el de lo que llega a hacerse hábito y *rutina*. La luz de la gracia descubre que, en lo profundo, la búsqueda del «yo» no está del todo muerta. Esto le angustia más que ninguna otra cosa. De este desnudo padecer, brotan en él las enseñanzas que da a otras almas, después de haber experimentado, evidentemente, su validez: «Permanezca toda recogida dentro de sí misma en pura fe, adorando al Altísimo en espíritu y en verdad, con la parte superior de la mente. No desee ningún alivio, sino el puro beneplácito de Dios. Permanezca en aquel desnudo padecer, en sagrado silencio de fe, y no se lamente ni de dentro ni de fuera. A lo más, dé algún gemido de niña, a ejemplo de Jesucristo en el huerto: *Ita, Pater, quoniam sic placitum fuit ante te...* (Sí, Padre, porque así te ha complacido a ti...). Continúe luego en silencio de fe y déjese martirizar del santo amor, ya que su estado actual es un precioso martirio de amor, del santo amor con pobreza y desnudez de espíritu, siempre acompañadas de las espadas de angustias y de abandonos»<sup>12</sup>.

«Tal sagrado martirio produce en el alma dos maravillosos efectos: uno es purificarla de todo neón de imperfección, como hace el fuego del purgatorio y por eso se llama pena purgativa; el segundo es enriquecer al alma de virtud, sobre todo de paciencia, de mansedumbre, de alta resignación a la divina voluntad, con

10. *Ibid.*, 207.

11. *Ibid.*, 212.

12. L III, 806s (a A. M. Calcagnini, 19-4-1768).



profundo conocimiento de la propia nada horrible. De esta forma, el alma, toda inhabitada en su nada, padece y calla y deja desaparecer su nada en Dios, y goza de padecer y callar»<sup>13</sup>.

### *Partícipe de la pasión de Cristo*

Las reflexiones sobre la muerte mística podrían dar la impresión de que Pablo hubiera encontrado alguna técnica de autocontrol y de autotransformación que haga a la persona acepta a Dios. Nada más lejano del espíritu de Pablo de la Cruz. Sería todavía la mentalidad de la ley, la pretensión de alcanzar la salvación mediante la ley. Para Pablo, en cambio, se va a Dios a través de una persona, que es el icono viviente del Dios incognoscible: el Cristo Jesús crucificado. Ya en el *Diario espiritual* de Castellazo, siendo joven, escribió una frase que quería ser programática para toda su vida: «Sé que, por la misericordia de nuestro querido Dios, no deseo saber otra cosa ni gustar ningún consuelo: sólo deseo ser crucificado con Jesús»<sup>14</sup>. El mensaje central de la vida y de la predicación de Pablo es éste: se vive para participar en la pasión de Jesús y así entrar en su misma gloria. Este programa es ciertamente más central en la espiritualidad de Pablo de la Cruz, que los conceptos de muerte mística y divina natividad<sup>15</sup>.

Pablo de la Cruz, sin embargo, es muy consciente de la fuerza que tienen los mecanismos del «ego» para acaparar e instrumentalizar todo, sin excluir los mismos dones que Dios da para que se haga un camino de fe. «Nuestra corrompida naturaleza — escribe a sus religiosos — se hace ladrona de los dones de Dios, cosa sumamente peligrosa y pernicioso»<sup>16</sup>. Y escribiendo a la señora Mariana Cirelli en 1768, expresa maravillosamente la experiencia espiritual que él mismo ha hecho: «El camino de los santos es el de esperar con sumisión la prueba de Dios y hacer morir en la divina voluntad los movimientos de la propia naturaleza, que no busca más que la propia comodidad. Señora Mariana, hay que morir místicamente a todo; y el no sentir las inclinaciones naturales

13. L III, 816 (a la misma, 21-9-1768).

14. *Diario espiritual*, 23 de noviembre de 1720.

15. S. Breton, *La mística de la Pasión*, 37-58; M. Bialas, *La Pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, Salamanca 1982, 215ss.

16. L IV, 226 (a sus religiosos, 2-5-1750).



y los movimientos de las pasiones, que no mueren nunca hasta que nosotros no muramos, no es cosa de este tiempo, sino que hay que esperar con paciencia la visita del soberano dueño; porque, así como agrada mucho a Dios esa angustiosa espera, así él embiste luego al alma con rayos tan ardientes de su gracia, que secan todos los malos humores. Y si las inclinaciones naturales y los movimientos de las pasiones no mueren del todo, quedan, sin embargo, de tal manera mortificados, que ya no son obstáculo a la quietud, sobre manera dulce, de la santa contemplación y se comienzan a gustar los efectos de esa santa muerte mística que es más preciosa que la vida, porque el alma vive en Dios vida deífica»<sup>17</sup>.

Algunos se engañan creyendo participar en la pasión de Jesús con una piedad sentimental y con bonitas palabras. Pablo sabe que a la pasión de Jesús nos unimos sólo a través de la propia pasión: humillaciones, sufrimientos, maledicciones y calumnias. El sufrimiento tiene esencialmente esta función en la economía de la salvación: permitírnos unir nuestra vida a la de Cristo. Como la vida de Jesús es esencialmente misterio, así lo es la vida de la Iglesia y de cada uno de sus miembros. Fuera del misterio, la vida es inexplicable.

Las mejores citas que pueden hacerse a este respecto son las composiciones poéticas a las que a veces Pablo se abandonaba. Ofrecemos una, dirigida a Inés Grazi en 1743:

«En la cruz el amor puro  
perfecciona al alma amante,  
cuando férvida y constante  
le consagra el corazón.

¡Oh, si yo explicar pudiera  
el tesoro alto y divino  
que el grande Dios uno y trino  
ha encerrado en la aflicción!

Mas, como es un grande arcano  
al amante sólo abierto,  
yo, en amar tan inexperto,  
distante admiro, no más.

17. L III, 756 (a M. Girelli, 28-12-1768).



Oh dichoso el que padece  
en la cruz abandonado  
y en los brazos del Amado  
se consume en santo amor.

Más dichoso todavía  
quien, sin sombra de consuelo,  
en un puro desconsuelo  
en Cristo se transformó.

¡Oh feliz el que padece,  
sin apego al sufrimiento!  
Morir así es su contento  
y amar más a quien le hirió.

Desde la cruz del Señor  
yo te doy estas lecciones.  
En santas meditaciones  
las aprenderás mejor. Amén»<sup>18</sup>.

Son estrofas sencillas y populares, pero llenas de sabiduría mística, nacida de la experiencia interior. Estando sobre la cruz, Pablo enseña el camino de la cruz. Los estudiosos modernos, Breton entre los primeros, han puesto de relieve la importancia de la participación de Pablo en la pasión, relacionándola con los notables estudios recientes sobre la filosofía y teología de la participación<sup>19</sup>.

#### *Testimonio de la vida trinitaria*

La tensión del espíritu de Pablo está toda vuelta hacia Dios Padre y hacia el Señor Jesús. Vive una vida trinitaria. Esta vida es fruto de la acción del Espíritu santo. Morir por amor significa vivir una vida deiforme, deífica, porque Dios es amor que se

18. L I, 301 (a A. Grazi, 31-8-1743). Otras dos poesías se encuentran en L I, 260s y 269.

19. S. Breton, *La mística de la Pasión*, 19-35 («Participación y misterio»).



manifiesta en el don de la propia vida. Por eso la muerte por amor es también la gloria de un Dios, que no es otra cosa que amor. La resurrección es consecuencia de aquel tipo de muerte. Pablo habla varias veces de la participación «en la inefable dulzura de la resurrección de Jesús»<sup>20</sup>. Pero más frecuentemente habla del nacimiento a una vida nueva y deífica. La participación en la resurrección podría hacer pensar en el retorno a una vida semejante a la anterior a la muerte. El nacimiento a una vida nueva evidencia mejor la heterogeneidad de los dos tipos de vida. Los teólogos de nuestros días ponen en evidencia que la resurrección de Cristo es un acontecimiento único, bien diverso, por ejemplo, del milagro de la resurrección de Lázaro. Con la resurrección de Jesús se ha iniciado una nueva creación. Ella marca el paso de toda la creación a un nuevo eón<sup>21</sup>.

Es también Martín Bialas el que destaca que, lo que más apasiona a Pablo es la vida nueva y deífica, que se recibe mediante la participación en la pasión<sup>22</sup>. El renacer tiene un carácter que es, al mismo tiempo, pascual y natalicio. Pablo experimenta una verdadera simbiosis entre el misterio pascual y el misterio natalicio. La expresa en las cartas que escribe con ocasión de cada una de estas fiestas. En navidad de 1770 escribe: «Yo no dejo ni dejaré nunca de recordarla en mis frías oraciones, sobre todo en estos santos días y especialmente en la solemnidad de navidad, para que su divina Majestad la haga renacer, en el divino Verbo humanado, a vida deiforme, para que no viva ya usted, sino que viva en usted Cristo Jesús»<sup>23</sup>.

Y en la pascua de 1767: «Toda su diligencia sea estar solitaria en aquel sagrado desierto interior, cerrando la puerta a todo lo creado, y en este desierto deje reposar su espíritu en el seno divino del Padre celestial, en sagrado silencio de fe y de santo amor. Allí renazca en el divino Verbo Cristo Jesús a una nueva vida de amor, vida deífica, vida santa. Todo esto se hace en pura y desnuda fe, sin imágenes de la fantasía, sino que se adora a Dios en espíritu

20. M. Bialas, *La Pasión de Cristo en San Pablo de la Cruz*, 215-140.

21. *Teologia dei tre giorni*, Brescia 1991, 170ss.

22. M. Bialas, *La Pasión de Cristo...*, 68-78.

23. L II, 322 (a M. Crucificada Costantini, sin fecha).



y en verdad: allí se ama a lo grande y se aprende la ciencia de los santos»<sup>24</sup>.

En otra carta de navidad, precisa: «Ruego, sin embargo, que la dulcísima fiesta de navidad procure celebrarla cada día, incluso en cada momento, en el templo interior de su espíritu, estando ahí como niña pequeña en el seno divino del Padre celestial, a fin de renacer en cada momento en el divino Verbo, Cristo Jesús»<sup>25</sup>.

Escribiendo al padre Juan María Cioni, sintetiza maravillosamente toda esta doctrina: «Le diré un camino más corto, que consiste en mirar de nuevo con ojos de fe la propia horrible nada y, como asustado de esta vista, huir inmediatamente *ad interiora deserti* (al interior del desierto) en el abismo de la divinidad, dejando desaparecer allí la propia horrible nada, recibiendo *passivo modo* las divinas impresiones y, con alto abandono en Dios, dejar que su divina Majestad realice su labor en lo más íntimo de su espíritu, en el que *fit divina nativitas* (se realiza la divina natividad). Aquí habría que decir grandes paradojas, pero guardemos silencio»<sup>26</sup>.

De la nada de la muerte mística se pasa al seno del Padre, donde se renace en el Verbo y con el Verbo Jesús crucificado, por obra del Espíritu santo. María, grávida de Jesús, es la imagen viva y activa de este nacimiento misterioso, pero concreto. En la navidad de 1739 escribía así a Inés Grazi: «Querría que, sobre todo estos días, levantase su alma a la contemplación de los divinos misterios de la encarnación del Hijo de Dios y volase a visitar espiritualmente a la Inmaculada Señora, encinta del Verbo Encarnado; que se humillase a sus pies pidiéndole ciencia para entrar en ese gabinete de amor, que es su corazón sacratísimo, a fin de amar allí al Esposo divino que se encuentra empequeñecido, reposando en aquel seno virginal. Todo esto debe hacerse en pura fe, en espíritu, sin figuras, toda absorta en Dios, en quien todo se comprende. Deje que su alma quede presa de altísimo estupor y maravilla de amor, al ver al Inmenso empequeñecido, a la infinita Grandeza humillada por amor al hombre»<sup>27</sup>.

24. L IV, 4 (a A. Sagneri, 18-4-1767).

25. L II, 28 (a M. G. Venturi-Grazi, 24-12-1759).

26. L III, 160 (25-7-1757).

27. L I, 248s (a A. Grazi, 30-11-1739).



Acogiendo la vida nueva en el Espíritu, Pablo sabe que se hace sujeto y difusor de la nueva creación que está ya en acto en el tiempo intermedio que va de la resurrección de Jesús a la parusía. Así, seis años antes de morir, escribe a Ana María Calcagnini: «Veo que se halla privada de todo consuelo. Doy gracias a Dios bendito, porque ahora se asemeja más al Esposo divino, abandonado de todos mientras agonizaba sobre la cruz; pero en ese abandono ofreció el gran sacrificio y lo consumó con las últimas palabras que dijo: 'Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu'. Y dicho esto, entregó su alma santísima en las manos del eterno Padre y cumplió la obra de la humana redención. Haga usted lo mismo, hija mía... Ahora está en agonía sobre el riquísimo lecho de la cruz. ¿Qué le queda por hacer, sino entregar el alma en manos del eterno Padre diciendo: 'Padre dulcísimo, en tus manos encomiendo mi espíritu?' Y esto dicho, muera felizmente de esa preciosa muerte mística y vivirá una nueva vida, mejor dicho, renacerá a una nueva vida deífica en el divino Verbo Cristo Jesús. Y ¡oh, qué vida ésta! Vida tal y tan grandiosa y llena de inteligencia celestial, que ni aun saber hablar de ella podrá conmigo, eso que soy el que sirve a su alma como pobre padre espiritual»<sup>28</sup>.

Pablo sabe muy bien y enseña que es el Espíritu el que obra todas estas maravillas en las almas dóciles a su acción. En una estupenda carta circular de pentecostés, escribe: «Así que, carísimos, para prepararse bien a la susodicha, sacrosanta, divina festividad, cada uno de vosotros examínese bien a sí mismo para ver si hay en él algo que no sea puramente Dios; y esto lo conoceréis mirando a ver si en todas vuestras operaciones es purísima la intención, y si procuráis cada día que esa intención se vaya haciendo más deiforme, esto es, toda divina, obrando en todas vuestras acciones según Dios y por solo amor de Dios, uniendo vuestras obras a las de Jesucristo Señor nuestro, que es nuestra vida, verdad y camino»<sup>29</sup>.

Sigue una síntesis de sus principales enseñanzas, al término de las cuales puede decir verdaderamente: «He aquí que, en compendio, os hemos dicho todo lo que nuestra poca capacidad nos ha dictado, para prepararos bien a recibir, en la casa de vuestra alma,

28. L III, 825s (9-7-1769).

29. L IV, 225s (2-5-1750).



al Espíritu santo con todos sus dones y gracias sobreabundantísimas»<sup>30</sup>.

La vida nueva, la nueva creación que se realiza en el Espíritu es el sueño de Pablo. Ella se realiza dentro de los límites que van de la encarnación a la cruz, pero más allá de todo límite de esquemas, leyes y otras categorías reductivas. En la experiencia de esta vida, Pablo sabe que no se dirige hacia un infinito fantástico y mágico, sino hacia aquel Infinito real que le viene comunicado por aquél que se ha identificado con el Infinito mediante su muerte por amor. No es frecuente encontrar místicos que hayan sabido sintetizar tan armónicamente la experiencia de la vida trinitaria, en el alma del cristiano, con su unidad y sus diferencias, y con los efectos que ella produce. Fuera de Dios no hay nada que apasione tanto a Pablo como esta experiencia interior. Por lo demás, él sabe que no es otra cosa que la misma vida de Dios en él.

30. L IV, 227s.



## Me consume el celo de tu casa

### *Contemplación y acción*

El carisma de san Pablo de la Cruz es un carisma de oración y de contemplación, pero también de acción y de servicio. Nos podríamos preguntar: ¿Qué es lo que diferencia este carisma del de la mayor parte de los cristianos, religiosos y sacerdotes? Porque cada una de estas personas debe saber equilibrar en la propia vida contemplación y acción, oración y servicio. Respondemos que el carisma de Pablo parece caracterizado por una radicalización de cada una de estas dos polaridades. Pablo no es una persona que se queda a medio camino entre el eremitismo y el activismo apostólico, sino más bien una persona que tiene una fuerte dimensión contemplativa, casi eremítica, que se expresa en una fuerte dimensión de anuncio y de servicio. Para ser fiel a su carisma, es necesario mantener vivas estas dos dimensiones.

A los cristianos que viven un difícil equilibrio entre oración y acción, en el que tanto la oración como la acción son lánguidas y carentes de incidencia, Pablo les comunica, sobre todo, la dimensión real y mística de la oración, hace una escuela de escucha de Dios y de su palabra, de unión con Dios y sentido de su presencia. El enseña a hacer un camino hacia Dios a través del desarrollo de la interioridad, que se obtiene por la práctica de la meditación. «Enseñar a los pueblos a hacer oración» es un programa fundamental para el apostolado de Pablo y de la congregación por él fundada<sup>1</sup>. Para los religiosos, sacerdotes, cristianos que se sienten llamados a un empeño particular de vida y de apostolado, éste es

1. *Regulae*, 86.



el medio esencial que él propone. Escribía al conde Garagni: «La experiencia me hace tocar con la mano lo difícil que es meter al clero el sacrosanto ejercicio de la oración mental, tan necesario para la propia perfección y para el servicio de los demás. Créame vuestra señoría ilustrísima que, desde hace años, se ha procurado insinuar al clero, en las misiones y ejercicios, que se reúnan al menos una vez por semana. Lo han hecho durante poco tiempo y luego lo han dejado... Esté seguro que no se escatimará trabajo alguno para fomentar tan santo ejercicio, del que depende también la reforma de los pobres seglares»<sup>2</sup>.

Baste este testimonio, entre tantos como podríamos ofrecer, para demostrar la mentalidad del santo fundador. Su apostolado no consistía en un esfuerzo cualquiera apologético en favor de la Iglesia y de la vida cristiana, sino en un trabajo orgánico, orientado hacia aquellos fines que reconoce esenciales para la renovación de la Iglesia y que caracterizan su carisma.

### *Conciencia de las necesidades de la Iglesia y celo*

Hoy como entonces, los cristianos animados de auténtico celo por Dios y por los pobres se reconocen, sobre todo, por la conciencia que tienen de los males de la Iglesia y por la angustia que sienten por ellos. Los otros no perciben tales males, y así no se angustian. Pablo de la Cruz no se cansaba de lamentar los males de la Iglesia y del mundo de su tiempo: «Temo y me estremezco porque el mundo está muy mal y, si Dios no lo visita con castigos, me parece que no se va a enmendar»<sup>3</sup>. «¡Ay pobre mundo, qué mal estás! ¡Cuántos males te inundan! La fe empañada, la piedad entibiada y casi por tierra. ¡Ay, ay, que es para temer grandes castigos!»<sup>4</sup>. Según él, es difícil encontrar un joven que tenga temor de Dios<sup>5</sup>, y una joven con las dotes necesarias para gobernar bien una familia<sup>6</sup>. Lo que más le hace sufrir es «ver tan pocos ponerse de parte de Dios y *pro muro domus Israel* (como muro de la casa

2. L II, 230s (al conde P. M. Garagni, 19-6-1743).

3. *Ibid.*, 218 (al mismo, 18-5-1741).

4. *Ibid.*, 367 (a las hermanas Valerani, 12-7-1742).

5. *Ibid.*, 623 (a G. Ercolani, 29-5-1762).

6. L III, 776 (a un señor, 31-1-1766).



de Israel)»<sup>7</sup>. De hecho, «la experiencia que tengo de tantos años de misiones —escribe— dadas en las pobres marismas de Toscana, y un poco también del estado eclesiástico, me ha hecho tocar la necesidad extrema en que con frecuencia se encuentran tantos pobres eclesiásticos, no rara vez más necesitados que los seglares *servatis servandis* (con las debidas reservas). ¡Oh Dios, qué ganas me vienen de llorar!»<sup>8</sup>.

A don Cerruti, entonces su confesor, le escribía: «Un alma grande de tan alta comunicación con Dios como no conozco otra, me escribe en casi todas las cartas que Dios está muy indignado con la cristiandad y sobre todo contra los eclesiásticos»<sup>9</sup>.

De esta conciencia angustiada partía su celo. «La mies es mucha —decía— y los obreros pocos. ¡Ay Dios mío! Doce hombres verdaderamente apostólicos, menospreciadores de sí mismos, de la propia vida y del mundo que viniesen a nuestra congregación, serían suficientes para volver al mundo entero al reconocimiento del Crucificado»<sup>10</sup>.

Esta frase la recuerda el hermano Bartolomé. Es curioso observar cómo los sencillos hermanos coadjutores, sus enfermeros, dialogando con él, llegaron a hacer un diagnóstico lúcido de los males de la Iglesia de su tiempo. «Solía decir —recuerda el hermano Bartolomé— que todo el mal viene de los eclesiásticos, reformados los cuales estaría reformado todo el mundo»<sup>11</sup>. De hecho, ¿qué puede esperarse de la gente, «si cada día ve a los sacerdotes de todo estado y condición ocupados en ciertas cosas de las que los mismos seglares deberían horrorizarse? Los veis andar todo el día disipados y vagueando de acá para allá, en ésta o en aquella casa. ¡Oh Dios, qué cosas veo! ¡los eclesiásticos llenos de ocio!»<sup>12</sup>.

El celo lo lleva a las zonas más abandonadas de Italia, a las marismas, para servir a las poblaciones más necesitadas. No se contenta con servirles sólo en los ministerios más típicamente sacerdotales, sino que aprovecha cualquier ocasión para este fin. El padre Juan María Cioni recuerda: «En los viajes que he tenido que hacer con él, me recuerdo bien que, teniéndonos que detener en

7. L II, 367 (a las hermanas Valerani, 11-7-1742).

8. *Ibid.*, 687 (a monseñor G. Oldo, 25-3-1749).

9. *Ibid.*, 180 (18-7-1743).

10. PBC IV, 229 (cf. B. Calderoni).

11. *Ibid.*, 299.

12. *Ibid.*, 300.



las hospederías, no quería que quedase infructuosa su estancia, sino que reunía a toda la gente que podía y les hacía una fervorosa exhortación con simplicidad y llaneza proporcionadas a su capacidad. Y yo soy testigo de que le oían complacidos y, por decirlo así, con la boca abierta. Lo mismo hacía en las casas en las que se alojaba, ya que... les daba el alimento de la divina palabra y todos lo escuchaban con atención y devoción»<sup>13</sup>.

El historiador Fabiano Giorgini sintetiza las formas principales con las que manifestaba su celo y quería que se manifestase también el de sus religiosos: 1. ser el perfume de Cristo en todo lugar; 2. enseñar a meditar; 3. apostolado del contacto personal; 4. acogida de ejercitantes en el convento; 5. predicación de ejercicios espirituales fuera del retiro; 6. «ejercicios espirituales» en el pueblo o ciudad cercano al retiro los días festivos; 7. misiones populares<sup>14</sup>.

Como se ve, el apostolado pasionista, para él, no consistía tanto en desarrollar unas formas u otras en la Iglesia, cuanto en un empeño total por la difusión del evangelio de la pasión.

### *La pasión de Jesús: medio eficacísimo de apostolado*

La contemplación y el apostolado de Pablo encuentran su punto focal en la pasión de Jesús. A medida que avanzaba en la vida, la gracia de la oración y la experiencia de la acción apostólica lo convencen cada vez más de que no hay medio más eficaz para la santificación de las almas y para la conversión de los alejados, que el hacer memoria de la pasión de Jesús. Ella es un «medio eficacísimo para destruir el vicio y conducir en poco tiempo las almas a la santidad»<sup>15</sup>. Los pasionistas deberían ser «hombres santos, que, como trombas animadas por el Espíritu santo, vayan predicando lo que ha hecho y padecido Jesús por amor a los hombres, ya que la mayor parte vive totalmente olvidada de esto, cosa digna de lágrimas inconsolables y causa de tanta iniquidad como abunda en el mundo...; santos obreros, que despierten las almas ador-

13. Ofrecido en StCr III, 919, del proceso apostólico de Roma.

14. *Historia*, 462-483.

15. Cf. las distintas referencias en *Historia*, 455.



mecidas en el pecado mediante la santa predicación de las penas santísimas del Hijo de Dios, Jesucristo, para que, compungidas, derramen lágrimas saludables de penitencia y, con la continua y devota meditación de las mismas penas, se enciendan cada vez más en el santo temor de Dios, viviendo santamente según el propio estado»<sup>16</sup>.

De hecho, Pablo exhortaba a meditar la pasión tanto a sacerdotes y religiosos, como a matrimonios y seglares: «Si se siente inspirado a casarse, lo haga —escribe a un joven de Grotte di Castro—. Pero viva en tal estado con fidelidad a Dios, continúe la meditación de la santísima pasión y la frecuencia de los sacramentos y sea grato a Dios»<sup>17</sup>. La congregación pasionista tiene como punto de mira «la conversión y santificación del prójimo, infundiendo en su corazón una continua memoria del Crucificado»<sup>18</sup>.

La memoria de las grandes obras realizadas por Dios, era el elemento más importante de la fe del israelita en el antiguo testamento. En la nueva alianza, se trata de hacer memoria, de modo semejante, de la obra suprema que Dios ha realizado en Cristo. Según las palabras mismas de Jesús y la clara conciencia que de ellas tiene Pablo de la Cruz, éste es el fin principal del sacramento de la eucaristía<sup>19</sup>. Justamente por eso, en la actual teología se ha puesto de relieve la importancia de «hacer memoria». Su celo por propagar esta memoria se manifiesta principalmente en las misiones y ejercicios espirituales. Pero no se limita a estos grandes ministerios. En las reglas escribe explícitamente que, además de estos medios, los religiosos difundirán la memoria de la pasión de cualquier otra manera que les sea posible, como cuando «oyen confesiones, tienen conferencias espirituales y en cualquiera otra ocasión oportuna», porque «al que tiene deseo eficaz y verdadero empeño por cooperar a un bien tan grande, no le faltarán ocasiones frecuentes para hacerlo con gran provecho de su alma y la del prójimo, ya que el amor de Dios es ingeniosísimo, y no se muestra

16. L IV, 228 (a sus religiosos, 2-5-1750).

17. L V, 193s.

18. San Pablo de la Cruz, *La congregazione della Passione di Gesù. Cos'è e cosa vuole*, Roma 1978, 15.

19. F. Giorgini, *Promuovere la grata memoria e il culto della Passione di Gesù*, Roma 1980, 18-21.



tanto en las palabras, cuanto en las obras y los ejemplos»<sup>20</sup>. En este texto se ve cómo, para Pablo, lo que importa no es la forma exterior, sino la sincera convicción interior.

### *Las misiones populares*

Se ha definido al setecientos como el siglo de oro de las misiones populares. Esta forma del anuncio del evangelio y de despertar la espiritualidad cristiana, ha tenido ciertamente una grande importancia en la Iglesia de los tiempos modernos. A ella se dedicaron, sobre todo en aquel siglo, hombres como san Leonardo de Puerto Mauricio y san Alfonso María de Liguori. El celoso y culto pontífice Benedicto XIV las apreciaba muchísimo y escribió una Carta apostólica a los obispos del reino de Nápoles para recomendarlas. Pablo se encontró predicando misiones desde cuando era poco más que un muchacho en su mismo pueblo de Castellazzo, luego en Retorto y Portanova, y continuó haciéndolo en el monte Argentario y en Gaeta. Él recibió del uso común la mayor parte de las formas y contenidos que ofrecía en sus misiones, dando, sin embargo, a éstas un estilo y un matiz muy personal. Ordinariamente las misiones eran pedidas por los obispos y duraban dos semanas. Si se veía la necesidad, se alargaban, especialmente para dar a todos la posibilidad de recibir el sacramento de la reconciliación. Para favorecer la participación de la población, ocupada en su mayoría en el campo, se ponían las reuniones en la mañana y en la tarde. Por la mañana se daban catecismos de base; por la tarde, las así llamadas «predicaciones de máximas», orientadas a provocar un cambio de vida. Las catequesis de la mañana duraban media hora; la predicación de la tarde, cerca de una hora y estaba precedida de otra catequesis, que se daba mientras el pueblo se reunía. A la predicación seguía una meditación sobre la pasión, que Pablo relacionaba maravillosamente con el tema de la predicación. Tal meditación duraba unos veinte minutos.

Los sermones de máximas jugaban mucho con las emociones, lo que no ha de ser confundido con el emocionalismo. Un conocimiento mínimo de la psicología contemporánea nos puede ayudar

20. *Regulae*, texto de 1775, c. XVI.



a entender la importancia de las emociones en el comportamiento, en contraste con la abstracción de ciertos métodos puramente racionales de comunicación, que se han preferido para evitar las críticas provenientes de la mentalidad iluminista. Pablo excluía toda forma rimbombante y no directamente orientada al servicio de la fe. No quería demasiadas procesiones y celebraciones. La misión era la fiesta de la palabra de Dios y en torno a ella debía centrarse el esfuerzo de los misioneros y la atención del pueblo. Solía disciplinarse públicamente cuando le parecía oportuno y útil. La pasión de Jesús era el matiz que daba a todos los actos de la misión, tanto a los orientados directamente a la instrucción religiosa, como a los orientados a la conversión del corazón. La prevalente insistencia sobre los novísimos, esto es, sobre el temor de los castigos divinos y la atracción del premio eterno, podía mantener a los cristianos en una mentalidad de la ley y de la sanción, de esclavos y no de hijos. Con la memoria de la pasión, Pablo llevaba al alma a una relación personal con Dios por medio de la persona de Cristo y a una relación de agradecimiento y de amor. Informa muchas veces a los obispos que «la pasión de Cristo no se puede dejar por razón del voto que todos hacemos, siendo ésta el fruto principal de la misión»<sup>21</sup>.

Durante el día se dedicaban a las confesiones, a las visitas a los enfermos y a la reconciliación de los enemigos. El que conoce el estilo de vida de la gente del campo en Italia, sabe con qué facilidad surgen las enemistades y con qué persistencia. Por la mañana, uno de los misioneros daba una conferencia al clero, con frecuencia muy numeroso. Recordemos que en Orbetello había veintidós sacerdotes para una población de 1.500 habitantes. Sabemos la importancia que Pablo daba a la reforma del clero y a que se introdujese entre los sacerdotes la costumbre de meditar la pasión y de reunirse para orar. Solía decir que, si se convencían los sacerdotes, más de la mitad de la misión estaba ya hecha.

Todos los testigos están de acuerdo en resaltar la fuerza de la oratoria de Pablo, no tanto por técnicas artísticas, cuanto por su convicción y santidad. Su oratoria era arrolladora. Algunos recuerdan que la gente rompía en llanto desde el primer día, se

21. L II, 841 (al card. Guadagni, 15-11-1749).



golpeaba el pecho y pedía perdón. Con frecuencia tenía que predicar al aire libre, porque las iglesias no eran suficientemente grandes para contener a la gran afluencia de gente que venía a escucharlo. Normalmente predicaba con los ojos cerrados o semicerrados<sup>22</sup>, pero sabía abrirlos bien cuando era importante para conmover al auditorio. En cuanto a los contenidos, tomaba mucho de libros de predicación, pero escogía aquello que creía eficaz y lo personalizaba. Con frecuencia usaba el discurso directo, reconstruyendo hábilmente las escenas que recordaba o dramatizando las probables resonancias de la gente en un diálogo entre el cristiano y el Señor. Aborrecía el lenguaje demasiado elegante pero difícil para el pueblo analfabeto, y lo prohibió expresamente en las reglas: «A ningún hermano de esta mínima congregación le será lícito, al predicar, usar un estilo tan grandilocuente, que se haga oscuro a la pobre gente, sino que, más bien, deberán repartir el pan de la divina palabra de un modo claro y devoto, para que sea más eficaz para penetrar los corazones y promover la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas»<sup>23</sup>.

Sobre todo cuando hablaba de la pasión, Pablo se abandonaba a «una especie de contemplación en voz alta»<sup>24</sup>. Recuerdan los testigos: «Se le vio quedarse sin palabra y casi desfallecer, totalmente absorto en Dios; muchas veces lo he visto como extático y fuera de sí»<sup>25</sup>. «Parecía que se encontraba presente en las escenas descritas»<sup>26</sup>. «Hubiera hecho, por así decir, romperse las mismas piedras»<sup>27</sup>. «Tomaba en la mano el crucifijo y unas veces lo apretaba contra su pecho, otras entre exclamaciones mostraba sus sufrimientos, otras le invocaba. Parecía, por decirlo de alguna manera, que lo hiciese hablar, acompañando sus palabras con lágrimas de devoción y experimentando tiernísimos afectos»<sup>28</sup>.

22. PBC I, 94 (G. Cioni).

23. *Regulae*, 84-86.

24. E. Zoffoli, en StCr III, 1080.

25. PBC III, 17 (G. G. Suscioli).

26. PBC I, 678 (A. Cenci).

27. StCr III, 1081 (cita el proceso apostólico de Cometo).

28. PBC III, 278 (cf. F. Franceschi).



## *Incidencia del apostolado de Pablo en la realidad social*

La opción por la pobreza y la soledad más rigurosas, daban a Pablo una libertad de profeta para anunciar la palabra de Dios. Sacamos de sus predicaciones: «¡Oh Dios santo! ¡oh Dios bueno! ¿qué será ver recoger en gavillas a los pecadores? Una gavilla de malos emperadores, príncipes y gobernantes de la tierra; otra de los malos prelados y religiosos, que tuvieron tanta facilidad para llegar a la santidad... ¡Ay qué confusión, qué vergüenza! ¡Los que debían ser el trigo más bello y puro, atados en gavillas como cizaña nociva y lanzados al fuego!»<sup>29</sup>.

«Entrad en los santuarios, en las iglesias; incluso allí encontraréis amores indignos. ¿Qué más? ¡Baste decir que, a veces, la suciedad se esconde bajo los hábitos más sacrosantos!»<sup>30</sup>.

Recuerdan los testigos: «Hablabla a los eclesiásticos, a los magistrados y a las personas principales siempre con libertad apostólica y sin respetos humanos. Para no traicionar a su ministerio apostólico, reprendía los abusos en los cargos públicos, la falta de ejemplaridad en los eclesiásticos, las ofensas a la justicia y a la caridad que los ricos hacen con daño de los pobres»<sup>31</sup>.

«No tengo miedo a nadie —decía— más que a mi Dios. ¿Qué me podrían hacer los hombres? Me podrían dar la muerte. ¡Esta sería para mí una gran suerte!»<sup>32</sup>.

Este estilo pasó a los primeros compañeros de Pablo. Uno de ellos recordaba en una carta «el acostumbrado lavado de cerebro a las mujeres, incluidas las damas»<sup>33</sup>. Su predicación no era ciertamente para tranquilizar las conciencias de los explotadores y opresores. En el nombre de Dios, no tenía ningún miedo a poner a cada persona frente a su responsabilidad.

Un aspecto relevante de su apostolado es el de los *bandidos*. En el setecientos abundaban por toda Italia, pero de ellos estaban de manera especial infestadas las zonas de los confines entre Toscana y el Estado pontificio, con los vastos e intrincados bosques

29. *Sermón sobre el infierno*: Bollettino (1928) 234s.

30. *Sermón sobre la deshonestidad*, en StCr III, 1114.

31. PBC III, 155 (G. N. Cima).

32. *Ibid.*, 237 (cf. F. Franceschi).

33. Carta ofrecida en *Historia*, 460, nota 66.



de matorrales, raras vías de comunicación y clima insalubre que las hacía despobladas. Los bandidos acudían allí de las diversas partes de Italia. Muchos de ellos eran contrabandistas a los que leyes despiadadas perseguían, favoreciendo así su fuga al bandolerismo. Sobre ellos pesaba la condena a la horca y podían ser matados impunemente por el solo hecho de encontrarlos armados<sup>34</sup>.

Pablo había vivido, desde pequeño, en zonas confines y había tenido problemas de contrabando con la policía y los bandidos. Don Sisti, de Vetralla, atestigua que Pablo le decía muchas veces que «sus mejores amigos eran los bandidos, los pecadores más inicuos y desalmados»<sup>35</sup>. «Si voy al paraíso —solía decir—, quiero ser su protector»<sup>36</sup>. Declaraba sentirse seguro cuando atravesaba la marisma, porque allí había muchos bandidos convertidos por él. En un pueblo había un bandido tan fuerte, que la misma policía tenía que pedirle permiso para atravesar la zona. Además vivía con una mujer separada de su marido. Predicando allí la misión, Pablo pensó que era absolutamente necesario para el éxito de la misma quitar ese escándalo. Después de haber hecho oración, fue a la casa del bandido y le ordenó que mandara la mujer con su marido. El bandido se doblegó y le pidió que le confesara, lo que Pablo le concedió sólo después que la mujer abandonara aquella casa<sup>37</sup>.

Una vez fue detenido por el célebre cabecilla de una banda, que lo arrastró a lo interior del bosque. Pablo tuvo miedo, pero el hombre solamente quería confesarse. —«Pero hermano —le dice Pablo—, podías habérmelo dicho desde el principio y te hubiera confesado en seguida». —«No se lo he dicho —le respondió—, porque temía que no me confesara»<sup>38</sup>. Junto a Rocca Albegna vivía un bandido que había jurado matar al conde Piccolomini. El conde se encomendó a Pablo, que, dando allí la misión, mandó llamar al bandido. Al presentársele, éste le dijo con arrogancia: —«¿Qué queréis de mí?» —«Quiero tu alma», le respondió Pablo. Al oír esto, el bandido quedó tan sorprendido, que dijo: —«Padre Pablo, haré lo que usted me mande». Y cambió de vida. De un modo

34. C. Giorgini, *La Maremma Toscana*, 40s.

35. PBC I, 61 (G. Sisti).

36. PBC II, 307 (P. G. G. Ruberi) y 462 (P. Bonaventura Magnano).

37. PBC III, 231s (cf. F. Franceschi).

38. PBC II, 268 (P. G. Ruspantini).



semejante, en Orbetello consiguió que otro bandido perdonase a un señor a quien había jurado matar<sup>39</sup>. En Canino, provincia de Viterbo, algunos bandidos se habían introducido entre la multitud para escuchar la predicación. La policía se había dado cuenta y había entrado en la iglesia para arrestarlos. Podía temerse una masacre. Pablo interrumpe su predicación y dijo con autoridad: —«Deteneos, ésta es una iglesia». Los policías se retiraron<sup>40</sup>.

El episodio mejor documentado es el relativo a Horacio Rebecchini de Camerino, del que ya hemos hablado. Nos queda de hecho una carta de Pablo después de la muerte del bandido a la viuda, carta en la que recuerda su interés tanto por la salvación de su alma como por su libertad civil<sup>41</sup>.

La misma comprensión y caridad que usaba con los bandidos, la tenía también con los policías, que, al menos en Toscana, no eran sino delincuentes asalariados del gobierno o gente fracasada sin otra opción para vivir.

Los bandidos convertidos conservaban un gran agradecimiento a Pablo y difundían su fama entre sus compañeros. Por eso todos le respetaban. Pablo permitía que lo siguiesen de una misión a otra, «con estupor y maravilla de quien lo veía rodeado de tal gente», dice un testigo<sup>42</sup>. En una misión en Vetralla, se había convertido un escandaloso blasfemo, que Pablo llevó consigo en algunas misiones para confirmarlo en el camino de Dios. El blasfemo se convirtió en un cristiano tan fervoroso, que se dedicaba al cuidado de los enfermos en el hospital. El mismo contaba a don Sisti haber tenido tanta confianza con el padre Pablo, que le obligaba a subir a su caballo bajo la amenaza de volver a blasfemar si no lo hacía<sup>43</sup>.

Me parece que estos testimonios ayudan a formarse una idea justa del apostolado de Pablo, de su modo de comprometerse con la realidad social de la Italia de su tiempo y de sumergirse verdaderamente en el pueblo, renunciando a todo privilegio que podría proporcionarle su pertenencia al clero o su fama de santidad.

39. PBC III, 232.

40. PBC I, 95 (G. Cioni).

41. *Ibid.*, 73s.

42. PBC II, 390 (P. A. Tomassini).

43. PBC I, 12 (G. Sisti).



## *Ejercicios espirituales y atención a los monasterios*

También la predicación de ejercicios espirituales fue iniciada muy pronto por Pablo. Y esto maravilla todavía más que la predicación de misiones, ya que era una predicación dirigida a personas consagradas. Todavía joven y seglar, predicó en Castellazzo a las monjas agustinas, luego en Gaeta a los clérigos que se iban a ordenar. Se dio cuenta desde joven de la importancia del cuidado de las personas consagradas de modo especial en la Iglesia, pero también de las deformaciones que existían en este campo. Con motivo de la dirección espiritual o de otras formas de colaboración y apostolado, se iniciaban a veces relaciones con las comunidades y con las religiosas, que a Pablo no agradaban nada. «Soy poco amigo de venir a los monasterios», escribía a Inés Grazi, entonces huésped de las dominicas de Viterbo<sup>44</sup>. Consideraba la reforma de los monasterios «una tarea difícilísima», para la cual «es necesario armarse de fe, de confianza en Dios y de profundísima humildad»<sup>45</sup>. El, sin embargo, combatía valientemente la decadencia de los monasterios, apuntando directamente a la causa que, para él, era el espíritu del mundo que entraba por el individualismo y las relaciones mundanas con seglares. Estas relaciones eran a veces tan descaradas, que llegaban a hacer entrar el carnaval en los monasterios, con mascaradas y fiestas de baile. Escribía: «Háganse todas santas y hagan, incluso, tapiar la puerta y los locutorios, con el compromiso de no abrirlos más que con la llave de la santísima caridad y no otra. Dejemos que los muertos entierren a sus muertos. Nosotros que hemos encontrado la vida, ¿qué hacemos si no nos abrasamos de amor? Cerremos la puerta a todas las criaturas para que nuestro Esposo se deleite en el pequeño jardín de nuestro corazón»<sup>46</sup>.

«Si hay vida común, florecerá la observancia de los santos votos y de las reglas, sobre todo de la pobreza; florecerá el silencio, la oración y, en una palabra, este monasterio se convertirá en un santuario, un jardín de delicias para el esposo celestial Cristo Jesús.

44. L I, 175 (28-2-1737).

45. *Ibid.*, 499 (a sor Querubina Bresciani, 26-7-1746).

46. L II, 6 (a M. M. E. Del Pozzo, 12-12-1735).



Si hacen esto, Dios bendito les proveerá de jóvenes fervorosas; tendrán todas las que quieran»<sup>47</sup>.

En la mayor parte de los casos, su actuación resultaba eficaz. Muchas monjas, como la bien conocida Querubina Bresciani, cambiaban de vida y se dedicaban con todas sus fuerzas a la búsqueda de Dios. Entre los muchos testimonios que podríamos aducir, veamos el de una monja del convento de carmelitas de Vetralla: «Desde la primera vez que dio los ejercicios en el Carmelo de Vetralla, sus palabras, tanto al predicar como al dar la meditación, suscitaron en todas las religiosas una gran conmoción y afecto de devoción, tanto que se sentían los lloros y los suspiros. Parecía que era el mismo Jesús el que hablaba. Tal era la penetración que hacía en el alma de cada una y la ternura que excitaba en el corazón»<sup>48</sup>.

### *Confesión y dirección espiritual*

Tanto en las misiones como en los ejercicios espirituales, Pablo dedicaba mucho tiempo a escuchar, a la dirección de las almas y al sacramento de la reconciliación. Luego, continuaba la dirección por medio de numerosas cartas. La confesión no era para él una obligación a la cual dedicarse sin participación interior, o un simple juicio del penitente acompañado de alguna palabra de exhortación, como a veces se practica también hoy. Las normas dejadas a sus religiosos pueden ser el mejor documento para comprender la conciencia que él tenía de la mala administración de este sacramento y su gran interés porque fuese administrado bien. En el reglamento común de 1755, mandaba a sus religiosos: «Siendo la conversión de las almas obra toda de Dios, es necesario que los confesores se encomienden de corazón a él, para que les dé su ayuda especial en un asunto tan importante. No dejen pasar ningún día sin estudiar, aunque sea poco, la teología moral, para no equivocarse y para saber, a su tiempo, resolver los casos más complicados que puedan darse. El confesor no tenga prisa en despedir al penitente; la prisa es una tentación tanto más fuerte cuanto menos conocida, que

47. L III, 287 (a sor A. Scitini, 28-1-1755).

48. PBC I, 206 (a sor A. L. Olivi).



inducirá a hacer mal todo. Se recuerden que, en materia del sexto mandamiento, es mejor faltar que abundar en las preguntas. Huyan todo lo posible de dogmatizar y, fuera de caso de ineludible necesidad o en cosas más claras que el sol, no digan a los penitentes: 'esto es venial, esto es mortal, esto no es nada'. Sobre todo en materia de pureza, porque, si se equivocan un poco, pueden incurrir en muchas complicaciones. Al aconsejar el celibato, pueden exaltar cuanto quieran la santa virginidad, pero sean cautos en no mostrar bajo concepto del santo matrimonio o envilecerlo con palabras poco decorosas o poco propias de un santo sacramento. Guárdense de hacer profecías a los penitentes, y particularmente a los moribundos, prediciéndoles lo que les va a suceder, porque quedarán engañados y serán el hazmerreír y la burla de los seglares. Insinúen la devoción a la pasión de Jesús, no con palabras frías como hacen los que pretenden sólo cumplir la obligación del voto, sino con tanta virtud, espíritu, eficacia y celo, que llegue a penetrar en el corazón de los penitentes. Cuando se les pida consejo para hacer testamentos, donaciones, legados, etc., procuren remitir los penitentes a los doctos y peritos en la materia. Sobre todo, no se empeñen en procurar legados o limosnas para los retiros, ni en exorcizar a los endemoniados; ésta es un arte difícilísima y peligrosísima. Confiesen más gustosamente a los pobres que a los ricos. Los confesores jóvenes procuren evitar todo lo posible el confesar beatas, damas y monjas. Huyan todo lo que puedan de recibir la restitución de los penitentes para entregarla a los dueños; si les obliga la necesidad, exijan el recibo para entregarlo luego a los penitentes»<sup>49</sup>.

Estas exhortaciones manifiestan en Pablo una grande estima del sacramento de la reconciliación y un propósito firme de liberarlo de todas las instrumentalizaciones, superficialidades e intereses en administrarlo. Si todos los confesores se hubiesen comportado siempre de este modo, se hubieran evitado escrúpulos, morbosidades, escándalos y finalmente, en muchos casos, el rechazo del mismo sacramento.

También de la dirección espiritual tenía Pablo la mayor estima y precisamente por eso recomendaba mucha cautela al aconsejarla.

49. S. Pablo de la Cruz, *Guida per l'animazione spirituale della vita passivista. Regolamento comune del 1755*, (dir. F. Giorgini), Roma 1980, 30-33.



«Complace a Dios que se camine con dirección. *Vade ad Ananiam*, dice a san Pablo el gran Maestro divino», escribía al padre Juan Bautista Gorresio<sup>50</sup>. El mismo Pablo fue director y cuasi confesor cuando era todavía seglar, y se aconsejaba muchas veces con seglares, incluso mujeres. Sin embargo, insistía en que se fuese cauto en descubrir el espíritu a los demás, aunque fueran sacerdotes: «Sea cauto —escribía a un sacerdote— en el conferenciar. San Francisco de Sales, de diez mil, duda encontrar uno apto para dirigir»<sup>51</sup>.

Un verdadero director debe ser docto y santo, pero no sólo esto; para los altos grados de la vida espiritual, debe además tener experiencia personal. Escribe a sor C. G. Gandolfi: «Además de muy erudito, el director espiritual debe ser también hombre de altísima contemplación; sin experiencia no se entienden las altísimas y estupendas maravillas que Dios obra en el alma. Pero ¿qué digo? Paradojas, porque las almas más elevadas, si bien lo entienden, no pueden expresar lo que entienden, pues no serían obra de Dios si se pudieran entender. Y esto es el gran gozo que experimenta el alma, la cual se complace tanto de que Dios sea el inmenso bien que es, que nadie, ni los ángeles ni los demonios, pueden entender sus maravillas. De ahí que se entiende sin entender y se queda en sagrada ignorancia a la sombra de la divina Sabiduría. ¡Oh, cómo se pierde el alma mía al querer escribir lo que escribo! Por tanto, le digo que pida al Señor que le procure un santo director, para que pueda caminar con más libertad de espíritu sin temores»<sup>52</sup>.

Y para Lucía Burlini escribía a Juan Antonio Lucattini: «Compadézco a Lucía. Aquí hay que tener un poco de prudencia. Que vaya a reconciliarse y a pedir la bendición, y guarde silencio de lo demás. Si N. le pregunta sobre la oración, responda sencillamente que está en la presencia de Dios como una pobrecita y que compadece a Jesús en sus penas, nada más. No hable de la comunión, que ya tiene instrucciones mías de no dejarla nunca»<sup>53</sup>.

Oración y comunión diarias son dos puntos sobre los cuales, en una época de tan extendido jansenismo, no era fácil que otros directores se dieran cuenta. A diferencia de muchos de ellos, Pablo

50. L III, 704 (20-12-1764).

51. L II, 16 (a don B. Cianchini, 5-1-1738).

52. *Ibid.*, 496 (3-8-1756).

53. *Ibid.*, 811 (a don G. A. Lucattini, 20-7-1751).



no partía de esquemas preconcebidos o de la cultura dominante; partía de su experiencia y de la conciencia del valor de los dones y de la vida de Dios en las almas. No trataba a la ligera estos temas. En los casos difíciles exigía verse frecuentemente con los penitentes. Si no era posible, deducía que no era voluntad de Dios que él dirigiese a esa persona. Así, por ejemplo, escribía al dominico padre Mugnani: «En cuanto a aquella criatura de la que le hablé en Vetralla, ya le dije que quería dejar su dirección. Ya la he dejado y estoy contento. La vía extraordinaria y extravagante por la que camina, merece un detenido examen y la asistencia de un director santo y docto, de lo que yo estoy bien lejos, ya que soy ignorante y grandísimo pecador. Si aquel gran Señor, que *infirmi mundi elegit et stulti mundi* (que eligió lo débil y necio del mundo), hubiera querido servirse de mí, habría dispuesto que hubiese residido en un lugar donde pudiera escucharla con frecuencia, *saltem* (al menos) una o dos veces al mes, y ella me lo aseguró... Estas son almas que necesitan un director cerca y una persona *ut supra* (como ya se ha indicado) y no un pobrecito como yo, tan lleno de ocupaciones»<sup>54</sup>.

En la correspondencia exigía reserva y secreto. A sor C. G. Gandolfi le explicaba que «las enseñanzas que Dios me hace darle, son según su conducta y sería error servirse de ellas para quien no va por el mismo camino. Es necesario dar a cada uno el alimento apropiado para su estómago»<sup>55</sup>.

El apostolado de Pablo manifiesta claramente su total entrega a Dios, a su reino, a su gloria, al servicio del prójimo, de los pobres, el total olvido de sí mismo, cualidad no suficientemente apreciada en los agentes de pastoral. En el apostolado, como en toda manifestación de su personalidad, Pablo fue verdaderamente, según una expresión que él gustaba repetir, un hombre todo de Dios. Confirmó con su vida su convicción fundamental, según la cual «hace más fruto un obrero evangélico que sea hombre de oración, amigo de la soledad y desprendido de toda criatura, que otros mil que no sean tales»<sup>56</sup>.

54. L III, 87 (11-9-1751).

55. L II, 472 (3-2-1755).

56. L II, 418 (al canónigo F. Pagliari, 13-2-1768).



## CONCLUSION

Después de tres siglos de su nacimiento, Pablo de la Cruz tiene todavía un mensaje para la Iglesia y para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Él fue un hombre fundamentalmente religioso, como hemos visto, un hombre de Dios. Su religiosidad, sin embargo, no se expresa tanto en la lucha contra el ateísmo y la irreligiosidad, cuanto en ayudar a la fe de los creyentes, persuadido de que fe y vida de Dios se difunden por sí mismos, por una virtud intrínseca propia.

El hombre es naturalmente religioso. En tiempos de Pablo de la Cruz, estaba muy difundida, como lo está también en nuestros días, la demanda de religiosidad. La diferencia está en que, entonces, esta demanda se dirigía casi exclusivamente a la Iglesia; hoy, en cambio, se dirige también a las sectas y al esoterismo. La respuesta de Pablo a esta demanda no consistía fundamentalmente en ofrecer servicios religiosos, sino en transformar la religiosidad desde su raíz por medio del *kerigma* de la cruz.

Pablo no despreciaba nada de lo que se hacía para salvaguardar el patrimonio de la fe. A él, sin embargo, no le interesaba tanto una obra de conservación, cuanto una nueva evangelización. No tenía una concepción estática y conservadora de la Iglesia, sino dinámica y progresiva, en sintonía con claros textos paulinos: Es necesario que Cristo reine, hasta que todo enemigo sea puesto bajo sus pies (cf. 1 Cor 15-25); toda la naturaleza sufre y gime con dolores como de parto (cf. Rom 8, 22). Inserto pedagógicamente en la religiosidad popular, pero sin instrumentalizarla, la hacía fermentar desde dentro con la novedad del anuncio de la cruz.

Una predicación centrada en los novísimos y orientada a sostener la ética de la sociedad de entonces, correría el riesgo de mantener la relación del cristiano con su Dios a nivel de ley y de sanción. La cruz



aparecería como un peso más, la más dura de las leyes, la más insuportable. Se formaría un «super-ego» tan exigente, que llevaría al cristiano a la desesperación respecto a una posible reconciliación con Dios. Para Pablo, la cruz es gloria de Dios, es gracia, es amor. La pasión es la gran manifestación del amor de Dios. El anuncio de la pasión invita a una relación de filiación con Dios, a percibir que es suya la iniciativa del amor y de la salvación, en la que basta entrar y dejarse llevar. Invita a una relación de intimidad, de persona a persona. «Los novísimos y la moral preparan a la conversión —decía Pablo—, pero sólo la pasión convierte. El amor convierte». Pablo no se desdén de trabajar por la masa de los cristianos y de colaborar en la conservación de las tradiciones de fe del pueblo. En cuantos están en condiciones de entender, sin embargo, él siembra la semilla del amor: Dios me ha amado, Cristo ha muerto para que yo tenga vida. Pablo cultiva las personas particularmente sensibles al *kerigma* del amor; no porque desprecie a la masa, sino porque sabe que esas almas son el fermento de la masa. Esas son vida y, por la fuerza del Espíritu que entró en el mundo con la resurrección de Cristo, la vida es siempre más fuerte que la muerte. Igualmente en la congregación no le interesa tanto el número de sus miembros, cuanto la calidad, la autenticidad.

El centro de su fe y de su predicación no es una teoría o una moral, sino un persona: su palabra y su misterio. Junto con algunos santos de los últimos siglos, él trabajó para que la vida de los cristianos esté cada vez más centrada en la persona de Cristo, en la revelación que él hace del amor del Padre y en el misterio central de su existencia: la pascua. La Iglesia ha recibido esta obra y se beneficia de ella. La renovación litúrgica, el movimiento bíblico, la renovación de la catequesis y en general toda la eclesiología del Vaticano II, se mueven por tal acción de los santos.

Hagamos crecer la vitalidad de la Iglesia y se resolverán los problemas de la humanidad: esto es lo que dice Pablo. Trabajemos especialmente allí donde está el corazón y el fulcro de la Iglesia: en los sacerdotes, en los religiosos, en los cristianos más favorecidos con los dones de Dios. De hecho todo don es un compromiso y una responsabilidad. Se dice que la situación de estos sectores de la Iglesia es hoy mejor de lo que era en tiempos de Pablo. Puede ser, pero no nos llevemos a engaño. En la opción de la fe y de la adhesión a Dios, cada uno se encuentra fundamentalmente en la misma situación existencial. Todos somos contemporáneos de Cristo, como decía Kier-



kegaard. Sacerdotes, religiosos o cristianos practicantes que no se comprometen hoy a realizar la gran profecía del Vaticano II, son como aquellos sacerdotes, religiosos y cristianos practicantes que se negaban entonces a llevar a la práctica la gran profecía del concilio Tridentino. Los resultados son fundamentalmente los mismos: vanificación de la cruz de Cristo y mundanización del cristianismo. La gran desolación de Pablo, los cincuenta años de aridez y de angustias, estaban ciertamente en relación con el problema de la autenticidad de la fe en las comunidades concretas y en las actividades de la Iglesia. ¿Qué hacer? ¿cuál es el camino de Dios? Lo que está en juego no es la buena marcha de las mismas comunidades o actividades, sino la eternidad, la Iglesia del cielo, el cuerpo del Cristo vivo. El temor y el temblor tenían a Pablo en una especie de infierno, bajo los pies de Satanás. Toda su confianza la tenía puesta en la eficacia de la cruz de Cristo. Por aquellos cincuenta años de sufrimiento, continuación de la pasión de Jesús por su cuerpo que es la Iglesia, invoquemos al Padre para que el mensaje y la herencia de Pablo no se pierdan, sino que florezcan de una manera nueva en la Iglesia de nuestro tiempo.



# INDICE

<i>Presentación</i> .....	9
<i>Prólogo</i> .....	13
<i>Abreviaturas</i> .....	17

## I

### LA VIDA

1. En el seno protector de la familia Danei (1694-1701) .....	21
El universo materno de Pablo Danei .....	21
Juan Bautista, compañero para la vida .....	23
El pequeño comercio de la familia Danei .....	25
2. Orientado hacia la piedad y el comercio (1701-1712) .....	29
Un mundo en guerra .....	29
La gran familia de los fieles .....	31
3. El toque del Espíritu (1713-1716) .....	35
La conversión .....	35
El ideal de la cruzada .....	37
4. Pablo, seglar santo (1713-1720) .....	39
La oración .....	39
Consejeros y directores espirituales .....	40
Despego del mundo y penitencia .....	42
Irradiación apostólica .....	43
Relación con sus padres .....	44
5. La preparación próxima (1718-1719) .....	45
Las opciones .....	45
Las iluminaciones .....	47
El último ataque: la experiencia del demonio .....	49
6. La consagración (1719-1720) .....	51
El tormento de la duda .....	51
La vestición .....	54



7.	Pablo, joven fundador (1720-1721) .....	57
	El «Diario», texto de alta mística .....	57
	Conciencia de ser un instrumento en las manos de Dios .	61
	Ir a los pies de su santidad .....	65
8.	En el monte Argentario y en Gaeta (1722-1724) .....	71
	Llenos de esperanza .....	71
	Traslado a Gaeta .....	73
	La comunidad de nuestra Señora de la Cadena .....	74
9.	Monseñor Emilio Cavalieri (1724-1725) .....	79
	Cooperación para la fundación .....	79
	Vida de comunidad en el obispado .....	80
10.	La ordenación sacerdotal (1725-1727) .....	83
	Vuelta a Gaeta .....	83
	En el hospital de San Gallicano .....	87
	Sacerdotes de Dios .....	89
11.	En monte Argentario nace una verdadera comunidad (1727-1730) .....	93
	La muerte de su padre .....	93
	Dificultades en el hospital .....	95
	Vuelta al monte Argentario .....	96
	Los primeros compañeros .....	99
	El antagonista .....	100
12.	Construcción del primer retiro (1730-1733) .....	103
	Este es el lugar escogido por el Señor .....	103
	Los amigos de Orbetello .....	104
	El Estado de los Presidios .....	105
	Los preparativos de la construcción .....	106
13.	En el torbellino de la guerra (1733-1735) .....	111
	La guerra de sucesión polaca .....	111
	Apóstol entre los soldados .....	111
14.	La lucha por el primer «retiro» (1735-1737) .....	115
	Las primeras oposiciones .....	115
	Amargura por la incomprensión de la autoridad .....	117
15.	El reconocimiento pontificio (1737-1741) .....	121
	Bendición de la iglesia de la Presentación .....	121
	Después de diez años de sacerdocio .....	122
	Los «caballeros» florentinos .....	124
	La aprobación de las reglas .....	127
	La profesión de los votos .....	130



16.	Expansión de la congregación (1741-1744)	133
	Efecto benéfico de la aprobación pontificia	133
	La fundación de Vetralla	135
	San Eutiquio	137
	Los lugares de las fundaciones	138
17.	Fecundidad y comunión en el Espíritu	141
	Inés Grazi	141
	Sor Querubina Bresciani	144
	Tomás Fossi	148
	Sor Colomba Leonardi	152
	La venerable María Crucificada Costantini	155
	Dos reformadoras de monasterios: Lilia del Santísimo Crucifijo y María Gertrudis Salandri	157
	La venerable Lucía Burlini	159
	Sor Colomba Gertrudis Gandolfi	162
18.	Pionerismo y organización (1744-1748)	165
	La muerte de Inés Grazi	165
	La confirmación definitiva	166
	La organización de la comunidad	169
	La fundación de Ceccano	171
	Pionerismo y organización	173
19.	La prueba refuerza la unidad (1748-1750)	175
	Presagios de batalla	175
	La reacción de Pablo	179
20.	Estabilización (1750-1755)	181
	El año santo de 1750	181
	Las fundaciones de Falvaterra y Terracina	182
	Segundo capítulo general	184
	La fundación de Paliano	185
21.	Crisis de crecimiento (1755-1758)	187
	Tercer capítulo general	187
	La fundación de monte Cavo y el último de los Stuart	190
	Un sueño fracasado de Pablo: las misiones entre los no cristianos	191
22.	El adiós del compañero fiel (1758-1765)	193
	La muerte de Benedicto XIV	193
	Intentos por conseguir los votos solemnes	194
	El noviciado de San José	197
	La gran carestía	198
	El fracasado intento de ordenar libremente a sus religiosos	200
	La muerte del padre Juan Bautista	202



23.	«Dejo bien fundada la congregación» (1765-1768) .....	205
	La residencia del Santo Crucifijo en Roma .....	205
	La visita a los retiros del Bajo Lazio .....	206
	San Vicente María Strambi .....	208
24.	El año 1769 y el último viaje de Pablo al monte Argentario (1769-1770) .....	211
	La elección del papa Clemente XIV .....	211
	La fundación del retiro de Tarquinia .....	212
	El capítulo general .....	213
	Nace una amistad .....	215
	La nueva y solemne aprobación de la congregación .....	216
	El último viaje al Argentario .....	217
25.	Fundación de las monjas pasionistas (1770-1772) .....	219
	La larga gestación .....	219
	La improvisada intromisión de la duquesa Barberini .....	223
	La solemne inauguración .....	224
26.	En la casa romana de los santos Juan y Pablo (1772-1775) .	227
	Sufrimiento por los males de la Iglesia .....	227
	La casa general de Roma .....	231
	«Pido perdón al aire que he respirado, a la tierra que he pisado» .....	233
	Pío VI .....	234
	Rosa Calabresi .....	236
	El último capítulo general .....	238
27.	Testamento espiritual y muerte de san Pablo de la Cruz (junio- octubre 1775) .....	241
	Testamento espiritual .....	241
	La muerte .....	243
	La sepultura .....	245
	La glorificación .....	246

## II

### LA ESPIRITUALIDAD

1.	Un hombre todo de Dios .....	251
	Claves de lectura de una biografía .....	251
	Un hombre todo de Dios .....	252
	Formación de Pablo como hombre .....	254
2.	Carisma fundacional y paternidad espiritual .....	267
	El liderazgo de Pablo .....	267
	El carisma fundacional .....	268



El compartir el carisma .....	268
La paternidad espiritual .....	269
Actividad legislativa .....	271
Su gobierno .....	272
3. Personalidad sobrenatural: dones y carismas .....	275
Fenómenos milagrosos .....	275
Profecías .....	276
Fenómenos diabólicos .....	276
Los carismas de curaciones y de autoridad .....	277
Visiones .....	279
4. La mística de la pasión .....	283
San Francisco de Sales, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz .....	283
El carisma de la pasión .....	285
La voluntad de Dios .....	286
El encuentro con Taulero .....	288
El todo y la nada .....	290
Muerte mística y divina natividad .....	292
El tratado de la «Muerte mística» .....	294
La participación en la pasión como coincidencia de opuestos .....	295
En la contemplación, ¿se puede ir más allá de la cruz? .	296
Amor doloroso, dolor amoroso y gozo .....	299
5. Pablo, místico de la pasión .....	301
«El príncipe de los desolados» .....	301
Partícipe de la pasión de Cristo .....	304
Testimonio de la vida trinitaria .....	306
6. Me consume el celo de tu casa .....	311
Contemplación y acción .....	311
Conciencia de las necesidades de la Iglesia y celo .....	312
La pasión de Jesús: medio efficacísimo de apostolado ....	314
Las misiones populares .....	316
Incidencia del apostolado de Pablo en la realidad social .	319
Ejercicios espirituales y atención a los monasterios .....	322
Confesión y dirección espiritual .....	323
<i>Conclusión</i> .....	327



---

## **EL ROSTRO DE LOS SANTOS**

17. **Marcelo de Sevilla**  
por J. M.<sup>a</sup> Javierre
16. **Y ¿cómo lo habéis conseguido?**  
por A. Pronzato
15. **Fray Luis de León os habla de tú a tú**  
por M.<sup>a</sup> D. Pérez-Lucas
14. **Juan de la Cruz, un caso límite**  
por J. M.<sup>a</sup> Javierre
13. **Juan de la Cruz, utopía deseable**  
por J. Barrena
12. **Ignacio de Loyola, solo y a pie**  
por J. I. Tellechea
11. **Juan de la Cruz cuenta su vida a los  
chicos de hoy**  
por M.<sup>a</sup> D. Pérez-Lucas
10. **Cuarenta años en el Círculo Pío**  
por Segundo Llorente
9. **Obras completas de san Juan de la Cruz**  
por M. Herráiz (ed.)
3. **Teresa de Jesús**  
por J. M.<sup>a</sup> Javierre
2. **El rostro humano de Teresa de Avila**  
por J. Barrena



---

**S**an Pablo de la Cruz (1694-1775) vivió en el denominado siglo de las luces, el siglo XVIII, en el que un mundo estaba muriendo y a punto de nacer otro nuevo. San Pablo de la Cruz llama incansablemente a la Iglesia a renovarse para responder a las nuevas exigencias de la humanidad.

Capaz de unir contemplación y acción pastoral, fundador de institutos religiosos y reconocido director espiritual, san Pablo de la Cruz está considerado como uno de los grandes místicos de la Iglesia.

«Esta nueva biografía de san Pablo de la Cruz, con un estilo narrativo y de grata lectura, se basa en los estudios más recientes sobre el fundador de los pasionistas y sintetiza su doctrina espiritual. Bien ambientada en la época histórica en que él vivió, hace referencias continuas a nuestro tiempo a la luz de las enseñanzas del concilio Vaticano II.

En 1994 se celebra el III Centenario del nacimiento de san Pablo de la Cruz. Deseo que, en este año jubilar y siempre, su biografía tenga una gran difusión entre el pueblo cristiano, particularmente entre todos aquellos que, de un modo u otro, se sienten vinculados a la espiritualidad y a la congregación de la pasión» (Angelo Sodano).

---

ISBN 84 301 1237 5



9 788430 112371